



Universidad Nacional
Autónoma de México

00465

1
lej

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

00465

9

ELEMENTOS PARA UNA TEORIA DEL PROBLEMA
NACIONAL EN AMERICA LATINA

" La Cuestión Nacional en la Lucha por la Hegemonía "

EJEMPLAR UNICO

T E S I S

Que para optar por el Grado de
MAESTRIA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

P r e s e n t a

RAQUEL DE LA LUZ SOSA ELIZAGA

México, D. F.

2002



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE GENERAL DEL TRABAJO

	Pag.
INTRODUCCION	I
CAPITULO I: Hacia una Redefinición de la Dimensión - Política de lo Nacional en Marx y Engels; La Evolución de la Herencia Marxista en Kautsky	1
A. Estado y Cuestión Nacional en Marx y - - Engels	4
B. Nación y Civilización Moderna en la Epoca de la Segunda Internacional: la Teoría de Kautsky	21
CAPITULO II: Economía y Política en la Definición - - Nacional de la Segunda Internacional. La Polémica Bauer-Stalin	45
A. Estado Multinacional y Estrategia Socialdemócrata en Austria	46
B. La Autocracia Zarista y la Revolución - - Rusa: Autodeterminación Nacional y Organización de la Socialdemocracia	66
CAPITULO III: El Debate sobre la Cuestión Nacional y la Lucha por la Hegemonía en Rusia	82
A. La Política Obrera Revolucionaria en la Socialdemocracia: Rusia y Polonia	83
B. Autodeterminación nacional y autonomía - en la polémica Lenin-Rosa Luxemburgo	94
C. Las Consecuencias del Desarrollo Capitalista en la Maduración de la Política Nacional	110
D. La Crisis de la socialdemocracia Europea en la Primera Guerra Mundial	119
CAPITULO IV. La Política de la Internacional Comunista sobre la Cuestión Nacional y Colonial	130
A. Democracia y Dictadura en el Primer Congreso de la IC	133
B. Partido, Revolución y Lucha Nacional en el Segundo Congreso	135
C. La Estabilización Capitalista y la Consigna "¡A las Masas!" en el Tercer Congreso	143
D. El Cuarto Congreso: Revisión y Crítica - Parcial de la Revolución Rusa; Perspectivas de la Revolución Mundial	148
E. Marxismo-leninismo y antimperialismo en el Quinto Congreso	157
F. El Sexto Congreso: Capitalismo de Estado en Europa y Revolución Antimperialista - en las Colonias	163

CAPITULO V: Pensamiento y Lucha Nacional en la América Latina de los Años Veinte: Julio Antonio Mella, Víctor Raúl Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui y Augusto César Sandino	174
A. Condiciones Sociales de la Formación del Pensamiento Nacional en América Latina	175
B. El Desarrollo de las Formaciones Sociales: La Unidad Nacional	177
C. El Pensamiento Nacional y Latinoamericano en la Etapa Postindependentista	181
D. La Lucha Nacional, Democrática y Socialista en los Años Veinte	190
1. La experiencia del Frente Nacional: - - Víctor Raúl Haya de la Torre	192
2. Partido obrero y lucha antimperialista: Julio Antonio Mella	202
3. El análisis marxista de las raíces de - la opresión social: José Carlos Mariá--tegui	211
4. La formación del ejército nacional-popu--lar: Augusto César Sandino	223
NOTAS	230
BIBLIOGRAFIA	239

El presente trabajo pretende ser una reflexión actual de un problema planteado por la tradición liberal y marxista del siglo pasado. El enriquecimiento de elementos de análisis político, social y cultural que nos aporta el estudio de la sociedad contemporánea puede y debe ser transmitido a la interpretación de problemas de épocas anteriores para que pueda ser asimilado como historia real. Nuestra totalización de la realidad presente pasa por la revaloración del pasado.

Dos preocupaciones centrales explican la investigación que realizamos: la primera, desentrañar en la formación nacional de algunas sociedades europeas del siglo pasado las claves del pensamiento marxista sobre la cuestión nacional en la perspectiva de las tesis sobre el Estado, el poder y la formación de las clases, y realizar un seguimiento en el mismo sentido hasta la elaboración de las concepciones de nación y colonia en la Tercera Internacional; la segunda, revisar, a la luz de la experiencia analizada, los elementos determinantes en la formación de algunas significativas fuerzas nacionales y antimperialistas en América Latina.

La propia investigación nos llevó a hacer una relectura bastante más amplia de lo que habíamos pensado tanto de la formación histórica como de la discusión teórica habida sobre el problema nacional durante el siglo pasado.

Para comenzar, las tesis sobre el tratamiento de Marx de la cuestión nacional a que tuvimos acceso afirmaban un cierto distanciamiento entre dicha cuestión y el resto de la obra política del

autor, lo que llevaba a suponer, en el mejor de los casos, una ambigüedad, y en el peor una contradicción en la elaboración teórica y política del fundador del socialismo científico.

Según Salomón Bloom, Roman Rosdolsky y Georges Haupt, entre otros, es posible reastrear un seguimiento de la cuestión nacional en Marx a partir de su análisis periodístico y en su correspondencia sobre las cuestiones de Irlanda y Polonia. Dichos autores realizan una minuciosa búsqueda de los escritos de Marx y Engels sobre la viabilidad o inviabilidad de la formación de naciones independientes y en términos generales concluyen que no existen bases en ellos para la formulación de una verdadera teoría sobre lo nacional.

Por nuestra parte, no podemos dejar de pensar que dicha conclusión estaba en gran medida determinada por una corriente teórica reciente que busca encontrar en Marx, Engels, y en menor medida en Lenin, teorías específicas para cada problema de la vida social: una teoría de la política, del Estado, de la economía, de la vida cultural, y hasta de la literatura, frecuentemente sin lograrlo.

Nosotros, en cambio, si acaso, hemos sido influidos por otra corriente que intenta hacer una recuperación histórica más puntual de la obra de dichos autores, buscando en ellos la ordenación de una visión del mundo compleja de la que puedan extraerse, sobre todo, elementos metodológicos para el conocimiento de la realidad actual. En ese mismo sentido, no hemos buscado en Lenin, Marx o Engels una teoría especial de la nación que corresponda a la explicación pasada de hechos pasados y en la que pueda -por lo demás- re-

prochárseles sus equivocaciones como "profetas", sino que aspiramos a encontrar -y encontramos- un espacio para el análisis de lo nacional dentro de su concepción del poder.

Es aquí donde se funda lo que consideramos un análisis actual de problemas pasados. El problema de la formación de una clase nacional, ya planteado por Marx en el Manifiesto del Partido Comunista se redimensiona con la Revolución Socialista de Octubre de 1917 en Rusia, y también -aunque esta vez como frustración- con la experiencia fallida de los revolucionarios comunistas europeos de después de la primera Guerra Mundial.

El problema nacional pasa a ser en Europa el problema de la alianza obrero-campesina, o en términos gramscianos, el del bloque histórico. Pero esta perspectiva es radicalmente modificada por la Tercera Internacional, que considera el tema como propio de las colonias en vía de su independización.

En el fondo, lo que nos preocupa es, justamente, que por falta de un seguimiento político del problema nacional se abandonan -sin haberse concluido orientaciones políticas de extrema importancia. Las discusiones de la Segunda Internacional tuvieron un corte radical con la guerra y luego con la revolución. Pero ese brusco corte llevó a alinear amigos y enemigos de la revolución, y no necesariamente a una reapropiación original por el pensamiento revolucionario de la historia política del movimiento socialista internacional.

Urge reescribir esa historia ahora en nuevas condiciones. Los temas no resueltos que plantea siguen -como decía Marx- martillando el cerebro de los vivos. La historia exige nuevas apropiacio---

nes. No basta, desde nuestro punto de vista, con asociar verdad y triunfo para lograr un conocimiento científico de la realidad. Y - nosotros nos rebelamos a aquella reapropiación histórica y teórica que tiene como referente simple a la revolución de octubre. Preferimos llegar a ella, como lo sugería el propio Lenin, a través de una reconstrucción rigurosa de las condiciones históricas que la - hicieron posible, destacando fundamentalmente en ellas la construc- ción de una dirección política nacional y revolucionaria de un mo- do completamente inédito en los partidos de la Segunda Internacio- nal.

Nuestro estudio tiene, pues, estas claves de lectura: para - nosotros la cuestión nacional no se reduce -como para Bauer- a un problema cultural, aunque la perspectiva cultural está presente en ella. La nación no es tampoco el espacio geográfico o económico en que se asientan las clases -como lo afirma en su definición Sta--- lin-, aunque la geografía y la economía son los datos fundaciona- les de la nación. Más exactamente, *concebimos la nación como el es- pacio político en que se desarrolla la lucha de clases y que culmi- na con la apropiación estatal.* Toda lucha nacional es para noso--- tros primeramente una lucha por la hegemonía dentro de una socie- dad, y ella no se resuelve -mientras subsista el hecho clasista- sino con la subordinación de ciertas fuerzas y el predominio de -- otras.

No admitimos, por ello, que el problema nacional se haya sim- plemente resuelto en Europa, porque no es solamente la formación - estatal bajo la dirección de la burguesía lo que puede dar lugar a ello. No concebimos, por tanto, tampoco la cuestión nacional como

cuestión colonial en relación a los países de América Latina por-- que ello supondría que su solución radica en la supresión de una in-- terferencia externa y no la maduración de fuerzas sociales en lu-- cha dentro de la nación.

La cuestión nacional está centralmente relacionada con la -- existencia de la pluralidad social: no solamente aquélla más direc-- tamente referida a la producción material, sino a todas las expre-- siones culturales, sociales, ideológicas y políticas de las distin-- tas agrupaciones sociales. La política nacional de una clase no -- puede, por tanto, limitarse a uno u otro aspecto de la vida, sino -- y en ello radica justamente la raíz del triunfo bolchevique, a -- nuestro parecer- al conjunto de elementos que conforman el horizon-- te de visibilidad de una sociedad.

Es a partir de estos elementos que hemos querido explicar, - por ejemplo, la incapacidad revolucionaria de la socialdemocracia alemana bajo la dirección de Kautsky, la de la socialdemocracia -- austriaca y aún la de la sección disidente encabezada por Rosa -- Luxemburgo en la socialdemocracia polaca. Desde nuestra perspecti-- va, la cuestión nacional no era --como ellos mismos la concebían-- un problema de política económica o cultural, o la aprobación o -- desaprobación del derecho de un grupo a la soberanía, sino el con-- junto de su actuación en la vida política nacional y, en particu-- lar, el modo en que planteaban la dirección de la clase obrera so-- bre la sociedad, y su lucha contra la burguesía. Buscamos hacer de la cuestión nacional no un problema lateral sino el tema central - de la relación con el poder que tenía cada una de estas fuerzas po-- líticas y explicar por su conducto el sistema de sus inconsisten-- cias.

No coincidimos, pues, con Lenin en la visión de que la socialdemocracia alemana traicionó en 1914 la política revolucionaria socialista, sino que consideramos que fue su falta crónica de política nacional la raíz profunda de su posterior defección abierta.

No coincidimos por ello tampoco con la versión de Stalin de que la cuestión nacional es una cuestión eminentemente burguesa o que sirve sobre todo a la burguesía o al proletariado en la revolución democrático burguesa. Asentamos nuestra interpretación de la cuestión nacional en los escritos de Marx y Lenin en que se refieren explícitamente a la necesidad de que el proletariado se conforme en una clase nacional (universal dice Marx) y que, en su lucha contra la burguesía, pero más allá, en su lucha por la conformación de la nueva dirección política de la sociedad, la nueva hegemonía, incorpore los intereses del conjunto de las clases oprimidas de la sociedad capitalista en sus más diversas expresiones.

En el desarrollo de la exposición con cierta frecuencia nos ha abrumado la multiplicidad de usos del concepto de nación, nacionalidad, nacionalismo, conciencia nacional, política nacional, cultura nacional, etc., con que los autores a los que hacemos alusión se refieren al tema. No podemos pretender ahora unificar conceptos que -de una u otra manera- se han arraigado en la historia y la teoría social desde la Revolución Francesa. Sería una pretensión excesiva para los límites de un solo trabajo y correríamos con el riesgo de desnaturalizar contenidos muy importantes de la polémica en un afán preciosista ajeno a la propia historia del problema. Intentamos mantener, en la pluralidad de significados, una

sola orientación teórica que nos permita comprenderlos bajo la óptica política que hemos sugerido. Daremos un ejemplo: cuando Otto Bauer se refiere a la nación hace alusión a una comunidad de destino, mientras que cuando lo hace Stalin define prioritariamente a -- una comunidad económica. No podemos realizar una discusión partiendo de quién se acerca más a lo que es realmente la nación, porque ello supondría introducir un tercer punto de vista que no tendría por qué ser el mejor o el más objetivo en el tratamiento del tema. Buscamos, más bien, ubicar la concepción de la nación de estos autores en su visión política más general y sobre todo, en cuanto -- forma parte de su respuesta sobre la conducción de la clase obrera al socialismo. Es en esa perspectiva que anotamos limitaciones o -- aportaciones: en el modo concreto en que se plantean el problema -- nacional como construcción de una hegemonía obrera.

La larga investigación realizada sobre problemas teóricos e históricos de la cuestión nacional en la perspectiva del socialismo científico constituye desde nuestro punto de vista el marco adecuado y necesario para la reconstrucción de las tesis sobre la cuestión en América Latina. Nos era preciso demostrar que la solución del problema nacional no se agotaba en la lucha antimperialista como pretendieron y pretenden muchos socialistas latinoamericanos, -- sino que afecta las raíces más profundas de la dominación y la hegemonía en una sociedad. Pero, evidentemente, el hecho de que no -- estuviera teóricamente resuelto el problema nacional y que --no obstante la riquísima discusión habida en la Segunda Internacional -- la herencia latinoamericana estuviera especialmente cargada por -- las tesis de Stalin y de la Tercera Internacional nos obligó a tan

extensa rediscusión.

Además de las opiniones de los autores que hemos mencionado, tenemos presente tesis como la de René Zavaleta, en cuya definición nacional está presente una reflexión crítica a la concepción staliniana, pero cuyo objetivo es enfatizar los elementos fundacionales de la nación y no sus elementos finales, como hace Stalin, - con lo que se aportan importantes elementos en algunos temas de la construcción capitalista latinoamericana aunque no se trascienda - el marco de la definición staliniana de la nación.

Los estudios de Ricaurte Soler sobre clase y nación en la -- problemática latinoamericana son igualmente interesantes, pero parten de la confusión teórica del problema de forma y contenido en Marx, hasta afirmar que, por las condiciones histórico sociales -- prevaletentes en la formación de las naciones latinoamericanas la liberación nacional o lucha antimperialista constituye el "contenido" de la lucha revolucionaria. Aquí, como hemos comentado en relación con las tesis de la III Internacional, se opone nación a imperio y se atribuye contenido automáticamente socialista a la lucha nacional. El carácter de la lucha revolucionaria está dado aquí como negación, y no como formación de una dirección política y social alternativa. La nación aparece como atributo natural de la lucha anticolonial, y no como resultado de una lucha interna que deberá dirimirse en relación al Estado, y al conjunto de la sociedad.

La relación entre lucha de liberación nacional y revolución socialista en el plano internacional fue establecida por la Internacional Comunista a partir de la derrota de la oleada revolucionaria europea, pero sesenta años después no podemos seguir conside--

rando que existe una cadena internacional que resuelve lo que las fuerzas nacionales no están en capacidad de resolver. Del mismo modo, la suposición de que la burguesía no tiene ningún espacio para desarrollar una dirección política nacional ha llevado sistemáticamente a negar la especificidad del desarrollo capitalista latinoamericano y a mistificar al imperialismo como un elemento ajeno al desarrollo nacional, con lo que objetivamente no se trasciende ni su presencia ni las formas de dominación específicas a que se ha sometido a la región tanto en el plano económico, como en el político, social y cultural.

Tal vez el error más importante de esta versión es la consideración de que la lucha antimperialista forma una fuerza revolucionaria con una capacidad "natural" de dirección política nacional. La historia de las luchas revolucionarias triunfantes en Cuba y Nicaragua, y las derrotas de Brasil, Uruguay, Chile y Argentina en los últimos años deben aportar nuevos elementos en torno al significado de la construcción política nacional, tanto en sentido negativo como positivo, es decir, tanto en los avances como en las deficiencias, pero en todo caso, impide toda generalización mecánica o arbitraria.

En la misma perspectiva queremos considerar el trabajo de José Aricó sobre el marxismo latinoamericano, en el que una supuesta originalidad latinoamericana lleva a una negación de las aportaciones de lo que él llama marxismo europeo u eurocentrismo marxista. La supuesta incompresión europea -desde Marx- de la problemática latinoamericana lo lleva a sobrestimar y deformar las aportaciones de pensadores como Mariátegui y a establecer la mística del indigenismo latinoamericano como la solución tanto del problema nacional

como del problema de la transición al socialismo. En el trabajo de sarrollamos -aunque no con toda la extensión que quisiéramos- un análisis de las aportaciones que José Carlos Mariátegui hizo al estudio de las sociedades latinoamericanas desde el punto de vista científico. Pero su contribución no nos debe llevar a exagerar el papel de la insurgencia indígena cuando ésta no ha sido objetivamente el motor o la dirección política de ninguna revolución latinoamericana de carácter socialista. Desde nuestro punto de vista, Aricó comete un error frecuente en algunos socialistas: el de suponer que la mayor opresión es la clave para la formación de una conciencia y una fuerza revolucionaria. Es parte de nuestra experiencia histórica el que asumamos que una mayor miseria, opresión e injusticia no son suficientes para el estallido de la revolución latinoamericana. Dicha suposición ha llevado en muchos casos a sobrevalorar la capacidad política y sobre todo la representatividad social- de organizaciones políticas y político-militares en lucha -- por una liberación social con base campesina hasta ahora con escasos resultados en nuestra región.

Queremos hacer un reconocimiento al trabajo de Edelberto Torres Rivas, quien nos abrió un nuevo horizonte en el análisis de la cuestión nacional al considerar, sobre todo, a la nación, como un producto de la lucha de clases y del espacio político, social, cultural y económico que ella genera. Torres Rivas revisa también la definición de Stalin, pero le introduce el tema de la contradicción, con lo que la modifica sustancialmente. La nación deviene espacio de lucha económica, política y social, y aún la recuperación de su historia es parte de la confrontación político-ideológica y cultural que tiene siempre como resultado la consolidación de --

una hegemonía y la subordinación a ella de fuerzas no maduras o derrotadas temporalmente en la lucha.

La apretada reconstrucción histórica que hace Torres Rivas del hecho nacional en la formación latinoamericana constituye una riquísima aportación que deberemos más adelante desentrañar.

Finalmente, nuestro reconocimiento a la obra de Agustín Cueva, de cuyos análisis del desarrollo capitalista latinoamericano, de la construcción de sus fuerzas sociales fundamentales y de la problemática peculiar de sus Estados, hemos extraído valiosísimas claves para el análisis histórico de nuestra región. En primer lugar, la consideración de que las peculiaridades del desarrollo social latinoamericano no pueden obstar para una comprensión crítica, socialista, del mismo. La universidad del socialismo científico no radica, desde su perspectiva, en la aplicación igual e incuestionada de las tesis teóricas postuladas por Marx, Engels o Lenin, sino en la reconstrucción histórica y teórica de las raíces del movimiento de toda sociedad. En este sentido, la desmistificación del desarrollo capitalista que el análisis científico supone constituye el verdadero punto de partida de cualquier programa de transformación socialista que pueda emprenderse en nuestra región.

En segundo lugar, la aportación permanente de Agustín Cueva radica en la inquietud de que la crítica no devenga pesimismo o abandono de la perspectiva socialista, sino que constituya su fundamento. La ampliación de nuestro horizonte teórico, la utilización de contribuciones cada vez más sofisticadas del pensamiento social universal no puede concebirse como mero ejercicio intelectual o adaptación a modas teóricas por aparecer cada vez más a la

vanguardia. La incorporación de problemas de análisis de la realidad social debe estar presidido de la conciencia de su objetivo moral, político y científico. Y en esa perspectiva, el problema de toda elaboración teórica radica siempre en el para qué y el para quién. En última instancia, nuestra búsqueda deberá dirigirse a revolucionar el mundo, y no sólo la teoría.

I. HACIA UNA REDEFINICION DE LA DIMENSION POLITICA DE LO NACIONAL EN MARX Y ENGELS, LA EVOLUCION DE LA HERENCIA MARXISTA EN KAUTSKY

La mayoría de los estudiosos que han intentado recuperar la problemática de la nación en los escritos de Marx han enfatizado el origen económico de ésta, en contraposición con las visiones -- idealistas o culturalistas, que fundan sus especulaciones sobre la cuestión en comunidades de sentimientos o ideas, sin sustento material o históricamente necesario.

El análisis económico del hecho nacional ha sido, indudablemente, eje central de la concepción marxista, pero es nuestra intención mostrar que, en la perspectiva de dicho análisis, Marx y Engels pusieron siempre especial cuidado en situar de modo preciso el papel político e ideológico de las clases, o en otras palabras, incorporaron permanentemente en sus preocupaciones lo que nosotros llamaremos la dimensión nacional de la lucha de la burguesía y, sobre todo, del proletariado, en su conquista del poder.

No intentamos aquí, por ello, repetir los brillantes estudios de Bloom, Haupt o Lowy sobre la cuestión nacional en el marxismo, que se han convertido ciertamente en claves para una correcta ubicación de la problemática nacional en Marx y Engels. Queremos solamente señalar, como problema central a todos ellos, la falta de una redefinición del tema a través de la dimensión política más general inserta en los estudios de Marx y Engels: consideramos que el estudio de la nación no puede ser ajeno al estudio de la política y, claramente, tampoco puede ser separado del estudio

más específico del poder en toda sociedad capitalista,

Coincidimos con estos autores al afirmar que la cuestión nacional se presenta con toda su amplitud y claridad en el capitalismo, pero sólo en cuanto a que, como Marx afirma, es en este régimen social que las contradicciones de clases adquieren su forma más pura y también más descarnada; en que el capitalismo es el modo de producción que más precisamente incorpora a las fuerzas productivas a la acción política, y tiende permanentemente a elevar los conflictos de la producción en la dirección de la política y del poder social más general.

Nuestro estudio incorpora la dimensión económica en dos sentidos básicos: en cuanto a que toda sociedad se plantea tareas de destrucción de las sociedades anteriores y construcción de una sociedad superior de acuerdo con las condiciones materiales, económicas y sociales, necesarias y suficientes para su realización; y en el sentido más general, que la política es la verdadera expresión concentrada de la economía, es decir, que las clases se expresan en su actividad política como verdaderos sujetos históricos de la transformación social, y que es su antagonismo, el modo y grado específico en que se ha desarrollado su antagonismo, lo que le confiere a la sociedad en su conjunto una orientación histórica determinada.

La recuperación de la dimensión política en el análisis de la nación supone, entonces, el reconocimiento básico de la contradicción histórica de la existencia de propietarios y desposeídos como el elemento fundador de las relaciones sociales, pero, igualmente, supone la incorporación de los hombres como sujetos acti-

vos, conscientes y voluntarios, de las relaciones sociales a la acción organizada para la transformación de dichas relaciones. Es en la articulación de estos dos niveles de análisis donde reside, pensamos, la gran riqueza del pensamiento de Marx y Engels: ni voluntarismo ni economicismo; el análisis de totalidades orgánicas en movimiento y, aún más, la lucha permanente de los hombres por su emancipación de toda opresión.

Hemos afirmado ya que nuestro análisis no se pretende exhaustivo, pero es preciso que aclaremos que ni la riqueza del pensamiento de ambos autores ni la inclusión de todas sus preocupaciones sobre un tema -necesariamente articulado siempre, por lo demás, con todo su pensamiento- pueden ser el resultado de un solo trabajo. El riesgo siempre es grande: la unilateralización o deformación de su pensamiento se ha dado hasta la actualidad justamente por la vía de un menosprecio o reducción teórica o ideológica de elementos que constituyen partes de un todo coherente. Procuraremos, sin embargo, evitar dicho riesgo no deteniéndonos en aspectos particulares referidos a un proceso histórico preciso (como ocurre frecuentemente, por ejemplo, con los análisis sobre la cuestión colonial, o la discusión sobre naciones históricas y ahistóricas), ni tampoco en las innumerables apreciaciones sobre el modo específico de surgimiento de las naciones modernas (y el desarrollo consiguientemente general de la relación entre capitalismo y nación).

Nuestro análisis se concentrará, más bien, en el camino que recorre una clase de la economía a la política, en el transcurso histórico y social de la conversión de una clase en representante de toda la sociedad, es decir, en actor político fundamental de la nación.

A. *Estado y Cuestión Nacional en Marx y Engels*

En efecto, si seguimos de algún modo la trayectoria de los escritos de Marx desde 1843, encontraremos que lo que muchos autores conocen como el paso de la filosofía a la política no es sino el proceso de síntesis y de encarnación en una clase, el proletariado, de toda la historia de opresión social, económica y política de los propietarios sobre los desposeídos, pero también, el estudio de cómo esta clase es la portadora tanto de la revolución social contemporánea como de la emancipación humana más general.

Al hacer la crítica del Estado prusiano, Marx define su poder como la usurpación más completa de las funciones sociales de organización y conducción de los individuos. "El Estado afirma es el mediador entre el hombre y la libertad del hombre." (1) El Estado es la encarnación de la oposición de la vida social y la vida material del hombre, del interés privado, económico, y el interés social, político, comunitario. El Estado se apropia de la vida social y somete a los hombres a la escisión de su existencia: presupone su oposición material, pero, al erigirse en poder sobre los individuos, impone una generalidad, la de la igualdad de todos ante la ley.

En la sociedad burguesa, la generalidad impuesta no es otra que la de la sociedad capitalista. Y la libertad política en el capitalismo es sobre todo expresión del interés egoísta de la clase en el poder. Al analizar la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, producto revolucionario de la Francia de 1793, Marx afirma que la libertad allí consagrada no es más que la de la libertad privada (el único límite de la libertad personal es la libertad de los otros), la libertad del egoísmo y del aislamien

to. El Estado revolucionario y sus principios políticos son expresiones del arribo al poder de la burguesía, y de la conversión de esta clase en la representante de toda la sociedad de su tiempo:

"La seguridad es el supremo concepto social de la sociedad burguesa, el concepto de orden público: la razón de existir de toda la sociedad es garantizar a cada uno de sus miembros la conservación de su persona, de sus derechos y de su propiedad."(2)

La sociedad se encuentra dominada por una clase y por un Estado que consagran la propiedad privada por encima de todos los -- otros derechos del hombre; la verdadera libertad no puede radicar en estos principios, sino en la potenciación efectiva de la actividad social de los hombres, en la superación de todo egoísmo, de toda noción de beneficio individual que enfrente a unos hombres con otros:

"Sólo cuando el hombre real, individual reabsorba en sí mismo al abstracto ciudadano, y como hombre individual, exista a nivel de especie en su vida empírica, en su trabajo individual, en sus relaciones individuales; sólo --- cuando habiendo reconocido y organizado sus 'fuerzas propias' como fuerzas *sociales*, ya no separe de sí la fuerza social en forma de fuerza *política*, sólo entonces se habrá cumplido la emancipación humana."(3)

Más adelante, en la Introducción a la CRITICA DE LA FILOSOFIA DEL DERECHO DE HEGEL, Marx introduce el tema de la revolución, y distingue revolución parcial de revolución radical:

"¿En qué se basa una revolución parcial, meramente política? En que una parte de la sociedad burguesa se emancipa y accede al dominio general, en que una clase emprende, basándose en su situación especial, la emancipación general de la sociedad. Esta clase libera a toda la sociedad, pero sólo bajo el presupuesto de que la sociedad entera se encuentra en la situación de esta clase."(4)

La clase burguesa eleva su propio interés al interés general de toda la sociedad, pero no logra despojarse verdaderamente

de todas las limitaciones inherentes a su propia condición. La liberación social que emprende no supera el horizonte estrecho de la defensa de la propiedad privada, y es por ello que no constituye sino un paso adelante respecto a la forma de opresión anterior. Sin embargo, Marx comprende de modo genial que no es el interés estrecho de una clase lo que le permite convertirse en clase dominante, ni su egoísmo particular lo que le abre la representación general de la sociedad. "Sólo en nombre de los derechos generales de la sociedad puede reclamar una clase específica para sí el poder general." (5) Sólo en cuanto impulsa el desarrollo histórico de la comunidad puede una clase ascender a la dominación sobre ella. El principio de la elevación de la comunidad a la política y, con ella, de la representación de sus necesidades históricas - constituye el eje de la dominación capitalista.

La formación de una representación política de la comunidad no es, sin embargo, un hecho que pueda definirse voluntariamente, ni supone la subordinación automática de la sociedad a principios abstractos definidos con mayor coherencia o convicción que otros. En forma muy precisa, Marx nos conduce al modo en que una clase - logra establecer su interés como el interés general en el análisis de la realidad histórica de cada sociedad:

"Para que la revolución de un pueblo coincida con la emancipación de una clase específica de la sociedad burguesa, para que un estamento sea tenido por el estamento de toda la sociedad, todos los defectos de ésta tienen que hallarse concentrados en cambio en otra clase, un estamento preciso tiene que atraerse la repulsa general, ser la limitación general en forma palpable, un ámbito social específico tiene que valer como el crimen notorio de toda la sociedad, de modo que la liberación de esta esfera se presente como la liberación general de todos por sí mismos. Para que un estamento sea el estamento de la liberación - *par excellence*, otro estamento tiene que ser a la inversa

el estamento de la opresión manifiesta."(6)

Para que una clase se convierta en representante de toda la sociedad no basta con que así se lo plantee. Es preciso que se hayan agotado todos los recursos políticos de la clase en el poder, es preciso que la clase en el poder represente el retroceso, la opresión manifiesta. Las clases construyen su representación política en lucha antagónica: por el poder o desde el poder. La medida de poder de una clase no puede ser sino la pérdida de poder de otra. Y si en la transición del feudalismo al capitalismo la oposición entre burguesía y aristocracia constituyó el eje decisivo de la contradicción entre dominantes y dominados, si en esa revolución la burguesía requirió y generalmente obtuvo el consenso activo de toda la sociedad para llevar a cabo la sustitución en el poder de la vieja clase dominante y con ella de todo el antiguo régimen, este progreso histórico no puede considerarse sino como un progreso parcial: el de la destrucción de la opresión de una clase para la construcción de la opresión de otra. La generalización de los intereses de la burguesía muestra sus limitaciones cuando enfrenta la formación de una clase verdaderamente universal: el proletariado, encarnación de la verdadera emancipación general humana.

"¿Dónde reside pues la posibilidad positiva de la emancipación alemana?"

Respuesta: En la constitución de una clase con cadenas radicales, de una clase de la sociedad burguesa que no es una clase de la sociedad burguesa, de un estamento que es la disolución de todos los estamentos, de un sector al que su sufrimiento universal le confiere carácter universal; que no reclama un derecho especial, ya que no es una injusticia especial la que padece, sino la injusticia a secas; que ya no puede invocar ningún título histórico, sino su título humano, que, en vez de oponerse parcialmente a las consecuencias, se halla en completa oposición con todos los presupuestos del Estado alemán. Es un ambiente

to, por último, que no puede emanciparse sin emanciparse - de todos los otros ámbitos de la sociedad, emancipando así a todos ellos. En una palabra, es la pérdida total del -- hombre y por tanto sólo recuperándolo totalmente puede ganarse a sí misma. Esta disolución de la sociedad, en la - forma de un estamento especial, es el proletariado."(7)

La generalidad burguesa tiene su contraparte en la universalidad verdadera, radical, del proletariado. La revolución que éste propone no es la destrucción del poder burgués para la construcción de un nuevo poder especial, sino la destrucción de todo poder, la destrucción de todas las clases. El proletariado es la verdadera - clase universal, dice Marx, no por su oposición específica a la burguesía, sino porque es la clase que no tiene sino cadenas en esta - sociedad, la clase cuyo sufrimiento le confiere carácter universal, la clase universalmente desposeída.

Es esta tesis filosófico-política que lleva a Marx al estudio concreto del régimen capitalista: no se trata solamente de comprender los mecanismos ocultos de la producción, o el modo en que la -- burguesía se ha adueñado de la representación general de la sociedad; es el estudio de la construcción de esta clase con "cadenas radicales", y de la perspectiva histórica de la nueva revolución la - aportación verdadera de su obra.

Así, cuando Marx y Engels afirman en LA IDEOLOGIA ALEMANA que "no es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia"(8) están sustentando históricamente el proceso de transformación de todas las sociedades en su opuesto, pero no a través de luchas ideológicas o filosóficas, sino de la lucha - material de los hombres contra la opresión. Marx y Engels muestran cómo es la oposición entre el interés particular y el interés general lo que explica el contenido de la dominación social de una cla-

se, y, en especial, la constitución del Estado para asegurar dicha dominación. Toda lucha que se libra por el poder del Estado es expresión de las luchas reales entre las diversas clases por la oposición histórica entre su interés particular y el interés social.

Del mismo modo, es central la afirmación de que:

"Toda clase que aspire a implantar su dominación, aunque ésta, como ocurre en el caso del proletariado, condicione en absoluto la abolición de toda la forma de la sociedad anterior y de toda dominación en general, tiene que empezar conquistando el poder político, para poder presentar su interés como el interés general, cosa a que en el primer momento se ve obligada."(9)

En la lucha política se enfrenta la representatividad social de las clases. La formación del interés general en el sentido en que lo plantea la clase es la condición necesaria de su ascenso al poder. El Estado es la síntesis de la realización de los intereses particulares de la clase y generales de la sociedad y es por ello que aún el proletariado, la clase radical, debe luchar por la conquista de este poder para derrotar a sus enemigos, erigirse en representante general de la sociedad, y entonces, llevar a cabo sus objetivos históricos.

En la noción de interés común o de comunidad se expresa una de las preocupaciones de Marx y Engels. La comunidad es el lugar de disolución aparente de todas las contradicciones, la expresión del carácter general de un régimen social y, sin embargo, no es, hasta el capitalismo más que la forma de ocultar los mezquinos intereses de las sucesivas clases dominantes. "Lo general afirman es siempre la forma ilusoria de la comunidad."(10)

La cuestión fundamental, entonces, es encontrar el núcleo de la dominación clasista, el modo de su ocultamiento en cada sociedad

("Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época") (11), para encontrar el camino de la reapropiación de la libertad del hombre, la superación de toda opresión, de toda contradicción en la formación de una verdadera comunidad humana.

"De toda la exposición anterior se desprende que la relación de comunidad en que entran los individuos de una clase, relación condicionada por sus intereses comunes frente a un tercero, era siempre una comunidad a la que pertenecían estos individuos solamente como individuos medios, solamente en cuanto vivían dentro de las condiciones de existencia de su clase; es decir, una relación que no los unía en cuanto tales individuos, sino en cuanto miembros de una clase. En cambio, con la comunidad de los proletarios revolucionarios, que toman bajo su control sus condiciones de existencia y las de todos los miembros de la sociedad, sucede cabalmente lo contrario; en ella toman parte los individuos en cuanto tales individuos. Esta comunidad no es otra cosa, precisamente, que la asociación de los individuos (partiendo, naturalmente, de la premisa de las fuerzas productivas tal y como ahora se han desarrollado), que entrega a su control las condiciones del libre desarrollo y movimiento de los individuos, condiciones que hasta ahora se hallaban a merced del azar y habían cobrado existencia propia e independiente frente a los diferentes individuos precisamente por la separación de ellos como individuos, y que luego, con su necesaria asociación y por medio de la división del trabajo, se habían convertido en un vehículo ajeno a ellos." (12)

Para Marx, es el proletariado la única clase portadora de la verdadera comunidad humana, la de la asociación de los individuos libres la comunidad en que lo general será la forma proyectada de la comunidad real.

Con el estudio de los textos citados de Marx y Engels pretendemos ahora introducir una lectura distinta del MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA, que es el lugar donde articulan la dimensión política de la lucha clasista con la forma nacional en que se expresa bajo el capitalismo.

La lucha nacional es en El Manifiesto el primer objetivo polí

tico de la burguesía pero no entendido en el sentido estrecho de la concepción nacionalista burguesa, sino como el resultado de la conjunción de fuerzas sociales y políticas en la formación de la comunidad capitalista. Universalidad es aquí también capacidad de dirección política de una clase sobre el conjunto de la sociedad, y lucha contra todos los particularismos que se oponen a la unificación nacional determinada por la hegemonía de dicha clase.

Marx y Engels afirman que "la historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases"(13), de lo que derivan la conclusión fundamental del carácter clasista de toda dominación en la historia, y la conformación de sociedades (comunidades) sobre la base de la contradicción.

"La burguesía moderna es fruto de una serie de revoluciones en el modo de producción y cambio"(14). La burguesía es la clase que más ha revolucionado la sociedad, y bajo cuya dirección se ha producido más riqueza que en todos los regímenes históricos anteriores. La burguesía se ha conformado como poder económico y ha convertido a la producción en la fuente de la universalización de su poder: la generalización del régimen mercantil, con la incorporación a él de la fuerza de trabajo, ha sido el sustento de la ideología revolucionaria de igualdad, libertad y fraternidad, distintivo de la burguesía moderna. Sin embargo, el verdadero poder de la burguesía no se estableció sino hasta que logró dominar sobre el Estado, es decir, hasta que su predominio económico y social se expresó en la totalidad de la vida comunitaria: "...la burguesía, después del establecimiento de la gran industria y el mercado universal, conquistó finalmente la hegemonía exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno."(15)

La burguesía es la primera clase "universal" en dos sentidos: primero, en cuanto a que las necesidades del mercado la llevaron a expandir internacionalmente su intercambio, sus relaciones comerciales, y con ellas, sus relaciones de poder; y segundo, en cuanto a que la administración de la sociedad la obligó a incorporar a la actividad social y política más plena a ciudadanos libres e iguales, las masas de obreros, artesanos, campesinos y pequeños burgueses de las sociedades de transición al capitalismo.

Esta "doble universalidad" de la burguesía confirma y rompe simultáneamente las barreras nacionales que eran el límite histórico del feudalismo. La burguesía internacionaliza las mercancías y las ideas, la organización social y su dominio político:

"...la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras... -- Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a -- adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza." (16)

La burguesía traslada la lucha de clases del plano nacional al internacional, y al establecer el dominio capitalista en todas las sociedades, introduce en ellas las contradicciones que las obligarán a sucumbir. Con el expansionismo colonial, arrastra a la miseria y a la opresión a todos los desposeídos del mundo, sus futuros ejércitos enemigos. La burguesía revoluciona, así, no sólo la técnica y las comunicaciones, sino todo el modo de producción y las relaciones sociales mundiales.

El rasgo distintivo de la dominación de la burguesía es la -- centralización del poder económico y político, y este proceso característico es la base del progreso histórico introducido por ella.

"Ha aglomerado la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en manos de unos pocos. La consecuencia obligada de ello ha sido la centralización política. Las provincias independientes, ligadas entre sí únicamente por lazos federales, con intereses, leyes, gobiernos y tarifas aduaneras diferentes han sido consolidadas en *una sola* nación, bajo un solo Gobierno, una sola ley, un solo interés nacional de clase y una sola línea aduanera."(17)

La concentración y centralización de las decisiones políticas en el Estado capitalista ha desatado fuerzas sociales antes desconocidas, y ha elevado a los trabajadores a la oposición organizada, económica, social y política, a la contradicción entre interés particular e interés colectivo, entre ganancia capitalista y propiedad privada de los medios de producción, y trabajo asalariado, como producción social de la riqueza.

El proceso de conformación de la fuerza social del proletariado es, sin embargo, muy diverso de la de la burguesía: es la vida económica, la relación mercantil entre el trabajo asalariado y el capital lo que introduce el antagonismo entre una y otra clase. Sin embargo, el proceso de organización de la identidad del proletariado mismo está sujeto a la organización del mercado capitalista, y debe enfrentar los obstáculos que le opone constantemente la clase dominante:

"El proletariado pasa por diferentes etapas de su desarrollo. Su lucha contra la burguesía comienza con su surgimiento: al principio, la lucha es entablada por obreros aislados, después, por los obreros de una misma fábrica, más tarde, por los obreros del mismo oficio de la localidad contra el burgués que los explota directamente... En esta etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y disgregada por la competencia. Si los obreros forman masas compactas, esta acción no es todavía consecuencia de su propia unión, sino de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus propios fines políticos debe -y por ahora aún puede- poner en movimiento a todo el proletariado. Durante esta etapa, los proletarios no combaten contra sus propios enemigos, sino contra los ene

migos de sus enemigos, es decir, contra los restos de la monarquía absoluta, los propietarios territoriales y los pequeños burgueses."(18)

Las primeras formas de organización obrera están doblemente determinadas por la burguesía: en primer lugar, por la lucha de esta clase consolidar su dominación social, en la lucha contra sus enemigos. Desde sus inicios, el proletariado se ve introducido por la burguesía a la actividad política, y la lucha por las libertades políticas se convierte en el eje de su propia iniciativa. Su aprendizaje, sin embargo, supone la organización fabril y, con ello, la superación de las limitaciones de la burguesía en su propia organización (el individualismo, la lucha por obtener mayores beneficios del capital y la defensa de la propiedad privada). Paralelamente, el proletariado lucha ya por la defensa de su trabajo y por el mejoramiento de sus condiciones generales de vida frente a sus patrones, los capitalistas. Su situación de desposeído le confiere a su lucha una radicalidad de la que carece la propia burguesía, y es por ello que, aún en la subordinación que suponen los primeros estadios del desarrollo capitalista, la clase obrera se revela ya como una "clase con cadenas radicales". Según Marx, el propio desarrollo de la burguesía, su carácter nacional universal y su proyección internacional harán -a su pesar- el resto en lo que a la elevación de la lucha del proletariado se refiere.

"...basta ese contacto para que las numerosas luchas locales que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, una lucha de clases. Mas toda lucha de clases es una lucha política. Y la unión que los habitantes de las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, tardaron siglos en establecer, los proletarios modernos, con los ferrocarriles, la llevan a cabo en unos pocos años."(19).

Marx afirma que la unificación de las luchas locales del pro

letariado conlleva la centralización de una lucha nacional, que, - sin embargo, es una lucha cualitativamente distinta de la burguesía para alcanzar la hegemonía. Marx afirma que "esta organización del proletariado en clase, y por tanto en partido político..." es una lucha eminentemente consciente y voluntaria, dirigida al fin específico de la terminación de la opresión de una clase por otra, y con ella, de la terminación de toda opresión.

El carácter consciente y voluntario de la lucha nacional del proletariado está dado por dos elementos: en primer lugar, por la imposibilidad de arrebatarle el poder económico a la burguesía, como ésta lo hiciera con la aristocracia, mediante la sola potenciación de su actividad económica. En segundo lugar, por el reconocimiento de la necesidad de enfrentar a la burguesía no sólo en el plano local, sino en la concentración máxima de su dominación en el Estado y, por ello, en el plano más general de las relaciones de todas las clases en la sociedad capitalista. Es por ello que la lucha política nacional del proletariado está presidida por el partido: es ésta la organización centralizada para la preparación de la futura revolución proletaria, la dirección de la masa de trabajadores oprimidos en su lucha por el socialismo.

El proletariado utiliza las armas que le proporciona la burguesía para preparar su lucha en contra de esta clase, pero supera los medios históricos desarrollados por el régimen capitalista al poner por delante de toda competencia la solidaridad en la lucha contra la opresión: el proletariado no compete, como la burguesía, por la ganancia, y es ésta la más importante debilidad de la burguesía en su enfrentamiento con la nueva clase revolucionaria. Es aquí que se evidencia el particularismo de la burguesía frente a

la universalidad proletaria.

"Todos los movimientos han sido hasta ahora realizados -- por minorías o en provecho de minorías. El movimiento -- proletario es un movimiento propio de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, capa inferior de la sociedad actual, no puede levantarse, no puede enderezarse, sin hacer saltar toda la superestructura formada por las capas de la sociedad oficial."(20)

El proletariado es la única clase verdaderamente revolucionaria de la sociedad contemporánea. Y sin embargo, su liberación no puede sino "hacer saltar" toda la opresión del resto de la sociedad bajo el capitalismo. La liberación del proletariado no puede ser la liberación de una sola clase para imponer una nueva dominación, sino la liberación humana para la destrucción radical y definitiva de todos los vestigios de las sociedades establecidas sobre la base de la propiedad privada de los medios de producción, que es la fuente de toda dominación.

Es aquí que cobra una perspectiva distinta la consideración polémica de que

"Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del - proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. Es natural que el proletariado de cada - - país deba acabar en primer lugar con su propia burguesía." (21)

El primer objetivo político de la clase obrera es enfrentar la representación social de la burguesía; no solamente como clase opresora en la sociedad capitalista, sino como la heredera de todas las clases opresoras de la historia. La clase obrera debe -- acabar con su propia burguesía en el ámbito de la lucha política nacional; dar forma concreta, estatal, a la revolución proletaria. Con la conquista del Estado, la clase obrera da expresión superior a su hegemonía frente a la sociedad; se presenta como la dirección

política, social y cultural de todas las luchas parciales de las clases explotadas. Pero esta liberación es apenas una primera etapa en la lucha histórica de la clase obrera. Al eliminar este primer bastión de la existencia nacional (o también en este sentido - universal) de la clase burguesa e imponer su propia universalidad no destruye inmediatamente las redes del poder de toda la clase capitalista. La burguesía ha revolucionado la sociedad mundial y ha impuesto su dominio en todas las sociedades, aún en las más atrasadas, por lo que el proletariado mundial debe realizar una lucha internacional por la liberación de todas las sociedades del yugo capitalista: es éste el verdadero contenido universal de su lucha. - Es claro, por ello, que la organización histórica de la clase obrera sea, desde la perspectiva de Marx, una organización de carácter internacional, cuya "forma" nacional dependerá del desarrollo de la lucha de clases en cada país. La Liga de los Comunistas y, posteriormente la Asociación Internacional de los Trabajadores, serán expresión del avance de la lucha de la clase obrera por transformar el contenido de la opresión general del capitalismo. Así, Marx afirma que

"Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y por otra parte, en que, en las diferentes fases del desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto."
(22)

Marx ha introducido ya en otros textos el tema de la diferencia entre interés nacional e interés general. (23) El interés nacional - del proletariado es resultado de su experiencia en la lucha de clases en cada -

país; es el modo específico, la forma diría Marx, en que el proletariado -- representa los intereses de toda la sociedad, oponiéndolos a los -- de la burguesía y en combate permanente con ella. Es natural que dichos intereses no se refieran solamente a la lucha directa entre capital y trabajo, sino que abarquen todo el conjunto de la vida social (las relaciones sociales, culturales, ideológicas, políticas y hasta militares, así como el conjunto de condiciones generales para la producción y la reproducción de la vida social en un determinado país), concentrada particularmente en el Estado. Por esta razón, la lucha nacional del proletariado es, ante todo, una lucha por el poder del Estado, y es sólo este poder el que puede -- en última instancia conferir una dimensión nacional a la lucha de clases.

"Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatarse lo que no poseen. Más, por cuanto el proletariado debe, en primer lugar conquistar el poder político, elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación, todavía nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués..."(24)

El interés general, en cambio, se refiere al funcionamiento y la organización universal del modo de producción capitalista, y al proceso de proletarianización que éste conlleva. Los intereses generales del proletariado no pueden estar reducidos al marco estrecho de la lucha nacional, sino que se proyectan en la escena internacional, eje central del funcionamiento del régimen capitalista. -- Una vez destruido el capitalismo mundial, e implantada la dominación general del proletariado, la comunidad internacional de los -- trabajadores disolverá toda forma concentrada de la existencia del interés general. Reabsorberá organizadamente sus funciones universales en la forma de la asociación libre de todos los hombres.

"En la misma medida en que sea abolida la explotación de un individuo por otro, será abolida la explotación de una nación por otra.

Al mismo tiempo que el antagonismo de las clases al interior de las naciones desaparezca, desaparecerá la hostilidad de las naciones entre sí."(25)

Es evidente que las consideraciones teóricas de Marx estaban determinadas por su propia lucha política. Cuando en 1847, Marx y Engels dirigen la transformación de la Liga de los Justos en Liga de los Comunistas, tienen presente la necesidad de diferenciar la lucha internacional del proletariado y su organización consciente revolucionaria, de la política burguesa.

Aún cuando es sólo hasta el fin de las revoluciones del '48 que se muestra la traición de la burguesía a su propio programa -- revolucionario, es cierto que, en la perspectiva de la lucha obrera, sólo los comunistas ven a esta clase como el impulsor de la verdadera transformación radical, así como al único sector social en condiciones de oponerse decididamente a la nueva opresión fundada por la burguesía.

La derrota del proletariado revolucionario europeo en el '48 mostró a Marx y Engels, sin embargo, que el impulso masivo de rebelión contra el orden establecido era insuficiente para su liquidación. Si ambos llegaron a una conclusión importante a partir de esa fecha, fue la de que no existían aún las condiciones materiales que hicieran posible la revolución proletaria. En Francia, la burguesía había consolidado una alianza reaccionaria con el campesinado, y había fundado en ella el aplastamiento del proletariado y el desarrollo acelerado del régimen capitalista. En Alemania, la burguesía había establecido compromisos con la aristocracia terrateniente (los junkers) para la unificación nacional, excluyendo

de toda actividad política a las clases populares. El proletariado no era aún, en esos u otros países europeos, una clase verdaderamente nacional.

Por su parte, el análisis de la dominación inglesa sobre Irlanda, la India y posteriormente Polonia en la década del '60 mostraron a Marx y a Engels en toda su crudeza las perspectivas internacionales de la lucha de clases.

Así, tal y como lo plantea Renato Levrero, cuando Marx afirmaba en EL CAPITAL que "un país avanzado no hace más que mostrar - al menos desarrollado la imagen de su propio futuro", no estaba desarrollando una tesis eurocéntrica, que supusiese la generalización de las economías industriales, de su nivel de producción o su estructura, sino afirmaba que el país menos avanzado alcanzará una fase de *antagonismo de clase* típica del país de más vieja industrialización." (26)

El desarrollo teórico de las tesis de Marx y Engels estaba, pues, estrechamente vinculado a su experiencia política. No hay en Marx una línea dedicada a la especulación teórica y filosófica, sino el análisis complejo derivado de las experiencias políticas y organizativas de la clase obrera de su tiempo.

"Marx nunca se preocupó de la ciencia por la ciencia en sí. Fue su compromiso de luchar por la liberación proletaria lo que lo impulsó a desarrollar una ciencia de la historia. Además, como debe hacerlo todo activista político, guió su actuación en el movimiento obrero, con los conocimientos teóricos y prácticos que pudo reunir en su época." (27)

B) *Nación y civilización moderna en la época de la Segunda Internacional. La teoría de Kautsky*

Con frecuencia, los analistas sociopolíticos pretenden una lectura ahistórica de Marx. Se olvidan que, tal como él lo planteó, "No basta con que el pensamiento apremie su realización; la realidad misma tiene que requerir al pensamiento." (28) No pueden existir lecturas abstractas, es decir, que no estén plenamente determinadas por la realidad histórica en que se realizan; y así, el carácter revolucionario de la teoría está fundamentalmente determinado por la existencia de una clase revolucionaria, el proletariado, que con la experiencia de su lucha supera todos los obstáculos insolubles al pensamiento.

La teoría se desarrolla, pues, a partir del proceso de lucha de clases y juega en éste un papel ideológico y político fundamental: el de registro histórico preciso del grado de maduración de estas luchas, y del modo en que éstas tienden a la transición hacia una sociedad superior.

La experiencia histórica de los movimientos revolucionarios europeos fue determinante en la orientación del pensamiento socialista de la Segunda Internacional. La derrota de las revoluciones del cuarenta y ocho había mostrado el agotamiento de la capacidad revolucionaria de la burguesía, pero también la falta de maduración de las aspiraciones revolucionarias del proletariado, tanto desde el punto de vista de las condiciones económicas, como en cuanto a la formación de una fuerza autónoma capaz de derrotar al capitalismo.

En Francia y Alemania, la derrota de las revueltas populares del cuarenta y ocho fue el signo del comienzo de la era de revoluciones "desde arriba", es decir, de la realización de rápidas transformaciones sociales, económicas y políticas que condujeron a la plena consolidación del capitalismo sin la participación política de las masas populares. En particular, el perfeccionamiento de la máquina burocrática y militar estatal modificó las condiciones de enfrentamiento de la burguesía y el proletariado en prácticamente todas las regiones capitalistas del mundo. En lo sucesivo, la burguesía estaría plenamente preparada para suprimir cualquier convulsión social que pretendiera la desestabilización del sistema.

El desarrollo del régimen capitalista entre 1850 y 1870 en Francia y en Alemania llevó a un crecimiento acelerado del proletariado industrial y de sus organizaciones reivindicativas.

La influencia fundamental de estos movimientos no fue, sin embargo, el marxismo, sino concepciones socializantes diversas, -- que van del bakuninismo al lassalleísmo, contra las cuales Marx y Engels emprendieron las más duras batallas en esos años.

En particular, correspondió a Lassalle la responsabilidad de organizar en Alemania, en 1863, la Asociación General Alemana de Trabajadores, primera organización socialista de masas en ese país. La concepción de Lassalle, así como la evolución de su lucha, son expresiones claras del desarrollo desigual del capitalismo alemán: de un lado, la existencia de la monarquía prusiana, aliada a la aristocracia terrateniente y a la burguesía industrial; de otro, -- la masa desposeída de obreros, artesanos y campesinos, privados de todo derecho político y social.

Ello explica que, cuando menos hasta la unidad alemana en -- 1871, el eje fundamental de las demandas de la Asociación fuera el sufragio universal, pero también que, en vista de la debilidad de la burguesía en el Estado prusiano, Lassalle concibiera esperanzas de que la democratización del Estado produciría una socialización acelerada del poder, en favor de los trabajadores.

De modo característico, la lucha de los lassalleanos por la unidad nacional de Alemania, al lado de Bismarck, es expresión clara de su concepción política, precisamente por que en ella se comprometía el desarrollo de la clase obrera y sus organizaciones.

No fue sino hasta 1869 que se fundara en Eisenach un partido marxista (socialdemócrata) bajo la dirección de Wilhelm Liebknecht y August Bebel, que sostenían diferencias sustanciales sobre el -- contenido de la lucha política en Alemania, respecto de los lassalleanos. Sin embargo, la fusión de ambos partidos en 1875 se hizo bajo el sello de la declaración lassalleana de principios, y esta corriente mantendría su hegemonía aún después del congreso de Erfurt en 1891, y sobreviviría hasta la división del Partido en la -- Primera Guerra. La consigna de "Estado popular libre" se convirtió, aún a pesar de las críticas de Marx al programa de Gotha, en el centro de la lucha del partido alemán, y se mantuvo durante los años de prohibición de las organizaciones socialistas por Bismarck (1878-1889). No cabe duda que ésta fue una de las causas de la popularización de la estrategia de la socialdemocracia alemana y, -- más aún, el postulado más determinante de la orientación legalista de su lucha.

Las importantes diferencias de Marx y Engels respecto a es--

tas orientaciones no obstaron para su reconocimiento del partido alemán como la fuerza obrera socialista más importante de su tiempo. Ambos debieron creer que las tendencias reformistas de este partido sucumbirían inevitablemente con el desarrollo de la lucha política y de la propia experiencia de las masas alemanas. Por lo demás, no cabe duda de que el horizonte político que se abrió en Alemania con la lucha política socialdemócrata los llevaba a considerar seriamente la inminencia de la revolución socialista en ese país, previa a cualquier otra transformación de la situación europea.

Ciertamente, otro elemento determinante en la formación teórica y política de la socialdemocracia alemana fue la influencia del pensamiento darwinista. EL ORIGEN DE LAS ESPECIES, publicado en 1859 a pocos meses de diferencia de EL CAPITAL, provocó un impacto por lo menos tan importante como el de la difusión del pensamiento socialista. Aún para Marx y Engels, la obra de Darwin constituía el avance científico más notable de su tiempo, la demostración en la naturaleza de la cualidad revolucionaria de la dialéctica. Prueba de ello es que el propio Marx ofreció dedicar a Darwin el segundo tomo de EL CAPITAL, ofrecimiento que, por cierto, éste declinó.

El darwismo era, como claramente señala Valentino Gerratana, "una atmósfera cultural que se difundía en todas las direcciones coloreando las tendencias más distintas e incluso opuestas." (29) El descubrimiento central de Darwin, la evolución del proceso histórico natural, y la posibilidad de su estudio científico en forma racional fue, indudablemente una aportación para todos aquellos que, como Marx y Engels, estaban ocupados en el estudio cien-

tífico de la realidad.

De acuerdo con el propio Gerratana,

"En EL ORIGEN DE LAS ESPECIES la idea del evolucionismo, la concepción de la naturaleza como proceso histórico recibe al fin, por vez primera, una base enteramente científica, es decir, racional y empírica al mismo tiempo. - Al igual que la recolección, la clasificación y el análisis de los datos empíricos, también las hipótesis puramente racionales son parte integrante de la historia de la ciencia como momentos constitutivos de su desarrollo. Pero el resultado objetivo de este movimiento cognoscitivo, la verdad científica, solamente se alcanza cuando investigación empírica e interpretación racional coinciden. Esa coincidencia no se había alcanzado en la teoría de la evolución antes de Darwin."(30)

Ahora bien, la polémica evolucionista tuvo, obviamente, consecuencias sociales que escapan por completo a los alcances de la obra del propio Darwin. En algunos ámbitos, el darwinismo social se convirtió en una tendencia reaccionaria que permitía supuestamente demostrar la justeza de los privilegios sociales por la tesis de la supervivencia de "los más fuertes". Sin embargo, en el marco del ambiente cultural, social y político de Alemania de fines del siglo pasado, el evolucionismo de Darwin chocaba más bien con las concepciones ideológicas y científicas más reaccionarias. Ésa era su gran valor social.

En Alemania el desarrollo y la difusión del pensamiento marxista estaban determinados por una doble lucha: el enfrentamiento con las corrientes teóricas y sociales que pretendían negar el carácter científico de la concepción materialista de la historia, y el enfrentamiento con quienes, desde una posición conservadora o pretendidamente radical, despreciaban la importancia de la lucha política organizada de la clase obrera para su emancipación. El socialismo debía abrirse paso frente a todas las concepciones que

pretendieran retrasar u obstaculizar su progreso histórico. Y es a esta tarea que se orientó en especial Engels, durante los años que sobrevivió a Marx.

Ello explica la importancia del ANTI DÜHRING, obra que Engels escribiera para atacar las deformaciones teóricas y políticas del socialismo, así como la multitud de cartas que enviara a aliados y adversarios políticos con la intención de aclarar a todos los puntos particulares de la teoría marxista que pudieran prestarse a confusiones o malentendidos.

En particular, el ANTI DÜHRING fue recibido como la nueva enciclopedia marxista, tanto en los círculos teóricos de la socialdemocracia, como en los grupos intelectuales alemanes. Como señala Franco Andreucci, todos aquellos que se acercaban al socialismo "buscaban en las ciencias sociales, como en Marx y Engels, una concepción general y unitaria del mundo, una doctrina capaz de ofrecer una auténtica filosofía de la historia." (31)

El ANTI DÜHRING era, para Engels, un esfuerzo de refutación de las concepciones de todos aquellos que pretendían estudiar los hechos sociales bajo una perspectiva marxista, pero sin pasar por el estudio científico detallado de esta teoría, y de la práctica social. Engels se pronunciaba aquí no solamente contra Dühring, sino contra quienes, bajo el pretexto de desarrollar un socialismo "popular", deformaban el pensamiento socialista y desviaban su orientación revolucionaria.

Es cierto, sin embargo, que algunas explicaciones fallidas de Engels sobre la dialéctica, así como el uso recurrente de ejemplos de la ciencias naturales para ilustrar fenómenos sociales con

dujeron, particularmente en esta obra, a reforzar equívocos diversos en la formación de los teóricos e intelectuales socialistas de su tiempo. Como lo señala Hans Josef Steinberg:

"...al recurrir al gran prestigio de las ciencias naturales y en especial de la teoría de la evolución a fin de demostrar la universalidad de la dialéctica y por tanto la validez del materialismo histórico, no se podía evitar el caer en equívocos de graves consecuencias en una generación de jóvenes teóricos fuertemente sometidos a la influencia de las ciencias naturales en forma de un darwinismo degenerado en vitalismo. La interpretación evolucionista de las afirmaciones marxianas llevó a pensar que el determinismo económico era el elemento verdaderamente importante de la doctrina marxiana, con el resultado de destruir la síntesis de relaciones económicas y de actividad política revolucionara." (32)

Por su parte, el auge político electoral de los socialistas alemanes después de la derogación de las leyes antisocialistas de Bismarck pareció reforzar las tendencias ya mencionadas de la concepción estatal de ese partido e incluso planteó a algunos de sus dirigentes la necesidad de reformular sus tesis sobre la transición al socialismo. En un texto muy discutido, el propio Engels afirma que la estrategia de las revoluciones del cuarenta y ocho resulta anticuada para las condiciones sociopolíticas del fin de siglo europeo. Ante la fortificación de los ejércitos burgueses, la formación de las barricadas en las calles le parecía una ingenuidad imperdonable.

El éxito de la lucha electoral del partido obrero alemán mos traba las posibilidades de una nueva forma de lucha revolucionaria y ampliaba el horizonte respecto a los caminos por los que podía convertir la fuerza socialista en la fuerza predominante de la sociedad.

"Los obreros alemanes -afirma en la Introducción del 95 a las Luchas de Clases en Francia, de Marx- han transformado el sufragio... de medio de engaño que había sido hasta aquí en instrumento de emancipación. Y aunque el sufragio universal no hubiese aportado más ventajas que la de permitirnos hacer un recuento de nuestras fuerzas cada -- tres años; la de acrecentar en igual medida, con el aumento periódicamente constatado e inesperadamente rápido del número de votos, la seguridad en el triunfo de los obreros y el terror de sus adversarios, convirtiéndose con -- ello en nuestro mejor medio de propaganda; la de informar nos con exactitud acerca de nuestra fuerza y de la de todos los partidos adversarios, suministrándonos así el mejor instrumento posible para calcular las proporciones de nuestra acción y precaviéndonos por igual contra la timidez a destiempo y contra la extemporánea temeridad; aunque no obtuviésemos del sufragio universal más ventaja -- que ésta, bastaría y sobraría. Pero nos ha dado mucho más. Con la agitación electoral, nos ha suministrado un medio único para entrar en contacto con las masas del pueblo -- allí donde están todavía lejos de nosotros, para obligar a todos los partidos a defender ante el pueblo, frente a nuestros ataques, sus ideas y sus actos; y, además, abrió a nuestros representantes en el parlamento una tribuna -- desde lo alto de la cual pueden hablar a sus adversarios en la Cámara y a las masas fuera de ella con una autoridad y una libertad muy distintas de las que se tienen en la prensa y en los mítines.(33)

La utilización de una nueva arma revolucionaria por parte -- del proletariado no llevaba en Engels a una confusión, a un "cretinismo parlamentario", ni al abandono de la doctrina revolucionaria de Marx. El estudio de las nuevas condiciones obligaba, más bien, a la consideración de nuevas necesidades y formas de lucha que preparasen con mayor eficacia el enfrentamiento final de las clases en pugna. Sobre todas las cosas, la nueva forma de lucha estaba destinada a enfrentar lo que Engels mismo llamaba el mejoramiento de las condiciones de lucha de la burguesía y el empeoramiento de las condiciones de lucha del proletariado.

"La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trata de una transformación completa de la organización social tienen que intervenir directamente las masas, tienen

que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, - porque dan su sangre y su vida. Esto nos lo ha enseñado - la historia de los últimos cincuenta años. Y para que -- las masas comprendan lo que hay que hacer, hace falta una labor larga y perseverante. Esta labor es precisamente - la que estamos realizando ahora, y con un éxito que sume en la desesperación a nuestros adversarios. Mantener en marcha ininterrumpidamente este incremento, hasta que se desborde por sí mismo el sistema de gobierno actual; no desgastar en operaciones de descubierta es ta fuerza de choque que se fortalece diariamente, sino - conservarla intacta hasta el día decisivo: tal es nuestra tarea principal."(34)

Ahora bien, es comprensible que, frente a la marea del crecimiento de la fuerza socialista, y la amplia difusión internacional de la nueva estrategia, las advertencias de Engels sobre "el día decisivo", sobre la "batalla final" u otras alusiones al estallido - revolucionario pasaran inadvertidas, fueron minimizadas o aún - como ocurriera efectivamente- suprimidas en algunas ediciones del - texto, por contravenir la corriente general, plena por lo demás de optimismo y oportunismo.

Hemos analizado algunas de las condiciones de la difusión -- del marxismo en la Alemania de finales del siglo pasado. Intentaremos mostrar ahora cómo actúan los elementos señalados en uno de los teóricos más importantes de la socialdemocracia alemana, y más influyentes del socialismo internacional, Karl Kautsky.

Las deformaciones de la concepción kautskiana, consideradas como ortodoxia marxista en los años '80 y '90 del siglo pasado, - son, ante todo, un producto histórico del reformismo alemán, plena mente arraigado en el medio obrero y socialista, tal y como lo --- muestran los programas de Gotha en 1875, y de Erfurt, en 1891. La fusión de reformismo y evolucionismo en Alemania sería el signo -- distintivo de la socialdemocracia, y, lo que es más grave aún, el

emblema de la difusión mundial del falso marxismo en la época de la Segunda Internacional.

Lenin afirma que en 1914, Kautsky traicionó la causa obrera revolucionaria. A partir de esta fecha, el teórico de la socialdemocracia alemana pasó a ser un "renegado", un "socialchovinista", un "oportunista".

Nuestra hipótesis supone, en cambio, que la traición que --- efectivamente ocurrió no fue "un rayo sobre un cielo sereno". Puede explicarse por la actividad teórica y política del que fuera -- ideólogo y dirigente de la socialdemocracia alemana, desde que era considerado el marxista más ortodoxo a la muerte de Engels.

En una somera revisión de algunos textos teóricos y políticos de Kautsky previos a 1914, un lector cuidadoso puede percatarse de que, lo que a primera vista parecen formulaciones didácticas del pensamiento de Marx y Engels son, en verdad, sutiles deformaciones de conceptos fundamentales: la dialéctica la noción de lo histórico-natural, el concepto de determinación económica, la relación economía-política, se ven sometidos a una nueva perspectiva, la de su simplificación y mecanización.

Podemos encontrar algunos ejemplos en LA DOCTRINA SOCIALISTA, traducida al español en 1909. En esta obra, Kautsky pretende una defensa cerrada del marxismo frente a las posiciones revisionistas de Eduard Bernstein.

En el contexto de una discusión sobre la cientificidad del marxismo, y del peso que en él tiene la determinación económica, Kautsky afirma de modo terminante:

"¿Pero qué es la ciencia?" El conocimiento razonado de las relaciones necesarias y naturales de los fenómenos. Luego los fenómenos que por su complejidad no hayan permitido descubrir aún sus relaciones necesarias, de modo que no podamos ver en ellos más que el juego del acaso y de lo arbitrario, caen fuera del dominio de la ciencia. El progreso de la ciencia consiste en limitar el dominio del --acaso y de lo arbitrario, extendiendo el de la necesidad reconocida.

El gran mérito de Marx y de Engels consiste en haber hecho entrar, con más éxito que sus antecesores, los hechos históricos en el dominio de los hechos necesarios, elevando así la Historia a la categoría de ciencia."(35)

Suponer que la ciencia es el estudio de relaciones necesarias y naturales es tanto como afirmar su condición ahistórica y su contenido complementario. Para Marx, en cambio, el carácter científico del socialismo está determinado por el desentrañamiento de las relaciones de contradicción que subyacen a todas las sociedades humanas hasta el capitalismo. Es en este sentido que afirma en *El Manifiesto* que la historia de todas las sociedades hasta ---nuestros días es la historia de la lucha de clases.

El razonamiento de Kautsky está más bien orientado a demostrar que el control de los acontecimientos es posible mediante su previsión, lo que es tanto como asumir que el conocimiento de los antecedentes permite suponer el de los consecuentes. Mediante este tipo de argumentación Kautsky establece la causalidad como --fundamento de la ciencia, lo que le permite trasladar al socialismo al plano del evolucionismo.

En el mismo texto, Kautsky declara enfáticamente que la determinación económica es una ley del socialismo científico, que tiene el mismo valor que cualquier ley de las ciencias naturales, sólo que matizada por la acción consciente de los seres humanos, --es decir, el conocimiento previo de sus efectos, lo que permite acelerarlos.

"Pero la sociedad, ¿no puede abreviar y dulcificar los dolores del alumbramiento de las fases de la evolución natural? Ciertamente, pero ¿cómo? Haciéndose cargo de la necesidad de estas fases. Mas este acto no es una cosa arbitraria; depende de la naturaleza de nuestro intelecto, del poder de nuestros medios de investigación, del medio que determina nuestro punto de vista.
...Sin duda, la evolución social no se verifica en ninguna parte mecánicamente; es el resultado de la acción y -- del esfuerzo de seres conscientes; no se verifica maquinalmente del mismo modo en todas partes. Pero ¿prueba es to que no sea necesaria?"(36)

En la defensa de la "ley de la determinación económica", -- Kautsky introduce el elemento ideológico, es decir, la conciencia -- que los hombres pueden tener de su situación, como la única forma -- de matización de sus efectos; cita el pasaje de Marx en el Prólogo a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* para mostrar que la lucha de la clase obrera por su liberación es fundamentalmente una lucha ideológica, o por el desarrollo de su conciencia. En su lógica, la economía aparece como un hecho ajeno a la acción humana, casi podríamos decir técnico o factual, mientras que la historia de los hombres parece realizarse en el plano de las ideas. La separación radical que establece entre la economía y otros aspectos de la vida social y la exageración del papel de la actividad económica en la determinación de la vida social le llevan a desdeñar toda otra expresión de la misma.

Según Kautsky, en la medida en que aumenta la potencia de la actividad económica en el capitalismo se hace más estrecha la dependencia de los hombres a sus leyes; es en este modo de producción -- que la determinación económica se muestra en su mayor amplitud.

"No cabe duda de que los hombres sean mucho más dueños de las condiciones de producción con las instituciones económicas primitivas que con las instituciones económicas capitalistas; y que aquéllas eran más sencillas, más claras,

y, por tanto, más fáciles de comprender que éstas. Una familia de aldeanos que produce todo lo que necesita dispone completamente del modo de producción, en cuanto éste depende de factores sociales y no de factores físicos.

Sucedió casi lo mismo en los comienzos de la producción de mercancías. El artesano era, durante la Edad Media, en una ciudad provincial, casi un aldeano, y dependiendo de su clientela, sabía de un modo bastante preciso con arreglo a qué cantidades debía calcular su producción. El mercader intermediario y el desarrollo del comercio, que ha llegado a ser internacional, han cambiado todo esto. Las fuerzas económicas se transforman entonces en formas sociales independientes del hombre y superiores a él, cuya acción tiene el poder de las fuerzas elementales de la naturaleza. Si el estado de dependencia en que se encuentra el hombre con respecto a esas fuerzas fuera idéntico a su dependencia psicológica del medio en que vive, idéntica a la determinación de su conciencia por su modo de existencia social, esta dependencia sería hoy mucho mayor que antes, y el valor del materialismo económico hubiera aumentado, en vez de disminuido, como piensa Bernstein." (37)

Con un rebuscamiento muy característico de quienes pretenden confundir al adversario, Kautsky utiliza el razonamiento de Marx sobre el problema de la fetichización para demostrar que la apariencia corresponde a la esencia: es decir, que las fuerzas económicas, cuanto más complejas devienen incontrolables, superiores e independientes a la acción de los hombres, lo que es la prueba última de la determinación económica. Los vericuetos kautskianos conducen inevitablemente a una concepción dogmática y vulgar del marxismo. Como lo señala Valentino Gerratana:

"Para transformar en postulado dogmático lo que ha surgido como pensamiento crítico es indispensable desarticularlo, de tal manera que puedan sacarse de él esquemas utilizables, o al menos considerados como tales, para cualquier 'aplicación' práctica; pero esa operación sólo es posible si se sustituye el pensamiento vivo del que se han extraído esos esquemas por una armazón que de algún modo dé la apariencia de la organicidad. En definitiva, la llamada ortodoxia no hace sino introducir de contrabando ese mismo tipo de integración ecléctica del marxismo que las corrientes revisionistas defienden abiertamente y desarrollan en otras direcciones." (38)

Más adelante, en el mismo texto, Kautsky refuta las acusaciones que hace Bernstein al socialismo de ser una teoría "dualista". Este señala que hay una tendencia constructiva (la de la evolución económica, la emancipación obrera por la organización económica) y otra destructiva (la que pretende llegar a la emancipación por la expropiación política). Kautsky responde:

"Lo que a los ojos de Bernstein aparece como un error intelectual, como un *dualismo*, es precisamente a los nuestros el gran hecho histórico del socialismo de Marx: la reconciliación del socialismo utópico y del movimiento obrero primitivo en una unidad más elevada. Lo consiguió, gracias al materialismo histórico por un lado, reconociendo en la lucha de clases del proletariado la fuerza impulsiva de la evolución de la sociedad moderna más allá de la fase capitalista, lucha que, como todas las de su clase, es necesariamente una lucha por el poder político; y por otra parte, reconociendo las tendencias de la evolución económica del modo de producción capitalista, que empujan al proletariado a conquistar las fuerzas económicas del capital y crean las condiciones de un modo de producción social." (39)

La consideración de Kautsky lleva a una peculiar separación de lucha económica y lucha política. En su concepción, economía y política aparecen como ámbitos paralelos. Según Kautsky, la evolución económica empuja al proletariado a conquistar las fuerzas económicas del capital. Dicha formulación hace aparecer al proletariado como un agente exterior de la evolución económica, y a la política, como una derivación simple de la economía.

Podríamos pensar que son superficiales los cambios que Kautsky hace a la teoría de Marx, si no fuera porque dichos cambios implican una orientación política muy diversa de la afirmada por Marx. Para Kautsky,

"La evolución de una sociedad depende, en último caso, de la evolución de su modo de producción, cuyas leyes conocemos ahora con exactitud suficiente para poder reconocer --

con alguna seguridad la dirección en la cual necesariamente se cumple la evolución social y extraer conclusiones - respecto a la marcha necesaria de la evolución política." (40)

La actividad política prácticamente aparece como contingente en la exposición de Kautsky. Su función se limita a la formación ideológica de la clase cuya actividad económica le permite dirigir las transformaciones de la sociedad. En Kautsky existe lo que Lenin llamaría "una confusión de política y pedagogía", es decir, un reduccionismo ideológico del papel de la lucha del proletariado. - Esta, diría, es la consecuencia más grave de su determinismo económico: la de perder completamente de vista la dimensión política de la realidad, y, en particular, el papel de la organización voluntaria, consciente y colectiva del proletariado para su acción revolucionaria.

Para Kautsky,

"El partido socialista es un partido revolucionario; no es un partido que hace revoluciones. Sabemos que nuestro fin no puede ser conseguido sino por una revolución, pero sabemos también que no depende de nosotros hacer esta revolución ni de nuestros adversarios impediría. De ningún modo soñamos, pues, en provocar o preparar una revolución; y como no podemos hacer la revolución a voluntad, no podemos decir absolutamente cuándo, en qué circunstancias y bajo qué formas se cumplirá. Sabemos que la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado durará mientras éste último no se halle en plena posesión del poder público con cuya ayuda establecerá el socialismo. Sabemos que esta lucha de clases no puede más que ganar incesantemente en extensión y en intensidad; que el proletariado se engrandecerá cada vez más en número y en fuerza, tanto desde el punto de vista moral como del económico, y que, por consecuencia, su victoria y la derrota del capitalismo son inevitables. Pero, en cuanto a saber cuándo y cómo se librarán las últimas batallas decisivas de esta guerra social, es cuestión sobre la cual no podemos emitir sino las más vagas hipótesis." (41)

El evolucionismo kautskiano implica un abandono de la teoría

y la práctica revolucionaria. Desde su punto de vista, el proletariado sólo puede "acelerar" la evolución social por medio de su preparación consciente, lo que significa el conocimiento de los eventos que ocurrirán. Por lo demás, la lucha económica aparece como determinante en dicha evolución. El desarrollo del proletariado como fuerza ideológica -además de fuerza material- le permitirá, según Kautsky, establecerse en el poder político. La revolución es, para él, la transformación de la conciencia, es una palabra sin fuerza material, una orientación general abstracta.

"No se trata aquí, naturalmente, de revolución en el sentido que la policía da a esta palabra, es decir, de sublevación a mano armada. Un partido político sería insensato si se decidiera en principio por el motín, cuando estuvieran a su disposición otros medios más seguros y menos terribles. En este sentido, el Partido Socialista no ha sido jamás, en principio, revolucionario. Es revolucionario únicamente en el sentido de que es consciente, de que no podrá emplear el poder político, el día en que lo consiga, sino para destruir la forma de producción sobre la que hoy descansa el orden social." (42)

El revisionismo de Kautsky no es, claramente, menor que el de Bernstein. De la exageración y deformación de las concepciones de Marx y Engels pasa a la afirmación de la conciencia como acelerador simple de cambios sociales. Aquí se ve en su verdadera dimensión - el origen de la llamada "traición" de Kautsky.

Ahora bien, los cambios que introduce Kautsky en la teoría y en la política revolucionarias imposibilitan por completo la realización de los objetivos que propone. No sólo porque no se plantee el uso de la violencia revolucionaria, ni porque reduzca la política al desarrollo de la conciencia, sino por su concepción estrecha, economicista, del proletariado y su papel histórico.

En su análisis, Kautsky reproduce la tesis del programa de --

Gotha de que, frente al proletariado, el resto de las clases no -- constituyen más que una masa reaccionaria; esta misma tesis fue re -- ductada por él con más suavidad en el programa de Erfurt, donde se afirma que la transformación social es obra exclusiva de la clase obrera. De acuerdo con estas tesis, que contradicen ampliamente -- las de Marx, ninguna otra clase es decididamente revolucionaria y, por tanto, el proletariado no puede establecer alianzas o compromi -- sos que retrasen su tarea histórica. Para Kautsky, la vinculación de la clase obrera con "aldeanos, artesanos, pequeños burgueses o intelectuales" puede poner en peligro la orientación revolucionaria del proletariado. Este puede contaminarse de la ideología pequeño -- burguesa de estos grupos, y olvidar sus propias tareas; la alianza con ellos puede significar, sobre todo una disolución ideológica de los antagonismos clasistas, y la aceptación de un democratismo atra -- sado, propio de fases incipientes del desarrollo capitalista.

"El fin de un partido puramente proletario debe ser muy -- otro. El proletariado no tiene interés de conservar la -- propiedad individual de los medios de producción. Aun en el caso de que triunfe por las vías pacíficas y legales, -- aunque esté animado de sus deseos de no trastornar nada y de no separarse de las vías de la 'evolución orgánica'; -- aunque fuera escéptico con relación a la 'utopía socialista', no se preocupará, en defensa de sus intereses, en conservar la propiedad individual de los medios de producción y de la propiedad individual.

Por el contrario, un régimen proletario debe siempre per -- seguir un doble objeto. Por una parte, la supresión del -- carácter privado de los grandes monopolios capitalistas y por otra, la supresión de los sin trabajo, ejército de reserva de los industriales." (43).

Para Kautsky, la pureza de la revolución se determina por el avance del proletariado puro. En su concepción no hay lugar para el desarrollo de la universalidad de esta clase. Usando sus propias palabras, es de la evolución económica que le viene al proleta

riado su potencia, y es solamente a ella que debe referirse.

"Esta teoría ve en el modo de producción capitalista el factor que empuja al proletariado a la lucha de clases -- contra los capitalistas, que aumenta sus fuerzas numéricas, su cohesión, su inteligencia, el sentimiento que tiene de su fuerza, su madurez política, que crece cada vez más su importancia económica, que hace inevitable su organización en partido político, y la victoria de este partido, y no menos inevitable también del modo de producción socialista, como consecuencia de esta victoria." (44)

El proletariado no es, según él una fuerza política sino en cuanto cobra conciencia de su realidad económica, y no, como plantea Marx, cuando emprende voluntaria y conscientemente el camino de su emancipación y la de toda la sociedad. El proletariado es, en la concepción kautskiana, la clase que emprende por sí misma, -- aislada, su liberación. Veremos ahora como esta visión lo lleva a pensar que el proletariado no puede ser una clase nacional, sino que está siempre subordinada a la hegemonía de la burguesía.

El abandono de la concepción revolucionaria de la política en Kautsky tuvo su expresión y sus consecuencias más dramáticas en las concepciones que desarrollara sobre la nación. En 1887, Kautsky publicó en la NEUE ZEIT un ensayo al que tituló "La nacionalidad moderna", y que se convirtió -- cuando nadie sospechaba siquiera del -- economicismo de este autor -- en la primera obra marxista dedicada íntegramente al análisis de la formación de las naciones.

En este ensayo, Kautsky apunta que es el poder económico del capital comercial el impulsor fundamental de la formación de la nación moderna. Nuevamente, en su perspectiva, el hecho económico es independiente de las clases y del Estado. El capital comercial aparece entonces como una fuerza motriz independiente de la historia.

Del mismo modo, en la concepción de Kautsky, el Estado se deri

va simplemente de la evolución económica. Toma su lugar en la sociedad predeterminada por la economía,

"La administración estatal se amolda a la organización económica. También ella se centraliza; el poder central político se asienta en el centro de la vida económica, el cual se convierte en la capital del territorio al que ahora domina no sólo económica e intelectualmente, sino también políticamente." (45)

Según Kautsky, la historia se convierte en una sucesión de yuxtaposiciones: el comercio sobre la vida social, la economía sobre la nación, la nación sobre las clases, y el Estado coronando tan atractivo arreglo. ¡Menuda interpretación de las relaciones -- que privan en las formaciones sociales capitalistas, y de su formación histórica!!!

Pero eso no es todo. Kautsky afirma que la involucración de todas las clases en la construcción de la nación capitalista no es un hecho formal o limitado. Mientras que el aumento en la demanda - productos agrarios favorecía la incorporación del campesinado, y la formación del ejército lo obligaba a abandonar todo particularismo y a "absorber el odio contra las naciones enemigas", (46)...

"Cualquier obstáculo que trabara el comercio interno o la exportación, cualquier tratado comercial desfavorable, todo aquéllo que debilitara la unidad y la grandeza de la nación, influía también de manera desfavorable sobre la situación del trabajador; y, a la inversa, todo progreso en la unidad y la grandeza de la nación implicaba también un progreso para la clase trabajadora." (47)

Es evidente que, de acuerdo con Kautsky, es la formación de la nación capitalista la oportunidad histórica de la integración de todas las clases desposeídas al programa de la clase dominante, la burguesía. Pero no lo es menos el hecho de que en su perspectiva, esta vinculación está referida a la propia naturaleza de tales clases, y que no puede dañarse la nación sin afectarlas.

Y si la nación emerge del hecho económico, otro tanto ocurre con las formas sociales, culturales y políticas que presiden las relaciones entre los hombres. Todas ellas no tienen otra función que la de consolidar la unidad del mercado y procurar su continua expansión.

El reconocimiento de la dominación burguesa sobre la nación no tiene en Kautsky otro sentido que el de la diferenciación de la nueva era respecto a las formas tradicionales, limitadas y excluyentes, de vida nacional.

"Ciertamente, la nación moderna, a diferencia de las naciones de la Antigüedad y de Oriente, abarca a todas las clases de la población, mientras que en éstas los esclavos y también, por regla general, los campesinos, estaban excluidos de la vida nacional y carecían de todo interés por la grandeza y unidad de la misma. No obstante, la idea nacional moderna es esencialmente una idea burguesa. La burguesía moderna y la moderna nacionalidad brotaron del mismo suelo y el desarrollo de una promovió el desarrollo de la otra. Y el papel que cumple la idea de nacionalidad responde de manera bastante similar al papel adoptado por la burguesía."(48)

Después de afirmado lo cual, no resta a Kautsky sino admitir que se han realizado ciertas deformaciones de este hecho revolucionario, y que la nacionalidad ha sido utilizada para encubrir algunos oscuros "intereses mezquinos". ¡Bien podría haber concluido el análisis diciendo que, obviamente, no ha sido la burguesía revolucionaria responsable de tal crimen! Sin embargo, sólo afirma tímidamente que "las corruptas ambiciones de lucro" y "los arribismos más deleznable" han puesto en evidencia "el fundamento económico de la nación."(49)

Kautsky afirma que el factor preponderante en la unidad de la nación lo constituye el sentimiento de solidaridad entre sus --

miembros en contra de sus enemigos externos e internos:

"Las luchas generadas por el afán de unidad e independencia nacional se prolongan a través de siglos: luchas entre elementos que aspiran a la centralización y elementos particularistas dentro de la nación; luchas entre las distintas naciones para asegurar sus fronteras, en procura de ventajas comerciales e, incluso, luchas por la existencia misma, etc. A lo largo de las mismas, se generó, en los distintos pueblos, una tradición nacional, un sentimiento de solidaridad entre los connacionales de una parte; un sentimiento de aversión por los 'enemigos hereditarios', de otra; solidaridad y aversión que casi se convirtieron en un instinto, en una inclinación que se transmite de generación en generación y que requiere solamente un pequeño estímulo para desplegar su efecto. Así, el sentimiento nacional se transformó en fuerza impulsora que también opera de manera autónoma, sin conexión con el desarrollo económico, y que en determinadas circunstancias hasta puede convertirse en un obstáculo para el mismo." (50)

Kautsky coloca al sentimiento nacional y a la nación como las fuerzas más poderosas de cohesión y unificación social que puedan darse en cualquier sociedad. La lucha que les dio origen no es propiamente una lucha de clases, sino la lucha contra los enemigos internos y externos de la centralización nacional, es decir, la lucha contra los enemigos del progreso histórico. La armonía lograda por el desarrollo económico se expresa en la ideología como la consumación de la comunidad nacional, y llega a ser tan fuerte, que "puede convertirse en obstáculo" para el propio progreso económico al que sustenta.

En su abandono radical del socialismo científico, Kautsky elabora bajo su sombra una teoría burguesa de la nación, e intenta con vencer a tirios y troyanos de las bondades de la nueva organización social, del papel que todas las clases -sin excepción- deben jugar la consolidación de la (repetidísima) "unidad y grandeza de la nación".

"Los proletarios deben luchar tanto por las libertades civiles como por la unión e independencia de su nación, enfrentando a los elementos reaccionarios, particularizantes, y asimismo, a las posibles agresiones externas. En este sentido, son nacionales. Pero los intereses de los proletarios no entran en contradicción con los intereses de sus compañeros de clase de las otras naciones. El interés de los capitalistas de una nación es que sus compañeros de clase de los países extranjeros produzcan bajo condiciones todo lo adversas posibles. Conviene al interés de los obreros de una nación que sus compañeros de clase en el extranjero se encuentren en la mejor situación posible. Cuanto más elevados sean los salarios en Alemania, cuanto más afianzadas y poderosas las organizaciones laborales, etc., tanto mejor, no sólo para los obreros alemanes, sino también para los obreros suizos, franceses, ingleses, etc., y viceversa. Cuanto mejor sea la situación de los trabajadores de una nación, tanta mayor será la posibilidad de darse en el país en lugar de verse obligados a emigrar y competir así con el vecino, tanto menor la posibilidad de los capitalistas de esta nación de reducir los precios de sus mercancías y los salarios en el extranjero por medio de una competencia ruinosa.

Cuanto más se desarrolla el moderno modo de producción, tanto más íntima se hace la solidaridad internacional de los obreros, decreciendo al mismo tiempo la solidaridad nacional entre trabajadores y capitalistas de la misma nación."(51)

Para Kautsky, la defensa por el proletariado de la nación pasa por el mejoramiento mundial del modo de producción capitalista. Los obreros no pueden hacer nada mejor por su nación que obligar a los capitalistas a "superar su ruinosa competencia" en beneficio de la armonía internacional y, por supuesto, del mejoramiento del orden establecido por el régimen capitalista.

Desde este punto de vista, si hay una clase que comparte íntimamente su "patria" con la burguesía es el proletariado, aunque la superioridad numérica y, seguramente organizativa de este último tiene el efecto histórico de provocar un lento "decrecimiento" de la solidaridad entre los trabajadores y los capitalistas. Y todo ello, sólo como producto del "inevitable" devenir histórico. Los capitalistas irán desapareciendo de la escena para dejar triunfal-

mente el trono a la clase obrera que bien se lo merece. Sin una bala ni una lágrima. Acaso con un suspiro.

Kautsky propone una superación de los vicios que pueda generar la nación, pero sin la destrucción y la violencia que suponen la lucha y los antagonismos de clase. En su visión economicista y evolucionista, "lo que históricamente es necesario no tiene necesidad de violencia." (52)

Finalmente, el curso ideal de la historia lleva a Kautsky, naturalmente, a un final feliz:

"Tan pronto como se eliminen las contradicciones económicas, el comercio de mercancías y la competencia comercial, aquella fusión no se efectuará bajo el signo de las luchas nacionales, no por el sojuzgamiento y la degradación de los más débiles, sino por la fuerza omnipotente de los beneficios que la fusión trae consigo para todos. Las naciones se fusionarán sin dolor, como hoy día se germaniza, por ejemplo, paulatina e insensiblemente y sin protestas, la población retorrománica de Graubundt, por considerar más ventajoso hablar una lengua que es comprendida por todos en una región extensa que un idioma empleado en unos cuantos valles.

La tarea del presente siglo es abrir paso a ese desarrollo mediante la eliminación de las contradicciones económicas que, por una parte, separan a las naciones entre sí y por la otra fraccionan cada vez más a cada nación; es establecer una vida internacional, pero a la vez, también una vida nacional unificada." (53)

El papel del proletariado en este "parto sin dolor" es el pacifismo, el despliegue de todas las facultades racionales y emotivas de esta clase superior de la sociedad capitalista con el fin de evitar toda violencia y toda destrucción, especialmente aquella que pueda poner en juego a la civilización moderna. Así, el moderno Fourier condena a la barbarie a todo el que se oponga a la tarea civilizatoria de la burguesía y el proletariado unidos. Y si la tarea del presente siglo es la unificación de la vida nacional e internacional,

ello no puede significar sino la defensa a toda costa de los intereses sociales y políticos de los capitalistas por intelectuales - pseudoprogresistas como Kautsky. Defensa que adquirirá más tarde, en palabras de Lenin, rasgos de verdadero socialpatriotismo y de chovinismo burgués. Defensa, en fin, del orden establecido y de formación demagógica del socialismo científico. Dos signos que acompañarían la trayectoria de la mayoría de los miembros de la Segunda Internacional.

II. ECONOMÍA Y POLÍTICA EN LA DEFINICIÓN NACIONAL DE LA SEGUNDA INTERNACIONAL. LA POLEMICA BAUER-STALIN

A fines del siglo XIX, las contradicciones en el desarrollo capitalista europeo se expresaron como antagonismos nacionales. En los países de mayor desarrollo relativo, como Inglaterra, Francia y Alemania, las necesidades de expansión del mercado llevaron a un replanteamiento de la distribución de zonas de influencia. La - - cuestión nacional se planteaba aquí como un asunto de hegemonía internacional y, en particular, de definición frente a los territorios coloniales.

En los países de mayor heterogeneidad social, económica y política, las reivindicaciones sociales de las masas explotadas asumieron la forma de demandas nacionales. La exigencia de derechos nacionales para las diversas comunidades estaba estrechamente vinculada con las condiciones generales del desarrollo capitalista; - la cuestión nacional formaba parte de las demandas democráticas - que sustentaban los sectores excluidos del poder en países como -- Austria, Rusia y España.

La política de los partidos socialdemócratas hacia el problema de las nacionalidades está por ello, en estos países, íntimamente ligada con la lucha por derechos políticos generales y, sobre todo, por la construcción de una fuerza política revolucionaria capaz de encabezar las transformaciones sociales necesarias para superar la desigualdad social, económica y política prevalecte en el capitalismo.

La política nacional es una parte fundamental de la política

socialista: no puede ser considerada solamente como un asunto territorial o cultural, sino como la expresión de la concepción que del Estado, del poder, de la lucha política y de la revolución socialista tienen las distintas organizaciones políticas que sobre ella se pronuncian.

En el análisis de la política nacional de la socialdemocracia austriaca y rusa haremos énfasis, por ello, en la concepción política y organizativa más general que permitió enfrentar de modo diferenciado, en cada caso, las tendencias disgregadoras de las distintas nacionalidades en el período que estudiamos. Lo que nos interesa fundamentalmente es el modo en que la política nacional supera la respuesta coyuntural a las necesidades de una fase de desarrollo capitalista; consideraremos su inscripción en una concepción compleja del mundo que puede estar orientada, o no, a la consecución efectiva de las tareas históricas de la clase obrera.

A. Estado multinacional y estrategia socialdemócrata en Austria

La estructura que el imperio austrohúngaro conservó hasta la Primera Guerra Mundial es producto de la restauración monárquica pactada en Viena en 1815 por las grandes potencias europeas. A partir de entonces, las relaciones de poder en el continente estarían en muchos aspectos condicionadas por las directrices políticas que asumieran las tres dinastías más influyentes del mismo: Hohenzollern en Prusia, Habsburgo en Austria-Hungría, y el zarismo ruso. La característica común de estas dinastías fue, durante todo el siglo, su resistencia a todo cambio democrático en la participación política de las masas, y, consecuentemente, la formulación

de un programa de transición capitalista "desde arriba", o reaccionario, como lo denominara años más tarde Lenin. El comportamiento de estas dinastías frente a la tarea de construcción nacional y, - claramente, de su hegemonía política, determinaría la formación de los tres partidos socialistas más poderosos de toda Europa, a la vez que condicionaría su horizonte político y social.

Luego de la guerra de Siete Años con Alemania, que rompió la confederación alemana y con ella la protección del gobierno prusiano sobre el austriaco, el emperador Francisco José se vió obligado a dictar una constitución en la que reconocía la igualdad formal - de derechos para todas las nacionalidades. El soporte fundamental de la dictadura lo constituían la alta aristocracia, el ejército y la burocracia, que dominaban la escena política. El imperio reconocía ahora la distribución de cuotas de poder locales entre estos sectores, para asegurar la supervivencia del *statu quo*. De hecho, el imperio otorgaba poder a las minorías nacionales más poderosas, la austriaca, húngara y checa, y les daba derecho a disponer sobre las otras minorías nacionales, polacos, rutenos, eslovenos, eslovacos, italianos. De esta forma, el imperio promovía una forma de organización en la que el poder económico, político y cultural era ejercido por las minorías nacionales más poderosas, y la opresión sufrida por las otras nacionalidades.

"Con frecuencia existía además coincidencia entre nacionalidad y estratificación social; la nacionalidad más avanzada culturalmente era, en general, también la dirigente desde el punto de vista económico y se concentraba generalmente en las ciudades en vías de desarrollo, mientras que la otra predominaba en el campo. En Bohemia y en Moravia, aunque aquí no en la misma medida, la minoría alemana y los judíos poseían la supremacía económica y cultural. En Galitzia eran los polacos los que tenían en sus manos las riendas del poder económico, mientras que los rutenos quedaban marginados en la llanura. Las diferen-

cias religiosas contribuían en muchas ocasiones a agravar la situación. En estas circunstancias no es de extrañar que las divergencias nacionales se agudizasen cuando el capitalismo industrial se dispuso a desmontar la organización relativamente estable de aquella sociedad preindustrial."(1)

El antagonismo nacional enfrentaba, hacia 1870, a las llamadas "naciones históricas", es decir, aquéllas que reclamaban el derecho histórico de constituir un Estado independiente, con las naciones "no históricas", que exigían la autonomía nacional como parte de una serie de derechos culturales y políticos de las clases oprimidas. Bauer afirma que "...el despertar de la nación sin historia es una de las innumerables formas que adopta la aparición del desarrollo capitalista"(2), y agrega:

"El despertar de las naciones sin historia se inscribe en la época caracterizada económicamente por la transición de la manufactura a la fábrica, desde el punto de vista social por la liberación campesina, y políticamente por la revolución burguesa. El posterior desarrollo nacional refleja la transformación social y la migración local de masas que provocó el naciente capitalismo moderno en Austria como en todas partes. En la primera mitad del siglo XIX el capitalismo se había apoderado -como lo dice Werner Sombart tan gráficamente- sólo de algunos cuartos del gran edificio de la sociedad; en la segunda mitad del siglo tomó posesión de todo el edificio, refaccionándolo, adaptándolo enteramente a sus fines. Si bien esta transformación se lleva a cabo en Austria más lentamente que en otros países, el desarrollo de las naciones y de las luchas nacionales debe ser entendido en este caso sólo en el marco de esta convulsión social."(3)

Para Bauer, la diferencia fundamental entre naciones históricas y naciones sin historia se debía al desarrollo, por razones históricas precisas, de una burguesía industrial o una clase terrateniente que dirigían el proceso social, económico y cultural en ciertos territorios, en las primeras; mientras que las segundas estaban mayoritariamente constituidas por campesinos, artesanos y obreros, sometidos históricamente a la dominación de dichas clases,

y que carecían de un programa político, social, económico y cultural propio, por lo menos hasta la segunda mitad del siglo. El despertar de las "naciones sin historia" en este período era, desde su punto de vista, expresión de un mayor desarrollo capitalista, que colocaba a opresores y oprimidos en distintos grupos nacionales. De aquí que afirmara tan tajantemente que en Austria, "El odio nacionalista es un odio clasista transformado." (4)

La monarquía austriaca impidió durante casi setenta años la explosión de las luchas nacionales mediante la distribución de cuotas de poder como hemos anotado. La administración central se llevaba a cabo mediante un parlamento (Reichsrath) completamente dependiente de la Corona y al que solamente tenían acceso las clases dominantes, y sus respectivas nacionalidades.

El socialismo austriaco se desarrolló en la década de 1860 - dentro de la nacionalidad alemana, y bajo influencia predominantemente alemana. A partir de 1886 se organizó el periódico *Gleichheit*, bajo la dirección de Viktor Adler, y sólo se constituyó formalmente el partido en 1889. La influencia de Karl Kautsky en la formación del partido austriaco, y la similitud de condiciones políticas prevaletientes en Austria y en Alemania en los primeros años - de la segunda mitad del siglo pasado, condujeron a la formación de un partido socialdemócrata de estructura orgánica igual al alemán. La reivindicación principal de la socialdemocracia austriaca en -- los primeros años de su lucha política fue la conquista de la libertad política y el sufragio universal. No fue sino hasta el Congreso de Brünn, en 1899, que se estableció el reconocimiento de la situación nacional específica en Austria. En dicho congreso, el -- partido se convirtió en una federación de secciones nacionales, --

con un comité ejecutivo nacional que articulaba la actividad política.

"El nuevo programa adoptado por el Congreso de Brünn en 1899 contenía la petición de que Austria fuese reorganizada como una federación democrática de las naciones que la constituían. Establecía que, en lugar de los países históricos, que no correspondían a las divisiones nacionales, se formasen varios territorios nacionales autónomos. Para cada uno de estos territorios existiría una cámara elegida mediante el sufragio universal, igual y directo con facultades independientes para legislar y administrar dentro de su territorio en los asuntos nacionales y culturales. Estas cámaras nacionales sustituirían a las antiguas dietas. Los territorios habitados por la misma nación formarían uniones nacionales: en cada territorio los derechos de las minorías nacionales serían garantizados por leyes votadas por el Reichsrath como representante de toda Austria. Como a ninguna nación se le reconocería una situación superior, no existiría una lengua común para todos los Estados. Cada nacionalidad sería libre para emplear oficialmente su propia lengua materna, y para organizar sus actividades culturales sobre el principio de la autonomía lingüística."(5)

La lucha por el sufragio universal se convirtió, a partir de esa fecha, en la única lucha común de todas las nacionalidades del imperio, mientras que las diferencias culturales, económicas, políticas y sociales de las distintas regiones serían objeto de la acción organizada de las distintas secciones nacionales de la socialdemocracia. En todos los casos, la demanda de autonomía nacional se circunscribía al plano cultural local, manteniéndose la estructura política del Estado. Así, y pese a la fuerte tendencia disgregadora de las secciones nacionales, la socialdemocracia mantenía una organización central con el objeto de coordinar la actividad de sus secciones y la relación más general con el Estado.

En noviembre de 1905, el emperador intentó dar cauce a las protestas y reivindicaciones sociales y nacionales mediante el establecimiento de una reforma electoral que abría la participación -- por circunscripciones nacionales a todos los partidos. A pesar de

que la reforma había sido concebida con la clara orientación de favorecer a las tradicionales nacionalidades históricas, no pudo evitarse que constituyera, efectivamente, el punto de desbordamiento de las exigencias de las nacionalidades oprimidas, el momento de irrupción de las masas en la política estatal.

La socialdemocracia pronto se convirtió en la mayor fuerza - en el Reichsrath, con 90 escaños de un total de 516 (6). Sin embargo, era igualmente claro que no existía ninguna fuerza en él -- con capacidad para convertirse en mayoría para gobernar. La representación nacional proporcional en el parlamento, al no poder conseguir la reorientación de la política del Estado, se convirtió en - el principal obstáculo para cualquier toma de decisiones. El mantenimiento de la organización centralizada obligaba a los partidos nacionales a enfrentarse por el poder estatal. La socialdemocracia exponía el problema de la siguiente manera:

"Cuando una nación acrecienta su poder dentro del estado - restringe con ello, sin embargo, el poder de las naciones restantes. De este modo, cada nación se vuelve enemiga de los reclamos de las demás. Sólo que la constitución centralista-atomística hace de la aspiración natural de todas las naciones por satisfacer sus necesidades culturales, -- que en nada afectan a las demás naciones, una lucha de cada nación contra la satisfacción de las necesidades culturales de las demás."(7)

En 1908 fue derrocado el primer ministro responsable de la - reforma. Su sucesor no dudó en establecer las leyes de excepción instituidas en la Constitución austríaca en 1867, que le permitían gobernar sin la presión del parlamento. Las leyes de excepción sólo fueron levantadas durante brevísimos períodos hasta la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, las reivindicaciones democráticas de la socialdemocracia subsistieron, aunque cada vez bajo mayor pre--

sión, tanto del Estado autoritario, como de las nacionalidades que exigían su independencia total del imperio.

Otto Bauer publicó por primera vez LA CUESTION DE LAS NACIONALIDADES Y LA SOCIALDEMOCRACIA, en 1907. Su texto alcanzó difusión plena en 1913, en que Stalin escribió su famosa réplica.

Bauer reconoce en el prefacio de 1924 lo que aparece en toda su obra como la contradicción epistemológica fundamental:

"En mi época de estudiante, a cuyo término escribí LA CUESTION DE LAS NACIONALIDADES, estaba fascinado por la filosofía crítica de Immanuel Kant. Bajo la influencia de la teoría kantiana del conocimiento adquirí las concepciones sobre el método sociológico que dan fundamento a la exposición de mi teoría de la nación." (8)

De hecho, la formación de la socialdemocracia austríaca estuvo siempre dominada por la inquietud de romper con las versiones deterministas del desarrollo social que predominaban en la socialdemocracia alemana. La falta de derechos políticos en el imperio austrohúngaro, así como la extraordinaria variedad de problemáticas nacionales condujeron al desarrollo de una concepción que podríamos llamar antideterminista, o, en extremo, culturalista, la que reconoce como fundamental a la lucha de clases, pero considera que la cultura, la organización política y el desarrollo de la vida social en su conjunto no son simples derivaciones de la estructura del régimen económico; son, más bien, desde su perspectiva, producto de una formación compleja de relaciones intersubjetivas, de unificación o dispersión de voluntades, de distinción de rasgos de carácter, de determinaciones diversas que sólo difícilmente pueden cuantificarse. En esta orientación, la cultura no puede considerarse como expresión de la organización económica, sino como una visión del mundo correspondiente a una comunidad formada de modo -

diverso y aún contradictorio a lo largo de una experiencia histórica de vida en común.

Por eso, cuando Bauer se asume "kantiano", lo que recoge más plenamente es la necesidad de otorgar un reconocimiento especial, prioritario, a la formación cultural; hacer un estudio específico de la realidad social, pero no a partir de sus determinaciones económicas, sino de su complejidad humana; comprender la cultura como la manifestación más elevada de la conciencia social; reconocer el papel de la voluntad como determinación fundamental de la historia, rechazar, en una palabra, toda "vulgarización económica" o "materialismo estrecho" en el análisis de la sociedad.

Bauer define a la nación como comunidad cultural, es decir, la define a partir de la identidad ideológica entre sus miembros y no a partir de su relación económica o política. La noción de comunidad cultural es para Bauer lo suficientemente amplia como para incorporar la historia de una formación social, es decir, el modo en que los miembros de una sociedad han vivido su experiencia comunitaria, así como el elemento propiamente psicológico, es decir, la formación de rasgos de personalidad específicos, de una especie de identidad intersubjetiva que es el producto de esta misma experiencia.

"Y lo que coaliga a los individuos que pertenecen a una nación es el hecho de que todos ellos sean producto de las mismas fuerzas operantes, de la misma sociedad; que en sus cualidades individuales heredadas les estén transferidos los efectos selectivos de la lucha por la existencia de seres humanos que viven en común; que su carácter individual haya sido moldeado por la misma cultura gestada en la lucha por la existencia de la misma sociedad humana. Por eso, y no por ningún estatuto exterior, la nación constituye una manifestación social. No es una suma de individuos, sino que cada individuo es el producto de la nación; el hecho de ser todos el producto de la misma sociedad hace de ellos una comunidad,"(9)

Es por ello que la comunidad cultural es para Bauer simultáneamente una "comunidad de carácter" y una "comunidad de destino", términos que hacen referencia a las características psicológica e histórica de la comunidad nacional.

"Llegamos así a la definición completa de nación. Nación es el conjunto de los seres humanos vinculados por comunidad de destino en una comunidad de carácter. Por comunidad de destino: esta connotación la separa de los conjuntos de carácter internacional de la profesión, la clase y el pueblo-estado, que descansan en la homogeneidad de destino, y no en la comunidad de destino. El conjunto de quienes comparten un carácter: esto la separa de las más estrechas comunidades de carácter dentro de la nación, -- que jamás forman una comunidad natural y cultural que se autodetermine y esté determinada por su propio destino, -- sino que se hallan en estrecha comunicación con la nación global y por ende están también determinadas por el destino de ella."(10)

No obstante este punto de partida, Bauer como los otros socialdemócratas austriacos, se asume como marxista al considerar que la comunidad ideológico-cultural en la historia está preñada de contradicciones, en especial, del enfrentamiento entre propietarios y desposeídos, y que la existencia de la lucha de clases es el más serio obstáculo para la integración de una verdadera comunidad. Por ello, en Bauer, el análisis de la cuestión nacional tiene como objetivo fundamental mostrar cómo el capitalismo impide el libre desarrollo de la cultura, obstaculiza la voluntad, deforma las relaciones humanas y oprime a una parte muy importante de la sociedad.

"De hecho, el centro de gravedad de mi teoría de la nación no está en la definición de la nación, sino en la descripción de aquel proceso de integración de donde surgió la nación moderna. Si mi teoría de la nación puede reivindicar un mérito, éste es el de haber derivado por primera vez este proceso de integración del desarrollo económico, de las modificaciones de la estructura social y de la articulación en clases de la sociedad. Mostré que este proceso de integración de las épocas feudal y --

capitalista temprana sólo pudo vincular en una comunidad cultural nacional a las clases dominantes: que por eso en aquellas épocas dicho vínculo no se pudo consumir en absoluto en aquellos pueblos que vivían bajo la dominación de clases extrañas a ellos. Mostré además cómo recién con el desarrollo ulterior del capitalismo ese proceso de integración también abarca a las masas populares; cómo esto quiere decir para las naciones históricas, la ampliación de la comunidad cultural, que originariamente sólo abarcaba a las clases dominadoras, a las masas populares, y la inclusión de las masas populares en la comunidad cultural nacional, y cómo para las naciones sin historia que vivían bajo clases dominadoras extrañas al pueblo, recién significa el surgimiento de la comunidad cultural nacional, el 'despertar de las naciones sin historia'..."(11)

Bauer afirma que la existencia de una comunidad no supone el desconocimiento de sus contradicciones. La comunidad cultural es ante todo una comunidad de clase, es decir, una comunidad dominada por la visión del mundo de una parte de ella, la que impone su política sobre el conjunto de sus miembros. La comunidad cultural - en el feudalismo y el capitalismo es, por eso, para Bauer, sólo -- una comunidad parcial, es decir, una comunidad en la que una parte importante se encuentra prácticamente excluida de la determinación de las orientaciones fundamentales de la vida comunitaria.

Bauer reconoce que en la época capitalista se dan las condiciones para una ampliación relativa de la comunidad cultural, en cuanto la burguesía requiere de la clase obrera y el campesinado -- para combatir a la aristocracia feudal e imponer el nuevo modo de producción. Bauer ejemplifica en la escuela, el ejército y la democracia las nuevas formas de incorporación parcial de las clases oprimidas a la comunidad cultural. Sin embargo, afirma que la incorporación plena de los obreros encuentra como obstáculo fundamental la persistencia de la explotación, de la relación esencialmente desigual entre los miembros de la comunidad cultural.

"El despliegue de las fuerzas productivas significa una potente intensificación del rendimiento del trabajo del pueblo. Pero la creciente riqueza que proviene de nuestro -- trabajo sólo en exigua parte se convierte en posesión de -- las masas que la generan. La propiedad de los medios de -- producción se convirtió en instrumento para atraer a sí -- una poderosa parte de la riqueza en permanente ascenso. Sólo durante una parte de la jornada laboral genera el obrero los bienes que se apropia; en el resto de la jornada -- crea aquella riqueza que se convierte en posesión del propietario de los medios de trabajo. Pero los bienes materiales siempre se transforman en cultura espiritual. Así, es la ley de nuestra era que el trabajo de unos se convierte en la cultura de los otros. El hecho de la explotación, del plustrabajo, que se pone de manifiesto en el prolongado tiempo de trabajo, en el bajo salario, la mala alimentación y la vivienda sobrecargada del obrero, fija una barrera a toda educación de las amplias masas del pueblo trabajador que apunte a su participación en la cultura espiritual de la nación. Por ende, el hecho de la explotación -- también traba el devenir de la nación como comunidad cultural e impide la integración del obrero a la comunidad cultural nacional, y lo que vale para el obrero vale para el campesino explotado por el capital comprador y el capital hipotecario; vale para el artesano sojuzgado por el comerciante capitalista."(12)

La limitación central en la formación de una verdadera comunidad nacional es la existencia de la sociedad de clases. De la misma manera en que la clase dominante construye, organiza el modo específico de subordinación de los obreros en la relación de producción, toda la organización de la sociedad y, sobre todo, la formación ideológico-cultural está determinada por sus intereses, que excluyen la verdadera igualdad, la verdadera participación de las masas en la comunidad.

En esta perspectiva, la lucha socialista es concebida como -- una lucha eminentemente ideológica y cultural. Bauer concibe el -- programa socialista como el espacio de enfrentamiento de una visión clasista, desigual, burguesa, con la concepción igualitaria del proletariado. Este debe lograr desarrollar todos aquellos espacios -- ideológicos y culturales que le permitan demostrar la superioridad

de su programa social sobre el de la burguesía. Y es en el curso de la lucha por conseguir la libertad y la igualdad de derechos --- ideológico-culturales que puede definirse un cambio en la dirección sobre la comunidad cultural nacional.

Bauer tiene una concepción democrático-idealista de la cultura. No se trata de oponer una fuerza a otra, en el sentido práctico, político o militar del término, sino de oponer una autoridad moral superior, la del socialismo, la de la clase obrera, a la mezquina conjunción de intereses materiales, sociales y culturales de la burguesía. La lucha socialista tiene en Bauer un carácter ético, --- más que político. Bauer asume como punto de partida la disposición de un espacio abierto a la confrontación de posiciones e ideas sobre la comunidad cultural para mostrar y ejercer una superioridad --- sobre el enemigo a vencer. Desde su punto de vista, el desarrollo de una fuerza consecuentemente democrática, de la modificación de --- la conciencia de las masas sobre la base del convencimiento del progreso que implica la alternativa socialista, es la clave para la --- superación de la desigualdad social, ideológica y cultural existente en el capitalismo, la vía para la construcción de la verdadera --- comunidad cultural que incorpore a toda la sociedad.

En la lucha ideológica contra la burguesía, Bauer enfatiza la diferencia entre el interés particular y el verdadero interés colectivo, representados por las dos clases fundamentales de la sociedad capitalista. Mientras que la burguesía define el destino de toda --- la sociedad a partir de su beneficio particular, a través de la competencia en el intercambio, el proletariado no tiene otro interés --- que el de la colectividad, no tiene otro destino que el de la solidaridad y el beneficio colectivo. El camino que media entre una y

otra concepción es para Bauer el camino de la democracia. La democracia entendida como eliminación de los privilegios, la democracia entendida como modificación radical de la conciencia social, - como disposición colectiva del patrimonio de la comunidad,

"...en el modo de producción capitalista no es la ponderación del cómo poder acrecentar al máximo nuestra riqueza nacional, sino el particular interés de las clases dominantes quien decide si somos nosotros mismos quienes vamos a producir nuestros bienes o si hemos de adquirirlos por intercambio con otros países. Por eso el libre intercambio de mercancías - ¡lo prueba la historia de un siglo! - sólo es una casualidad en la sociedad capitalista; sólo allí donde por casualidad el interés global coincide con el interés de las clases dominantes participa un país del libre intercambio de mercancías y de este modo acrecienta su bienestar nacional. Sólo con el modo de producción socialista, ante la cuestión de saber en qué ramos de la producción emplear nuestro trabajo y qué bienes intercambiar con el extranjero, dejará de decidir cualquier criterio que no sea el mayor acrecentamiento de la riqueza del país y el mayor acrecentamiento posible del rendimiento - del trabajo del pueblo."(13)

Bauer parte de que la burguesía ha ejercido un dominio sobre las masas a partir del aprovechamiento de su ignorancia. La dirección ideológica y política de la burguesía sólo puede derrumbarse - mediante el desarrollo de una nueva forma de conciencia, la conciencia obrera y socialista. En su propuesta, Bauer enfatiza el papel pedagógico que debe cumplir la organización socialista, al preparar a las masas para llevar a cabo la transformación de la sociedad. Para Bauer, no es factible la transformación socialista si antes no se ha convencido al pueblo de que ésta es posible y deseable. La construcción de una mayoría socialista dispuesta a refutar los principios del poder burgués se vuelve, en su perspectiva, indispensable para sustentar este cambio histórico progresista.

"La democracia exige la educación de cada individuo, pues llama a cada individuo a que participe en las decisiones. O sea que la primera tarea cultural socialista será la --

construcción de un sistema de educación nacional."(14)

La democracia cultural es para Bauer central en la conformación del programa socialista. Esta debe ser entendida como la reapropiación de la "comunidad de carácter" por las masas, bajo la dirección del proletariado. La democracia, el gobierno de la mayoría, será el instrumento ideológico-cultural mediante el cual la sociedad ejercerá la conducción de su historia, de la "comunidad de destino", con un verdadero sentido colectivo.

"Hasta hoy, la historia cultural de la nación siempre fue la historia de las clases poseedoras; pero sólo cuando su producto sea conquistado por las masas se convertirá en posesión de las masas la historia de la nación; sólo entonces se edificará ésta en su petulianidad espiritual."
(15)

La reapropiación ideológica de la historia y el futuro de la nación por los trabajadores y las masas oprimidas de la sociedad actual; he ahí la síntesis del proyecto socialista nacional que plantea Otto Bauer. El punto nodal de su concepción es la exigencia -- del carácter consciente, democrático y voluntario que deberá asumir la comunidad nacional en el socialismo. No la sustitución de una clase en el poder por otra; sino la supresión de todo poder de clase, el autogobierno de las masas en la comunidad de trabajo y cultura.

"La creación de nuevos establecimientos fabriles y la distribución espacial de la población se convertirán en la sociedad socialista en un hecho consciente de la sociedad organizada, que deberá ser resuelto por los órganos de la sociedad, deliberado por los individuos que forman esos órganos e investigado en sus efectos. De este modo, la estratificación espacial de la población se convertirá en un hecho consciente. La sociedad del futuro deliberará y resolverá acerca de si irá a construir una nueva fábrica de zapatos en la región carbonífera, donde los costos de producción son bajos, o en un hermoso paisaje boscoso, donde los obreros empleados en la producción de zapatos puedan lle--

var la vida más sana y agradable posible, La sociedad vo verá a asumir la acción sobre el carácter de la nación y la determinación de las transformaciones de ese carácter, y la historia futura del pueblo se convertirá en producto de su voluntad consciente. Así, la nación del futuro conseguirá lo que jamás consiguió la nación de la sociedad productora de mercancías; educarse a sí misma, la brar ella misma su destino y determinar conscientemente -- ella misma las transformaciones futuras de su carácter. -- Recién el socialismo dará a la nación la plena autonomía y la verdadera autodeterminación, sustrayéndola a la eficacia de las fuerzas que no le son conscientes y se sustraen a su acción."(16)

El carácter consciente y voluntario de la comunidad cultural socialista es para Bauer determinante tanto del nuevo tipo de relaciones internas a la comunidad, como de la relación que se establecerá con otras comunidades culturales nacionales. Bauer reconoce -- que la clase obrera tiene una comunidad internacional, que es la -- de la opresión, y una identidad de lucha, que es la de la libera--- ción de toda la humanidad. Pero, desde su punto de vista, esto no borra inmediatamente las diferencias nacionales de cada comunidad -- de carácter y de destino.

El sustento de una verdadera integración internacional de los pueblos no puede ser otro, en su concepción, que el reconocimiento de las diferencias nacionales, y el respeto a la identidad cultural de cada comunidad. La existencia de una pluralidad de naciones no puede sino enriquecer la potencialidad internacional de la comuni-- dad socialista. Es por ello que Bauer defiende el establecimiento de un sistema democrático de relaciones internacionales, sobre la -- base del respeto y la ayuda mutua, y el libre intercambio de los -- bienes culturales de todas las sociedades, en el socialismo.

"Con la democracia ocurre algo totalmente distinto. Lo nue-- vo sólo consigue conquistar un país democrático cuando se gana a cada uno de los ciudadanos del estado, es apropiado por cada uno y adquirido por cada uno de ellos; sólo por --

voluntad global de un país; vía mucho más lenta de progreso, es cierto, pero también incomparablemente más segura, pues una vez ganado se fija en millones de mentes y se necesita un largo camino para que éstas lo abandonen y lo superen. Ahora bien, lo que vale incluso para la democracia de un país capitalista vale incomparablemente más para la democracia socialista, pues sólo el socialismo significará verdadera democracia y verdadero dominio del pueblo ya que le dará el dominio de los medios más importantes de poder, los medios de trabajo; sólo él hará posible en general un real dominio del pueblo, ya que unirá al pueblo entero en la comunidad cultural y dará a cada uno de los compatriotas influidos por la cultura entera de la nación la posibilidad de participar autónomamente en la toma de decisiones. Las nuevas ideas no podrán conquistar a una sociedad socialista de otro modo como no sea procurando conquistar a cada uno de los compatriotas formados por la educación nacional socialista para desarrollar personalidades altamente evolucionadas, que estén en plena posesión de la cultura nacional. Pero ello significa que ninguna nueva idea podrá ser simplemente adoptada, sino que deberá ser asimilada, incorporada al ser espiritual todo de millones de individuos, adaptada a él."(17)

Cultura, democracia y educación son para Bauer los ejes de la propuesta socialista. Ella se encuentra sintetizada en la demanda de "autonomía cultural nacional" que sustenta la socialdemocracia austríaca desde el Congreso de Brünn, en 1899.

"Cada nación debe satisfacer libremente sus necesidades culturales nacionales por sus propios medios, debe gobernarse a sí misma; el estado debe limitarse a la preservación de los intereses que no son específicos de cada nación, sino comunes a todas las naciones. Así, la autonomía nacional, la autodeterminación de las naciones, se vuelve necesariamente el programa constitucional de todas las naciones dentro del estado de las nacionalidades."(18)

Como ya hemos explicado anteriormente, para Bauer, la lucha democrática es una lucha eminentemente ideológica. Por ello, la demanda de autonomía cultural implica, por una parte, el reconocimiento de la necesidad de mantener la estructura del Estado austríaco, de su unidad política y organización, y por otra parte, la exigencia de disposición de un espacio cultural democrático en que pueda difundirse y desarrollarse libremente el programa socialista.

El desconocimiento del principio de autonomía cultural nacional solamente ha llevado, según Bauer, al enfrentamiento de las nacionalidades. Y este enfrentamiento es poco propicio para el desarrollo de la fuerza socialista. Una verdadera comunidad democrática debe suprimir por completo los privilegios. Así, en igualdad de circunstancias, podrá mostrarse la superioridad de la orientación socialista. Por lo demás, en una sociedad en que los conflictos sociales se expresan como lucha de nacionalidades, la autonomía nacional es una demanda democrático-popular.

La demanda de autonomía cultural está claramente referida a la apertura de un espacio ideológico de confrontación en las condiciones en que esto se formula, sin embargo, constituye una renuncia expresa a la lucha por la destrucción de la estructura estatal y del poder de la clase dominante en ella. La aceptación de un estado de las nacionalidades implica en Austria la aceptación de la unidad técnica, política y organizativa del Estado burgués, y por ello, su superioridad política sobre el programa socialista. Este planteamiento da lugar a una contradicción en la socialdemocracia austríaca: unidad sindical, unidad partidaria de la clase obrera, es decir, unidad e igualdad ciudadana bajo el Estado burgués; diversidad ideológico-cultural, es decir, fragmentación y dispersión en la lucha de los oprimidos por la democracia y el socialismo.

Bauer establece que los obreros deben unirse como productores en organizaciones sindicales nacionales; del mismo modo, afirma que el partido debe luchar unificadamente por la conquista de derechos políticos iguales para todos los ciudadanos, pero la lucha específica de las nacionalidades, lo central del proyecto político, ideológico y cultural de la socialdemocracia, se lleva a cabo de -

manera aislada y dispersa, enfrentando en ocasiones a las propias fuerzas socialdemócratas provenientes de distintas comunidades, para lograr el reconocimiento de su autonomía. Bauer no transforma la lucha de las nacionalidades en una verdadera lucha nacional del proletariado al frente de todos los oprimidos en contra de la sociedad capitalista y de su Estado.

Pese al reconocimiento de que los conflictos sociales se expresan en Austria como conflictos nacionales, y que la burguesía dispone de los medios ideológicos, políticos y económicos para dominar al proletariado, la socialdemocracia es incapaz de representar en la política, como programa estatal, los intereses nacionales de la clase obrera y los oprimidos. Al limitarse a una reivindicación de política cultural, niega su derecho y capacidad para cuestionar las bases del poder de la burguesía, es decir, justamente, aquello que la hace hegemónica en el plano político y cultural: el Estado.

La gran debilidad del programa de autonomía cultural de las nacionalidades de la socialdemocracia austriaca estriba, por tanto, en la incapacidad de lograr una forma político-organizativa para enfrentar unificadamente al poder burgués; se combate con una gran dispersión ideológica el programa político unificado más poderoso de la historia de la humanidad hasta antes del socialismo, el de la burguesía.

En el programa de la socialdemocracia austriaca está ausente una crítica y oposición radical al Estado austriaco. La propuesta democrática y socialista de solución del problema de las nacionalidades no tiene una culminación revolucionaria. De aquí que el propio Bauer llame al programa obrero un programa "evolucionista" na-

cional.

67

Bauer, así como la socialdemocracia austríaca, renuncian expresamente a la tarea revolucionaria de destrucción del Estado capitalista. Para ambos, la consigna revolucionaria no constituye - sino una amenaza de regresión, un retraso al programa democrático socialista.

"La clase obrera sólo puede llevar adelante su lucha de - clases dentro del marco estatal históricamente dado. Ella se niega a esperar la solución de las cuestiones nacionales a partir de la incierta victoria de una revolución imperialista mundial, puesto que la victoria del imperialismo supone la derrota de la clase obrera en los grandes estados capitalistas vecinos y desencadenaría violentas luchas en la misma Austria que retardarían la lucha de clases y, por lo tanto, también el desarrollo cultural de -- las naciones."(19)

La socialdemocracia austríaca establece como punto de partida necesario el "marco estatal históricamente dado", como lo hiciera la socialdemocracia alemana en el programa de Gotha. La --- aceptación de dicho marco implica la negación de su falibilidad, - del carácter histórico de la dominación clasista y de la necesidad también histórica de su superación. La comunidad de destino se -- vuelve aquí una noción fatalista del desarrollo político. En el fondo, lo que descubrimos es el reconocimiento de los límites de - la propia propuesta democrática, en la socialdemocracia de uno y - otro país. La democracia se sostiene en ellas en cuanto permite - la apertura de un espacio político plural, donde coexisten posiciones clasistas antagónicas. Pero la democracia no puede, en esta - concepción, volcarse hasta la demostración fehaciente de su carácter de clase, es decir, hasta el reconocimiento de la desigualdad que es su fundamento y en la lucha contra ella. En la propuesta - de unos y otros la democracia es explícitamente un espacio de con-

frontación ideológica, excluye toda referencia a la violencia política, la que es el nudo de la dominación clasista en el Estado. El Estado aparece en el programa socialdemócrata como una forma - institucional ambigua, dominada en una época por la burguesía, pero que puede igualmente ser ocupada por el proletariado. Aunque por vías diversas, tanto para la socialdemocracia alemana como para la austríaca, el poder obrero es el resultado de una evolución ideológica democrática de la sociedad, y no de una acción política revolucionaria encaminada a derrotar a la burguesía y a destruir su Estado.

La contradicción central del planteamiento socialdemócrata estriba, pues, en la intención de construir una sólida organización proletaria a partir de la producción, organización que no admita ninguna interferencia burguesa, el sindicato, pero al mismo tiempo, desarmar al proletariado en su lucha política en el Estado, en negarle al partido su papel en la dirección de la tarea -- histórica fundamental de la clase: el derrocamiento de la clase -- en el poder y de su aparato opresor, el Estado.

Al plantear la actividad política como una "lucha de clases dentro del marco estatal históricamente dado" la socialdemocracia renuncia a desarrollar la única lucha que puede unificar - efectivamente a la clase obrera, la lucha que la lleve a construir se hegemonía en el conjunto de la sociedad. La socialdemocracia no se plantea hacer de la lucha por la democracia una lucha revolucionaria, de la reivindicación nacional una verdadera - política nacional de la clase obrera, hacer del proletariado, como plantea Marx, una verdadera clase nacional.

B. *La Autocracia Zarista y la Revolución Rusa: Autonomía Nacional y Organización en la Socialdemocracia.*

La estructura de poder de la autocracia zarista en Rusia -- era, indudablemente, la más rígida y centralizada de todas las de las monarquías imperiales europeas. No hubo en Rusia, hasta 1906, nada que se le pareciera a un parlamento, y el gobierno de los -- zemstvos, dominado por aristocracias y funcionarios locales, estuvo siempre estrictamente reglamentado bajo el control de la administración central. No pudo desarrollarse en Rusia, como en Prusia o Austria, ningún sistema que permitiera la mínima socialización del poder para permitir su mejor consolidación. Toda actividad independiente al zarismo, toda forma de cuestionamiento a su autoritarismo, eran consideradas como subversión y sancionadas -- del modo más enérgico, incluso con la vida.

Aún después de la revolución de 1905, en que se estableció la Duma, el zarismo fue incapaz de tolerar aún la crítica de la -- burguesía liberal e impuso en múltiples ocasiones la disolución -- de este órgano representativo.

El desarrollo de las nacionalidades rusas estuvo, por tanto, sometido a la política autoritaria central del zarismo, y puede -- decirse que el modo fundamental de concentración del poder del -- Estado se dió a través de la militarización del campesinado, necesaria para las diversas y costosas empresas bélicas que emprendie -- ra Rusia en el siglo XIX y comienzos del XX. Ninguna nacionali-- dad obtuvo para sí la menor concesión de autonomía durante la dominación zarista, y la rusificación del territorio se llevó a cabo mediante la imposición del idioma gran ruso en todas las acti-

vidades administrativas, en la escuela, en las fábricas, así como con la prohibición expresa de la utilización pública de cualquier otra lengua, o la celebración de cualquier rito social que implicara el más mínimo signo de nacionalismo. La represión a las nacionalidades en Rusia fue tan amplia como la represión social y política general.

La burguesía industrial resultó seriamente afectada por la marginación social y política impuesta por el zarismo. Una parte muy considerable del desarrollo industrial en Rusia se debió a -- las cuantiosas inversiones francesas, alemanas y holandesas, que superaban en capacidad económica y organización a la burguesía nacional. La burguesía no logró nunca conformarse como una sólida fuerza política alternativa a la aristocracia, ni encabezar el movimiento popular contra la opresión. El historiador Barry Carr -- plantea que, en Rusia, fueron corrientes diversas al liberalismo quienes ocuparon el vacío intelectual y cultural que dejaba la ausencia de la burguesía en la escena social. El marxismo legal y el populismo, antecedentes del pensamiento propiamente socialista, tuvieron un desarrollo incomparablemente más importante en Rusia, y más significativo en la formación de una corriente antiautárquica.

Del mismo modo, la socialdemocracia rusa no tuvo como contrincante sólo a la burguesía, sino al zarismo, y su lucha por -- conquistar las plenas libertades políticas fue desde sus inicios una lucha por la destrucción del Estado, como la fuente más directa de la opresión. La conquista de la democracia estaba inmediatamente articulada con la revolución. Y entre los socialdemócratas rusos no hubo nunca duda de la inminencia de la misma, ni pérdida

68

de claridad en sus objetivos. Ya en 1905, cuando se discutía el carácter democrático-burgués de la revolución, Lenin afirmaba -- que era indispensable una dirección proletaria, frente a la debi- lidad evidente de la burguesía en el cumplimiento de objetivos - políticos que históricamente se suponía que debía asumir.

Las enseñanzas de la revolución de 1905 fueron la escuela - fundamental para los socialdemócratas rusos. La conquista de la mayoría y la unidad en la lucha revolucionaria se convirtieron en las dos consignas más importantes de su actividad política entre 1906 y 1917. La cuestión nacional era estrictamente considerada en la perspectiva de lograr la dirección del movimiento revolucio- nario sobre toda la sociedad, la unidad en la lucha contra el za- rismo y la burguesía a él subordinada. Toda dispersión de esta - lucha central era vista como una postergación o desviación irres- ponsable de la lucha revolucionaria. Y es en este contexto que - podemos considerar la enérgica respuesta de Stalin, en 1913, a -- los planteamientos nacionales de la socialdemocracia austriaca, y en particular, al texto de Otto Bauer que acabamos de comentar.

Para Stalin, los brotes nacionalistas que se daban en Rusia hasta esa fecha eran considerados como distracción o pérdida de - fuerza del movimiento revolucionario. "...cuanto más decrecía el movimiento de liberación, más esplendorosamente florecía el nacio- nalismo..."(20) Desde luego, toda derrota del movimiento revolu- cionario era visto como un avance del zarismo. La clase dominan- te podría penetrar las filas revolucionarias sólo en la medida en que lograra atraer al pueblo a su propia conducción política. -- Stalin considera, por esta razón, la cuestión nacional, o de las nacionalidades, como de origen y consecuencias básicamente burgue

ses... La explicación no se remite sólo al caso ruso, donde la - relación aparece con mayor claridad por las razones expuestas, si no que se extiende en su visión a las llamadas "naciones jóvenes" de Europa Oriental.

"La lucha comenzó y se extendió, en rigor, no entre las naciones en su conjunto, sino entre las clases dominantes de las naciones dominadoras y de las naciones postergadas. La lucha la libran, en general, la pequeña - burguesía urbana de la nación oprimida contra la gran - burguesía de la nación dominadora. (Los checos, los -- alemanes), o bien la burguesía rural de la nación oprimida contra los terratenientes de la nación dominante - (los ucranianos en Polonia), o bien toda la burguesía - 'nacional' de las naciones oprimidas contra la aristo-- cracia gobernante de la nación dominadora (Polonia, Lituania y Ucrania, en Rusia).

La burguesía es el principal personaje en acción. El problema fundamental es el mercado. Dar salida a las - mercancías y salir vencedora en su competencia con la - burguesía de otra nacionalidad: he ahí su objetivo. De aquí su deseo de asegurarse 'su' mercado, un mercado -- 'propio'. El mercado es la primera escuela en que la - burguesía aprende el nacionalismo."(21)

La unidad nacional es para Stalin un objetivo eminentemente burgués y tiene lugar con la conformación del mercado capitalista. Sin embargo, la coherencia que logre la realización de dicho objetivo burgués estará subordinada al grado de desarrollo político, ideológico y social independiente de las masas oprimidas. La unidad nacional, entonces, involucra sobre todo la capacidad de la burguesía de ejercer la dirección política sobre las masas.

"La fuerza del movimiento nacional estará determinada -- por el grado en que participan en él las extensas capas de la nación, el proletariado y los campesinos.

Que el proletariado se coloque bajo la bandera del nacionalismo burgués, depende del grado de desarrollo de las contradicciones de clase, de la conciencia y de la - organización del proletariado.

El proletariado consciente tiene su propia bandera, ya aprobada, y no necesita marchar bajo la bandera de la -- burguesía.

En cuanto a los campesinos, su participación en el movimiento nacional depende, ante todo, del carácter de la

represión. Si la represión afecta a los intereses de la 'tierra', como ocurría en Irlanda, las grandes masas campesinas se colocan inmediatamente bajo la bandera del movimiento nacional."(22)

Stalin reconoce las importantes diferencias políticas e ideológicas entre los movimientos nacionales europeos, pero afirma que el sustento común de las luchas nacionales es la lucha por la unidad política, ideológica y social del capitalismo, y que las reivindicaciones nacionales son invariablemente utilizadas por la burguesía para la conquista de su hegemonía. La medida del auge del nacionalismo es, entonces, signo de la dirección burguesa sobre una sociedad.

"Por lo expuesto se ve claramente que, bajo el capitalismo ascensional, la lucha nacional es una lucha entre las clases burguesas. A veces, la burguesía consigue arrastrar al proletariado al movimiento nacional, y entonces exteriormente parece que en la lucha nacional participa 'todo el pueblo', pero eso es sólo exteriormente. En su esencia, esta lucha sigue siendo siempre una lucha burguesa, conveniente y grata principalmente para la burguesía."(23)

La burguesía no consigue la dirección política sobre las masas solamente con la exposición de sus propios intereses. Esto debe ser claro. La hegemonía involucra siempre la realización, en mayor o menor grado, de cuando menos algunas reivindicaciones de las clases oprimidas. Es ésta la razón por la que la burguesía logra atraer al proletariado a la lucha nacional. La promesa de la solución de ciertas demandas democráticas, fundamentalmente, la libertad de expresión y organización, se convierte en polo de atracción para esta clase a la lucha de la burguesía.

"La restricción de la libertad de movimiento, la privación de derechos electorales, las trabas al idioma, la reducción de las escuelas y otras medidas represivas afectan a los obreros en grado no menor, si no es mayor que a la burguesía. Esta situación no puede por menos -

de frenar el libre desarrollo de las fuerzas espirituales del proletariado de las naciones sometidas. No se puede - hablar seriamente del pleno desarrollo de las facultades espirituales del obrero tártaro o judío, cuando no se le permite servirse de su lengua materna en las asambleas o en las conferencias y cuando se le cierran las escuelas.

La política de represión nacionalista es también peligrosa en otro aspecto para la causa del proletariado. Esta política desvía la atención de extensas capas del mismo de las cuestiones sociales, de las cuestiones de la lucha de clases hacia las cuestiones nacionales, hacia las cuestiones 'comunes' al proletariado y a la burguesía. Y esto crea un terreno favorable para las prédicas mentirosas sobre la 'armonía de intereses', para velar los intereses de clase del proletariado, para esclavizar moralmente a los obreros. De este modo, se levanta una seria barrera ante la unificación de los obreros de todas las nacionalidades."(24)

La cuestión nacional puede ser, desde la perspectiva de Stalin, parte de las reivindicaciones democráticas del proletariado, durante el régimen capitalista. La lucha contra la opresión nacional está vinculada a la lucha contra la opresión social más general que impone la burguesía. Sin embargo, en el período "ascensional" de la burguesía, esta reivindicación democrática puede coincidir con las aspiraciones burguesas, al ser expresión en cierto terreno de su lucha contra el feudalismo y la aristocracia. Es por esto que cuando en el terreno nacional se producen, según Stalin, mayores coincidencias entre el proletariado y la burguesía, es generalmente la burguesía la clase hegemónica de un programa social más general.

La conquista de las libertades democráticas es el principio del fin de la hegemonía burguesa sobre el proletariado. Una vez establecidos los derechos políticos de las clases oprimidas en el capitalismo no existen más condiciones para la alianza entre clases antagónicas. Para Stalin, "la plena democratización del país es la base y condición para solucionar la cuestión nacional"(25)

La cuestión nacional se resuelve, por tanto, en la lucha general por la democracia. El programa nacional del proletariado sólo -- puede tener cabida, en esta perspectiva, en la lucha contra la he gemonía política e ideológica de la burguesía. Es por ello que -- la socialdemocracia rusa sintetiza como consigna política la de la autodeterminación nacional, y la considera vigente sobre todo pa- ra las condiciones de opresión en el capitalismo.

"El derecho de autodeterminación significa que sólo la -- propia nación tiene derecho a determinar sus destinos, -- que nadie tiene derecho a inmiscuirse por la fuerza en -- la vida de una nación, a destruir sus escuelas y demás -- instituciones, a atentar contra sus hábitos y costumbres, a poner trabas a su idioma, a restringir sus derechos." (26)

La demanda de autodeterminación nacional fue inscrita en el programa de la socialdemocracia rusa desde 1903. Se refiere al -- derecho de separación, de conformación de un nuevo Estado, que de ben tener todas las comunidades nacionales. Esta demanda se plan teaba en oposición al autoritarismo zarista, que pretendía anular todas las diferencias nacionales dentro de su territorio, así co- mo frente a la agresiva política expansionista de las potencias -- europeas y del zarismo.

La autodeterminación nacional implica el reconocimiento al -- derecho a la independencia política, social y económica de las na ciones débiles, así como el reconocimiento de los derechos demo-- cráticos de las minorías nacionales en las naciones poderosas. -- Es, por así decirlo, el programa reivindicativo máximo de la cla- se obrera en la era de la burguesía. Sin embargo, la demanda de autodeterminación nacional no implica, de una parte, ni la lucha efectiva por la separación política de las naciones débiles, ni --

la defensa indefinida de las reivindicaciones culturales o sociales "nacionales". Si esta reivindicación es considerada progresista es precisamente porque se circunscribe a aquellos movimientos democráticos que se opongan a la dominación burguesa y/o busquen radicalizar el programa de la burguesía logrando incluso la dirección obrera en la realización de sus tareas históricas. No en todos los casos puede aplicarse la demanda de autodeterminación nacional ni tiene siempre un contenido progresista, democrático.- Sostener, por ejemplo, posiciones nacionalistas en el socialismo, implicaría, en la visión de Stalin, negar el papel del internacionalismo proletario, verdadero programa histórico de la nueva clase revolucionaria.

"Los destinos del movimiento nacional, que es en sustancia un movimiento burgués, están naturalmente vinculados a los destinos de la burguesía. La caída definitiva del movimiento nacional sólo es posible con la caída de la burguesía. Sólo cuando viene el socialismo se podrá instaurar la paz completa. Lo que sí se puede, incluso dentro del marco del capitalismo, es reducir al mínimo la lucha nacional, minarla en su raíz, hacerla lo más inofensiva posible para el proletariado... Para ello es necesario democratizar el país y dar a las naciones la posibilidad de desarrollarse libremente."(27)

Del mismo modo, atribuirle a la cuestión nacional características o dimensiones mayores que las de una lucha democrática implicaría la asunción de patrones ideológicos de la burguesía, la desviación de la lucha obrera revolucionaria. Así, la cuestión nacional es, ni más ni menos, la expresión de la lucha por plenos derechos políticos de las clases oprimidas por el capitalismo. Cualquiera que escape a esta consideración se sitúa por fuera del socialismo y de su perspectiva de transformación radical de la sociedad.

Es éste el sustento de la crítica de Stalin a la posición de Otto Bauer. Para el primero, la demanda de autonomía cultural es, a la vez, una renuncia a la lucha por derechos políticos plenos de las clases oprimidas, y una exigencia ideológica burguesa. La autonomía cultural es, para Stalin, el campo de expansión y expresión de la dominación ideológica de la burguesía, y de ninguna manera, el terreno de desarrollo de la independencia ideológico-cultural de la clase obrera.

Stalin enfatiza que el punto de partida de la socialdemocracia austriaca es "la integridad estatal de Austria"(28). En la medida en que la crítica del Estado no forma parte de las exigencias socialistas, toda reivindicación nacional queda inevitablemente limitada al plano de la consolidación ideológica de la burguesía.

La priorización planteada por Bauer de la cuestión "cultural" en la reivindicación de la autonomía nacional es síntoma, en la visión de Stalin, de una negación del curso inevitable de la lucha de clases; del paso de la lucha por la libertad de expresión a la lucha por los plenos derechos políticos de las clases oprimidas, incluido el derecho de rebelión contra un Estado opresor. La subordinación de la política a la cultura implica, entonces, una autocensura proletaria, la autolimitación de los objetivos de la lucha, o la renuncia histórica al derecho a la revolución.

"Ante todo, salta a la vista la sustitución absolutamente incomprensible y no justificada, en modo alguno, de la autodeterminación de las naciones por la autonomía nacional. Una de dos: o Bauer no comprende lo que es autodeterminación o lo comprende, y, por una u otra razón, restringe deliberadamente este concepto. Pues es indudable: a) que la autonomía cultural-nacional implica la integridad del Estado compuesto por varias nacionalidades, mientras que

la autodeterminación se sale del marco de esta integridad; b) que la autodeterminación da a la nación toda la plenitud de derechos, mientras que la autonomía nacional sólo le da derechos 'culturales'."(29)

Según Stalin, al no combatirse en el terreno económico y político del poder de la burguesía, al negarse la socialdemocracia a luchar por el derrocamiento de la clase dominante, el terreno ideológico nacional aparece como especialmente favorable a los intereses de esta clase. La nación expresa la soldadura ideológica entre dominantes y dominados, necesaria para la reproducción del sistema.

Por lo demás, las tesis de Bauer favorecen para Stalin el enfrentamiento internacional de los obreros. Si éstos se subordinan a la competencia capitalista, entonces la relación internacional estará determinada por la competencia. El internacionalismo proletario daría lugar al chovinismo y al imperialismo. La autonomía nacional, entonces, no logra sino fragmentar la lucha obrera, dispersarla e incapacitarla para enfrentar unificadamente a la burguesía.

La crítica de Stalin a Bauer se extiende a todos aquellos sectores que, dentro o fuera de la socialdemocracia rusa, pretenden incorporar al programa de reivindicaciones sociales la autonomía nacional: el Bund, los caucásicos, los polacos, los ucranianos. Es aquí donde adquiere su verdadera dimensión política la propuesta staliniana.

Stalin considera que sólo algunas reivindicaciones nacionales son incorporables al programa democrático de la socialdemocracia. En contra del programa socialista austríaco, pone de manifiesto el carácter reaccionario de algunas formas culturales de

las comunidades nacionales:

"Y no es, ni mucho menos, fortuito que el programa nacional de los socialdemócratas austríacos imponga la obligación de velar por la conservación y el desarrollo de las particularidades nacionales de los pueblos': ¡Fijaos -- bien en lo que significaría 'conservar' tales peculiaridades nacionales de los tártaros de la Transcaucasia como -- la autoflagelación en las fiestas del 'Shajsei-Vajsei' o 'desarrollar' tales 'peculiaridades nacionales' de los -- georgianos como el 'derecho de venganza'."(30)

Evidentemente, su preocupación central estriba en mostrar la importancia de aquellos elementos que favorecen más claramente el desarrollo de una conciencia obrera revolucionaria. Es por ello -- que destaca los derechos democráticos vinculados a la libertad de expresión (el uso del idioma nacional, la libertad de asociación y la eliminación de privilegios ideológicos, culturales y políticos) en la escuela, el trabajo o la comunidad nacional. Sin embargo, -- hay en el conjunto de su argumentación una desconfianza acentuada hacia toda expresión cultural que pueda --directa o indirectamente-- conducir al predominio reaccionario. Ello resulta en un desprecio de manifestaciones culturales que, efectivamente, forman parte de una visión compleja del mundo (ritual o simbólica, con formas pecu-- liares de organización, etc.), que no se adscribe al programa obre-- ro de base industrial. Stalin no ve más que barbarie y salvajismo en la vida cultural de las nacionalidades oprimidas por el capita-- lismo. Su propia experiencia como georgiano parece haberla asimila-- do en el sentido de la necesidad de negar el atraso ideológico -- cultural provinciano, suprimir todo lo que no sirva directamente -- al desarrollo socialista. Idea que nos parece vinculada a una vi-- sión muy discutible que asocia progreso con homogeneidad cultural, pero eso escapa a los fines de este trabajo.

En todo caso, la pobreza de argumentación sobre las peculiaridades nacionales reaccionarias no hace sino resaltar su tesis - de que, vista como problema estrictamente cultural o social, la - cuestión nacional es una cuestión eminentemente burguesa. Lo que no excluye, de ninguna manera, que el proletariado deba darle un contenido democrático en la sociedad dominada por la burguesía, - para en todos sentidos luchar por derrumbar las bases de su poder, pero sí una comprensión cabal del problema y sus dimensiones en el socialismo. La escasa visión de Stalin en el tratamiento de este problema resulta, entonces, en la afirmación de generalidades cuando se trata de exponer la política socialista de las nacionalidades.

"La cuestión nacional del Cáucaso sólo puede resolverse - en el sentido de llevar a las naciones y pueblos rezagados al cauce común de una cultura superior. Sólo esta solución puede ser progresiva y aceptable para la socialdemocracia. La autonomía regional del Cáucaso es aceptable, precisamente por que incorpora a las naciones sojuzgadas al desarrollo cultural común, les ayuda a romper el cascarón del aislamiento propio de las pequeñas nacionalidades, les impulsa a marchar hacia adelante y les facilita el acceso a los valores de una cultura superior. En cambio, - la autonomía cultural-nacional actúa en un sentido diametralmente opuesto, pues recluye a las naciones en sus viejos cascarones, las mantiene en los grados inferiores del desarrollo de la cultura y les impide elevarse a los grados más altos de la misma." (31)

Está claro que, cuando Stalin se refiere a que la autonomía regional constituye un avance respecto a la política burguesa de las nacionalidades, no hace sino reafirmar la tesis de que la conquista de una mayor libertad política, el fortalecimiento de la democracia, son las condiciones esenciales para el desarrollo de la fuerza social, política y cultural destinada a romper las limitaciones del régimen capitalista. Cuando intentamos proyectar dicha

política nacional al socialismo, sus limitaciones se hacen presentes, ya que no busca resolver sino eliminar las diferencias sociales y culturales, que son, paradójicamente, el punto de partida del socialismo; nosotros pensamos, en cambio, que en la construcción de su hegemonía la clase obrera no puede dejar de lado los elementos de la vida de las clases oprimidas de la sociedad capitalista que se refieren a una concepción general del mundo. Transformarlos e integrarlos en el programa socialista es lo que entendemos como formación del proletariado como clase nacional. Evidentemente, en una perspectiva etapista simple y pragmática, todo lo que no sirve al objetivo político actual debe ser descartado; en esta visión estrecha, aún la lucha democrática aparece como objetivo limitado al período de la lucha obrera contra el capitalismo. El problema de la pluralidad cultural y social, presente en el capitalismo, se vincula estrictamente al de la democracia y son, desde nuestro punto de vista, no sólo un instrumento de lucha anticapitalista, sino fundamento de la política socialista.

La preocupación de Stalin en el sentido de conservar la unidad de la fuerza revolucionaria se transforma, en extremo, en una desconsideración de los problemas específicos que plantea a las fuerzas socialistas la construcción de un verdadero programa nacional. En el fondo, la pregunta de Stalin sobre si la admisión de la cuestión nacional como especial en la lucha revolucionaria afecta la posición unitaria de la clase obrera circunscribe el programa nacional a la situación prerrevolucionaria de la socialdemocracia rusa, pero no contribuye sustancialmente a establecer los fundamentos de la práctica socialista más general en torno al problema.

En el caso ruso, la unidad política del zarismo obligaba, de manera general, a la socialdemocracia a actuar de manera que garantizara la efectividad, unidad y disciplina de las fuerzas que pretendían su destrucción. Sin embargo, queda claro que en su propuesta Stalin deja de lado los aspectos más específicos, pero no por ello menos cruciales, del conjunto de la política revolucionaria. Especialmente cuando, en la actualidad, su texto se ha convertido en el punto obligado de referencia para el tratamiento de la cuestión nacional entre los marxistas, es preciso reflexionar sobre el alcance de sus aportes y en particular, su definición sobre el problema.

Por esta razón, y porque la definición stalinista de la nación es la parte más conocida de esta obra, queremos hacer algunas reflexiones finales sobre ella.

"Nación es una comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura."(32)

En primer lugar, al definir la nación como comunidad, Stalin hace explícitamente a un lado el que toda comunidad en la historia de las sociedades hasta el capitalismo se funda en la lucha de clases. La comunidad, entonces, no puede significar sino solución temporal, en beneficio de una clase, de los problemas del conjunto de la sociedad. Desde nuestro punto de vista, el que Stalin no introduzca este elemento es resultado de que, en su concepción, la nación es un hecho eminentemente burgués, que es la burguesía su agente principal. La comunidad nacional es para él únicamente un producto de la hegemonía burguesa.

En segundo lugar, la suposición de una "estabilidad", el fin

de una conformación histórica de la nación, excluye el proceso de formación de las naciones como un hecho que puede culminar o no - con la formación de un Estado, con la consolidación de un territorio independiente, etc., o no, pero que en todo caso forma parte de una historia cuya importancia no es posible desconocer. A partir de la definición de Stalin, la nación se comprende como un dato en la formación social capitalista, no como el movimiento de una sociedad compleja y contradictoria en que se enfrentan incluso programas nacionales clasistas diversos y antagónicos. En la inmovilidad de esta consideración, la nación capitalista es lo que es de una vez y para siempre.

Más allá de estos elementos, que ya son bastante importantes, no queremos dejar de plantear que la tendencia a definir en términos tan cerrados hechos históricos tan complejos -tendencia a la que eran ajenos Marx y Lenin- entraña siempre el riesgo de simplificación y dogmatización, cuestión presente en buena parte de las obras del propio Stalin.

Igualmente presente está la pretensión de hacer de una obra de interpretación de una coyuntura política el texto de comprensión teórica general del problema. La importancia que se le dio -y en cierto sentido aún se le da- al texto de Stalin indudablemente tiene que ver con la que los marxistas de su época percibían como una laguna teórica que había que llenar. Las limitaciones teóricas y políticas del texto tal vez no fueron claramente percibidas por -- sus contemporáneos en la socialdemocracia rusa, ya que correspondía a los objetivos políticos que se habían planteado en ese momento, pero toca a nosotros resaltar los inconvenientes de hacer de él --

una obra de mayores posibilidades. No sólo por la estrechez de su visión política en lo referente al problema de las nacionalidades debe el texto de Stalin ser superado, sino porque el método de su exposición y sus conclusiones son puntos de partida prácticamente inevitables de generalizaciones forzadas, de simplificaciones de problemas complejos, de ideologización del conocimiento. Razones suficientes, a nuestro entender, para someter a nuestra desconfianza toda obra que pretenda, como la de Stalin, servir de manual para todos los usos, sobre todo en el socialismo científico.

III. EL DEBATE SOBRE LA CUESTION NACIONAL Y LA LUCHA POR LA HEGEMONIA EN RUSIA.

En el capítulo anterior intentamos mostrar algunos de los -- riesgos que derivan de la intención de suscribir, a partir de gene -- ralizaciones, principios universales, una política revolucionaria en las sociedades capitalistas. Con frecuencia, la lectura de tex -- tos polémicos de carácter teórico y político como los que hemos co -- mentado, enajenada de la problemática específica que les ha dado -- sentido, se convierte en sustento de interpretaciones antojadizas sobre supuestas tareas parejas de todas las fuerzas obreras revolu -- cionarias en la formulación de su política.

En el caso de la cuestión nacional, el desconocimiento de la mayoría de las discusiones políticas y de la diversidad de situa -- ciones que dieron lugar a las más importantes diferencias en la -- conducción de los partidos socialistas de la Segunda Internacional ha resultado, por una parte, en el estrechamiento de la decisión -- de los socialistas contemporáneos sobre el contenido real de la po -- lémica; por otra, en la dogmatización de las formulaciones políti -- cas conocidas, y en la adjudicación de juicios superficiales a au -- tores como Rosa Luxemburgo y Lenin.

Es nuestra intención redimensionar, en el presente capítulo, la polémica sobre la cuestión nacional previa a la Primera Guerra Mundial a partir, no solamente de la ampliación de la información -- frecuentemente disponible en las obras de los autores, sino de la profundización sobre la problemática política, social y cultural a que se enfrentaban las fuerzas revolucionarias en el periodo cru -- cial que analizaremos.

La importancia de dicho período radica, desde nuestra perspectiva, en que en él se definieron con la mayor nitidez las divergencias en el seno del movimiento obrero internacional, que llevarían posteriormente a la formación de dos bloques -socialistas y comunistas- cuyas concepciones, programa y acción política tendieron al enfrentamiento en los años sucesivos, en particular con la formación de la Tercera Internacional. Consideramos que la pregunta de si la social-democracia es el ala derecha del partido obrero, o el ala izquierda del partido burgués, pregunta que simplifica de manera extrema las divergencias a que nos hemos referido, -- expresa sin embargo al límite la disyuntiva histórica que se abrió claramente a partir de entonces.

A. *La política obrera revolucionaria en la socialdemocracia:
Rusia y Polonia.*

Hemos afirmado ya que las organizaciones políticas no se enfrentan en el vacío, sino que expresan el conjunto de la vida de las sociedades en que cumplen una función histórica. En particular, la socialdemocracia rusa, y como veremos, la polaca, tuvieron frente a sí enemigos de carne y hueso que modularon y, con mucho, dominaron, el sentido y la orientación de su lucha revolucionaria.

Hemos considerado en el capítulo anterior el modo en que la socialdemocracia rusa se vio obligada a enfrentar a su enemigo fundamental, el zarismo, y cómo este enfrentamiento determinó la formación política y organizativa de su fuerza. La socialdemocracia rusa no surgió, sin embargo, como una organización unificada de toda Rusia, sino que debió alimentarse de las organizaciones revolucionarias que, desde distintos ángulos y en las más diversas re-

giones del país, se encontraban en la mayor disposición de combatir al enemigo común. No todas estas organizaciones encontraron en la socialdemocracia el espacio y las garantías que pretendían para el desarrollo de su política. Algunas se enfrentaron en distintas ocasiones con la firmeza y determinación del núcleo revolucionario socialdemócrata, dirigido por Lenin, en torno a la necesidad de -- constituir una organización centralizada, con dirección única; dicha necesidad aparece en la historia de la lucha contra el zarismo como condición *sine qua non* de la formación de una fuerza revolucionaria, en la perspectiva de las organizaciones revolucionarias más importantes, en primer lugar, desde luego, en el POSDR, formado en 1898. Entre las organizaciones que rechazaron la unidad y el centralismo de la socialdemocracia en la lucha contra el zarismo -- encontramos posiciones aparentemente tan disímiles como las de los mencheviques, el Bund judío, el partido socialista polaco (SPP) y, más tarde, los llamados liquidadores ucrasianos, caucasicos, etc. Todos estos grupos mantuvieron una relación política compleja y -- desigual con la socialdemocracia hasta la revolución de 1917. Algunos terminaron fundiéndose en el partido bolchevique; otros tuvieron un lugar subordinado en la lucha política revolucionaria; los más, desaparecieron de la escena política después de los primeros años de consolidación de la revolución de octubre.

La cuestión del centralismo, o mejor dicho, la lucha por la construcción de una dirección única, centralizada, en la socialdemocracia rusa estuvo presente desde su formación, y ocupó un lugar preponderante en todos los congresos del Partido. Es particularmente notable, desde luego, la polémica que se suscitó en el Congreso de 1903, y que dio lugar a la publicación del texto de Lenin cono-

cido como *¿Qué Hacer?*. El asunto dio lugar a innumerables publicaciones posteriores, que en su mayoría están referidas a dos aspectos fundamentales: la organización del partido y su relación con las masas, y la construcción de una política obrera revolucionaria en el conjunto de la sociedad. Es evidente que no tenemos la intención ni la capacidad para exponer en toda su profundidad dicha polémica, pero sí nos interesa situar, en primer lugar, el asunto de la definición de una política nacional para la clase obrera dentro de esta discusión más general.

Desde nuestro punto de vista, la formación de la fuerza revolucionaria antizarista exigió de la socialdemocracia una claridad y flexibilidad política en el análisis de las posibilidades reales de conjunción de grupos políticos y organizaciones nacionales diversas. Ello explica, de una parte, las modificaciones políticas y organizativas que sufrió el partido, para adecuarlo a las más distintas situaciones históricas, y de otra, la lucha permanente y difícil por conciliar la mayor unidad política en el enfrentamiento con el zarismo, con un pluralismo ideológico y cultural en la construcción de la fuerza revolucionaria en la base de la sociedad rusa. El centralismo se concebía en la socialdemocracia como un principio de organización democrática. La amplitud de despliegue del contenido democrático del centralismo dependió fundamentalmente de las características del enfrentamiento político, de la represión zarista, y del desarrollo de la lucha de masas. El centralismo socialdemócrata estaba determinado, primero, por el enfrentamiento contra el gobierno zarista y los restos del sistema feudal; en segundo lugar, por la lucha contra la opresión capitalista, y, finalmente, por la formación de una alternativa socialista. La centrali

dad del partido socialdemócrata estaba orientada a dotar en los -- distintos momentos de la mayor coherencia y unidad a la lucha contra los enemigos de la clase obrera, así como a favorecer la articulación de las acciones políticas de todas las organizaciones locales en que se expresaba en germen un movimiento contra la opresión social nacional.

Es en este contexto que se aprobó en 1903 el derecho de las naciones a la autodeterminación en el programa del POSDR. El reconocimiento del derecho de separación política de las nacionalidades oprimidas no significaba, como hemos visto, apoyo incondicional de la socialdemocracia a toda lucha separatista. La socialdemocracia mantenía esta exigencia en virtud de las condiciones de -- opresión especial a que estaban sujetos los miembros de las distintas nacionalidades en Rusia, pero luchaba con igual intensidad por la constitución de un movimiento nacional en su más amplio sentido de todos los oprimidos de la sociedad rusa.

"La socialdemocracia luchará en todo momento contra cualquier intento de influir desde afuera sobre la autodeterminación nacional, ya sea por medio de la violencia o de cualquier injusticia. Ahora bien, el reconocimiento incondicional de la lucha por la libre determinación no -- nos obliga en modo alguno a apoyar cualquier demanda de autodeterminación nacional. La socialdemocracia, como -- partido del proletariado, se plantea como tarea positiva y fundamental, cooperar a la autodeterminación del proletariado de cada nacionalidad, y no a la de pueblos y naciones. Nosotros debemos tender, siempre y de un modo in condicional, a establecer la unión más estrecha entre -- los proletarios de todas las nacionalidades, y tan sólo en casos aislados y a título de excepción podemos presen tar y apoyar activamente reivindicaciones que tiendan a la creación de un nuevo Estado de clase o a la sustitución de la plena unidad política del Estado por una unidad federativa más débil, etc."(1)

Lenin explica con la mayor claridad las condiciones bajo las cuales el partido del proletariado puede apoyar efectivamente la --

reivindicación de separación, y se refiere fundamentalmente a aquellas situaciones en las que "a título de excepción" conviene al desarrollo de la clase obrera la formación de un Estado más débil y pequeño, o el desgajamiento de una gran potencia. Lenin afirma la rareza de estos casos, así como la necesidad de apoyar la unión -- del proletariado de las distintas nacionalidades, porque reconoce la superioridad de una organización mayor, tanto en tamaño como en fuerza, para llevar a cabo las tareas históricas de una sociedad: de la consolidación territorial a la formación de una unidad política altamente desarrollada y eficiente. Sin embargo, afirma también la necesidad de desplegar todas las iniciativas y la fuerza en aquellas luchas que tiendan a abrir un espacio político mayor para la difusión del programa obrero en toda la sociedad. Este es, por tanto, el verdadero sentido de la lucha por el derecho de las naciones a la autodeterminación.

"...nosotros debemos *supeditar* la reivindicación de la autodeterminación nacional justamente a los intereses de la lucha de clase del proletariado. Y es esta condición la que establece la diferencia entre nuestro planteamiento de la cuestión nacional y el planteamiento de mocrático-burgués. El demócrata burgués (y también el oportunista socialista de nuestros días, que sigue sus pasos) se imagina que la democracia suprime la lucha de clases, y por eso plantea incondicionalmente, desde el punto de vista de los intereses 'de todo el pueblo' o incluso desde el punto de vista del eterno principio absoluto de la moral. Los socialdemócratas desenmascaran implacablemente esa ilusión burguesa, y lo hacen siempre y en todas partes, lo mismo si se expresa en una filosofía idealista abstracta que en el planteamiento de la reivindicación incondicional de la independencia nacional."(2)

Lenin reconoce que en el terreno de la nación tiende a expresarse la hegemonía burguesa. La incondicionalidad de esta clase de la lucha nacionalista o a la defensa supuesta de los intereses de todo el pueblo no son sino formas de ocultar el contenido cla--

sista y opresor de su propio programa. La liberación nacional es - para la burguesía condición de su propia expansión económica, política y cultural. Es por ello que el proletariado debe anteponer a la reivindicación nacional las exigencias de plena democratización, es decir, de la apertura del espacio de confrontación en que pueda demostrar "a todo el pueblo" la falsedad y oportunismo de las consignas burguesas, combatir en todos los terrenos las posibilidades de expansión de la hegemonía burguesa. Así, la socialdemocracia - sólo apoyará las reivindicaciones nacionales cuando éstas coincidan con las más amplias exigencias democráticas, y rechazará toda pretensión de nacionalismo cuando ésta se preste al ocultamiento de los intereses burgueses.

La aplicación de este principio, sin embargo, no fue fácil - aún dentro de la socialdemocracia rusa. Esta rechazó sistemáticamente las pretensiones del BUND de constituirse en una fuerza judeo-proletaria y reivindicar la autonomía de los judíos respecto - al resto de las organizaciones socialdemócratas en Rusia. Desde - el punto de vista del POSDR, las intenciones del Bund eran lograr una situación de privilegio y constituir una especie de federación dentro de la organización central del partido, es decir, en última instancia, atentar contra la unidad de la lucha revolucionaria de la socialdemocracia.

"La maldita historia de la autocracia nos ha dejado en herencia una terrible *desunión* de las clases obreras de los distintos pueblos oprimidos por esa autocracia. Semejante desunión constituye un gran mal y un tremendo obstáculo para la lucha contra la autocracia, por lo que no debemos perpetuar ese mal ni entronizar esa indignidad con -- ningún principio de aislamiento partidario o de 'federación' partidaria. Lo más sencillo y lo más fácil es, naturalmente, seguir la línea de menor resistencia e instalarse cada uno en su rincón, ateniéndose a la regla de -- 'eso no va conmigo', como quiere hacerlo ahora el Bund. -

Cuanto mejor comprendemos lo necesaria que es la unidad, cuanto más firme es nuestro convencimiento de que la --- ofensiva general contra la autocracia es imposible sin --- una unidad completa, cuanto más resalta la necesidad de que, dado el régimen político de nuestro país, exista -- una organización centralizada de lucha, tanto menos in-- clinados nos sentimos a conformarnos con una solución -- 'simple' del problema, pero que es tan sólo una solución aparente y, de hecho, profundamente falsa. Si no tienen conciencia de lo nociva que es la desunión, si no se --- quiere acabar a toda costa y en forma radical con esa de sunión en el campo del partido proletario, entonces tam-- poco hacen falta hojas de parra de la 'federación', en-- tonces de nada sirve ponerse a solucionar un problema que en el fondo no quiere resolver una de las 'partes', en-- tonces es mejor dejar que la experiencia de la vida y las enseñanzas del movimiento real convencan de la necesidad del centralismo para asegurar el éxito de la lucha de -- los proletarios de cualquier pueblo oprimido por la auto cracia contra esa misma autocracia y contra la burguesía internacional, cada vez más estrechamente unida."(3)

Para Lenin, el riesgo de confundir una iniciativa amplia y relativamente independiente de las organizaciones socialdemócras-- tas en condiciones nacionales o regionales diversas con la federa lización del partido, o el otorgamiento de zonas de influencia -- por sectores o grupos, era grave. En ningún caso, el funciona--- miento democrático del partido podía prestarse para la consolida-- ción de grupos que disputaran el poder en su interior, y menos pa-- ra amenazar la unidad de la lucha contra el zarismo. Lo que esta-- ba en cuestión en estas cosas no era la amplitud de los derechos democráticos en el partido, sino la indisposición de ciertos gru-- pos a fundirse en una sola organización revolucionaria y preparar se al combate común. Y esta posición era inadmisible. Por ello culminó en la separación del Bund del POSDR y luego, en el comba-- te frontal contra su política.

En otros casos Lenin reconocía que el derecho a la separa-- ción estaba fundamentado en una lucha histórica, como en Polonia, y que sólo se resolvería efectivamente en la formación de un nue--

vo Estado. Polonia se encontraba dividida entonces en tres partes: una rusa, una austriaca y otra alemana. La lucha por la reunificación de Polonia y su completa autodeterminación tenía ya una larga historia de reconocimiento en la Primera Internacional, fundada -- por Marx, y éste había sido, en su tiempo, importante defensor de la causa nacional polaca. Para Marx, como para Lenin, la liberación de los pueblos oprimidos era condición de liberación de toda la humanidad. Sin embargo, Lenin consideraba que la separación de Polonia no podía estar envuelta por los intereses de la burguesía; su condición debía ser el avance y fortalecimiento de las organizaciones y los intereses de la clase obrera.

"Es indudable que el antagonismo de clase ha relegado a -- muy segundo plano las cuestiones nacionales, pero no se -- puede afirmar de modo rotundo, sin correr el peligro de -- caer en el doctrinarismo, que temporalmente no pueda apa -- recer tal o cual problema nacional. No cabe duda que el -- restablecimiento de la independencia de Polonia antes de -- la caída del capitalismo es muy improbable, pero no se -- puede decir que sea imposible por completo que, en deter -- minada combinación de circunstancias, la burguesía pola -- ca pueda mostrarse partidaria de la independencia, etc. -- Tampoco la socialdemocracia rusa se ata las manos ni mu -- cho menos. Al plantear en su programa el reconocimiento -- del derecho de autodeterminación de las naciones, lo ha -- ce teniendo en cuenta todas las combinaciones posibles y -- aún todas las imaginables. Este programa no excluye en -- modo alguno la posibilidad de que el proletariado polaco -- haga suya la consigna de una república polaca libre e in -- dependiente, aun cuando sea ínfima la posibilidad de que -- esto pueda realizarse antes del socialismo. Este progra -- ma sólo exige que el partido auténticamente socialista no -- corrompa la conciencia proletaria, no vele la lucha de -- clases, no engañe a la clase obrera con el señuelo de las -- frases democrático-burguesas, no vulnere la unidad de la -- actual lucha política del proletariado. En esta condi -- ción, la única bajo la cual admitimos la autodetermina -- ción, es justamente donde reside la esencia del problema. (4)

El movimiento socialista polaco estuvo desde su fundación -- dividido en dos posiciones fundamentales: aquélla que sostenía -- que la liberación de Polonia debía llevarse a cabo a partir de --

una guerra contra Rusia, en que participaran todas las clases y sectores sociales, y aquella que consideraba que la liberación de Polonia sólo podría ser consecuencia de la liberación de Rusia, - Austria y Alemania por la clase obrera, y que el deber de los obreros polacos debía ser unirse a los obreros de estas nacionalidades en un combate común contra la burguesía. La primera de estas posiciones se agrupó en el Partido Socialista Polaco, fundado en 1892 por antiguos luchadores socialistas, miembros de la pequeña burguesía liberal y nacionalistas polacos. La tendencia anti-rusa desarrollada por este partido obligó al año siguiente a un núcleo de su dirección a conformar el Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia SDKP, que se fundiría con la organización socialista de Lituania en 1896 y adoptaría las siglas SDKPL. Más tarde, hacia 1906, el SDKPL se fundiría formalmente en la socialdemocracia rusa, aunque conservó hasta mucho después una autonomía política relativa. Una de las dirigentes más importantes del SDKPL, Rosa Luxemburgo, se incorporó activamente a la militancia en la socialdemocracia alemana y se convirtió en un caso único de militancia en tres organizaciones políticas nacionales distintas.

La división del socialismo polaco produjo una gran cantidad de problemas a las socialdemocracias de los tres países involucrados, y fue sujeto de interminables discusiones en el seno de la Internacional. En el Congreso de Londres de 1896, en que se aprobó por mayoría el derecho de las naciones a la autodeterminación los socialistas polacos tuvieron una dura confrontación. En este Congreso, el dirigente histórico del socialismo ruso, Giorgi Plekhanov, apoyó las posiciones nacionalistas del PSP, mientras que la posición antinacionalista del SDKPL quedó aislada y fue derrotada.

La resolución de la Internacional sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación es en cierta forma producto de la transacción entre los dos grupos rivales, que propusiera el socialista inglés Lansbury:

"El Congreso declara su apoyo al derecho de completa autodeterminación para todas las naciones y su simpatía con los trabajadores de todos los países que sufren en la actualidad bajo el yugo del despotismo militar, nacional o de otro tipo. Invita a los trabajadores de todos esos países a ingresar en las filas de los trabajadores con conciencia de clase del mundo entero, a fin de luchar junto con ellos por el derrocamiento del capitalismo internacional y por el cumplimiento de los objetivos de la socialdemocracia internacional."(5)

A partir de esta fecha, se produjo el apoyo mayoritario de la Internacional a la lucha por la autodeterminación de Polonia, aunque las características de la única organización socialista polaca que la impulsaba distaban mucho de corresponder con las orientaciones y formulaciones políticas de la mayoría de los partidos socialistas y socialdemócratas de la propia Internacional. Para 1903, cuando Lenin comentó el tratamiento de la cuestión nacional en el programa del POSDR, estaba claro que el PSP era un partido nacionalista, de tendencia antirrusa y con características que lo acercaban más a la pequeña burguesía que al proletariado. Las divergencias entre la socialdemocracia rusa y el PSP no se referían solamente, pues, al modo de obtener la autodeterminación de Polonia, sino a la estrategia y orientación clasista mismas.

"La desintegración de Rusia, a la que quiere aspirar el Partido Socialista Polaco, *en contraste* con nuestro objetivo de derrocar a la autocracia, es y será una frase sin sentido mientras el desarrollo económico vaya cohesionando más y más las distintas partes de un todo político y mientras la burguesía de todos los países se vaya agrupando cada vez más estrechamente frente a su enemigo común, el proletariado, y en defensa de su común aliado, el zar."

(6)

Por su parte, el SDKPL era un partido de inspiración alemana, y cuyos dirigentes militaban en los más importantes partidos socialdemócratas de la época. Su carácter internacionalista se vio exacerbado por la oposición al chovinismo del PSP, y llegó a ser fuente de importantes polémicas, sobre todo en la socialdemocracia rusa.

Situados en los dos extremos de resolución de la cuestión nacional, los objetivos de las fuerzas socialistas polacas se enfrentaban a los planteamientos políticos aceptados por la Internacional. Existía una evidente contradicción política en el hecho de que la formulación aprobada por la Internacional no satisfacía los requerimientos de las fuerzas políticas existentes; no se buscó -- tampoco impulsar el surgimiento de una tercera fuerza, acorde a la definición, las preocupaciones y la orientación de la Internacional.

Así, aún en el caso de Polonia, en que la socialdemocracia rusa apoyaba el derecho a la autodeterminación, las divergencias políticas existentes imposibilitaban la realización del programa político que aquélla favorecía. El hecho de que el SDKPL se fusionara en 1906 con la socialdemocracia rusa, aunque conservando su autonomía política en Polonia, obligó a ambas fuerzas a profundizar en la polémica sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación. Los dos principales interlocutores fueron Lenin y Rosa Luxemburgo. Nos detendremos aquí a señalar los argumentos centrales de dicha discusión.

B. *Autodeterminación nacional y autonomía en la polémica
Lenín-Rosa Luxemburgo*

Rosa Luxemburgo terminó su texto LA CUESTION NACIONAL Y LA AUTONOMIA en 1907. A partir de entonces, éste se convirtió en la posición oficial de SDKPL en materia de política nacional. Sus tesis fueron rebatidas por Lenin en 1913, en momentos en que la cuestión nacional pasaba a un primer plano de la política de la socialdemocracia rusa. El interés de la polémica estriba no solamente en el enfrentamiento de dos posiciones antagónicas, ambas sobre fundamentos marxistas, sino en lo que ambas posiciones implicaron para el desarrollo de una política revolucionaria, en sus propios países y frente a la coyuntura internacional de la Primera Guerra Mundial.

El punto de partida de la discusión sobre política nacional en la socialdemocracia era la necesidad de adoptar un punto de vista claramente proletario que hiciera imposible toda confusión de las masas con la política burguesa.

Para Rosa Luxemburgo,

"Respecto de la cuestión nacional como de cualquier otra, la posición del partido obrero debe diferenciarse claramente, por su método mismo y por la concepción básica del problema, de las posiciones adoptadas por los partidos burgueses, incluso los más radicales, y también de las posiciones seudosocialistas de la pequeña burguesía. La socialdemocracia, que basa toda su política en el método científico del materialismo histórico y en la lucha de clases, no puede hacer una excepción de la cuestión nacional. Por otra parte, esta concepción básica fundada en el punto de vista del socialismo científico es la única que puede asegurar a la política socialdemócrata una solución y un tratamiento fundamentalmente uniformes, aunque tomando en consideración toda la variedad de formas de la cuestión nacional, nacidas de la diversidad social, histórica y étnica del imperio ruso."(7)

El punto de partida de Rosa es la consideración de que el mé todo del socialismo científico establece principios "fundamental-- mente uniformes" para el tratamiento de los mismos problemas. En este planteamiento se asume la existencia de un desarrollo relati-- vamente homogéneo de las diversas sociedades capitalistas que obli-- ga, a su vez, a las fuerzas socialistas, a adoptar políticas rela-- tivamente semejantes. Obviamente, no se trata de anular las inevi-- tables diferencias y modalidades del desarrollo del capitalismo en cada país, sino de situar la política proletaria en el plano supe-- rior de sus objetivos históricos, comunes a las más diversas orga-- nizaciones socialistas. Rosa diferencia enfáticamente al naciona-- lismo, como una política eminentemente burguesa, del internaciona-- lismo proletario. Afirma que, en la medida de un mayor desarrollo capitalista, y por tanto, de una mayor independencia política, --- ideológica y cultural de la clase obrera, la unidad nacional bajo la dirección burguesa se hace virtualmente imposible; esta clase - se transforma en una clase internacional, y obliga al proletariado a concentrar sus capacidades revolucionarias en la lucha interna-- cional para combatir la política de la burguesía. En la era del - imperialismo, la política nacionalista no es más que un engaño, el disfraz bajo el que se oculta la nueva política agresiva y expan-- sionista de la burguesía. El proletariado no puede limitarse en-- tonces a luchar contra la burguesía en el plano nacional. La ver-- dadera contienda está más allá de sus fronteras. Por ello, Rosa - considera que la demanda del derecho a la autodeterminación consti-- tuye una desviación del programa proletario internacional, "una pa-- ráfrasis de la vieja consigna del nacionalismo burgués de todos -- los países y de todos los tiempos", que "no figura -ni puede figu--

rar- en ningún programa de los partidos socialistas contemporá--
neos." (8)

La preocupación por definir una política obrera en materia nacional da lugar en Lenin a un razonamiento esencialmente distintos. En primer lugar, no existe para él una política proletaria definida de modo universal, sobre la base de supuestos principios uniformes. Ante todo, Lenin reconoce en el marxismo a una teoría crítica e histórica, que desarrolla su política en función del -- análisis de las situaciones concretas, y de orientaciones para la potenciación efectiva de la clase revolucionaria. Es así que parte de la diferenciación de las condiciones para el desarrollo de una política en las distintas naciones capitalistas de su época:

"El capitalismo en desarrollo conoce dos tendencias históricas en la cuestión nacional. La primera consiste en - el despertar de la vida nacional y de los movimientos nacionales, en la lucha contra toda opresión nacional, en - la creación de los Estados nacionales. La segunda en el desarrollo y la multiplicación de vínculos de todas clases entre las naciones, el derrumbamiento de las barreras nacionales, la formación de la unidad internacional de capital, de la vida económica en general, de la política de la ciencia, etc.

Ambas tendencias son una ley universal del capitalismo. La primera predomina en los comienzos de su desarrollo, - la segunda distingue al capitalismo maduro, que marcha hacia su transformación en sociedad socialista. El programa nacional de los marxistas tiene en cuenta ambas tendencias, defendiendo, en primer lugar, la igualdad de derechos de las naciones y de los idiomas (también el derecho de las naciones a la autodeterminación, de lo cual hablaremos más adelante) y considerando inadmisibles la existencia de cualesquiera privilegios en este aspecto, y, en segundo lugar, propugnando el principio del internacionalismo y la lucha implacable para evitar que el proletariado se contamine de nacionalismo burgués, aún del más sutil." (9)

No existe, según Lenin, un desarrollo homogéneo universal -- del capitalismo, sino tendencias y fases históricas diversas dentro de la ley general que rige a este régimen de producción. Del

mismo modo, el desarrollo de las fuerzas revolucionarias y sus tareas difieren en las sociedades avanzadas y las subordinadas. El único rasgo común de la lucha proletaria en ambas consiste, precisamente, en la oposición a todo privilegio social, político o cultural, y en el impulso a la formación de una fuerza independiente de la clase obrera, que sea capaz de dirigir a toda la sociedad - en contra de la opresión del capitalismo. Estas dos características no implican la adopción de una misma política, sino la identidad de objetivos históricos de todas las fuerzas revolucionarias - de las sociedades que tienen distinto grado de maduración capitalista.

Lenin rechaza la acusación de Rosa en el sentido de que la reivindicación nacional sea concebida por la socialdemocracia como parte general del programa proletario. Como ya hemos visto, distingue las condiciones de su aplicación en fases específicas del desarrollo de las naciones, en especial, cuando se reconoce la existencia de un amplio movimiento social de carácter democrático que impulsa la formación de un nuevo Estado. Lenin defiende la lucha por este derecho en Rusia, precisamente en virtud de sus peculiaridades históricas, y completamente ajeno a cualquier ambigüedad:

"Rusia es un Estado con un centro nacional único, gran ruso. Los grandes rusos ocupan un gigantesco territorio compacto, ascendiendo su número aproximadamente a 70 millones. La peculiaridad de este Estado nacional reside, en primer lugar, en que los 'alógenos' (que en conjunto constituyen la mayoría de la población, el 57%) pueblan precisamente la periferia; en segundo lugar, en el hecho de que la opresión de estos alógenos es mucho más fuerte que en los países vecinos (incluso no tan sólo en los europeos); en tercer lugar, en que hay toda una serie de casos en que las nacionalidades oprimidas que viven en la periferia tienen compatriotas del otro lado de la fronte-

ra, y éstos últimos gozan de mayor independencia nacional (basta recordar aunque sólo sea en las fronteras occidental y meridional del Estado a finlandeses, suecos, polacos, ucranianos y rumanos); en cuarto lugar, en que el desarrollo del capitalismo y el nivel general de cultura son con frecuencia más altos en la periferia 'alógena' que en el centro del Estado. Por último, precisamente en los Estados asiáticos vecinos, presenciamos el comienzo de un período de revoluciones burguesas y de movimientos nacionales, que comprenden en parte a las nacionalidades afines dentro de las fronteras de Rusia.

Así pues, son precisamente las peculiaridades históricas concretas de la cuestión nacional en Rusia, las que hacen entre nosotros especialmente urgente el reconocimiento del derecho de las naciones a la autodeterminación en la época que atravesamos."(10)

De este modo, la lucha por el derecho de las naciones a la autodeterminación no constituye un programa general de la clase obrera de todas las naciones, sino parte del programa político democrático de la clase obrera en las sociedades capitalistas constituidas sobre la base de la opresión de las nacionalidades, en aquellas sociedades, que aún están en proceso de construcción de su identidad, y en las cuales la lucha de las nacionalidades oprimidas se funde con la lucha contra la opresión social más general. Respondiendo a la acusación de Rosa de que el programa ruso se desvía del programa internacional de los socialistas, Lenin afirma que:

"Si no se interpreta el programa marxista de un modo infantil, sino a la manera marxista, no es nada difícil percatarse de que se refiere a los movimientos nacionales democrático-burgueses. Siendo así -- y así es, sin duda alguna -- se deduce 'evidentemente' que ese programa concierne 'en general', como 'lugar común', etc., a todos los casos de movimientos nacionales democrático-burgueses. No menos evidente sería también para Rosa Luxemburgo, de haberlo pensado lo más mínimo, la conclusión de que nuestro programa se refiere *tan sólo* a los casos en que existe tal movimiento.

Si Rosa Luxemburgo hubiera reflexionado sobre estas consideraciones evidentes habría visto sin esfuerzos particulares qué absurdo ha dicho. Acusándonos a nosotros de proponer un 'lugar común', aduce contra nosotros el argumento de que no se habla de autodeterminación de las naciones en el programa de los países donde no hay movimientos nacionales democrático-burgueses. ¡Un argumento muy inteligente!" (11)

El contenido básico de la consigna es, por tanto, de carácter democrático y sólo es aplicable a aquellos casos en que significa un avance importante en la formación y desarrollo de la fuerza revolucionaria de la sociedad. Ya hemos analizado cómo la aprobación en el programa de esta consigna no establece ninguna obligación específica para la propia socialdemocracia rusa, sino solamente la indicación explícita de llevar a sus últimas consecuencias - la lucha por los más amplios derechos políticos de las masas.

Para Rosa Luxemburgo, estas consideraciones resultaban insuficientes. Desde su punto de vista no hay equiparación posible entre la lucha por otras libertades democráticas y la lucha por la autodeterminación nacional:

"...la sociedad logrará la real posibilidad de libre autodeterminación nacional cuando esté capacitada para decidir conscientemente sobre su existencia económica y sobre sus condiciones productivas. Los 'pueblos' decidirán sobre su existencia histórica cuando la sociedad humana domine sus procesos sociales.

Por lo tanto, es básicamente errónea la analogía que trata de demostrar a veces los partidarios 'del derecho de los pueblos a la autodeterminación' entre este 'derecho' y todos los demás postulados democráticos, como la libertad de palabra, la libertad de prensa, la libertad de asociación y de reunión. Si el reconocimiento del *derecho* a la libre asociación -proclaman- es un deber en nuestra calidad de partido de las libertades políticas, lo que no nos impide combatir las asociaciones de los partidos burgueses enemigos, así el reconocimiento del 'derecho de los pueblos', no nos obliga a prestar nuestro apoyo a cada caso particular de autodeterminación nacional, sin dejar de ser por ello, sin embargo, un deber democrático. La citada teoría parece ignorar totalmente que esos 'derechos', aparentemente análogos, se hallan en diferentes planos históricos. La libertad de asociación, de palabra, de prensa, etc. constituyen formas de existencia de la sociedad burguesa madura legalmente formuladas mientras que 'el derecho de los pueblos a la autodeterminación' constituye tan sólo la fórmula verbal de una idea metafísica, totalmente irrealizable en el seno de la sociedad burguesa y sólo posible en el terreno del régimen socialista."(12)

La divergencia entre Rosa y Lenin en este punto tiene dos aspectos centrales. El primero es si las reivindicaciones nacionales pueden ser objeto de una política obrera; el segundo, si la autodeterminación nacional es realizable en el capitalismo. Para Rosa - Luxemburgo, toda ideología nacional implica una negación de la lucha de clases; la vigencia de los términos "nación" o "pueblo" implica necesariamente una fase de subordinación del proletariado a los intereses de la burguesía; la utilización de un lenguaje comunitario que supone identidad de intereses o voluntad homogénea no puede llevar sino al engaño de las masas. La verdadera comunidad sólo es realizable en el socialismo. Por ello, suponer que la realización de los derechos del pueblo puede llevarse a cabo durante el capitalismo implica una negación de los objetivos históricos de la clase obrera.

Asimismo, Rosa afirma que no hay relación posible entre los derechos democráticos generales por los que lucha la socialdemocracia y el derecho de las naciones a la autodeterminación. Mientras que la lucha democrática tiene por objetivos la organización y la defensa de la clase obrera en las condiciones del régimen de legalidad burguesa, la reivindicación de autodeterminación nacional se refiere a una condición de libertad social imposible en el régimen capitalista. Así, como programa máximo de la clase obrera, es demasiado general para resolver los apremios de ésta en la sociedad actual; como aspiración en el capitalismo constituye un retroceso a etapas históricas superadas por el desarrollo de la lucha de clases y por el avance del régimen económico burgués, es decir a la formación de Estados nacionales, a la consolidación de la unidad nacional, etc.

Por último, desde la perspectiva de Rosa Luxemburgo, la consigna de derecho de las naciones a la autodeterminación no resuelve las necesidades prácticas de la clase obrera en el terreno de la política nacional. Constituye, en cambio, la puerta de entrada a las más variadas formas de oportunismo en las organizaciones socialistas, y desarme al proletariado en su lucha cotidiana contra el nacionalismo burgués.

"La consigna sobre 'el derecho de las naciones a la autodeterminación'... No da ninguna indicación práctica para la política cotidiana del proletariado, ninguna solución práctica de los problemas nacionales. No indica, por ejemplo, al proletariado ruso en qué forma debe exigir la solución de la cuestión nacional polaca, del problema finlandés, caucásico, judío, etc., sino que más bien presenta una ilimitada autorización para que todas las 'naciones' interesadas solucionen sus cuestiones nacionales de la manera que más les plazca. La única conclusión práctica para la política cotidiana de la clase trabajadora que uno logra extraer de ese texto es la indicación de que su deber consiste en combatir todos los síntomas de la opresión nacional. Si reconocemos como derecho de cada nación el determinarse a sí misma, es evidente que, como lógica conclusión, debemos repudiar cualquier tentativa de una nación por sojuzgar a otra, o de un pueblo por imponer a otro -por la fuerza- tales o cuales formas de vida nacional. Sin embargo, en el concepto de partido clasista del proletariado la obligación de protestar y luchar contra la opresión nacional no emerge de ningún 'derecho de los pueblos', del mismo modo que, por ejemplo, la lucha por la igualdad de derechos sociales y políticos para ambos sexos no emana de ningún innato 'derecho de la mujer' invocado por el movimiento de las feministas burguesas, sino que surge como reacción natural contra el régimen de clases basado en la desigualdad social; en una palabra, de la misma y básica posición del socialismo.

Pero dejando de lado lo anterior, la citada indicación para la política práctica es de carácter puramente negativo. La obligación de luchar contra todas las manifestaciones de opresión nacional no contiene aún ninguna explicación en el sentido de hacia qué relaciones y formas políticas debe orientarse el proletariado consciente en la Rusia de hoy para solucionar las cuestiones nacionales polacas, letonas, judías, etc.; qué programa debe oponer a los diversos programas burgueses, nacionalistas y seudosocialistas en la actual lucha de clases y de partidos. Resumiendo, la consigna sobre 'el derecho de las naciones a la autodeterminación' no es, en el fondo una directiva política o programática de la cuestión de las nacionalida-

des, sino, hasta cierto punto, una jugada para *eludir* - la cuestión." (13)

Para Lenin, en cambio, el reconocer el predominio temporal - posible de la burguesía en la cuestión nacional no significa que - el proletariado deba abandonar este terreno de lucha política. El reconocimiento de la hegemonía ideológica burguesa no contribuye, por sí solo, a la definición de una posición obrera. No aporta tampoco gran cosa el oponer nacionalismo burgués e internacionalismo proletario en general. Para la definición de los intereses nacionales del proletariado es preciso situarse en el plano concreto de la lucha contra la burguesía y oponerse al modo particular en que esta clase ha impuesto su dominación sobre toda la sociedad. El - primer requisito de una política nacional del proletariado es, precisamente, la superación del espíritu corporativo, gremialista, -- localista, es decir, de su aislamiento social y la proyección de - su programa clasista a toda la sociedad. "Desde el punto de vista del marxismo -afirma Lenin- la clase que niega o no comprende la - idea de la hegemonía no es una clase -o no es aún una clase-, sino un gremio, o una suma de diversos gremios." (14)

La formación de una fuerza revolucionaria alternativa a la - sociedad burguesa se realiza en la lucha contra la dominación de - la burguesía, y es esta lucha la que determina las características que - debe tener la nueva dirección política, social y cultural en cada nación. La condición de la política nacional proletaria es el desarrollo de una capacidad de dirección democrática revolucionaria sobre toda la sociedad.

"El proletariado, única clase revolucionaria hasta el fin en la sociedad contemporánea, debe ser el dirigente y tener la hegemonía en la lucha de todo el pueblo por la re-

volución democrática completa, en la lucha de *todos* los trabajadores y explotados contra los opresores y explotadores. El proletariado es revolucionario sólo cuando -- tiene conciencia de esta idea de hegemonía y la realiza." (15)

Para Lenin, la lucha por el derecho de las naciones a la autodeterminación es en Rusia, en primer lugar, una lucha contra la hegemonía burguesa, representada por el zarismo. No se trata pues, de pretender la división territorial del Estado ruso, sino de oponer la fuerza democrática y socialista del proletariado a la opresión de la burguesía.

"El zarismo es más reaccionario que los Estados vecinos, constituye el mayor obstáculo para el libre desarrollo económico y atiza con todas las fuerzas el nacionalismo de los grandes rusos. Por supuesto, para un marxista, -- si las demás condiciones son iguales, siempre son preferibles los Estados grandes a los pequeños. Sin embargo, es ridículo y reaccionario admitir siquiera la idea de -- que las condiciones existentes en la monarquía zarista -- son iguales a las de todos los países europeos y la mayoría de los asiáticos.

Por ello, la negación del derecho a la autodeterminación de las naciones es en la Rusia actual oportunismo y evidente y significa renunciar a la lucha contra el hasta ahora omnipotente y ultrareaccionario nacionalismo -- gran ruso." (16)

Lenin reconoce en el nacionalismo ruso una expresión ideológica y política del sistema de dominación social; por ello, la consigna de la socialdemocracia tiene como primer objetivo la derrota de la política nacionalista burguesa, y la conquista de una hegemonía proletaria sobre las nacionalidades oprimidas. Las dos peculiaridades de la cultura proletaria deben ser, precisamente, las -- que resulten de su lucha nacional contra su propia burguesía, del reconocimiento de la necesidad de la alianza de los obreros de todos los países.

"Nuestro deber es luchar contra la cultura nacional dominante, ultrarreaccionaria y burguesa, de los grandes rusos, desarrollando exclusivamente en un espíritu interna

cional y en estrechísima alianza con los obreros de otros países los gérmenes que existen también en la historia de nuestro movimiento democrático y obrero. Lo que debemos hacer es luchar contra nuestros propios terratenientes y burgueses grandes rusos, contra su 'cultura', luchar en aras del internacionalismo..."(17)

Las tareas de la socialdemocracia deben ser el reconocimiento y la distinción de los elementos que utiliza la burguesía para ejercer su dominación y la elevación de las formas concretas de existencia -aunque sean fragmentarias- de la cultura popular democrática. La hegemonía proletaria se funda en la recuperación de las formas de organización de vida comunitaria de las masas, para proyectarlas en contra de la cultura dominante en la época capitalista.

"En cada cultura nacional existen, aunque no estén desarrollados, elementos de cultura democrática y socialista, pues en cada nación hay una masa trabajadora y explotada, cuyas condiciones de vida engendran inevitablemente una ideología democrática y socialista. Pero en cada nación existe asimismo una cultura burguesa (y además, en la mayoría de los casos, ultrarreaccionaria y clerical) y no simplemente en forma de 'elementos', sino como cultura dominante. Por eso, la 'cultura nacional' en general es la cultura de los terratenientes, de los curas y de la burguesía. El bundista relega a la sombra y 'vela' con su palabrería fuera esta verdad básica, elemental para un marxista, con lo cual, de hecho, en lugar de revelar y explicar el abismo que separa a las clases, lo oculta a los ojos del lector. En realidad, el bundista se expresa aquí como un burgués, cuyos intereses todos reclaman que se difunda la fe en una cultura nacional por encima de las clases."(18)

Lenin recupera el planteamiento de Marx en el sentido de que la primera tarea histórica del proletariado es convertirse en una clase nacional. Y considera que la extensión de la democracia no puede ser, de ninguna manera, menospreciada en la formación de la hegemonía obrera. El grado de incorporación de las clases oprimidas a la lucha por la democracia expresará el avance verdadero en

la construcción de la nueva dirección política nacional revolucionaria.

"Cada país capitalista pasa a través de una época de revoluciones burguesas, en las que se produce un determinado grado de democracia, en las que se forma un determinado régimen constitucional o parlamentario, en las que se manifiesta un determinado grado de autonomía, de independencia, de amor a la libertad y de iniciativa entre las 'capas bajas' en general y del proletariado en particular, en las que prevalece determinada tradición en toda la vida social del país. El peculiar grado de democracia o esa particular tradición depende precisamente si en los momentos decisivos la hegemonía pertenecerá a la burguesía o a otra clase ubicada en el otro extremo; depende si será ella o esta otra (repito: en los momentos decisivos) el 'centro de atracción para el campesinado democrático' y para todos los grupos y capas democráticos intermedios en general."(19)

En Rusia, la lucha contra el nacionalismo gran ruso es, al mismo tiempo, una lucha por la conquista de la alianza obrero-campesina, por la derrota de la alianza burguesa con el campesinado. El proletariado debe impedir a toda costa el fortalecimiento de la hegemonía burguesa, que se expresa en la extensión del nacionalismo y ofrecer al campesinado un programa democrático nacional que favorezca una unidad nacional superior, la de la lucha democrática y socialista de la nueva fuerza revolucionaria nacional e internacional, el proletariado.

"La democracia proletaria debe tener en cuenta el nacionalismo de los campesinos gran rusos (no en el sentido de concesiones, sino en el sentido de lucha), ya ahora, y lo tendrá en cuenta, probablemente, durante un período bastante prolongado. El despertar del nacionalismo en las naciones oprimidas, que se ha mostrado con tanta fuerza después de 1905 (recordemos aunque sea sólo el grupo de 'autonomistas-federalistas' en la I Duma, el ascenso del movimiento ucraniano, del movimiento musulmán, etc.), provocará inevitablemente un recrudecimiento del nacionalismo de la pequeña burguesía gran rusa en la ciudad y en el campo. Cuanto más lenta sea la transformación democrática en Rusia, tanto más empeñados, rudos y encarnizados serán el hostigamiento nacional y las querrelas entre la burguesía de las diversas naciones. El reaccionarismo singular de los Purishkévich rusos engendrará (e -

intensificará) en este caso tendencias 'separatistas' en unas u otras naciones oprimidas, que a veces gozan de -- una libertad mucho mayor en los Estados vecinos.

Semejante estado de cosas plantea ante el proletariado de Rusia una doble tarea, o mejor dicho, bilateral; luchar contra todo nacionalismo gran ruso; reconocer no sólo la completa igualdad de derechos de todas las naciones en general, sino también la igualdad de derechos respecto a la edificación estatal, es decir, el derecho de las naciones a la autodeterminación, a la separación; y al mismo tiempo y precisamente en interés del éxito en la lucha contra toda clase de nacionalismos de todas las naciones, propugnar la unidad de la lucha proletaria y de las organizaciones proletarias, su más íntima fusión en una comunidad internacional, a despecho de las tendencias burguesas al aislamiento nacional.

Completa igualdad de derechos de las naciones; derecho de autodeterminación de las naciones; fusión de los obreros de todas las naciones; tal es el programa nacional -- que enseña a los obreros el marxismo, el que enseña la -- experiencia del mundo entero y la experiencia de Rusia." (20)

Así, el proletariado no puede dejar de actuar en política nacional durante el capitalismo, sino que es precisamente en esta -- época que construye su hegemonía en lucha contra la de la burguesía. El socialismo que concibe Lenin es producto de una lucha larva y pertinaz contra todas las formas de opresión política, ideológica, social y económica de la burguesía en el capitalismo, y por la construcción de una nueva sociedad.

Del mismo modo, Lenin rechaza la idea de oponer a la política general nacional de la burguesía una política concreta, particular, "práctica" del proletariado. Para Lenin, la política nacional no es otra cosa que la política de poder de la burguesía y a ella hay que oponer otra política de poder: la de la fuerza revolucionaria de la clase obrera.

"La burguesía, que naturalmente actúa en los comienzos de todo movimiento nacional como fuerza hegemónica dirigente del mismo, llama labor práctica a la prestación de -- apoyo a todas las aspiraciones nacionales. Pero la política del proletariado, en la cuestión nacional (como en --

las demás cuestiones) sólo apoya a la burguesía en una dirección determinada, pero nunca coincide con su política. La clase obrera sólo apoya a la burguesía en interés de la paz nacional (que la burguesía no puede dar plenamente y que sólo es realizable en la medida de una completa democratización), en interés de la igualdad de derechos, en interés de una situación más favorable para la lucha de clases. Por eso, precisamente *contra el practicismo* de la burguesía, los proletarios propugnan una política de *principios* en la cuestión nacional, apoyando siempre a la burguesía *sólo condicionalmente*. En la cuestión nacional, toda burguesía desea o privilegios para su nación, o ventajas exclusivas para ésta; precisamente esto es lo que se llama 'práctico'. El proletariado está en contra de toda clase de privilegios, en contra de todo exclusivismo. Exigirle 'practicismo' significa ir a remolque de la burguesía, caer en el oportunismo."(21)

En el análisis de las situaciones concretas, el proletariado vincula las reivindicaciones de autodeterminación nacional a las más generales de su lucha revolucionaria mientras que la burguesía les otorga a aquéllas un valor ideológico absoluto, ya que considera la unidad nacional como expresión culminante de su dominación social.

"La burguesía coloca siempre en primer plano sus reivindicaciones nacionales. Y las plantea de un modo incondicional. El proletariado las subordina a los intereses de la lucha de clases. Teóricamente, no puede garantizarse de antemano que la separación de una nación determinada o bien su igualdad de derechos con otra nación pondrá término a la revolución democrático-burguesa. Al proletariado le importa, *en ambos casos*, garantizar el desarrollo de su clase; a la burguesía le importa dificultar este desarrollo, posponiendo las tareas de dicho desarrollo a las tareas de 'su' nación. Por eso, el proletariado se limita a la reivindicación negativa, por así decir, de reconocer el derecho a la autodeterminación, sin garantizarlo a ninguna nación, sin comprometerse a *dar nada a expensas* de otra nación."(22)

La lucha nacional del proletariado es el proceso de edificación de su identidad, primero, como clase oprimida por la burguesía y luego, como clase dirigente del resto de las clases oprimidas de la sociedad capitalista. La burguesía limita su hegemonía

nacional a las condiciones de reproducción del sistema de acumulación. El proletariado busca avanzar en la organización de una fuerza revolucionaria que suprima toda forma de opresión y explotación en la sociedad. Es por ello que la construcción de una alternativa nacional pasa para el proletariado por la expresión democrática de las reivindicaciones de todos los oprimidos en el capitalismo. La hegemonía obrera se construye, por eso, en la mayor consecuencia en la lucha por la democracia. Según Lenin, la clase obrera puede y debe buscar construir su hegemonía desde la revolución democrática. En especial en las condiciones rusas, ello implicaba arrebatar el aparato estatal al zarismo, primero, y luego de la reforma, a la alianza entre la burguesía y el zarismo, para avanzar hacia la realización posterior de la revolución socialista.

Así, ya desde 1905, Lenin plantea que

"La situación misma de la burguesía, como clase en la sociedad capitalista, engendra inevitablemente su inconsecuencia en la revolución democrática. La situación misma del proletariado, como clase, le obliga a ser demócrata - consecuente. La burguesía, temiendo el progreso democrático, que amenaza con el fortalecimiento del proletariado, vuelve la vista hacia atrás. El proletariado no tiene nada que perder, excepto sus cadenas; ganará, en cambio, todo un mundo con ayuda de la democracia. Por eso, cuanto más consecuente es la revolución burguesa en sus transformaciones democráticas, menos se limita a lo que beneficia exclusivamente a la burguesía. Cuanto más consecuente es la revolución burguesa, tanto más garantiza las ventajas del proletariado y de los campesinos en la revolución democrática."(23)

La ampliación de la base de sustentación de Estado con la formación de las Dumas después de 1905, hasta 1914, lleva a Lenin a insistir en la necesidad de una consecuencia democrático revolucionaria de la clase obrera; en este sentido, su lucha nacional no se limita a la reivindicación de autodeterminación nacional, sino

que avanza en el enfrentamiento a las formas sociales, culturales y políticas de la hegemonía burguesa, en la lucha contra todos -- los privilegios, y por la construcción de una identidad nacional popular. En esta etapa, el objetivo de la lucha nacional deberá ser la conquista de la independencia política e ideológico-cultural del movimiento de masas dirigido por la clase obrera, la integración de un vasto programa democrático y socialista y la conquista de la hegemonía obrera en la base de la sociedad.

Con la realización de la revolución socialista se redimensionará el problema nacional en tres sentidos importantes; el primero, se asume la defensa de la patria socialista, que no es más que la necesaria respuesta del único país en que los obreros se han liberado, frente a las agresiones imperialistas; en segundo lugar, se propone la construcción de una república federada en que las distintas nacionalidades tengan una autonomía administrativa dentro de la construcción del socialismo, bajo la dirección del Estado; - en tercer lugar, la edificación de un frente internacional de solidaridad obrera, tanto en defensa de la revolución socialista, como de impulso a la revolución mundial.

No podemos desarrollar aquí todos estos temas, pero lo que -- sí hemos querido destacar, es la consecuencia con que Lenin plantea la relación entre la política democrática hacia las nacionalidades oprimidas y la política democrática y socialista global de la clase obreras. Al contrario de Stalin, para Lenin no existe una tal ruptura entre las etapas de la lucha social, sino la acumulación de fuerzas para la conquista de la hegemonía obrera. Es por ello que, a pesar de las coincidencias generales planteadas por el programa socialdemócrata ruso, percibimos diferencias importantes

en la concepción de estos dos de sus dirigentes más importantes, que indudablemente tienen consecuencias en su conducción política.

C. *Las consecuencias del desarrollo capitalista en la maduración de la política nacional*

Una de las mayores discrepancias de Lenin y Rosa Luxemburgo sobre la cuestión nacional es la que se refiere al análisis del desarrollo capitalista, sus consecuencias en la formación de las naciones, y la comprensión específica de la política proletaria que debe derivarse de este proceso.

Rosa Luxemburgo escribía en 1907 que el imperialismo anula el desarrollo nacional autónomo, y provoca la internacionalización tanto del capital como de todas las formas políticas. Por esta razón, la política obrera no puede situarse históricamente por detrás del grado de maduración del régimen material. Las reivindicaciones nacionales deben quedar, desde su perspectiva, fuera del programa socialista por retrógradas.

"El desarrollo imperialista, característica relevante de la era contemporánea que adquiere cada día mayor preponderancia gracias al progreso del capitalismo, condena *a priori* a un sinnúmero de pequeñas y medianas naciones a la impotencia política. Sin contar a las pocas potencias, voceros del desarrollo capitalista, que poseen los medios materiales y espirituales imprescindibles para sostener la independencia económica y política, la 'auto determinación', es decir la libre existencia de países pequeños y medianos es y será una gran ilusión. La devoción de la independencia a todos o a la mayoría de los países hoy sojuzgados sólo sería posible si la libertad de las naciones pequeñas tuviera alguna oportunidad de supervivencia y futuro desarrollo dentro de la etapa capitalista. Entre tanto, las condiciones económicas y políticas de los grandes superestados son tan equilibrados dentro de la lucha capitalista que inclusive los pequeños estados políticamente soberanos y formalmente independientes que existen en Europa desempeñan en la vida política europea el papel de meros espectadores, y, más a me

nudo, de chivos expiatorios. ¿Puede acaso hablarse seriamente de la autodeterminación de los montenegrinos, búlgaros, rumanos, serbios, griegos, y, en parte, incluso de los suizos, formalmente independientes, cuya independencia misma es producto de la lucha política y del juego diplomático del 'concierto europeo'? La idea de garantizar la autodeterminación a todas las 'naciones' -tomada desde ese punto de vista- significa en perspectiva al menos un retroceso hasta el desarrollo capitalista prematuro de los pequeños estados medievales, mucho más allá de los siglos XV y XVI."(24)

Rosa Luxemburgo define la etapa imperialista como la fase de mundialización de la economía capitalista, y por ende, de agudización de sus contradicciones. La existencia de rasgos específicos -como la agresividad militar y el expansionismo- derivan, en su perspectiva, de la necesidad de vigilar y consolidar los mercados creados. Rosa no conceptualiza al imperialismo como una etapa de transformación cualitativa del capitalismo, pero sí distingue en él rasgos que asocia con la acumulación de efectos del crecimiento exagerado del mercado mundial, al tiempo que asocia este período con la degeneración y crisis inevitable del sistema.

En este contexto, a Rosa le parece una falta de perspectiva de la situación mundial objetiva el planteamiento por la socialdemocracia de la demanda de autodeterminación nacional.

"El mismo desarrollo del comercio internacional en la era capitalista provoca la ineludible aunque a veces muy lenta ruina de todas las sociedades más primitivas, aniquila su manera histórica de autodeterminación', las hace dependientes de la rueda trituradora del desarrollo capitalista y de la política internacional...

Tras la acción destructora del comercio mundial sigue directamente la ocupación de los países coloniales o su dependencia política en diversos grados y formas, y si la socialdemocracia combate con todas sus fuerzas la política colonial en todas sus formas, tratando de obstaculizar su progreso con toda energía, simultáneamente se da cuenta perfectamente de que el progreso tanto como el origen mismo de la política colonial están arraigados profundamente en las bases de la producción

capitalista, que ineludiblemente acompañarán el futuro - desarrollo del capitalismo, y que los únicos incautos -- que creen que los países actuales cambiarán de proceder son los apóstoles burgueses de la 'paz'."(25)

Desde su punto de vista, las nuevas condiciones establecidas en la época internacional del poder burgués obligaban a un reforzamiento no menor del internacionalismo proletario.

Este razonamiento era, desde luego, aplicado a la cuestión polaca. Desde su punto de vista, la cuestión nacional en Polonia nunca fue sostenida por la burguesía, sino solamente por la aristocracia. El proceso de desarrollo capitalista, y particularmente - la exportación de tejidos a Rusia, constituyeron el fin del nacionalismo polaco y el inicio de la internacionalización (o rusificación) de la sociedad polaca. "En Polonia, afirma, el concepto de idea nacional resultó contradictorio con el desarrollo burgués, lo que confirió a la idea nacional un carácter no sólo utópico sino - también reaccionario."(26)

De la misma manera, el proletariado polaco pasó por un proceso de internacionalización y se unió a la lucha contra la opresión capitalista en Rusia, en Alemania y en Austria. Las fuerzas que - desarrollaron el nacionalismo en Polonia no eran, por tanto, representantes del progreso histórico, sino del retroceso a las condiciones precapitalistas.

"...el progreso social y el desarrollo revolucionario de Polonia están ligados por lazos indestructibles con este proceso capitalista que la ata a Rusia, y que convierte a ésta en el sepulcero de la vida nacional de Polonia. Como consecuencia, todas las tendencias separatistas dirigidas a aislar la vida social polaca respecto de Rusia están, por naturaleza, dirigidas contra los intereses -- del progreso social y del desarrollo revolucionario, es decir, son fenómenos reaccionarios."(27)

Según Rosa, a diferencia del desarrollo del capitalismo en otras regiones europeas, el capitalismo polaco estuvo históricamente vinculado al ruso; el intercambio industrial y mercantil puso al orden del día la necesidad de mantener una relación política de subordinación a un Estado extranjero, pero a cambio, permitió el desarrollo del proletariado como fuerza predominante de la sociedad, y unificó su lucha democrática con la de otras organizaciones socialistas. En Polonia, afirma, "el capitalismo creó la moderna cultura nacional aniquilando en este mismo proceso la independencia nacional polaca." (28)

"El capitalismo destruyó esa independencia, pero creó simultáneamente la moderna cultura nacional polaca. Estas, por consiguiente, un producto indefectible de la Polonia burguesa; su existencia y desarrollo son una necesidad histórica, vinculada al propio desarrollo capitalista. Este desarrollo, que encadenó a Polonia con Rusia con lazos económico-sociales, socavó el absolutismo ruso, alineó y revolucionó el proletariado de ambas naciones dando lugar al surgimiento de una nueva clase llamada a derribar el absolutismo. De esta manera, engendró, simultáneamente, la necesidad y la forma de convertir la libertad política, inexistente bajo el zarismo, en una realidad. Pero sobre la base de esta tendencia general a la democratización del estado, el desarrollo capitalista individualizó, al mismo tiempo, la vida económico-social y la cultura nacional de Krolestwo polaco, formando un conjunto compacto de intereses, proporcionando de esta manera las condiciones objetivas necesarias para conquistar la autonomía nacional polaca." (29)

En la perspectiva de Rosa, la experiencia de la lucha de clases en las condiciones del desarrollo capitalista polaco determinó la formación de características particulares de la cultura nacional. En este punto, Rosa separa las relaciones económicas de la formación ideológico-cultural y establece la posibilidad y la vigencia de una autonomía cultural, como expresión democrática de la sociedad polaca. En este solo punto su propuesta se acerca a la de los austrohúngaros y del Bund, a pesar de que, en su momento,

crítico severamente las concepciones entre ambos grupos, así como toda propuesta "federalista" o "autonomista" en las organizaciones socialistas.

La vigencia del imperialismo impedía, para ella, la realización de una autonomía política al margen del proceso de internacionalización históricamente consolidado en Polonia. Pero no impedía la vigencia de peculiaridades culturales, ni la conveniencia de su reivindicación para el desarrollo del proletariado polaco.

"La autonomía nacional del Krolestwo polaco es, ante todo, una necesidad de la burguesía polaca para su dominación - de clase - dominación ejercida en sus formas más desarrolladas-, lo que hace posible una explotación y una presión de clase tanto más libre cuanto es ejecutada con mayor precisión...

Sólo en la actualidad la libertad política y la autonomía a ella ligada proporcionarían a la burguesía polaca - la oportunidad de ejercer una serie de funciones sociales hasta ahora descuidadas: la enseñanza escolar, el culto religioso, y toda la vida cultural-espiritual del país, orientándolas hacia sus propios intereses de clase. Además, mediante la ocupación de los puestos administrativos de las instituciones judiciales y policiales -entes genuinos de la dominación de clase- por funcionarios identificados con sus intereses, podría hacer de éstas instrumentos flexibles, precisos y sutiles de las clases dominantes polacas. La autonomía del país, entendida como parte de la libertad política de todo el estado, constituye, en una palabra, la forma política más madura de la dominación burguesa en Polonia.

Sin embargo, y por esta razón precisamente, la autonomía es una necesidad imperiosa para el proletariado polaco como clase. En la medida en que el dominio burgués adquiere las formas más maduras, mientras más escrupulosamente alcanza todas las funciones sociales alcanzando también la vida espiritual, más se ensancha el campo de la lucha de clases y más puntos vulnerables para su ofensiva encuentra el proletariado. Y mientras más libre y ágilmente se efectúa el desarrollo de la sociedad burguesa, con más bríos y seguridad avanza la concientización, la madurez política, y la cohesión de clase del proletariado."(30)

La visión de Rosa respecto a la autonomía cultural es bastante compleja, y está referida sobre todo al grado de libertad cultural e ideológica que la clase obrera puede alcanzar en cada país -

para la difusión de su programa internacionalista. Hay en esto - una diferencia de matiz importante que puede escapar a un lector superficial. Sin embargo, es un hecho que al negar la consecuencia política inmediata de la autonomía cultural, es decir, la completa autonomía política y la aspiración estatal de la clase obrera, Rosa deja en manos de la burguesía la hegemonía de lo que es justamente el sustento de la proyección internacional de la dominación capitalista: la sociedad nacional.

Las tesis de Lenin sobre el imperialismo son fundamentalmente diversas de las de Rosa. Parten de la caracterización de esta etapa como una transformación cualitativa del desarrollo capitalista, pero fundamentalmente, de la definición de tareas políticas específicas del proletariado revolucionario para la preparación del socialismo en las nuevas condiciones. Es claro que la maduración de dichas tesis dependió del cambio de la situación internacional con la guerra, pero también que en las tesis anteriores de Lenin estaba presente la orientación política nacional e internacional con que podrían los socialistas enfrentar este nuevo fenómeno.

Para Lenin ya en 1913 el reconocimiento del derecho de las naciones a la autodeterminación obligaba a los socialdemócratas a las siguientes tareas políticas:

"a) sean absolutamente hostiles a todo empleo de la violencia, en cualquiera de sus formas, por parte de la nación dominante (o que constituye la mayoría de la población) para con la nación que desea separarse en el terreno estatal; b) reclamen que el programa de esa separación sea resuelto exclusivamente sobre la base del sufragio universal, igual, directo y secreto de la población del territorio correspondiente; c) luchen sin tregua tanto contra los partidos octubristas y ultrarreaccionarios como contra los liberales burgueses ('progresistas', demócratas constitucionalistas, etc.) en cuantas ocasiones defiendan o permitan éstos la opresión nacional, en gene

ral, o nieguen el derecho de las naciones a la autodeterminación, en particular,"(31)

La existencia de desigualdades en el plano internacional no fue objeto de tolerancia o indiferencia, sino de lucha, por parte de Lenin. Las tesis sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación se convertirían, en los años de la guerra, en valioso instrumento contra la política anexionista de las grandes potencias. Asimismo, la exigencia de una solución democrática de las tendencias o aspiraciones separatistas en una sociedad debía ser, más allá de impresiones subjetivas sobre la conveniencia o inconveniencia de una separación, el criterio de solución de la cuestion nacional.

Lenin afirma en 1916 que el imperialismo pone a la orden del día la necesidad del socialismo, pero que la condición de la transformación revolucionaria no puede ser otra que la liberación de -- las naciones oprimidas. Retomando las tesis de Marx sobre la cuestion nacional, Lenin plantea que ningún pueblo puede ser libre si subsiste otro oprimido.

El reconocimiento de distintos grados de desarrollo capitalista obliga a la socialdemocracia a adoptar la política democrática más consecuente en las situaciones más disímiles. Así, la lucha de las naciones por su autodeterminación se transforma en una parte fundamental de la lucha por el socialismo.

"La revolución socialista no es un acto único, no es una batalla en un solo frente, sino toda una época de exacerbados conflictos de clases, una larga serie de batallas en todos los frentes, es decir, en todas las cuestiones de la economía y de la política, que pueden culminar únicamente con la expropiación de la burguesía. Constituiría un profundísimo error pensar que la lucha por la democracia puede apartar al proletariado de la revolución socialista, o atenuar ésta, velarla, etc. Al contrario,

de la misma manera que es imposible un socialismo triunfante que no implante la democracia completa, es imposible también que se prepare para la victoria sobre la burguesía un proletariado que no sostenga una lucha múltiple, consecuente, y revolucionaria por la democracia." (32)

La vinculación de la lucha por la liberación nacional con la lucha por el socialismo es, en la etapa imperialista un punto clave de la política obrera. Al igual que otros derechos democráticos, el derecho a la autodeterminación nacional sólo podrá llevarse -- plenamente a la práctica a partir de la revolución socialista mundial. Pero esto sólo reafirma la imperiosa necesidad de preparar las condiciones para su realización en lucha, en acciones de masas que pongan en evidencia las limitaciones de la política capitalista-imperialista, y se opongan firmemente a su hegemonía en todos los terrenos.

"...no sólo el derecho de las naciones a la autodeterminación, sino todas las reivindicaciones básicas de la democracia política son 'realizables' en el imperialismo únicamente de modo incompleto, desfigurado y a título de rara excepción... La reivindicación de una liberación inmediata de las colonias, propugnada por todos los socialdemócratas revolucionarios, es también 'irrealizable' en el capitalismo sin una serie de revoluciones. Mas de ello no se deduce en modo alguno, que la socialdemocracia deba renunciar a la lucha inmediata y más decidida por todas esas reivindicaciones (semejante renuncia no sería más que hacer el juego a la burguesía y a la reacción), sino precisamente lo contrario: la necesidad de formular y satisfacer todas esas reivindicaciones no de modo reformista, sino revolucionario; no limitándose al marco de la legalidad burguesa, sino rompiéndolo; no dándose por satisfechos con discursos parlamentarios y protestas verbales, sino -- arrastrando a las masas a la lucha activa, ampliando y -- atizando la lucha por toda reivindicación democrática fundamental hasta llegar al ataque directo del proletariado a la burguesía, es decir, a la revolución socialista, que expropia a la burguesía. La revolución socialista puede -- estallar no sólo con motivo de una gran huelga, o de una manifestación callejera, o de un motín de hambrientos, o de una sublevación militar, o de una insurrección colonial, sino también con motivo de cualquier crisis política... o de un referéndum en torno a la separación de naciones oprimidas, etc." (33)

En la era del imperialismo, la lucha por la liberación nacional se sitúa en el plano superior de la revolución socialista. No quiere esto decir que toda lucha por la liberación nacional sea automáticamente socialista. La revolución socialista es una revolución consciente, obrera, y no sólo democrático-popular. Sin embargo, la relación entre revolución socialista en países avanzados y revolución democrático nacional en países coloniales permite plantear la transición al socialismo en éstos últimos en mejores condiciones, acelera la realización de la unidad internacional de los oprimidos contra el imperialismo y, con ello, la lucha dentro de cada una de las naciones contra su propia burguesía, aún cuando ésta haya podido eventualmente involucrarse en las primeras fases de la lucha por la liberación nacional. Según Lenin, "la recrudescencia de la opresión nacional en el imperialismo hace necesario para la socialdemocracia... utilizar enérgicamente los conflictos que surgen también en este terreno como pretexto para la acción de masas y los movimientos revolucionarios contra la burguesía." (34)

Lenin plantea, en cambio, la necesidad de construir, en todos los ámbitos, una política revolucionaria de la clase obrera, es decir, aquella que pueda garantizar la mayor potenciación efectiva de la capacidad de organización independiente, consciente y voluntaria de la clase obrera para la revolución.

"Un cambio reformista es aquél que no socava las bases del poder de la clase dominante y que representa únicamente una concesión de ésta, pero conservando su dominio. Un cambio revolucionario es el que destruye las bases del poder. Lo reformista en el programa nacional no abole todos los privilegios de la nación dominante, no crea la completa igualdad de derechos, no elimina toda opresión nacional. Una nación autónoma no tiene los mismos derechos que la nación dominante..." (35)

D. *La crisis de la Socialdemocracia europea en la Primera Guerra Mundial*

La unidad del movimiento socialista europeo se mantuvo, pese a las evidentes diferencias en la conducción política de los partidos que a ella pertenecían, por el sentimiento internacional de solidaridad obrera y el repudio específico a la política belicista de la burguesía que, al menos desde 1908, formaba parte importante de la escena internacional.

En todos los congresos de la Internacional Socialista, hasta 1912, el repudio unánime a los preparativos de guerra derivaba en la aprobación de una activa política pacifista, dirigida, sobre todo, a evitar que los conflictos entre las tres grandes potencias europeas culminaran en una guerra generalizada.

El fracaso de las conferencias de Viena y París en 1914 fue el prelude a un viraje dramático de la política de los partidos socialdemócratas hacia la guerra. El 4 de agosto la socialdemocracia alemana votó en favor de los créditos de guerra en el Reichstag, y casi al mismo tiempo apoyaban la declaración internacional de guerra los socialistas franceses, ingleses, belgas y austríacos, con lo que se derrumbó la unidad y el internacionalismo de los socialistas. La explicación oficial de la socialdemocracia alemana al apoyo al gobierno de su país en la declaración de guerra a Rusia mostraba en toda su dimensión este cambio de política:

"Ahora nos encontramos ante la realidad brutal de la guerra. Los horrores de una invasión enemiga nos amenazan. - Hoy no tenemos que discutir en pro o en contra de la guerra, sino sobre los medios necesarios para la defensa del país... La futura libertad de nuestro pueblo depende, en mucho, si no por completo, de una victoria del despotismo ruso, que está cubierto de la sangre de los mejores hom--

bres de su propio pueblo. Se trata de eliminar esta amenaza, de garantizar la civilización y la independencia de nuestro país. Aplicamos un principio sobre el cual siempre hemos insistido; a la hora del peligro, no abandonamos nuestra propia patria. Nos sentimos por ello de ---- acuerdo con la Internacional, que en todo momento ha reconocido el derecho de cada pueblo a la independencia nacional y a la autodefensa, del mismo modo que condenamos de acuerdo con ella toda guerra de conquista... Inspirados por estos principios, votamos en favor de los créditos de guerra solicitados."(36)

La declaración de la socialdemocracia alemana produjo una -- gran sorpresa y un profundo desconcierto en las filas de los socialistas revolucionarios de la Internacional, particularmente dentro de la socialdemocracia rusa, así como en los sectores más radicales de la propia socialdemocracia alemana. La reacción inmediata en algunos círculos socialistas fue una denuncia a la traición, pero ésta sólo se produjo de manera aislada, encabezada por Lenin y Rosa Luxemburgo, y cayó en el vacío de la incomprensión y aún del disgusto de las direcciones partidarias de la mayoría de los miembros activos de la Internacional.

La oposición temprana de los socialistas europeos a la guerra se había transformado repentinamente en la defensa de una guerra nacional. ¿Cómo explicar el cambio? En 1915 aparecieron dos textos breves, uno, conocido como el Folleto de Junius, titulado *La Crisis de la Socialdemocracia*, y cuya autora, en la cárcel, era Rosa Luxemburgo. El otro, *La Bancarrota de La II Internacional*, era publicado por Lenin en el exilio en Suiza. Ambos coinciden en la denuncia de la guerra como una guerra imperialista, pero extraen conclusiones muy distintas de sus consecuencias en la política de la Internacional.

Para Rosa Luxemburgo, la traición de la socialdemocracia ale

mana constituía una violación flagrante de los principios internacionales del socialismo. La dirección del partido había justificado su decisión como si fuera parte de un plan acordado de lucha en defensa de las conquistas de la civilización contra las bárbaras agresiones de la autonomía rusa. Rosa mostraba la falacia de estos argumentos con gran brillantez, aunque no extraña de la denuncia los elementos que podían haber dado lugar a una política -- alternativa dentro del partido alemán.

En el fondo ésta era la culminación de una política errónea de la dirección de la socialdemocracia alemana, que ella había combatido durante años en Kautsky y Bebel, así como el resultado de la inercia parlamentaria y sindical en la política del partido. Se trataba, ahora de la negación clara de la política obrera y la adopción de una política burguesa, la consumación de una renuncia que ella había anunciado, pero cuyos resultados aparecían como un cambio dramático, aún ante sus ojos.

"El Partido había utilizado siempre las elecciones parlamentarias para divulgar sus ideas y afirmar su posición -- a pesar de todos los estados de sitio y de las persecuciones de que era objeto su prensa. Ahora, en el curso de -- las segundas elecciones parlamentarias al Reichstag, a -- las dietas regionales y a las representaciones comunales, la socialdemocracia renunció oficialmente a la lucha electoral, es decir, a toda agitación y a toda discusión ideológica en el sentido de la lucha de clases proletaria y -- redujo las elecciones a su simple contenido burgués: lograr la mayor cantidad posible de escaños, para lo que -- estableció relaciones amistosas con los partidos burgueses. El voto del presupuesto por los diputados socialdemócratas en las dietas regionales y en las representaciones comunales, a excepción de la Dieta Prusiana y la Dieta de Alsacia-Lorena, acompañado de un llamamiento solemne a la Unión Sagrada, subrayó la total ruptura con la -- práctica anterior a la guerra. La prensa socialdemócrata, excepto algunas raras excepciones, exaltó el principio de la unión nacional en interés vital del pueblo alemán,"

(37).

Al expresarse en términos de la "ruptura de la práctica anterior a la guerra", Rosa no asumía que la política del partido era la consecuencia de años de ruptura gradual y de formas diversas de abandono de la política revolucionaria. Pese a las circunstancias, Rosa no pensó en su separación del partido, ya que concebía a éste como una fuerza capaz de derrotar la política traidora de su dirección. Así, la oposición organizada a la política de la dirección no implicó para la fracción radical que ella encabezaba, llevar a cabo una política activa de deslegitimación de la dirección y organizar una dirección alternativa. Cuando en 1916 se organizó la Liga Espartaco, bajo su conducción, la de Karl Liebknecht, Mehring y Clara Zetkin, sus diferencias se expresaron abiertamente como "tácticas", y no fueron más allá sino al finalizar la guerra.

Lenin estudia, en cambio, las raíces de la traición de la socialdemocracia alemana en la formación de una corriente oportunista que sólo se evidenció en la que aparecía como la mayor crisis política general desde la fundación de la Segunda Internacional. Para Lenin, la renuncia a la política revolucionaria tenía su explicación fundamental en el propio desarrollo capitalista de las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX.

"El oportunismo se ha ido incubando durante decenios por la especificidad de una época de desarrollo del capitalismo en que las condiciones de existencia relativamente civilizadas y pacíficas de una capa de obreros privilegiados los 'aburguesaba', les proporcionaba unas migajas de los beneficios conseguidos por sus capitales nacionales y los mantenía alejados de las privaciones, de los sufrimientos y del estado de ánimo revolucionario de las masas que eran lanzadas a la ruina y que vivían en la miseria." (38)

Lenin consideraba que era el aburguesamiento de la clase obrera el principal causante del avance del oportunismo dentro de la

socialdemocracia. Desde su perspectiva, el aprovechamiento de los beneficios de la expansión colonialista se había dejado sentir en la clase obrera y mostraba, en el momento de la guerra, su verdadera dimensión política. Lenin atribuía el giro político de la socialdemocracia a la consumación de una alianza política con la burguesía, cuya consecuencia principal era la subordinación de la política obrera a la política burguesa y la aceptación de la primacía de las fuerzas del orden sobre las de la revolución. De este modo, establecía una relación directa entre la formación de la aristocracia obrera en Alemania y el desarrollo del oportunismo en la socialdemocracia.

Esta relación parece una simplificación excesiva del desarrollo de la clase obrera alemana, así como una incompreensión de la política socialdemócrata anterior a la guerra. Sin embargo, pone el acento en lo fundamental: la renuncia a la independencia clasista del partido y su subordinación a la hegemonía burguesa.

"Por socialchovinismo entendemos la aceptación de la idea de la defensa de la patria en la presente guerra imperialista, la justificación de la alianza de los socialistas con la burguesía y con los gobiernos de 'sus' países en esta guerra, la renuncia a propugnar y apoyar las acciones revolucionarias del proletariado contra 'su' burguesía, etc. Es evidente que el principal contenido ideológico y político del socialchovinismo coincide en un todo con las bases del oportunismo."(39)

Lenin acierta a definir la traición de la socialdemocracia no sólo como la adopción de una táctica equivocada de dirección, sino como la renuncia política expresa a una política de poder. Lo que para Rosa Luxemburgo era una "renuncia unilateral a la lucha de clases", para Lenin era la aceptación por la socialdemocracia de su incapacidad de enfrentar, como fuerza independiente y revolucionaria, el poder de la clase dominante.

Lenin suponía la coexistencia en la socialdemocracia de una corriente oportunista y una corriente revolucionaria, que se habían confundido durante el largo período de desarrollo estable del capitalismo. Este habría impedido tanto la diferenciación clara de ambas políticas y su consiguiente lucha política e ideológica en el seno de la socialdemocracia, como la irrupción posterior de la corriente revolucionaria en contra de los oportunistas que se habían apoderado de la dirección del partido.

"Los únicos que podían expresar su actitud ante la guerra con cierta libertad (es decir, sin ser inmediatamente detenidos y llevados a un cuartel y sin correr el riesgo inminente de ser fusilados) eran un 'puñado del parlamento' (que votaron con toda libertad, haciendo uso de su derecho, y que podían haber votado perfectamente en contra, por lo que ni siquiera en Rusia se maltrató, se apaleó, ni incluso se detuvo a ningún diputado), un puñado de funcionarios, de periodistas, etc. Ahora Kautsky, con toda nobleza, achaca a las *masas* la traición y la falta de carácter de esa *capa* social, de cuyos vínculos con la táctica y la ideología del oportunismo ¡ha escrito decenas de veces el propio Kautsky durante años y años! La primera y más esencial de las reglas de la investigación científica en general, y de la dialéctica marxista en particular, exige que el escritor examine las relaciones existentes entre la actual lucha de tendencias y en el seno del socialismo -de la tendencia que habla y grita acerca de la traición y toca a rebato con este motivo, y de la que no ve la traición- y la lucha llevada a cabo anteriormente, durante decenios enteros. Kautsky no dice una palabra acerca de esto y ni siquiera desea plantear la cuestión de las tendencias y corrientes."(40)

La verdad de las cosas, es que aparte de la polémica contra el revisionismo, oficialmente terminada en la socialdemocracia alemana en 1903, cuando se aprobó una resolución política específica en su contra, no existió en veinte años, una oposición organizada a la política reformista que se apoderó de la dirección del partido y definió su programa, desde su fundación. Las diferencias políticas que mantiene, por ejemplo, Rosa Luxemburgo se expresaban de manera aislada y desarticulada en los distintos órganos de prensa del

partido, pero no puede considerarse que existiera una tendencia - contraria o alternativa a la política de la dirección hasta antes de la guerra. Aún en el caso de Rosa, sus diferencias no la llevaban a formular una concepción esencialmente diversa de la lucha política general, es decir, de carácter de la oposición frente al Estado y las tareas de dirección en el conjunto de la sociedad.

Esto no quiere decir, desde luego, que no existieran incluso fuertes polémicas sobre la política del partido a lo largo de todos estos años. La inercia del trabajo legal del partido a partir de la aprobación del sufragio universal y de la supresión de las leyes antisocialistas, en el contexto de un desarrollo capitalista acelerado, redujeron o limaron los conflictos fundamentales en una sociedad donde, efectivamente, la existencia de un margen considerable de ganancias aportó considerables beneficios políticos a la estabilidad del régimen burgués. La socialdemocracia alemana desarrolló la más profunda política democrática y contribuyó sustancialmente a la formación de una muy considerable fuerza social..., pero eligió el camino que la llevaba a consolidar sus conquistas, a consolidar sus posiciones legales, no a desarrollarse como una verdadera fuerza de oposición a la política burguesa, como la fuerza revolucionaria capaz de arrebatarse la hegemonía sobre el conjunto de la sociedad y hacer cimbrar hasta los cimientos de la sociedad. De aquí que el papel ideológico y político que desempeñó indudablemente la hubiera convertido en la más avanzada columna de la burguesía, y no en el más combativo destacamento proletario. Ello le permitió a Lenin mismo reconocer, en 1914, que la consolidación de la hegemonía de la burguesía en Alemania pasaba por la subordinación ideológica de la socialdemocracia, y que esta

fuerza oportunista no podría jamás desarrollar la revolución.

"Todas las clases opresoras sin excepción necesitan, para salvaguardar su dominación, dos funciones sociales: - la función del verdugo y la función del cura. El verdugo ha de ahogar la protesta y la indignación de los oprimidos. El cura ha de consolar a los oprimidos, ofreciéndoles unas perspectivas (esto es muy cómodo cuando no se responde de que estas perspectivas sean 'realizables'...) de que, manteniéndose la dominación de clase, han de dulcificarse sus sufrimientos y sacrificios, con lo cual - ha de conciliarlos con esa dominación, apartarlos de las acciones revolucionarias, socavar su espíritu revolucionario y destrozarse su firmeza revolucionaria. Kautsky ha convertido el marxismo en la teoría contrarrevolucionaria más repulsiva y estúpida, en el más sucio clericalismo." (41)

Lenin concebía la política revolucionaria de una manera extraordinariamente amplia. Reconocía que no toca a las organizaciones socialistas definir las condiciones de su lucha, y que, en el caso alemán, la socialdemocracia debía haber aprovechado hasta el fondo la coyuntura del desarrollo "pacífico" del capitalismo para ampliar y arraigar su fuerza revolucionaria en el conjunto de la sociedad. Sin embargo, oponía en su argumentación dos momentos -- (el violento y el pacífico) y no dos estrategias políticas (la revolucionaria y la reformista). Para él, la traición de la socialdemocracia alemana consistió, finalmente, en no haber podido pasar del desarrollo pacífico a la lucha violenta, del período legal al ilegal.

"Las organizaciones legales de masas de la clase obrera - son tal vez el signo distintivo más importante de los partidos socialistas correspondientes a la época de la II -- Internacional. Las más fuertes eran las del partido alemán, y fue aquí donde la guerra de 1914-1915 marcó el viraje más profundo y planteó la cuestión de manera más rotunda. Era evidente que el paso a las acciones revolucionarias significaba la disolución de las organizaciones legales por la policía, y el viejo partido, desde Legien -- hasta Kautsky inclusive, sacrificó los objetivos revolucionarios del proletariado al mantenimiento de las actuales organizaciones legales. Por mucho que se quiera negar

lo, el hecho está ahí. El derecho del proletariado a la revolución ha sido vendido por el plato de lentejas de unas organizaciones autorizadas por la ley policíaca vigente." (42)

La argumentación de Lenin hace aparecer, por momentos, la traición de la dirección socialdemócrata como falta de decisión en el momento de cambiar de táctica revolucionaria. Desde nuestra -- perspectiva, la construcción de la política socialdemócrata en el período de estabilidad capitalista tuvo su consecuencia en las decisiones adoptadas por la dirección frente a la guerra. La socialdemocracia no se planteó, ni puso a prueba, durante todo este período, su política, su concepción del poder y la lucha por la construcción de su hegemonía frente al poder capitalista establecido. No hubo, en el más estricto sentido, preparación socialdemócrata del contingente revolucionario para la ruptura revolucionaria, como Engels proponía en el prólogo de 1895 a *La lucha de clases en Francia*, sino, como el propio Lenin plantea, maduración de la aceptación de un régimen de opresión y defensa de las condiciones de una supervivencia aceptable dentro de él.

Así, el análisis de Lenin en relación con las condiciones de conversión de la guerra imperialista en el inicio de la revolución socialista adquiere una nueva perspectiva si lo revisamos con el lente de una coherente estrategia política revolucionaria.

"A un marxista no le cabe duda de que la revolución es im- posible sin una situación revolucionaria; además no toda situación revolucionaria desemboca en una revolución ¿Cuáles son, en términos generales, los síntomas distintivos de una situación revolucionaria? Seguramente no incurrimos en error si señalamos estos tres síntomas principales: 1) la imposibilidad para las clases dominantes de mantener inmutable su dominación; tal o cual crisis de las 'alturas', una crisis en la política de la clase dominante que abre una grieta por la que irrumpen el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que estalle la revo

lución no suele bastar con que 'los de abajo no quieran', sino que hace falta, además, que 'los de arriba no puedan' seguir viviendo como hasta entonces, 2) Una agravación, fuera de lo común, de la miseria y de los sufrimientos de las clases oprimidas. 3) Una intensificación considerable, por estas causas, de la actividad de las masas, que en tiempos de 'paz' se dejan expoliar tranquilamente, pero que en épocas turbulentas son empujadas, - tanto por toda la situación de crisis, como por los mismos de arriba, a una acción histórica independiente."(43)

El cambio de las condiciones objetivas, de estabilidad capitalista, es provocado por crisis de distinta índole: un desacuerdo fundamental entre las fracciones dominantes sobre el modo de conducción política general, y en particular, las formas de dirección sobre las masas; la existencia de un fuerte desequilibrio en el sistema de producción y reproducción del régimen económico, que provoca un deterioro del nivel de vida de las masas; la intensificación de las acciones espontáneas de las masas en oposición a la política del gobierno, y la incapacidad de la clase dominante de contener, mediatizar o reprimir la protesta popular. Todos estos elementos, sin embargo, que llevan a una crisis revolucionaria, no se transforman, según Lenin, en una verdadera revolución, sino a condición de que se haya desarrollado una fuerza revolucionaria independiente, capaz de conducir a las masas, formular una política alternativa a la de la burguesía y llevar a cabo, realizar, la hegemonía proletaria sobre el conjunto de la sociedad.

"...no toda situación revolucionaria origina una revolución, sino tan sólo la situación en que a los cambios objetivos arriba enumerados se agrega un cambio subjetivo, a saber: la capacidad de la clase revolucionaria de llevar a cabo acciones revolucionarias de masas lo suficientemente fuertes para romper (o quebrantar el viejo gobierno, que nunca, ni siquiera en las épocas de crisis, 'caerá', si no se le hace 'caer'."(44)

La conducción de una situación revolucionaria no puede ser --

un golpe de audacia de una fuerza improvisada. El desarrollo de -- una clase revolucionaria, la confianza que en ella depositen las -- masas, y la maduración de su capacidad de dirección en años de lu-- cha política contra la burguesía proveen las condiciones fundamen-- tales para que, en el momento de la ruptura, la dirección política del partido sea capaz de imprimir a su conducción la unidad, la -- disciplina y la efectividad que requiere el cambio de una situa--- ción revolucionaria a una revolución.

Nuevamente, la culminación de una política revolucionaria no puede ser sino expresión de la formación de una clase nacional, ca-- paz de dirigir y dominar a las fuerzas aliadas y adversarias. Así, si la guerra plantea a la socialdemocracia tareas revolucionarias, éstas son, deben ser, la consecuencia de su política por otros me-- dios, y no un brusco viraje, un cambio repentino.

Los argumentos de Lenin, llevados a sus últimas consecuen--- cias, nos permiten ver en la traición socialdemócrata la culmina-- ción de una política reformista, el abandono de las tareas revolu-- cionarias de la clase obrera y, sobre todo, la falta de una políti-- ca nacional efectivamente revolucionaria.

IV. LA POLITICA DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA SOBRE LA CUESTION NACIONAL Y COLONIAL.

La larga maduración de la lucha democrático-revolucionaria y socialista culminó en octubre de 1917 en Rusia con la conformación de una mayoría bolchevique en los soviets, y la insurrección que dio lugar al primer gobierno socialista en el mundo.

La circunstancia de que la revolución socialista se realizara en un país desgastado por el enorme esfuerzo de la guerra y por la prolongación del gobierno zarista -sumido en profundas contradicciones e incapaz de dar paso a las exigencias mínimas de las fuerzas sociales fundamentales- determinó la necesidad de renovadas reflexiones sobre el carácter y las tareas del socialismo en la dirección revolucionaria rusa.

En primer lugar, la conformación de un gobierno socialista exigía la socialización de la experiencia de los soviets y la nacionalización del poder político de la clase obrera organizada. Ello obligó a un despliegue de fuerzas frecuentemente superior a la disponibilidad práctica de cuadros formados en la lucha revolucionaria bajo la dirección bolchevique. La revolución mostraba que la consolidación de la clase obrera como clase nacional implicaba la existencia de una red organizativa y política extensa y arraigada en el conjunto de la sociedad, que no había podido formarse en las condiciones de lucha contra el zarismo y menos, desde luego, en el breve tránsito del derrocamiento de la autocracia a la insurrección.

De la misma manera, la explosión de la guerra civil y la intervención militar extranjera que la siguió obligaron a los cua---

dros revolucionarios a enfrentar la agresión interna y externa, cerrando el paso a formas de maduración e integración política graduales, que incluyeran la formación y tolerancia de organizaciones políticas y sociales diversas; el acoso militar determinó, particularmente en los años del llamado "comunismo de guerra", la subordinación de las formas de organización a los fines de impedir el aislamiento económico o el derrocamiento militar del gobierno revolucionario.

La vulnerabilidad internacional de la revolución de octubre no sólo se hizo patente en la firma del tratado de paz de Brest-Litovsk, sino fundamentalmente en el hecho de que ninguno de los partidos socialistas y socialdemócratas europeos coincidió con los bolcheviques en la transformación de la guerra imperialista en una guerra revolucionaria que condujera a la implantación del socialismo. La firma del tratado de Versalles, que en 1918 puso fin temporalmente a la guerra mundial, constituyó el preludio a una nueva era de estabilización capitalista, en lugar de su crisis final.

En estas condiciones, la formación de una fuerza internacional de defensa de la revolución bolchevique, como de impulso de la revolución socialista internacional, constituía un objetivo político de primera importancia. Para ello, era indispensable que el conocimiento y la identificación plena con la revolución de octubre sirvieran de vehículo a la conformación de una nueva alternativa revolucionaria europea, sobre las ruinas de la socialdemocracia burocratizada y corrupta de la Segunda Internacional.

El proyecto de conformación de una Internacional Comunista o Tercera Internacional surgió en la mente de la izquierda de ---

Zimmerwald durante la guerra. Sólo una clara diferenciación política podría permitir a las masas, en la perspectiva de este grupo, - proseguir un camino revolucionario y enfrentar la traición de la - dirección socialdemócrata como una maniobra divisionista y manipuladora de la burguesía en la crisis bélica. Sin embargo, el hecho de que la formación de una nueva Internacional no pudiera llevarse a cabo sino hasta el triunfo de la revolución bolchevique, en las condiciones ya descritas, determinó el giro y la orientación que se impondrían a la nueva organización.

La nueva Internacional sería concebida no sólo como la coordinación de la revolución europea, sino como la fuerza impulsora, orientadora, de una determinada "vía" revolucionaria, probada con el triunfo de la revolución de octubre.

Desde la perspectiva bolchevique, como ya hemos visto, la -- falta de consumación de la revolución europea hasta 1918 se había debido fundamentalmente a la entronización de una dirección reformista en el movimiento proletario. Las explicaciones que Lenin ha bía dado a la bancarrota de la Segunda Internacional en 1914, se re forzaban ahora con la experiencia rusa.

Ello determinó, al cabo de unos años, que la propia direc--- ción de la IC comprendiera la victoria bolchevique de manera estre cha y redujera el análisis de la situación internacional a una diferenciación política simple de la socialdemocracia traidora; diferenciación que tenía por objetivo mostrar la vigencia de la revolu ción de octubre, de la dictadura del proletariado, como única op-- ción posible para la liberación de la clase obrera e instauración del socialismo y, al tiempo, descartar y denunciar la táctica de -

los partidos socialdemócratas traidores de la Segunda Internacional, reconocida como una supuesta vía "pacífica" o "democrática" - al socialismo (que por supuesto no llevaba a él) y que era muestra del aburguesamiento de ciertas fuerzas políticas de origen obrero.

A. *Democracia y Dictadura en el Primer Congreso de la IC.*

Desde el Primer Congreso de la Internacional Comunista, realizado en Moscú en 1919, Lenin presentó un informe en que oponía - democracia burguesa y dictadura proletaria, en una clara alusión a los detractores de la revolución rusa, pero también a lo que posteriormente se consideró la táctica equivocada de la mayoría de los partidos socialistas y socialdemócratas europeos: la que llevaría al engaño a las masas, la postergación indefinida de la situación revolucionaria, la subordinación, en fin, al régimen burgués.

La consideraciones de Lenin sobre la democracia burguesa y - la dictadura proletaria a partir de la revolución de octubre se -- sustentaban en que el triunfo del socialismo era un hecho y que, en un momento como ése de ascenso revolucionario, proclamar la defensa de la democracia en general era tanto como dejar en manos de la -- burguesía la iniciativa política para aplastar la sublevación de - la clase obrera.

"...la actual defensa de la 'democracia burguesa', bajo - el disfraz de discursos sobre la 'democracia en general', los actuales gritos y vociferaciones contra la dictadura del proletariado bajo el pretexto de clamar contra la -- 'dictadura en general', todo eso corresponde a una traición deliberada al socialismo, un tránsito al campo de la burguesía, la negación del derecho del proletariado a su revolución proletaria, una defensa del reformismo burgués justo en el momento histórico en el que el reformismo burgués se hunde en el mundo entero, en que la guerra ha creado una situación revolucionaria."(1)

Lenin apuntaba al contenido reformista de la democracia burguesa en el momento en que consideraba que se estaba viviendo un ascenso revolucionario general. Su visión, sin embargo, no implicaba la exclusión definitiva de la lucha democrática en el cambio al socialismo, sino que reivindicaba, en función de una coyuntura y de la traición de la socialdemocracia internacional, la necesidad de radicalizar la lucha obrera y llevarla hasta sus últimas consecuencias.

La concepción de la democracia en Lenin no es -ni siquiera- en ese momento crítico- como frecuentemente sea pretendido mostrar, una concepción instrumentalista, sino aquélla que reconoce en la lucha revolucionaria, fases y grados de maduración de la lucha política y formas de enfrentamiento diverso en cada situación concreta. Así, en el mismo informe, Lenin afirmaba que:

"El segundo error teórico y político de los socialistas consiste en que no comprenden que las formas de la democracia se han transformado necesariamente durante siglos, a partir de sus formas iniciales en la Antigüedad, a medida que una clase dominante era reemplazada por otra. En las antiguas repúblicas de Grecia, en las ciudades de la Edad Media, en los estados capitalistas avanzados, la democracia reviste formas diferentes y grados diferentes. Sería el más grande absurdo aceptar que la más grande revolución en la historia de la humanidad, la primera vez que el poder pasa de manos de la minoría de explotadores a manos de la mayoría de explotados, pueda llevarse a cabo en el marco de la vieja democracia parlamentaria y burguesa sin las mayores transformaciones, sin la creación de nuevas formas de democracia, de nuevas instituciones y de nuevas condiciones para su aplicación.

La dictadura del proletariado se parece a la de las otras clases, en el sentido de que, como cada dictadura, está necesariamente obligada a romper por medio de la violencia la resistencia de la clase que pierde su poder político. La diferencia fundamental entre la dictadura del proletariado y la dictadura de las demás clases, de la de los grandes terratenientes de la Edad Media y de la burguesía en todos los países capitalistas civilizados, consiste en que la dictadura de los gran-

des terratenientes y de la burguesía era la represión - por medio de la violencia de la resistencia de la enorme mayoría de la población, es decir, de los explotadores, es decir, de la ínfima minoría de la población, de los grandes terratenientes y de los capitalistas.

De ello se deriva que la dictadura del proletariado - debe entrañar no sólo el cambio de las formas e instituciones democráticas en general, sino también una extensión sin precedente de la democracia real para la clase obrera, sometida por el capitalismo."(2)

Con esta larga cita pretendemos mostrar cómo Lenin, al tiempo que plantea un enfrentamiento político directo con la socialdemocracia en la polémica "dictadura V.S. democracia", concibe a la dictadura del proletariado como la culminación de la democracia, como la forma más profunda y consecuente de democracia, como el espacio de transformación y aplicación sin precedentes de etapas previas de la lucha de clases.

Sin embargo, las circunstancias fueron en este caso una razón poderosa para que predominara el criterio de exclusión en esta polémica. En este, como en tantos otros temas, la riqueza y complejidad del pensamiento de Lenin no pudieron ser plenamente asimilados por la dirección comunista internacional en los años posteriores. Y no cabe duda que éste fue el inicio de una simplificación y dogmatización de tesis centrales del socialismo científico en la era posterior a la revolución de octubre.(3)

B. *Partido, Revolución y Lucha Nacional en el Segundo Congreso.*

En el Segundo Congreso de IC, realizado en 1920, se aprueban unánimemente los veintiún puntos de admisión a la Internacional - que se referían a las condiciones, los requisitos, las características de las organizaciones políticas aspirantes: el tema central, la defensa y apoyo irrestricto a la revolución soviética se plan--

tea con la mayor firmeza y, junto a él, una esquematización de la estructura del partido bolchevique que debía servir como modelo -- general para la reformulación de los principios de política y organización de los partidos revolucionarios europeos.

Entre los requisitos de admisión a la Internacional es importante destacar los que se refieren a la obligación de someter al Comité Ejecutivo los programas de los partidos aspirantes para ser aprobados o modificados por éste, la obligación de acatar todas -- las resoluciones de los congresos de la IC, como las del Comité -- Ejecutivo, y la denominación de partidos comunistas, como parte -- central de la diferenciación respecto a las corrientes socialistas y socialdemócratas consideradas como reformistas. (4)

En cuanto a la estructura orgánica misma de los partidos, de bía adoptarse la forma que más conviniera para enfrentar lo que se suponía la situación inmediata general, es decir, para prepararse a iniciar la guerra civil. De aquí que se dieran instrucciones en el sentido de conformar núcleos organizados a la manera militar:

"Los partidos pertenecientes a la Internacional Comunista deben ser organizados sobre el principio de la centralización democrática. En una época como la actual, de guerra civil encarnizada, el Partido comunista sólo podrá desempeñar su papel si está organizado del modo -- más centralizado posible, si es mantenida una disciplina de hierro quasi militar, y si su organismo central -- está unido de amplios poderes, ejerce una autoridad incuestionable y cuenta con la confianza unánime de los -- militantes.." (5)

En épocas de guerra, la centralización de la organización -- partidaria se concebía de modo más vertical (centralista) que democrático y, evidentemente, el peso de la dirección pasaba a ser considerablemente mayor, tal y como lo plantea la IC, una "autoridad incuestionable". Este punto, y el inmediatamente posterior,

"Los partidos comunistas de los países donde los comunistas militan legalmente deben proceder a depuraciones periódicas de sus organizaciones con el objeto de separar a los elementos interesados o pequeñoburgueses..."
(6)

constituyeron en la práctica fuente de todo tipo de arbitrariedades y, sobre todo, del abandono de una de las claves más importantes de la política bolchevique -aquella que permitió su continuidad y consolidación revolucionaria- la flexibilidad para hacer de la organización un instrumento de la política, y comprender las necesarias modificaciones de la estructura como medios para adecuarse a las exigencias de la eficacia revolucionaria en cada situación.

La generalización obligatoria de una forma organizativa limitada evidentemente las posibilidades de acción política de los partidos comunistas al seguimiento de las orientaciones de la Internacional. En la mayoría de los casos, las restricciones políticas establecidas impusieron el aislamiento y la sectarización de las organizaciones, que se tornaron incapaces de dar una respuesta efectiva a la crisis posbélica en Europa. Igualmente, dicha política condicionó el crecimiento y desarrollo de organizaciones revolucionarias en otras partes del mundo. Ante las agresiones externas e internas, la revolución de octubre optaba por cerrar filas para apoyar, con ejércitos organizados bajo su dirección, su defensa en el plano internacional, aunque ello significara inhabilitarlos prácticamente para la revolución.

Es justamente en el Segundo Congreso de la IC que se introduce por primera vez el análisis de la situación colonial. En los veintiún puntos ya comentados, se afirma que:

"En el problema de las colonias y de las nacionalidades oprimidas, los partidos de los países cuya burguesía -- posee colonias u oprime a otras naciones deben tener -- una línea de conducta particularmente clara. Todo partido perteneciente a la III Internacional tiene el deber de denunciar implacablemente las proezas de 'sus' imperialistas en las colonias, de sostener, no con palabras sino con hechos, todo movimiento de emancipación en las colonias, de exigir la expulsión de las colonias de los imperialistas de la metrópoli, de despertar en el corazón de los trabajadores del país sentimientos verdaderamente fraternales con respecto a la población trabajadora de las colonias y a las nacionalidades oprimidas y -- llevar a cabo entre las tropas metropolitanas una continua agitación contra toda opresión de los pueblos coloniales."(7)

Con estas proposiciones se introduce la problemática nacional desde una nueva perspectiva: aquélla que supone, de una parte, la división internacional de países oprimidos y opresores, y de -- otra, la necesidad de un reforzamiento de la lucha de clases en -- los países opresores mediante la denuncia de la situación colonial. En última instancia, el debilitamiento de la política expansionista de los países imperialistas contribuiría también a dificultar el mantenimiento de una ofensiva militar en contra de la recientemente creada República de los Soviets.

En su informe de la Comisión para los Problemas Nacional y -- Colonial, Lenin reafirma la diferenciación de naciones oprimidas y opresoras, y añade:

"La segunda idea que orienta nuestra tesis es que, en la actual situación del mundo, después de la guerra imperialista, las relaciones entre los pueblos, así como todo -- el sistema mundial de los Estados, vienen determinados -- por la lucha de un pequeño grupo de naciones imperialistas contra el movimiento soviético y contra los Estados soviéticos, a cuya cabeza figura la Rusia Soviética."(8)

De acuerdo con esta tesis, resulta de primordial importancia la reagrupación de los países oprimidos en torno al primer país socialista. Todo aquél que se oponga, de uno u otro modo a la política

ca imperialista, no podrá menos que adoptar la defensa de la revolución soviética. En esta perspectiva, los países oprimidos deberán ser considerados aliados naturales del socialismo en su lucha contra el imperialismo.

"La situación política mundial ha planteado ahora en la orden del día la dictadura del proletariado, y todos los acontecimientos de la política mundial convergen de un modo inevitable a un punto central, a saber: la lucha de la burguesía mundial contra la República Soviética de Rusia, que de un modo ineluctable agrupa en su derredor, por una parte, a los movimientos soviéticos de los obreros de vanguardia de todos los países, y por otra todos los movimientos de liberación nacional de los países coloniales y de las nacionalidades oprimidas, que se convencen por amarga experiencia de que no existe para ellos otra salvación que el triunfo del poder de los soviets sobre el imperialismo mundial."(9)

En esta tesis del acercamiento objetivo y subjetivo de los movimientos de liberación nacional y los movimientos soviéticos socialistas se parte del supuesto de que, a pesar del atraso y la heterogeneidad económica, social y política en las colonias es posible una suerte de adelantamiento de la revolución internacional, en la hipótesis de la proximidad de la revolución socialista en los países imperialistas. La lucha de liberación nacional se constituiría en un bastión de apoyo a esa confrontación principal.

De la misma manera, la modificación del concepto de lucha nacional en el sentido de su internacionalización, conlleva la suposición de una suerte de traslación de la lucha de clases al plano internacional, en el que se confrontarían las clases dominantes (ubicadas prioritariamente en los países centrales) y las clases dominadas de los países atrasados. El carácter de esta lucha de clases estaría determinado en una primera etapa por la búsqueda de una identidad nacional de las clases oprimidas de las naciones so-

metidas al imperialismo. Las condiciones de atraso social y la falta de una fuerza obrera independiente obligaría a la conformación de un amplio movimiento democrático revolucionario en el sentido capitalista.

"Debido a que la política imperialista obstaculizó el desarrollo industrial en las colonias, no pudo surgir una clase proletaria en el sentido exacto del término, si bien, en estos últimos tiempos, las artesanías locales han sido destruidas por la competencia de los productos de las industrias centralizadas de los países imperialistas.

La consecuencia de esto fue que la gran mayoría del pueblo se vio relegada al campo y obligada a dedicarse al trabajo agrícola y a la producción de materias primas para la exportación.

Así se produjo una rápida concentración de la propiedad agraria en manos ya sea de los grandes propietarios fundiarios, del capital financiero o del Estado, y se creó una poderosa masa de campesinos sin tierra. Además, la gran masa de la población fue mantenida en la ignorancia.

El resultado de esta política es evidente: en aquellos países donde el espíritu revolucionario se manifiesta, sólo encuentra su expresión en la clase media cultivada.

La dominación extranjera obstaculiza el libre desarrollo de las fuerzas económicas. Por eso su destrucción es el primer paso de la revolución en las colonias y por eso la ayuda aportada a la destrucción del poder extranjero en las colonias no es, en realidad, una ayuda al movimiento nacionalista de la burguesía indígena, sino la apertura del camino para el propio proletario oprimido."(10)

La heterogeneidad social y el predominio de formas precapitalistas de propiedad y producción en estos países obligan, en la perspectiva de la IC, a las fuerzas populares a realizar tareas políticas ajenas a sus objetivos históricos. Es en la lucha democrática revolucionaria misma que se forja, por lo demás, la alternativa socialista.

Lenin mismo, al presentar su informe, expone el contenido del movimiento revolucionario en las ex colonias de la siguiente manera:

"Después de la discusión llegamos a la conclusión unánime de que debe hablarse de movimiento revolucionario nacional en vez de movimiento 'democrático-burgués'. No cabe la menor duda de que todo movimiento nacional no puede ser sino un movimiento democrático burgués, ya que la masa fundamental de la población en los países atrasados la constituyen los campesinos, que representan las relaciones capitalistas burguesas. Sería utópico suponer que los partidos proletarios, si es que tales partidos pueden formarse, en general, en esos países atrasados, son capaces de aplicar en ellos una táctica y una política comunista sin mantener determinadas relaciones con el movimiento campesino y sin apoyarlo en la práctica."(11)

La cuestión nacional pasa a ser, en el análisis de la Tercera Internacional, un problema relativo a la falta de independencia política y económica de los países subordinados al imperialismo.

La IC declara la necesidad de impulsar al interior de los movimientos nacionales una diferenciación política entre la opción de las clases dominantes y la opción popular. El apoyo de la IC estará condicionado teóricamente al menos al desarrollo de una contradicción social y política entre las fuerzas empeñadas en la lucha nacional.

"En los países oprimidos existen dos movimientos que cada día se separan más: el primero es el movimiento burgués democrático nacionalista que tiene un programa de independencia política y de orden burgués; el otro es el de los campesinos y obreros ignorantes y pobres que luchan por su emancipación de todo tipo de explotación.

El primero intenta dirigir al segundo y en cierta medida lo logró con frecuencia. Pero la Internacional Comunista y los partidos adheridos deben combatir esta tendencia y tratar de desarrollar el sentimiento de clase independiente en las masas obreras de las colonias."
(12)

Sin embargo, ante la precariedad de las organizaciones comunistas de la mayoría de los países aludidos, y la insuficiencia del conocimiento que se tiene sobre ellas, dicha orientación no siempre puede traducirse en un lineamiento político efectivo. Es im

portante señalar que, en los primeros dos congresos de la Internacional a que nos hemos referido los partidos y organizaciones presentes son, en su abrumadora mayoría, europeos. Aparte de ellos, asisten a Primer Congreso la Liga de la Propaganda Socialista de Norteamérica, el Partido Obrero Socialista Chino, la Unión Obrera de Corea, y representantes (no especificados) de las secciones de Turquía y Persia del Buró Central de los países Orientales, mientras que al Segundo Congreso se incorpora, además, una representación de la India.

Esta situación determinó que se realizara un análisis más detallado de las tareas políticas de los revolucionarios en estos países, y que el conjunto del análisis de la Internacional reflejara predominantemente el conocimiento, aunque inicial, de su evolución política, económica y social.

La situación política de dichas organizaciones en sus respectivos países reforzó, en los primeros congresos de la IC, la tesis de la inminencia de la revolución mundial. Particularmente en la India y en China, el movimiento anticolonialista parecía entrelazarse de modo importante con la oleada revolucionaria europea. El análisis de la situación internacional parecía indicar entonces con claridad que la consolidación de organizaciones comunistas claramente diferenciadas de la socialdemocracia en Europa, y su fusión con los movimientos de liberación nacional en las colonias o ex-colonias eran las claves para el estallido de la revolución internacional. Ello explica la consigna general de formar soviets de obreros, campesinos y soldados a todo lo largo y ancho del planeta. Se estaba, supuestamente, a las puertas de la revolución socialista soviética mundial.

C. *La Estabilización Capitalista y la Consigna "A las Masas!" En El Tercer Congreso.*

La derrota de la oleada revolucionaria europea era ya evidente en el momento de la realización del Tercer Congreso de la IC, - en 1922. La dramática constatación de los primeros signos de estabilización del capitalismo daría lugar a una crítica parcial de su política.

"El primer período del movimiento revolucionario posterior a la guerra, que se caracteriza por su violencia elemental, por la muy significativa imprecisión de sus objetivos y de los métodos y por el gran pánico que se apodera de las clases dirigentes, parece haber finalizado en gran medida."(13)

Por primera vez se hacía presente la incapacidad de los partidos comunistas recientemente formados de conducir el movimiento revolucionario de sus respectivos países hacia el triunfo del socialismo, la influencia considerabilísima de la socialdemocracia - en las masas y, finalmente, la capacidad hegemónica de la burguesía, que había permitido iniciar un período de estabilización relativa del capitalismo. La IC reconocía, en todos estos elementos, - que "la guerra no determinó inmediatamente la revolución proletaria" (14)

La solución temporal de la crisis se debía, en la perspectiva de la IC, más a la presencia dominante de la socialdemocracia, fuerza aliada y subordinada a la burguesía en la escena política europea, que a los errores de apreciación de la dirección comunista internacional, o a la falta de firmeza revolucionaria de los -- partidos de estos países. Sin embargo, era evidente que la tarea - de ilegitimación de la socialdemocracia frente a las masas, que había parecido resuelta inicialmente con la sola formación de los --

partidos comunistas, se vislumbraba ahora como un proceso lento y difícil, que obligaba a nuevas consideraciones tácticas para la -- acumulación de la mayor fuerza revolucionaria posible en el medio -- no plazo.

"...los socialdemócratas reaccionan contra el desarrollo efectivo ayudando con todas sus fuerzas tanto desde el gobierno como en la oposición, al restablecimiento del equilibrio del Estado burgués, mientras que los comunistas aprovechan todas las ocasiones, todos los medios y todos los métodos para derrotar y acabar con el Estado burgués por medio de la dictadura del proletariado.

...En el curso de los dos años y medio transcurridos -- desde la guerra, el proletariado de los diversos países puso de manifiesto tanta energía, tanta disposición para la lucha, tanto espíritu de sacrificio, que hubiera podido cumplir ampliamente su tarea y llevar a cabo una revolución triunfante si al frente de la clase obrera hubiese estado un partido comunista realmente internacional, bien preparado y muy centralizado."

(15)

El objetivo central de estas consideraciones era, indudablemente, poner en el tapete de la discusión la política y los métodos de organización que permitieran a los comunistas arrebatarse a la socialdemocracia su hegemonía sobre las masas y conquistar la -- confianza y la dirección del movimiento de la clase obrera. No -- existía en el ánimo de estos planteamientos la intención de una -- reconciliación con la socialdemocracia sino, justamente, la búsqueda de una más plena diferenciación: la socialdemocracia había pasado a ser el brazo izquierdo de la burguesía; lo que había que llevar a cabo era un lucha política a fondo contra sus concepciones y su influencia en las masas.

"El problema más importante de la Internacional Comunista en la actualidad es la conquista de la influencia -- preponderante sobre la mayoría de la clase obrera y la -- inclusión en el combate de las fracciones decisivas de esta clase." (16)

Las reflexiones de la dirección de la IC estaban dominadas por dos hechos significativos: por una parte, la instauración de la Nueva Política Económica en la URSS, y por otra, la instalación de gobiernos socialistas o socialdemócratas en los países más importantes de Europa. Estos hechos obligaban a una reconsideración del papel que la vanguardia comunista había tenido en la dirección de las masas durante la inmediata posguerra.

En la URSS, una vez pasado el período de comunismo de guerra, la consigna de "A las masas!" debía entenderse como el paso a la consolidación de la hegemonía obrera en el conjunto de la sociedad. Este objetivo político implicaba el reconocimiento de la necesidad de un retroceso relativo de la revolución en búsqueda de una maduración más homogénea del conjunto de la población respecto del carácter y las tareas de la sociedad socialista.

Lenin, en su informe sobre la táctica del partido comunista soviético al III Congreso de la Internacional, exponía el inicio de una nueva etapa revolucionaria que permitiría sentar nuevas bases para el avance de la socialización, pero que, indudablemente, amenoraría en el corto plazo el ritmo extraordinariamente acelerado de las transformaciones económicas y sociales vividas en los primeros años.

"...la tarea principal de su proletariado, como clase dominante, consiste en este momento en determinar y llevar a la práctica acertadamente las medidas necesarias para dirigir a los campesinos, para establecer con ellos una firme alianza, para realizar una serie larga de transiciones graduales que conduzcan a la gran agricultura colectiva mecanizada. Esta tarea ofrece en Rusia dificultades especiales, tanto por el atraso de nuestro país como a consecuencia de su extremada ruina tras siete años de guerra imperialista y de guerra civil. Pero aún prescindiendo de tal particularidad, esta tarea es de las más difíciles que la construcción socialista planteará a todos los países capitalistas, exceptuando quizá a Inglaterra.

rra...

Por eso, desde el punto de vista del desarrollo de la revolución proletaria mundial, como proceso único, la importancia de la época por la que atraviesa Rusia reside en que ésta ponga prácticamente a prueba y compruebe la política del proletariado dueño del poder estatal -- respecto a la masa pequeñoburguesa."(17)

En efecto, una vez superadas las dificultades políticas y -- administrativas de los primeros años, era preciso dar paso a la reorganización general del país sobre bases socialistas, pero para ello debían confluír las fuerzas sociales fundamentales, marginadas o violentadas por las condiciones ya referidas de la instauración del socialismo en Rusia. Es así que el X Congreso del Partido Comunista Ruso aprueba, con la Nueva Política Económica, no sólo la renovación de la revolución, sino la evaluación crítica de las tareas realizadas y de su perspectiva al futuro.

Este ambiente dominaba también en el conjunto del movimiento comunista internacional a raíz del reflujo revolucionario experimentado en esos años. Sin embargo, no sería sino hasta el Cuarto Congreso de la IC, y sólo en las profundas implicaciones que de la crítica y la autocrítica extrajera el propio Lenin, que podría -- asumirse un nuevo análisis de la situación europea y mundial...

Por nuestra parte, consideramos muy difícil resumir en unas cuantas líneas el complejo proceso que llevó a la derrota de la política comunista en los países europeos después de la guerra, aunque no queremos dejar de apuntar algunos elementos que nos parecen claves para comprender este fenómeno.

En primer lugar, es reconocido por todos los actores del proceso, incluyendo a la IC, que la formación de los partidos comunistas en Europa, que se llevó a cabo de manera apresurada a partir -

del año de 1919, no constituyó de manera inmediata un referente -- alternativo para las masas obreras, organizadas a pesar de todo en la tradición socialdemócrata. La oposición a la política socialdemócrata oficial en la guerra había sido minoritaria y, en algunos casos, verdaderamente insignificante o aún inexistente. Destacan, excepcionalmente, desde luego, el Grupo Espartaco dirigido por Rosa Luxemburgo y Liebknecht en la socialdemocracia alemana, y la -- llamada izquierda de Zimmerwald, pero el hecho es que no logró -- constituirse una opción política y organizativa socialista diferenciada, con apoyo de masas en ninguno de los grandes partidos socialdemócratas europeos. En el propio partido alemán, la escisión no se produjo sino hasta terminada la guerra, y en el seno de la - Internacional, la política radical propuesta por los bolcheviques no fue llevada a la práctica ni siquiera por quienes verbalmente - se comprometieron con ella.

Al finalizar la guerra, el análisis de la traición de la socialdemocracia no era, por tanto, algo que pesara de manera determinante en el ánimo ni en la conciencia de las masas europeas. Por ello, la indignación por el desgaste sufrido, y por la miseria y - el hambre que siguieron a la firma de la paz pudieron ser asimilados por la dirección socialdemócrata, que se encargó de su mediación, insertándolos en el programa general de reconstrucción capitalista. La heroica lucha de los comunistas europeos por radicalizar las demandas de las masas enfrentó la incomprensión y el aislamiento de la mayoría y culminó, en prácticamente todos los casos, con la persecución y la represión fascista, tolerada, cuando no apoyada, por la propia socialdemocracia.

Como consecuencia de lo anterior, es posible afirmar que el

cálculo de las posibilidades del triunfo de la revolución socialista en Europa se asentaba en un análisis erróneo de los siguientes elementos: a) los alcances del movimiento espontáneo de las masas al finalizar la guerra; b) la pretendida incapacidad de la burguesía de dar cauce a las demandas urgentes de la población en Europa; c) la supuesta ilegitimidad de los socialdemócratas; d) la imaginada capacidad de dirección política revolucionaria de los comunistas. Como quiera que se vea, la situación resultante no correspondía absolutamente a las expectativas de la IC. La asimilación de la derrota sería lenta y dolorosa.

D. *El Cuarto Congreso: Revisión y Crítica Parcial de la Revolución Rusa, Perspectivas de la Revolución Mundial.*

En su informe al IV Congreso de la Internacional Comunista, titulado "Cinco Años de Revolución Rusa y Perspectivas de la Revolución Mundial", Lenin reconoce la necesidad de plantear nuevas -- orientaciones políticas ante el repliegue de la revolución mundial. Es preciso discutir, afirmar, la "posible" reversión del proceso revolucionario iniciado con el fin de la guerra, y conformar una política acorde con la estrategia de preparación y fortalecimiento de la alternativa revolucionaria, en un plazo mayor.

"No debemos saber únicamente cómo actuar en el momento en que pasamos a la ofensiva directa y, además, salimos vencedores. En un período revolucionario, eso no presenta ya tantas dificultades ni es tan importante; por lo menos, no es lo más decisivo. Durante la revolución hay siempre momentos en que el enemigo pierde la cabeza, y si le atacamos en uno de esos momentos, podemos triunfar con facilidad. Pero esto no quiere decir nada todavía, puesto que nuestro enemigo, si posee suficiente dominio de sí mismo, puede agrupar con antelación sus -- fuerzas, etc. Entonces puede provocarnos con facilidad para que le atacemos, y después hacernos retroceder -- por muchos años. Por eso opino que la idea de que debe-

mos prepararnos para un posible repliegue tiene suma importancia, y no sólo desde el punto de vista teórico. También desde el punto de vista práctico todos los partidos que se preparan para emprender en un futuro próximo la ofensiva directa contra el capitalismo deben pensar ya ahora en cómo asegurarse el repliegue."(18)

El ascenso de los movimientos espontáneos de los primeros años no había sido signo de la consolidación del socialismo en Europa. La preparación de la dirección comunista en la crisis revolucionaria había sido insuficiente, y el poder de la clase dominante, apoyado por la socialdemocracia, se había mostrado en toda su dimensión al enfrentar los primeros embates de las masas. Tal vez no había llegado, entonces, la hora de la revolución en todos los otros países capitalistas desarrollados, como se había pensado inicialmente. Las condiciones de la revolución rusa aparecían como irrepetibles. El repliegue significaba, primordialmente, la necesidad de atender el estudio de las condiciones de la revolución en circunstancias diversas a las vividas por los bolcheviques.

"En 1921, en el III Congreso aprobamos una resolución sobre la estructura orgánica de los partidos comunistas y los métodos y el contenido de su labor. La resolución es magnífica, pero es rusa casi hasta la médula, es decir, se basa en las condiciones rusas. Este es su lado bueno, pero también su lado malo. Malo, porque estoy convencido de que casi ningún extranjero podrá leerla... Y, si, en caso excepcional algún extranjero llega a entenderla, no la podrá cumplir... Tengo la impresión de que hemos cometido un gran error con esta resolución, es decir, que nosotros mismos hemos levantado una barrera en el camino de nuestro éxito futuro... No hemos comprendido cómo se debe llevar nuestra experiencia rusa a los extranjeros..."(19)

El error fundamental de la Internacional había sido violentar los procesos revolucionarios del resto de Europa tratando de imponerles las formas políticas y organizativas propias de la revolución socialista rusa. El gran riesgo de esta imposición consistía, a los ojos de Lenin, en que podía producir un inmovilismo de las --

fuerzas revolucionarias europeas e incapacitarlas para prever y dirigir sus propias tareas.

"Es preciso llevar a la práctica esta resolución. Pero no puede hacerse de la noche a la mañana; eso sería completamente imposible. La resolución es demasiado rusa, refleja la experiencia rusa. Por eso, los extranjeros no la comprenden en absoluto y no pueden conformarse con colocarla en un rincón como un icono y rezar ante ella... Nosotros, los rusos, debemos buscar también la forma de explicar a los extranjeros los fundamentos de esta resolución, pues, de otro modo, estarán imposibilitados en absoluto de cumplirla. Estoy convencido de que, en este sentido, debemos decir no sólo a los camaradas rusos, sino también a los extranjeros, que lo más importante del período en que estamos entrando es estudiar. Nosotros estudiamos en sentido general. En cambio, los estudios de ellos deben tener carácter especial para que lleguen a comprender realmente la organización, la estructura, el método y el contenido de la labor revolucionaria..."(20)

La advertencia de Lenin iba claramente en el sentido de que era imposible, desde Rusia, dirigir las orientaciones políticas de todos los partidos comunistas europeos en el detalle y con la rigurosidad necesaria para hacer de ellas verdaderas políticas revolucionarias en sus respectivos países. Era preciso desmistificar a la revolución rusa en cuanto garantía por sí misma de la revolución mundial. No bastaba repetir la estructura del partido bolchevique para hacer la revolución. Había que estudiar, probar lo más adecuado para la labor revolucionaria en cada situación.

La profundidad de las apreciaciones de Lenin y sus consecuencias para la propia Internacional no cobraron su verdadera dimensión debido a la enfermedad y luego, a la desaparición física de este gran dirigente. Lenin ya no intervino prácticamente en el Cuarto Congreso, y su dirección política dejó de sentirse con la fuerza y claridad que le eran características.

En este Congreso comienza a hacerse presente un giro político

que determinaría la revisión -en un sentido muy distinto al que Lenin sugería- de los acuerdos y las orientaciones de la Internacional. En primer lugar, la derrota de la revolución en los países capitalistas avanzados pasaría a ser atribuida directamente a la ineptitud de los partidos comunistas, y no a las nuevas condiciones de estabilización capitalista, o a la equivocada dirección política de la Internacional:

"Al no haber aprovechado el proletariado de todos los países, excepto el de Rusia, el estado de debilidad del capitalismo provocado por la guerra para asestarle el golpe decisivo, la burguesía pudo, gracias a la ayuda de los socialistas-reformistas, aplastar a los obreros revolucionarios dispuestos al combate, consolidar su poder político y económico e iniciar una nueva ofensiva contra el proletariado." (21)

Para los países capitalistas centrales, la resolución que adoptó el Congreso fue "frente único" de los obreros y coalición política de todos los partidos obreros contra el poder burgués. (22) Esta era una consecuencia de la política aprobada en el Tercer Congreso de "A las masas!" (a la conquista de la mayoría en los países capitalistas avanzados). En la resolución del Cuarto Congreso se discutía la posibilidad de que los comunistas pasaran a formar parte del gobierno obrero, o apoyaran un gobierno obrero del que no formarían parte. El viraje político que ello significaba respecto a la política inicial de la IC de diferenciación clara y terminante con los partidos no comunistas se explicaba por el hecho de que se había pasado de un momento de ofensiva a un momento de repliegue, o de táctica defensiva en los partidos comunistas de dichos países.

"El gobierno obrero (eventualmente el gobierno campesino) deberá ser empleado en todas partes como una consigna de propaganda general. Pero como consigna de política actual el gobierno obrero adquiere una mayor importancia en los países donde la situación de la sociedad burguesa es particularmente insegura, donde la relación de fuerzas en

tre los partidos obreros y la burguesía coloca a la solución del problema del gobierno obrero a la orden del día como necesidad política.

En esos países, la consigna del 'gobierno obrero' es -- una consecuencia inevitable de toda la táctica del frente único."(23)

A diferencia de la política insurreccional aprobada anteriormente, la política de "gobierno obrero" adoptada por el IV Congreso era concebida -significativamente- como una consigna propagandística que permitiera enfrentar en menos malas condiciones la embestida de los gobiernos burgueses y aún -en los países donde ello era ya - una realidad- del fascismo. Esta era, declaradamente, una política de la derrota, una política del reconocimiento de la propia incapacidad para llevar a cabo la revolución.

La conclusión política extraída por la IC de la necesidad de organizar un "frente único" de obreros y campesinos en todas las -- áreas en que los comunistas tuvieran una influencia era claramente inadecuada. Si bien es cierto que, en la discusión de la dirección bolchevique sobre los caminos para continuar la revolución se había concluido que era necesario profundizar las relaciones ciudad-campo, deterioradas por los años de la guerra, que la política de gobierno obrero-campesino estaba más que justificada para la situación particular rusa, no lo es menos que la adopción de la política de frente único introducía una gran confusión en los partidos comunistas - de los países europeos, que acababan de atravesar una situación tan crítica como la que describimos en el apartado anterior.

La resolución sugería en estos casos -o cuando menos dejaba - en la ambigüedad -una posible reconsideración de las relaciones con la socialdemocracia- única organización obrera políticamente significativa, y con la que podría discutirse la formación de un "frente

único -y con ello, tendía a disolver el germen de identidad política que los comunistas habían con tantos sacrificios intentado establecer en el período anterior. La política adoptada por la Internacional llevaba a los partidos comunistas europeos a una nueva -- crisis política y a una situación de incertidumbre e inestabilidad que sólo redundarían en su mayor aislamiento, esta vez provocado -- por la desconfianza de las masas en su política zigzagueante.

La táctica de "frente único", de "gobierno obrero y campesino" no podía ser, entonces, sino un síntoma preocupante más de la -- utilización que de la Internacional hacía la revolución rusa para -- apoyar sus propias determinaciones. La confusión a que dió lugar -- en el movimiento comunista europeo sólo podía ser frenada por una -- autocritica radical, presidida por un análisis verdaderamente riguroso de las peculiaridades de la situación europea, de sus diferencias respecto a la URSS, y éstos, por razones que detallaremos, no se llevaron a cabo.

Para los efectos de la lucha revolucionaria, la conclusión de la IC era que, en las nuevas condiciones, el partido ruso, iniciador de la revolución mundial, se había quedado solo y debía buscar nuevos aliados en su lucha contra el imperialismo mundial. Como -- consecuencia, la IC afirmaba que las posibilidades revolucionarias se trasladaban ahora a las zonas más deprimidas por el capitalismo:

"...los países coloniales y semicoloniales constituyen los focos de un movimiento revolucionario en crecimiento contra las potencias imperialistas y de reservas inagotables de fuerzas revolucionarias que, en situación actual, actúan objetivamente contra todo el orden burgués mundial."
(24)

El foco de la revolución mundial había mutado hacia los países coloniales y ex coloniales. Ellos cargaban ahora -y cargarían

en adelante- el peso de la realización de la revolución en el mundo. Ellos constituirían el aliado fundamental de la revolución rusa en adelante. Ante la debilidad de la posibilidad revolucionaria en Europa, la opción parecía ser el impulso de la lucha por la liberación nacional en los países coloniales y ex coloniales. Se establecía definitivamente la unidad política entre revolución socialista y liberación nacional a nivel mundial.

En los países coloniales y ex coloniales, la táctica de frente único era concebida como la vía para el fortalecimiento del movimiento insurreccional para la liberación nacional: era la táctica de la revolución democrática antimperialista.

"En los países coloniales y semicoloniales, la Internacional Comunista tiene dos tareas: 1) crear un embrión de partido comunista que defienda los intereses generales del proletariado; y 2) apoyar con todas sus fuerzas al movimiento nacional revolucionario dirigido contra el imperialismo, convertirse en la vanguardia de ese movimiento y fortalecer el movimiento social en el seno del movimiento nacional." (25)

En particular, la cuestión colonial se trató en el Cuarto Congreso en las "Tesis Generales sobre la Cuestión de Oriente." (26) Además de las tesis aprobadas por el Segundo Congreso sobre el problema nacional y colonial, las tesis sobre la Cuestión de Oriente constituyeron los elementos centrales de la orientación de los partidos comunistas en los países coloniales y ex coloniales de todo el mundo.

En estas tesis, la IC afirma que el capitalismo en las colonias y ex colonias surge obstaculizado por los residuos feudales y la intervención imperialista. La alianza de las clases dirigentes nacionales con el imperialismo impide que cumplan una función política nacional, la de la organización del movimiento de masas. Los

objetivos de la fuerza revolucionaria de masas en estos países deben ser la unidad y la autodeterminación nacionales. El cumplimiento de estos objetivos sería la base de sustentación de la alianza del movimiento por la liberación nacional y la revolución socialista soviética. Así, se afirma que:

"Consciente de que en diversas condiciones históricas los elementos más variados pueden ser los portavoces de la autonomía política, la Internacional Comunista apoya todo movimiento nacional revolucionario dirigido contra el imperialismo." (27)

En la tesis de la lucha por la unidad nacional como objetivo revolucionario primordial, la Internacional establecía claramente los límites del movimiento democrático revolucionario en las colonias. La dura crítica a los partidos comunistas de Oriente por su negativa a colaborar con otras fuerzas en la lucha antimperialista muestra el sentido de esta afirmación:

"La negativa de los comunistas de las colonias a participar en la lucha contra la opresión imperialista bajo el pretexto de la 'defensa' exclusiva de los intereses de -- clase es la consecuencia de un oportunismo de la peor especie que no puede sino desacreditar a la revolución proletaria en Oriente. No menos nociva es la tentativa de apartarse de la lucha por los intereses cotidianos e inmediatos de la clase obrera en nombre de una 'unificación nacional' o de una 'paz social' con los demócratas burgueses. Dos tareas fundidas en una sola incumben a los partidos comunistas coloniales y semicoloniales; por una parte, lucha por una solución radical de los problemas de la revolución democrática burguesa cuyo objeto es la conquista de la independencia política; por otra parte, organización de las masas obreras y campesinas para permitirles luchar por los intereses particulares de su clase, utilizando para ello todas las contradicciones del régimen nacionalista democrático burgués..."

La clase obrera de las colonias y semicoloniales debe saber firmemente que sólo la ampliación y la intensificación de la lucha contra el yugo imperialista de las metrópolis pueden asignarle un papel dirigente en la revolución y que la organización económica y política y la educación política de la clase obrera y de los elementos semiproletarios son los únicos que pueden aumentar la amplitud revolucionaria del combate contra el imperialismo." (28)

La fusión de los intereses de la lucha antimperialista y la lucha de clases llevaban, por una parte, al reconocimiento de la pluralidad de fuerzas que debían participar unidas en la lucha - contra el imperialismo, por la modernización del capitalismo en las semicolonias; por otra parte, a la diferenciación de la fuerza propiamente comunista, que se suponía madura para dirigir el - movimiento popular e imprimirle un sello democrático revolucionario particular respecto a la burguesía y otros sectores nacionalistas. La consigna del "frente único antimperialista" tenía como objetivos centrales "desenmascarar las vacilaciones y la incertidumbre de los diversos grupos del nacionalismo burgués." (29), - así como desarrollar la "voluntad revolucionaria y el esclarecimiento de la conciencia de clase de los trabajadores..." (30)

La realización de esta consigna suponía la falta de desarrollo capitalista pleno en las semicolonias. De esta situación derivaba la dificultad de conformación de un partido obrero revolucionario que pudiera enfrentar las tareas del movimiento de liberación nacional desde una perspectiva de clase, como había ocurrido, por ejemplo, en la revolución rusa de 1905.

El órgano de transición a la formación de un partido revolucionario, el frente único antimperialista, que la IC concebía, --- obligaba a la aceptación de una unidad orgánica con fuerzas no --- obreras para la realización de sus objetivos. La independencia política de la clase obrera parecía un objetivo problemático, en la medida en que los cauces para su realización -la formación de un - partido comunista, por ejemplo- quedaban mezclados y confundidos - por la tarea general de la lucha por la unidad política de la nación, en la que forzosamente debía tener una participación destacada la

burguesía.

Es evidente que en el transcurso de unos cuantos años (los que van del Segundo al Cuarto Congreso, para ser más exactos), no podía haberse modificado la situación de los países coloniales y semicoloniales en que la IC percibía como fuerzas impulsoras de la revolución únicamente a los sectores medios y como base de masas, a los campesinos.

Por lo demás, el análisis genérico de la situación de colonias y ex colonias llevaba a una mayor confusión, si se toman en cuenta situaciones tan diversas en el mismo período como la china y la hindú, ambas habiendo servido de base para los análisis de la IC. No había comparación posible tampoco entre estas situaciones y la de algunos países latinoamericanos o africanos en los que no había todavía un grado de desarrollo capitalista que hiciera posible, aún con limitaciones, la presencia independiente de la clase obrera como sustento de la lucha por la liberación nacional. Las diferencias y confusiones políticas aparecerían claramente con la formación de los distintos frentes antimperialistas en colonias y ex colonias.

E. Marxismo-leninismo y antimperialismo en el Quinto Congreso

La muerte de Lenin, que se produjo unos cuantos meses antes de la realización del V Congreso de la IC, apresuró las reflexiones críticas de sus dirigentes sobre la táctica aprobada en los dos congresos anteriores. En ausencia del dirigente revolucionario, la definición y aprobación de orientaciones políticas atinadas no parecían tareas fáciles. Ninguna iniciativa contaba con el

consenso general; resurgía la heterogeneidad política e ideológica, y ello dificultaba la planeación de una política única y unitaria en todos los frentes donde actuaba la IC. La libertad y discusión polémica anterior aparecían ahora como riesgos de quiebre ideológico.

La respuesta del Comité Ejecutivo fue drástica. El único punto de referencia estable, y que debía ser desde ahora considerado como "barómetro" revolucionario, era el propio pensamiento de Lenin. Este constituiría, junto con la aplicación internacional de la experiencia bolchevique a todas las acciones revolucionarias - comunistas en el mundo, el sustento de una nueva teoría y práctica políticas: el leninismo, la teoría por excelencia de la revolución proletaria.

"En la persona de Lenin, representante por excelencia de la ortodoxia marxista, continuador de la teoría y la práctica de Marx, la Internacional Comunista y todos los partidos comunistas poseen un barómetro absolutamente seguro contra toda desviación de derecha o de izquierda, de teoría o de práctica. Únicamente el leninismo, concebido por Lenin y sus colaboradores -la vieja guardia bolchevique- como la teoría de la revolución proletaria, puede reemplazar a Lenin. La muerte de Lenin debe incitar a todas las secciones de la Internacional Comunista, como ya al Partido Comunista Ruso, a redoblar los esfuerzos para propagar el marxismo leninismo en superficie y en profundidad. Como consecuencia de la debilidad ideológica de los partidos y de su pobreza de cuadros, esta tarea recae sobre la Internacional Comunista. Frente al seudomaxismo de la II Internacional, el leninismo, este renacimiento del marxismo revolucionario, no contiene una sola proposición que no posea su importancia práctica en las luchas revolucionarias, cotidianas, del proletariado. De ahí se deriva para la Internacional Comunista una misión de primera importancia y de suma urgencia: propagar sin descanso esta enseñanza y adoptar todas las medidas de organización apropiadas para asegurar la propaganda." (31)

La apreciación básica que transmite en estas líneas el Comité Ejecutivo de la IC se refiere a la incapacidad política de otras organizaciones revolucionarias en el mundo para asimilar ade

cuadamente las enseñanzas de la experiencia bolchevique. Su debilidad, o falta de iniciativa, deben ser compensadas con la fuerza del pensamiento de Lenin y, consecuentemente, con la aplicación de su política.

Estas consideraciones pueden parecer abstractas, e incluso extrañas para un lector que se inicie en el estudio de la política de la IC. Pero lo son mucho menos cuando se les ubica en el contexto de la amarga reflexión sobre la derrota política de la táctica de frente único adoptada en su IV Congreso.

En su intervención inicial, Zinoviev -presidente de la IC- se refería de la siguiente manera a dicha táctica:

"La historia se burló de esa consigna, cosa que, por lo demás, suele ocurrirles a todas las consignas. Comprendíamos la táctica del frente único como una táctica revolucionaria en un período de aminoración de la revolución. Pero hubo en nuestras filas camaradas que hicieron de ella una táctica de evolución, una táctica de -- oportunismo. Era una maniobra estratégica, pero algunos camaradas vieron en ella una política de alianza -- con la socialdemocracia, una coalición de 'todos los partidos obreros'..." (32)

A Zinoviev le parecía evidente que los errores derivados de la aplicación acrítica de la táctica de frente único se explicaban por la ineficacia de los partidos europeos, y no por las ambigüedades o equivocaciones de la propia IC. La incompreensión de la política revolucionaria había llevado a buena parte de estos partidos a una política llamada oportunista, de la que la IC no podía hacerse responsable. En toda la argumentación sobre las desviaciones de izquierda o de derecha de dichos partidos (33) no hay una sola línea que haga referencia a la imposibilidad de asumir -sin riesgos- en una sola política todos los problemas que presentaba la situación internacional.

La conclusión, entonces, era muy distinta: lo que faltaba en los partidos comunistas europeos era precisamente una aplicación más intensiva de la política bolchevique, ahora denominada leninista. Era necesario, en esta perspectiva, reclamar de los partidos la aplicación de una política única más rígida aún, que dificultara o imposibilitara las divisiones en el seno del movimiento comunista internacional y, particularmente, las desviaciones en la realización de sus políticas. La propuesta de "bolchevización de los partidos comunistas" tenía por objeto cerrar filas entre los comunistas del mundo. No dar cabida en el interior de las organizaciones a planteamientos teóricos o políticos alejados o críticos respecto a la política oficial dictaminada por la IC.

"Por bolchevización entendemos el hecho de que los partidos deben asimilar lo general, lo internacional que hay en el bolchevismo. Por bolchevización de los partidos entendemos un odio intransigente para con la burguesía y la traición de los jefes socialdemócratas, así como la inadmisibilidad de cualquier maniobra estratégica en la lucha contra el enemigo. La bolchevización es la voluntad irreductible de luchar por la hegemonía del proletariado. La bolchevización es la formación de una organización centralizada, monolítica, fuertemente coherente y dispuesta a desembarazarse fraternalmente y en amistad de toda desinteligencia dentro de sus propias filas, como lo enseña Lenin. La bolchevización es el marxismo en acción, es la consagración a la idea de la dictadura del proletariado y el leninismo."(34)

La unidad del movimiento comunista internacional no podría darse, en adelante, sino por el estricto cumplimiento de las normas políticas y organizativas dictadas a partir de la única experiencia socialista triunfante en el mundo. Con ello, y a pesar de las advertencias de Lenin -y, supuestamente, de la conciencia de la dirección de la IC al respecto- la revolución bolchevique se constituía en el modelo único de la revolución mundial, en el pará

metro de las experiencias revolucionarias y en la explicación de toda derrota provocada por el alejamiento de sus orientaciones.

La nueva etapa llevaría a una reorganización general de los partidos comunistas en el mundo, pero también a una crítica soterrada de la política adoptada por Lenin en la dirección de la revolución bolchevique. La estabilización del capitalismo mundial, así como la derrota de la oleada revolucionaria de la posguerra resultaban, paradójicamente, en la rigidización y estancamiento de la política comunista internacional. La bolchevización de los partidos ordenada por la IC, llevaría al aislamiento y a un reflujo obligado de la mayoría de las organizaciones que acataron esta disposición.

La falta de un análisis riguroso y crítico de la situación europea, así como de una autocrítica revolucionaria en relación con la derrota sufrida por los partidos comunistas europeos era evidente. La IC no había avanzado un ápice en su planteamiento anterior: el enfrentamiento cerrado de dos polos de la política internacional; de una parte, la socialdemocracia traidora, aliada a los gobiernos burgueses en los países imperialistas; de otra parte, la lucha por la liberación nacional de los países oprimidos por el imperialismo, y las fuerzas revolucionarias del mundo, particularmente las agrupadas por la IC, y dirigidas por el partido bolchevique. El eje de esta política estaba constituido, otra vez, por el fortalecimiento del frente único antimperialista en los países semicoloniales ya planteado en el Segundo y Cuarto Congreso. Curiosamente, la falta de elementos para juzgar la actuación política verdadera de los comunistas en los países oprimidos impedía un juicio crítico, o la modificación de las orientaciones

dictadas en el período anterior. La política de frente único antimperialista, con diversas modalidades, se convertiría en elemento estable de la política de la IC en sus años siguientes. Nuevamente, el foco de atención de la IC pasaba a la esperanza no frustrada de que la lucha antimperialista, es decir, la derrota del imperialismo mundial, se iniciara en otro sitio que no fuera los países centrales. El informe de Manuilski sobre la cuestión nacional y colonial se refería a la necesidad de que los partidos comunistas europeos reconocieran la cuestión nacional en las colonias como parte esencial de su propia lucha política por derrocar al poder burgués.

En todo caso, para 1924, era evidente que la revolución europea, que había de servir de apoyo y consolidación a la revolución rusa, no estaba ni remotamente próxima. Ello, y las dificultades internas surgidas en la dirección bolchevique con la ausencia de Lenin suscitaron una áspera polémica que se conoce con el nombre de "La lucha por el socialismo en un solo país". En realidad, las tres posiciones políticas que se discutieron internacionalmente y de las que la expresión alude sólo a la que sería hegemónica en la dirección bolchevique, son, de manera sintética, las siguientes: por una parte, Zinoviev, Kaménev y Bujarin sostenían que la URSS debía avanzar por el camino trazado por Lenin con la Nueva Política Económica, y que básicamente referían a un desarrollo lento y gradual del proceso de lucha de clases interno, que diera lugar a la consolidación del socialismo; en el otro extremo, Trostky planteaba que, mientras no se llevara a cabo la revolución socialista en los países avanzados, la revolución rusa estaría incompleta, y que sería ilegítimo hablar de una verdadera revolución

socialista, por las condiciones de atraso aún prevalecientes en esa sociedad; proponía, por tanto, seguir impulsando la revolución internacional y ocupar las fuerzas centrales de la revolución rusa en ello; finalmente, Stalin planteaba que era urgente, dada la derrota de la revolución socialista en Europa, consolidar el socialismo en el único país en que había sido efectivamente un triunfo, que la URSS no podía esperar ni depender de la revolución mundial, y que debía acelerar sus transformaciones para defenderse de las constantes agresiones del imperialismo. La polémica sobre el camino del socialismo ruso se desarrollaría álgidamente entre los años de 1924 y 1926. El reforzamiento de la dirección de Stalin en el partido y la república socialista de los soviets determinarían el tránsito, en los años siguientes, a lo que se llamó el gran viraje y que significó, por una parte, el fin de la polémica iniciada y la eliminación de las divergencias al interior de la dirección del PCUS, y, por otra parte, el paso a la industrialización acelerada y forzosa en la URSS.

La polarización de las concepciones de la IC correspondía, en estos años una vez más, por tanto, a las condiciones de lucha política soviética y sus resoluciones al grado de su evolución.

F. *El Sexto Congreso: Capitalismo de Estado en Europa y Revolución Antimperialista en las Colonias*

La acentuación de las condiciones señaladas en la situación internacional llevó a la dirección de la IC a hacer un serio replanteamiento sobre el tema de la estabilización del capitalismo en el Sexto Congreso, realizado en 1928, bajo la presidencia de Bujarin (que sería destituido al año siguiente de su cargo, al --

igual que lo había sido Zinoviev, poco después del V. Congreso). En este Congreso se intenta por primera vez una conceptualización de la evolución del Estado en los países capitalistas centrales, de su nuevo papel en la acumulación capitalista, y en la dirección política de las masas; el avance del fascismo en algunos de los países más importantes de Europa añadía una nota de dramatismo a la estabilización capitalista, y recrudecía el bloqueo a las fuerzas revolucionarias. Esto explica, en gran medida, que se diera paso a un análisis amplio de la situación de la lucha de clases en las colonias y, con ello, a una adecuación de la estrategia de la IC a las diversas situaciones enfrentadas. Es en esta ocasión que se introduce un reconocimiento a la acción de los comunistas latinoamericanos, y se plantean, luego de un extenso informe, las orientaciones específicas para su acción, de acuerdo con los lineamientos establecidos por la IC. La importancia de este informe, y su influencia en la definición de una política en los partidos comunistas latinoamericanos, nos obliga a detenernos en esta explicación.

De acuerdo con el informe presentado por Humbert Droz, el elemento central de la situación colonial, reside en la subordinación de la fuerza de trabajo de los países coloniales a la acumulación de capital en las potencias imperialistas. La trabazón internacional de las relaciones de producción entre unos y otros impide en los primeros un desarrollo autónomo y favorece en los segundos el sostenimiento de una alta tasa de ganancia. "Las formas coloniales de explotación capitalista... *traban*, de esta manera, el desarrollo de las fuerzas productivas en las colonias." (35) La explicación del carácter clasista de dicha dominación queda com-

pletada de la siguiente manera:

"El régimen colonial imperialista es un monopolio de la burguesía del país imperialista en el respectivo país dependiente, que no descansa sólo en la presión económica, sino también en la coerción extraeconómica, y, por cierto, un monopolio que cumple dos funciones principales; por un lado, sirve a la explotación inescrupulosa de las colonias (diferentes formas de tributo directo e indirecto, superganancias en relación con la venta de las propias mercancías industriales, con el suministro de materias primas baratas para la propia industria, -- con el aprovechamiento de la muy barata fuerza de trabajo, etcétera); por otra parte, el monopolio imperialista sirve al mantenimiento y desarrollo de las condiciones de su propia existencia, vale decir cumple la función de esclavizar a las masas en las colonias." (36)

La explotación imperialista en las colonias descansa en la combinación de formas de producción precapitalistas -- que tienen -- la función de abaratar la fuerza de trabajo y someter a la población a la mayor opresión social y política -- con núcleos de producción capitalista, vinculados a la exportación de materias primas -- al exterior y encargados de la reproducción capitalista. Dicha reproducción está evidentemente limitada por la falta de una inversión productiva capitalista en las colonias destinada a la industrialización. El derroche de las ganancias de los propietarios exportadores, y la formación de un sector de capitalismo usurario impiden la expansión capitalista industrial.

Sin embargo, la existencia de un excedente económico da lugar a la formación de una pequeña industria nacional que, aún siendo dependiente del proceso de exportación, constituye en germen -- una contradicción con los sectores dominantes de la burguesía exportadora,

"El predominio del capital comercial y usurario en las circunstancias específicas de la economía de las colonias retarda el crecimiento del capital industrial. -- En la lucha por el mercado interno, el capital nacional siempre vuelve a chocar con la competencia del capital extranjero importado en el mismo país colonial --

y con el efecto frenador de las relaciones precapitalistas en la aldea. A pesar de estos obstáculos, en algunas ramas de la producción surge una gran industria local (preponderantemente liviana). Surgen y se desarrollan capital nacional y bancos nacionales.

Los lastimosos intentos de efectuar la reforma agraria sin perjuicios para el régimen colonial persiguen el fin de efectuar la lenta transformación del propietario semifeudal en terrateniente capitalista, y en ciertos casos el objetivo es la formación de una delgada capa de kulaks. En la práctica, esto sólo lleva a una pauperización cada vez mayor de la abrumadora mayoría de los campesinos, cosa que paraliza de nuevo el desarrollo del mercado interno. Sobre el trasfondo de estos procesos económicos llenos de contradicciones, se desarrollan las más importantes fuerzas sociales de los movimientos coloniales." (37)

La situación social define como objetivos de la transformación revolucionaria aquéllos concebidos en el marco de la revolución democrática burguesa. Se trata del paso de una forma de capitalismo atrasado, con fuertes resabios precapitalistas, al moderno capitalismo industrial, en que predomine la presencia de la clase obrera en la realización de las tareas del desarrollo.

"En el movimiento revolucionario de estos países se trata de la revolución democrática burguesa, vale decir, de la etapa de preparación de los presupuestos de la dictadura proletaria y de la revolución socialista. Conforme a ello, se pueden establecer como tareas fundamentales generales de las revoluciones democrática burguesas en los países coloniales y semicoloniales las siguientes: - A) Modificación de la relación de fuerzas en favor del proletariado; liberación del país del yugo del imperialismo (nacionalización de las concesiones, ferrocarriles, bancos y similares extranjeros) e instauración de la unidad nacional del país allí donde aún no se haya logrado esa unidad; destitución del poder de las clases explotadoras, a cuyas espaldas está el imperialismo; organización y creación de un ejército rojo, erección de la dictadura del proletariado y el campesinado, fortalecimiento de la hegemonía del proletariado; B) Ejecución de la revolución agraria, liberación de los campesinos de todas las formas precapitalistas y coloniales de explotación y esclavización; nacionalización del subsuelo; medidas radicales para aliviar la situación del campesinado con el fin de instaurar una alianza económica y política lo más estrecha posible entre la ciudad y el campo;

C)...Ampliación de las organizaciones sindicales de la clase obrera, jornada sindical de ocho horas, fortalecimiento del partido comunista...;

D) Igualdad de derechos de las naciones y sexos..., separación del Estado y de la Iglesia y levantamiento de las barreras de casta; esclarecimiento político y elevación del nivel cultural general de las masas de la ciudad y el campo, etc."(38)

El programa revolucionario democrático-burgués supone la presencia de un sujeto revolucionario, en principio, la burguesía, capaz de asumir la dirección política del conjunto del movimiento, y hegemonizar la realización de sus tareas. Sin embargo, la propia IC reconoce que:

"La lucha nacional de liberación comenzada en América Latina contra el imperialismo de los Estados Unidos se lleva a cabo, en su mayor parte, bajo la dirección de la pequeña burguesía. La burguesía nacional, que forma una delgada capa de la población (exceptuando Argentina, Brasil y Chile) está vinculada por un lado a la gran propiedad rural y por el otro al capital de los EU, se ubica en el campo de la contrarrevolución."(39)

La realización de la revolución demoburguesa debía concentrarse, en ausencia de la clase que naturalmente debiera impulsarla, en la dirección política de la pequeña burguesía. Esta condición tendría una gran importancia en la orientación de la lucha revolucionaria en los países coloniales y semicoloniales, y ocuparía parte central de la polémica al interior de sus organizaciones políticas fundamentales. Sin embargo, no sería estudiada por la IC como problema específico sino hasta mucho después.

Por ahora, lo que interesaba a la IC era llegar a una caracterización general del movimiento de liberación en las colonias, que completaba así:

"La revolución democrático burguesa de las colonias se dis

tingue principalmente de la revolución demoburguesa de un país independiente en el hecho de que está orgánicamente vinculada con la lucha nacional de liberación contra la esclavización por parte de los imperialistas. El factor nacional tiene gran influencia sobre el proceso revolucionario en todas las colonias así como en las semicolonias, donde la esclavización por parte de los imperialistas ya se destaca, sin ningún tapujo, y lleva a las masas populares a la sublevación." (40)

La vinculación de la lucha social democrática con la lucha nacional revolucionaria imprime una característica particular a -- la revolución demoburguesa en estas regiones. De una parte, abre las puertas para una rápida transición del capitalismo al socialismo, si logra determinar el proceso la hegemonía del bloque popular; de otra parte, introduce el riesgo de una lenta transición capitalista, si predomina el elemento nacional burgués en la dirección política de la revolución. El riesgo del predominio del llamado nacional reformismo en los movimientos revolucionarios democráticos debiera aminorarse por la presencia y el apoyo eventuales de la revolución socialista mundial, así como por la reacción imperialista a las amenazas a su dominación.

Nuevamente, el riesgo de una desviación del movimiento comunista en colonias y semicolonias sería supuestamente controlado -- por la situación internacional, que comenzaría a favorecer la lucha antimperialista mundial. La recomendación de construir una dirección independiente de la clase obrera no parecía sustentada en el análisis de la situación que de estos países hacía, sin embargo, la propia Internacional. Pasaremos inmediatamente a estudiar algunas de sus consecuencias en la interpretación y la política de des tacados antimperialistas latinoamericanos.

La búsqueda de elementos que aceleraran la revolución mundial llevó a la IC a múltiples contradicciones en su interpreta---

ción de la realidad de los países subdesarrollados.

La formación de una fuerza revolucionaria ant imperialista - era concebida de manera muy general y, lógicamente daba lugar a - interpretaciones muy diversas tanto en lo que se refería a quién debía dirigirla, como en cuanto a sus objetivos políticos.

La relación asumida entre lucha por la liberación nacional - en las ex-colonias y revolución socialista llevaba a la IC a menos preciar -y tal vez aún minimizar- el papel de la burguesía y sus - capacidades hegemónicas en los países subordinados al imperialismo.

Del mismo modo, había la tendencia a ver en la lucha ant imperialista parte de un programa nacional democrático, aunque no se - formularan más que sus elementos más generales. No nos parece que haya llegado claramente a plantearse aquí el problema nacional como un problema de poder, en el sentido que lo hemos sugerido antes. El ant imperialismo de la IC era, sobre todo, parte de un programa de defensa de la revolución rusa, y debilitamiento de su enemigo, el imperialismo, en la escena internacional. Nuestra impresión -- es que fue ésta la raíz de la ineficacia de la IC para llevar a ca bo sus objetivos revolucionarios propuestos fuera de la URSS.

La influencia que ejerció la Internacional Comunista en la - formación de los partidos comunistas latinoamericanos fue determinante, tanto en lo que se refiere a la fijación de sus objetivos, como a su asimilación de la teoría del socialismo científico y a - su construcción orgánica. El nuestro no puede ser un análisis detallado de estos elementos, pero sí queremos dejar constancia de - ellos para avanzar en el análisis de algunas de las razones que -

dificultaron la "nacionalización" de las fuerzas influidas por la revolución bolchevique en la década que nos preocupa.

En primer lugar, el hecho de que la Internacional Comunista fijara los objetivos de la lucha comunista a nivel mundial llevó a una especie de división del trabajo entre los partidos de los países imperialistas y los de los países subordinados al imperialismo. La IC no concebía la posibilidad de que se realizara en éstos últimos otra revolución que la democrática-burguesa, y para ello el ejemplo mexicano, el chino y el hindú aparecían como pruebas suficientes de lo que ocurría -y debía ocurrir- en el resto de los países. La conceptualización de la revolución democrática no estaba determinada, como en la propia Rusia antes de 1905, por la existencia de una fuerza obrera independiente que hiciera posible su hegemonía en la revolución. La construcción de dicha fuerza era considerada como simultánea, y en algunos casos posterior a la revolución demo-burguesa. Por esta razón, la dirección de la transición al capitalismo debía, en la perspectiva de la IC, quedar en manos de la burguesía o la pequeña burguesía. Con ello se asignaba inevitablemente un papel subordinado a la clase obrera, a pesar de las intenciones manifiestas en contrario. La falta de desarrollo pleno del capitalismo llevaba, por lo demás, a un cierto fatalismo revolucionario, es decir, a la fijación de límites a la lucha revolucionaria comunista de acuerdo con el avance, supuesto o real, de la revolución mundial. El hecho es que -aún - después de la desaparición formal de la IC- la totalidad de los partidos comunistas latinoamericanos mantuvo como su objetivo político central la realización -o como en México la profundización- de la revolución demoburguesa. En el rígido esquema establecido -

la imaginación socialista -es decir- la concepción de la posibilidad del socialismo- estaba excluida. Sólo el movimiento real de la sociedad -en la obra de la revolución cubana de 1959- despertó a las organizaciones de un largo letargo, pero éso ocurriría sólo cincuenta años después de su gestación y luego de un largo camino plagado de represiones y derrotas.

En segundo lugar, la Internacional Comunista influyó poderosamente en la formación de la conciencia socialista y comunista latinoamericana y en la interpretación marxista de la realidad. - Como ya hemos afirmado, la bolchevización de los partidos comunistas implicaba -en primer lugar- la fijación de una sola interpretación del movimiento por el socialismo en el mundo, y ésa era la ordenada y organizada por las propias necesidades de la revolución rusa. La mistificación del proceso revolucionario bolchevique, y el conocimiento exclusivo de las obras de Lenin referidas al período insurreccional impidieron un análisis más amplio, crítico y riguroso de las principales obras del socialismo, aunque favorecieron en cambio la formación de un horizonte estrecho de la sociedad y sus contradicciones en la mente de los militantes comunistas. Esta situación no sólo los alejaba del análisis de la realidad, sino que -pese a su combatividad y decisión de lucha anticapitalista manifiestas- los aislaba frecuentemente de la influencia de masas que teóricamente buscaban. El propio hecho de que la utilización de la hoz y el martillo y el nombre y lema de partido comunista los hiciera automáticamente concebirse dentro de la vanguardia socialista internacional ya es una dramática expresión de ello. Los comunistas se asumían como herederos históricos naturales de las luchas de Marx, Engels y Lenin, y menospreciaban la ac

tividad política de otros sectores socialistas igualmente empeñados en la construcción de una nueva sociedad. Así se trasladaban mecánicamente situaciones y polémicas habidas en Europa entre la primera y segunda guerras mundiales, desnaturalizando la riqueza y el contenido de la realidad de sus respectivos países y la dinámica lucha política y social habida efectivamente en ellos.

En tercer lugar, la Internacional Comunista heredó una organización política igual para todas las épocas y aplicable a todas las condiciones nacionales. Con ello no sólo alteraba el principio político que Lenin mismo había aplicado magistralmente de --- construir una organización adaptada a las necesidades de cada lucha revolucionaria, sino que abortaba las posibilidades de surgimiento de organizaciones de masas que desde diversos ángulos de la sociedad y de acuerdo con las características peculiares de la masa de oprimidos de cada país se planteara la realización de la lucha revolucionaria. En este sentido, la IC estableció un modelo de partido revolucionario que se constituyó en el eje del chovinismo comunista al que nos hemos referido, pero que con frecuencia no pudo estar a la altura de las necesidades de la lucha de masas de su respectivo país. Adaptados para el apoyo incondicional a la revolución rusa, los partidos comunistas no constituían en principio ninguna garantía de capacidad y eficacia revolucionaria en las condiciones para las que en última instancia eran creados.

La existencia de estas limitaciones del movimiento comunista internacional, y en especial en América Latina no impidieron que se forjara una importante fuerza revolucionaria que aprendió también en la acumulación y reconsideración crítica de sus propias experiencias las posibilidades de la lucha revolucionaria en las con

diciones relativamente originales de cada país.

La siguiente parte de nuestro ensayo pretende, justamente, demostrar que en la historia de la lucha socialista latinoamericana, las fuerzas y corrientes involucradas en la formación de un movimiento autónomo de masas, democrático, nacional y socialista se enfrentaron con su propia historia, y no constituyeron -como afirman algunos autores- sólo una alternativa impostada a los problemas de la realidad latinoamericana. La absolutización de este tipo de argumentos, consideramos, impide el análisis crítico y revolucionario, ya que se abandona a la autocompasión o al lamento, y no pone en su justo términos dificultades y logros que permitan esclarecer los hechos y profundizar los objetivos revolucionarios de las experiencias combativas de las masas de la región.

V. PENSAMIENTO Y LUCHA NACIONAL EN LA AMERICA LATINA EN LOS
AÑOS VEINTE: JULIO ANTONIO MELLA, VICTOR RAUL HAYA DE LA TORRE,
JOSE CARLOS MARIATEGUI Y AUGUSTO CESAR SANDINO

El estudio de la cuestión nacional en América Latina ha adolecido, a nuestro juicio, de dos defectos opuestos: el primero es la traslación que algunos pretenden hacer de la problemática europea, y que los lleva a emitir juicios -generalmente adversos- sobre la realidad latinoamericana en virtud de un esquema del deber ser al que ésta debiera ajustarse; el segundo es la afirmación por otros de una originalidad étnica, cultural y política que remite la problemática de la cuestión nacional a la absoluta imposibilidad de comprensión mediante el uso de instrumentos conocidos (teóricos y metodológicos), procurando así una cierta reinvención de la historia nacional y de sus formas de dominación.

Es posible que nosotros nos encontremos en algún punto de la gama de estudios entre los dos extremos que mencionamos. Nuestra intención es recuperar la riqueza y acumulación de conocimientos sobre la cuestión nacional en América Latina y dirigirnos hacia el reconocimiento de las condiciones de la formación del pensamiento nacional de los primeros marxistas latinoamericanos; de alguna manera, la ubicación crítica de las tesis que sobre el poder, el Estado y la nación elaboraron dichos marxistas debe partir del reconocimiento de la historia, la tradición y las luchas nacionales en toda la región, para luego fundirse con la historia el movimiento socialista y comunista mundial. Nuestra preocupación, por tanto, es reinterpretar, a la luz de nuevos elementos, el horizonte revolucionario del pensamiento socialista latinoamericano, para así --

establecer puntos de partida sólidos y avanzados de nuestra conciencia de esta problemática en la actualidad.

A. *Condiciones Sociales de la Formación del Pensamiento Nacional en América Latina*

El primer problema que se nos plantea al hablar de nación en América Latina es, desde luego, cuándo empezar. De una parte, el establecimiento colonial no suponía ni identidad propia ni capacidad autónoma que nos permitieran hablar de naciones latinoamericanas antes de la independencia. América era, con toda precisión, un apéndice de las metrópolis europeas. Esta cuestión, sin embargo, debiera y podría ser revisada, en la perspectiva de la función que América jugó en el proceso de acumulación capitalista mundial y por tanto, en el primer proceso de división internacional del trabajo. Desde esta perspectiva, América tuvo características económicas sociales y aún políticas que la diferenciaron tempranamente del ámbito capitalista internacional: el drenaje de recursos de América a Inglaterra, Bélgica y Holanda -vía España o Portugal, inclusive- determinaba y aún deformaba el desarrollo capitalista de las colonias, pero nunca implicó un "vaciamiento" completo de las sociedades americanas, sino más bien la conformación lenta y compleja de formas de organización y acumulación no presentes en el mismo período de la historia europea.

Así, la formación de verdaderas naciones en América Latina - en el siglo XVIII se veía claramente impedida por el monopolio administrativo y comercial que España ejercía sobre la región, no así por la falta de recursos económicos -condiciones, medios de --

producción y fuerza de trabajo- suficientes para sustentar la autonomía.

A partir de estos elementos, es posible comprender el proceso de independencia latinoamericano como la culminación política de una lucha por la emancipación económica y comercial de los vínculos con España. La coyuntura de la intervención francesa en ese país pavimentó el camino que habían iniciado -por la presión de las colonias- las reformas borbónicas. Los países latinoamericanos nacían a la nueva vida con el vigor de la maduración de las condiciones para la ruptura de la etapa colonial.

La mención de estos elementos no implica la asunción de que en América Latina se hubieran formado naciones antes de la independencia. Siguiendo las tesis de Marx y Lenin, la consolidación nacional implica necesariamente la autonomía política (o autodeterminación) y, por tanto, la organización estatal. Sin embargo, es preciso e importante anotar que antes de la independencia, y sobre todo desde fines del siglo XVII, la mayor parte de los virreinos, capitanías y audiencias establecidas en la región disponían de los elementos materiales y humanos para constituirse en naciones. La nación, la nacionalidad, era entonces un hecho económico presente en la lucha por abrir nuevos horizontes de relación con las metrópolis por parte de españoles y criollos que habían adquirido un posición dominante en estas sociedades con su control de minas, haciendas y plantaciones, así como del comercio y la producción artesanal interior.

B. *El Desarrollo de las Formaciones Sociales: La Unidad Nacional*

La ruptura con España de las colonias latinoamericanas provocó un desconcierto casi total en las sociedades independientes. En primer lugar, no podía admitirse que los españoles heredaran automáticamente la administración y el monopolio comercial de la corona española. Sin el apoyo de ésta, los españoles no contaban tampoco con la autoridad política ni moral para encabezar los gobiernos independientes. La exclusión de los criollos -al fin y al cabo españoles, aunque nacidos en América- del gobierno colonial tendría consecuencias diversas en la independencia: de aquéllos que pretendían transar con los españoles para lograr una repartición más equitativa de los excedentes económicos y de la nueva política comercial, conservando la estructura social colonial, a quienes comprendían la imposibilidad del mantenimiento del sistema y convocaron a las masas oprimidas por él a la expulsión de los españoles - para la implantación de nuevas formas de gobierno y vida social. - Entre éstos los había quienes estaban dispuestos a encabezar un movimiento de masas con reivindicaciones igualitarias, y quienes consideraban que las nuevas sociedades no habían madurado para la democracia y requerían un grado y un tiempo de disciplina que les permitiera autoeducarse para la libertad. El hecho es que la nueva dominación no podía ser consecuencia natural de la anterior. La lucha por el establecimiento de formas de organización social y política adaptadas a las nuevas condiciones sería un elemento determinante en el período de guerra civil que, en casi todos los países independientes, siguió a la disolución formal de la situación colonial.

Y es preciso aclarar que, si todo estaba en discusión, lo --

central nunca dejó de ser la apropiación de los beneficios económicos de la producción minera y su aparato comercial, y la reorganización de la propiedad agraria y de la fuerza de trabajo, y - que serían éstos los sustentos del poder político de las nuevas - sociedades.

En esta lucha, la participación de las masas estaba determinada, de una parte, por las propias condiciones de enfrentamiento de los grupos que aspiraban a ejercer la nueva dominación, y de - otra, por las formas de opresión a que había dado lugar la etapa colonial. Un tercer elemento, no menos importante, fue consecuencia de la desorganización del sistema de rígidos controles de esa etapa, y que dio lugar a la formación de bandas de desarraigados que eventualmente se ponía al servicio de alguna de las facciones en pugna. Como lo señala brillantemente Tulio Halperin Donghi, éste fue el origen de la mayoría de los ejércitos latinoamericanos, que durante largos períodos no eran más que grupos mercenarios a las órdenes de los potentados locales.

La violencia y la duración de las luchas postindependentistas no puede comprenderse, sin embargo, si no incorporamos a nuestro análisis el que la formación de una nueva dominación implicaba formas inéditas de subordinación de la fuerza de trabajo, toda vez que las formas de trabajo forzado habían probado su ineficacia y carácter destructor durante la colonia. La resistencia masiva a la opresión había llevado al poder a verdaderas guerras de exterminio de la población durante los tres siglos de dominación colonial, pero la tarea había sido indudablemente completada por la - inexistencia de condiciones mínimas de reproducción de gran parte de la fuerza de trabajo que, atacada por el hambre, la miseria y

las enfermedades, había sucumbido al despotismo español.

En las nuevas condiciones, la guerra de los sectores dominantes no podía limitarse a combatir unos contra otros, sino que implicaba el establecimiento de nuevas formas de relación social que, en casi todos los países, fue resultado de la expropiación de las comunidades indígenas y la destrucción de las formas de propiedad y producción que estorbaran al eje central de la acumulación: la producción para la exportación.

La reorganización de las sociedades independientes corría paralela a la reorganización de la relación con las metrópolis. La destrucción del monopolio español había sido iniciada cuando menos un siglo atrás por la intervención del comercio inglés por la vía del contrabando y la piratería. Inglaterra había sido un elemento de apoyo económico y militar en la independencia. Era previsible, por tanto, que su primer objetivo en la era independiente fuera el apoderamiento del comercio con los nuevos países, pero ello derivó en las primeras décadas del siglo pasado en el control del conjunto del circuito comercial, lo que significaba mantener establecimientos en los centros más importantes de la región. A mediados de siglo se inició en prácticamente toda América Latina la inversión masiva de capitales extranjeros (fundamentalmente ingleses) en la construcción de ferrocarriles, lo que condujo a un crecimiento urbano no menos importante. La existencia de nuevas vías de comunicación fue un elemento central en la reorganización del sistema de producción en la región, sobre todo en cuanto implicó una expansión de la producción agraria a límites insospechados en la etapa anterior. Asimismo, el acortamiento de distancias favoreció la nacionalización del sistema político: en todo el período, el recono-

cimiento de las grandes potencias a los gobiernos nacionales se expresó en el otorgamiento de préstamos que, desde luego, constituían una clave de la centralización y estabilización del poder estatal. Las consecuencias de dicha política podían apreciarse claramente a finales del siglo, en el establecimiento de lo que se dió en llamar el poder oligárquico en todos los países de América Latina.

Hablar de nacionalización del sistema político es, en este caso, polémico y riesgoso. Es un hecho estudiado por múltiples autores que el proceso de acumulación capitalista en la región no implicó la homogeneización de la vida económica y social a la manera en que ocurrió en Europa. Las características de la producción para la exportación (agraria o minera): establecimiento de regiones de producción vinculadas prioritariamente al exterior, subordinación o abandono de procesos de producción no directamente ligados a la subsistencia de las zonas de exportación, falta de capacidad estatal para unificar y centralizar la vida política y económica nacional, etc; todos estos elementos se esgrimen con frecuencia para plantear la no existencia de un poder nacional o de una plena nacionalización del poder. Desde luego, no es posible aquí dejar de considerar diferencias tan importantes como las que resultaban de la mayor o menor disposición de recursos naturales, el grado de subordinación efectiva de la fuerza de trabajo al proceso de producción, la presencia de una resistencia masiva organizada o espontánea, la capacidad económica y política de los agrominero-exportadores, su grado de unificación o dispersión y, consecuentemente, la del Estado, la centralidad del poder y su alcance nacional, la extensión y características del territorio y -

otros elementos como el interés geopolítico del país para los intereses extranjeros y la importancia de los recursos invertidos en cada caso. La combinación de los dos tipos de elementos puede explicar la velocidad y dificultades específicas del proceso de nacionalización, pero en todos los casos, éste supone la formación de una dirección política que tiene su expresión en el Estado, y la determinación de la misma por los elementos constitutivos de su fase económica: la presencia del capital extranjero y la de la fuerza de trabajo. El margen que deje la mediación entre estas dos fuerzas será el espacio para el ejercicio de su hegemonía. No podemos, por tanto, no hablar de un proceso de nacionalización social, económico y político, aunque éste tenga las limitaciones ya expuestas. Ellas serán percibidas por todas las fuerzas sociales, políticas y culturales de la historia contemporánea de la región, aunque, obviamente, en perspectivas muy variadas y aún antagónicas. Es, justamente, el horizonte de visibilidad de cada una de las fuerzas organizadas lo que puede explicarnos su inserción y grado de influencia en la formación nacional.

C. El Pensamiento Nacional y Latinoamericano en la Etapa Post-Independentista

Apenas si existe una memoria de la extensión del movimiento de masas contra el absolutismo español en América Latina antes de la independencia. No se trata, desde luego, de un testimonio escrito por algunos de sus miembros o sus dirigentes. Persiste en el recuerdo de cronistas con cierta vaguedad e, indudablemente mistificado: los nombres de Tupac Amaru y Jacinto Canek se confunden en un mar de rebeliones aplastadas en sangre. No es directamente de ellas -

que surge el pensamiento que conocemos como promotor e impulsor de la ruptura con España.

Los independentistas del siglo dieciocho sufrían casi todos el desconcierto de que hablamos frente a la independencia: la exigencia de quiebre del monopolio administrativo y comercial y la incertidumbre frente al futuro político.

Criollos casi todos, avanzaron lentamente de la exigencia de igualdad política y comercial con España a la insurrección frente a los restos del imperio español. La conciencia de la propia identidad se formó tardíamente al influjo de los acontecimientos. El recorrido fue largo e intenso: mientras que la revolución de independencia haitiana se consolidaba en la dirección de Toussaint L'Ouverture en 1803 bajo la potente influencia y protección de los jacobinos franceses, la guerra de independencia mexicana enfrentó desde sus inicios al sólido conservadurismo instalado en el poder con un movimiento libertario de masas al que Hidalgo y Morelos dirigían con el estandarte de la Virgen de Guadalupe, el grito de "Mueran los Gachupines!" y la promesa de la restitución de derechos a las comunidades indígenas. En éstos, indudablemente los movimientos de masas más importantes del período independentista, las reivindicaciones sociales de la masa indígena y negra se fundieron con la exigencia de autonomía.

Toussaint fue derrocado y murió en el exilio; Hidalgo y Morelos fueron juzgados y condenados por la Inquisición; fusilados y sus cabezas expuestas en la Alhóndiga de Granaditas de Guanajuato, donde se iniciara la rebelión. Su derrota era, en el fondo, resultado del terror de los nuevos sectores dominantes de que trescientos años de opresión pudieran dar lugar a la destrucción

de los propios fundamentos de la dominación. La respuesta de la dirección política contrainsurgente se produjo con tal claridad y fuerza, que el movimiento que inició Toussaint fue terminado -- por el dictador Dessalines, y el que iniciaron Hidalgo y Morelos fue culminado con gran pompa por el "emperador" Iturbide: paradójica carrera de relevos en que lo social es oculto por lo nacional y lo nacional es mostrado como la única reivindicación posible de la insurgencia independentista.

El caso de Bolívar, O'Higgins y San Martín es, indudablemente más complejo. En su guerra estaba en juego no solamente la independencia de España sino la conquista y organización de grandes territorios no tocados por el dominio español. Las tres grandes zonas mineras del Sur, Perú, Bolivia y Chile debían tener una salida portuaria hacia Europa: el camino del Pacífico al Atlántico era, naturalmente, el de la unidad latinoamericana y el ambicioso proyecto no podía tener otro al frente que a un experto estratega militar. La guerra bolivariana tenía tres objetivos claramente establecidos: la independencia de España, la formación de una unidad político-militar de los países latinoamericanos, y la apertura de nuevas relaciones económico-comerciales con Inglaterra. Bolívar afirma en sus escritos que América Latina no está lista para la democracia y que debe pasar por un período de reeducación -- que la instruya en la libertad: las tareas impuestas a los independentistas son, entonces, más o menos arduas: la educación y disciplina de las masas americanas en la nueva organización social, la reorganización de la propiedad, es decir, el establecimiento de las nuevas bases para la dominación, y, consecuentemente, la incorporación de la región al mercado mundial a partir de

una repartición más equitativa de los beneficios entre los capitalistas europeos y los grandes propietarios de minas y tierras en América Latina.

En la concepción bolivariana, las masas se incorporan a la guerra independentista como soldados al servicio del ejército libertador. No tienen expresión propia y sus reivindicaciones no pueden ser otras que las que expresa la dirección política del movimiento. No se trata, evidentemente, de una introducción a la política como actores, sino como instrumentos de la acción bélica unificadora. La base de los ejércitos independentistas del cono sur la daban ex esclavos, ex campesinos y otros desarraigados de la organización colonial. No constituían una masa con ideas propias y estaban sometidos a la disposición de sus mandos. Por esta razón, el proyecto de unidad latinoamericana concebido por Bolívar era presa de una inestabilidad fundamental: la que subordinaba la unidad a los intereses de los grandes propietarios y de los comerciantes e inversionistas ingleses. Las vicisitudes de la unificación y su final derrota sería indudablemente producto de esta contradicción fundamental.

La derrota y exclusión de las masas en el movimiento independentista latinoamericano fue producto de una lucha de más de sesenta años a lo largo y ancho del continente americano. La estabilización de las nuevas formas de desarrollo capitalista habría de realizarse a sangre y fuego, y no es infrecuente encontrar la afirmación de que la unidad nacional en las sociedades latinoamericanas se llevó a cabo por medios político-militares y no económicos, lo cual es cierto sólo si no se toman en cuenta los antecedentes y los objetivos de la lucha unificadora que ya hemos men--

cionado.

La sucesión de gobiernos conservadores y liberales, apoyados unos y otros por las finanzas y los ejércitos extranjeros, no puede explicarse sin el conocimiento de la cancelación al llamado a las masas como sustento de los movimientos políticos nacionales. El costo de la democratización de la región era, a los ojos de los nuevos potentados, demasiado alto para la reproducción del sistema capitalista. Si las reivindicaciones nacionales habían nacido de la mano de las exigencias sociales, ello significaba que no podía apelarse a una ni a las otras para conseguir la derrota de los enemigos, cualquiera que éstos fueran. La nueva clase dominante renunciaba a ejercer su hegemonía para mantener su dominación.

El fin del siglo daría un vuelco a esta situación en la guerra de independencia cubana, la última del siglo pasado, y la primera revolución de nuestro siglo. La formación del Partido Revolucionario Cubano bajo la dirección de José Martí sería un fenómeno inédito en el continente, tanto por su carácter de masas como por la formulación de sus objetivos nacionales.

"Art.1o El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr con los esfuerzos reunidos de todos los -- hombres de buena voluntad, la independencia absoluta -- de la isla de Cuba, y auxiliar y fomentar la de Puerto Rico.

Art.2o El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto precipitar inconsiderablemente la guerra en Cuba, ni lanzar a toda costa al país a un movimiento mal dispuesto y discordante, sino ordenar, de acuerdo con -- cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve, encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla.

Art.3o El Partido Revolucionario Cubano reunirá los -- elementos de revolución hoy existentes y allegará, sin compromisos inmorales con pueblo u hombre alguno, cuantos elementos nuevos pueda, a fin de fundar en Cuba -- por una guerra de espíritu y métodos republicanos, una nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos

y de cumplir, en la vida histórica del Continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala."(1)

Con Martí vuelven a fusionarse en el continente americano - los objetivos nacionales y los objetivos democráticos de la lucha de masas que habían sido característicos del primer período independentista -y aplastados por la propia clase dominante- aunque - en un plano superior: la lucha nacional no estaba concebida solamente como ruptura de lazos administrativos con el poder colonial, sino como emancipación verdadera de la dominación económica, política y militar que había subordinado la vida cubana y latinoamericana en su trayecto independiente: de la presencia española e inglesa, a la amenaza norteamericana. Así, la unidad de lo que Martí llama -con otros independentistas- "Nuestra América" debería - estar fundada en el respeto a la autodeterminación política, económica y social de los pueblos, así como en la búsqueda de las raíces sociales y culturales de una identidad común. No primariamente una unidad político militar, sino la unificación de una tradición cultural y social popular.

La lucha martiana no limitaba la participación de las masas, pero tampoco la jerarquizaba: en su movimiento eran tan importantes los empresarios como los obreros agrícolas, siempre y cuando estuvieran ambos dispuestos a construir la soberanía nacional sobre la base del reconocimiento al derecho de asociación y representación de todas las fuerzas nacionales. La visión democrática de Martí es el núcleo de su propuesta de recuperación de Cuba para los cubanos y Latinoamérica para los latinoamericanos. La aplicación de los principios republicanos que él preveía no era ni podía ser ajena a la iniciativa de las masas. Y eso es lo que hace

que la revolución martiana sea al tiempo antimperialista y nacional democrática, solución inédita en el continente americano.

"Un pueblo libre, en el trabajo abierto a todos, enclavado a las bocas del universo rico e industrial, sustituiría sin obstáculo, y con ventajas, después de una guerra inspirada en la más pura abnegación, y mantenida conforme a ella, al pueblo avergonzado donde el bienestar sólo se obtiene a cambio de la complicidad expresa o táctica con la tiranía de los extranjeros menesterosos que lo desangran y corrompen...

...
"Conocer y fijar la realidad; componer un molde natural, la realidad de las ideas que producen o apagan los hechos, y la de los hechos que nacen de las ideas; ordenar la revolución del decoro, del sacrificio y la cultura de modo que no quede el decoro de un solo hombre -- lastimado, ni el sacrificio parezca inútil a un solo cubano, ni la revolución inferior a la cultura del país, no a la extranjera y desautorizada cultura que se enajena el respeto de los hombres viriles por la ineficacia de sus resultados y el contraste lastimoso entre la poquedad real y la arrogancia de sus estériles poseedores, sino al profundo conocimiento de la labor del hombre en el rescate y sostén de su dignidad: éstos son los deberes, y los intentos, de la revolución. Ella se registrará de modo que la guerra pujante y capaz dé pronto casa firme a la nueva república."(2)

Apenas algunos años después, el poderoso impacto de la revolución mexicana de 1910-17 daría un nuevo aliento a la formación de un pensamiento nacional y latinoamericano. Se trataba de la primera guerra contra la fracción oligárquica subordinada a las potencias capitalistas que se desarrollaba en el continente. Se trataba también de la explosión contemporánea de la lucha de las masas campesinas por la restitución de sus derechos a la tierra y la libertad, y de la formación de una nueva burguesía agraria e industrial que pugnaba por la reorganización del sistema capitalista y la redistribución de los beneficios económicos de la acumulación. Muy pronto surgiría la contrainsurgencia burguesa en la revolución, pero el enfrentamiento de la dirección campesina con

el nuevo poder no culminaría en la derrota del primero sino luego de diez años de lucha y la conquista de una reforma agraria, derechos laborales y soberanía nacional en una constitución notablemente más radical de lo que cualquiera de las pretensiones de los primeros revolucionarios burgueses hubiera concebido.

"La propiedad de las tierras y aguas comprendidas dentro de los límites del territorio nacional corresponde originariamente a la Nación, la cual ha tenido y tiene el derecho de transmitir el dominio de ellas a los particulares, constituyendo la propiedad privada.

... La Nación tendrá en todo tiempo el derecho de imponer a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público, así como el de regular el aprovechamiento de los elementos naturales susceptibles de apropiación, para hacer una distribución equitativa de la riqueza pública y para cuidar de su conservación."(3)

La Constitución de 1917 decretaba propiedad nacional los minerales, yacimientos, productos de las rocas, el petróleo y todos los carburos, las aguas de los mares territoriales, lagos, lagunas, esteros y ríos, y otorgaba a los mexicanos por nacimiento o naturalización el derecho para adquirir el dominio de tierras y aguas y la explotación de las minas o combustibles minerales. Asimismo, confirmaba la expropiación de las comunidades religiosas y decretaba la devolución de las tierras indígenas de las comunidades. En su artículo 123 decretaba el derecho al trabajo, la jornada de ocho horas, el establecimiento del salario mínimo y el derecho a la huelga.

La lucha revolucionaria mexicana culminaría con la consolidación de una nueva fracción burguesa en el poder, pero también con el aplastamiento de la participación e iniciativa de las masas. En adelante, (sobre todo a partir del cardenismo, a mediados de los años treinta) la inevitable reforma social debería reali-

zarse en ausencia de las expresiones activas de sus beneficia--- rios. La corriente que inauguraba la revolución mexicana sería la de la introducción de una legislación social que permitiera - tanto la profundización del capitalismo en las nuevas condiciones como la contención de la insurgencia popular. Una vez más, en la visión burguesa, la nación se consumiría preventivamente frente a las masas. A diferencia del programa revolucionario cubano, en - México, la nación sería una conquista de las masas de la que - -- ellas quedarían marginadas.

La guerra de independencia cubana y la revolución mexicana son expresiones de luchas de masas en las nuevas condiciones de - inserción latinoamericana en el capitalismo mundial. La segunda década del siglo estaría dominada en Europa por la guerra mundial y la revolución socialista soviética, como en América Latina por el desplazamiento del capital inglés por el norteamericano. La - expansión del capitalismo norteamericano en América Latina ten--- dría también nuevas modalidades: las que se expresaban en la doctrina del Destino Manifiesto, y que en política y economía se traducían en la inversión del capital norteamericano en las ramas -- centrales de la economía latinoamericana, visiblemente, las orientadas a la exportación y a fortalecer las finanzas estatales. Las nuevas condiciones de la intervención extranjera produjeron un -- impacto tremendo en las sociedades latinoamericanas, lo que indudiblemente explica que la tercera década del siglo estuviera presididada por luchas de diverso carácter y orientación en contra del nuevo papel impuesto a las sociedades latinoamericanas en el proceso de acumulación, organización y dominio del capitalismo norteamericano.

La resistencia masiva a la estrategia de control del subcontinente latinoamericano por el gobierno y las empresas norteamericanos se expresó de formas muy variadas, y con la participación desigual de fuerzas sociales que van de la burguesía al campesinado y la incipiente clase obrera.

Frecuentemente ha tendido a verse en este proceso una importación de tesis ajenas a la realidad latinoamericana, o a la muestra de una inmadurez de las fuerzas sociales involucradas en la lucha nacional. Ambas tesis, consideramos, parten del supuesto semejante de medir nuestra realidad con el parámetro europeo. Sin negar la importancia de los elementos internacionales, trataremos de hacer una nueva lectura de las tesis de algunos de los más destacados protagonistas tomando fundamentalmente en cuenta la propia tradición nacional y latinoamericana a la que nos hemos referido. Tal vez eso nos permita ubicar con mayor precisión y justicia los avances y limitaciones de los primeros movimientos que en este siglo, ya desde una perspectiva popular democrática y socialista se plantearon el problema nacional en América Latina.

D. La lucha nacional, democrática y socialista en los años veinte:

Con este trabajo no pretendemos superar los estudios específicos de los autores que han hecho, con mayores elementos y minuciosidad, numerosos investigadores de la realidad latinoamericana. Aspiramos, más simplemente, a aportar algunos temas en la discusión de lo que nosotros vemos como un movimiento popular, plural y complejo, del que forman parte todos ellos y al que nosotros hemos heredado. Tal vez la acumulación de formas de lucha y

experiencia en la perspectiva nacional que, como hemos visto, no se limita en la historia del socialismo a problemas étnicos o culturales, sino abarca todo lo relativo a la construcción de una hegemonía socialista, nos permita abordar con mayor creatividad y conocimiento nuestros problemas de hoy.

Partimos de que el pensamiento nacional latinoamericano no surge, en este siglo, de la sola traslación de la experiencia europea, o de la incapacidad, teórica o política de los movimientos nacionales latinoamericanos, sino de la experiencia acumulada y la asimilación de formas de lucha de grandes contingentes frecuentemente diversos en su origen y su desarrollo, pero que comparten objetivos democráticos y de lucha por la soberanía nacional. Estos movimientos no son, desde luego, creaciones ajenas al movimiento y la lucha internacional contra el capitalismo en su tiempo, y comparten con él sus virtudes y sus grandes limitaciones. Es justamente ése el sentido que buscamos darle a nuestra recuperación teórica e histórica, de modo que estemos en condiciones de asimilar su experiencia y, posiblemente, superar con nuestro propio movimiento algunas de sus deficiencias.

No somos capaces de rehacer en este ensayo la historia de diez años de lucha latinoamericana ni, seguramente, siquiera de sus momentos más importantes. Hemos elegido, en cambio, reiniciar la polémica con y sobre cuatro autores centrales -teóricos y políticos- del movimiento nacional, democrático y socialista para tratar de encontrar en su obra algunas respuestas a las preguntas que nos hacemos. Ellos son, indudablemente, parte de lo más significativo de la historia del período en nuestro tema, y sus opciones lo bastante plurales como para motivar una profunda reflexión.

1. La experiencia del frente nacional: Víctor Raúl Haya de la Torre 192

La Revolución Mexicana de 1910-17 planteó a América Latina grandes y graves problemas, entre los cuales, la incorporación de las masas al desarrollo económico, social y político de cada país no era de los menores. La forma de desarrollo capitalista anterior había exigido la subordinación o marginación de grandes sectores destinados a reproducir a costos bajísimos la fuerza de trabajo de la agrominero-exportación. La modernización del capitalismo implicaba la expansión de la producción para el exterior, pero también la creación de centros urbanos y una infraestructura industrial que permitiera conformar y abastecer un mercado interno para sustentar las nuevas inversiones. Un grado considerablemente mayor de desarraigo de la fuerza de trabajo era, por tanto, inevitable. La pregunta central era cuál sería el costo político para la incorporación de estas masas a la nueva vida social. Cómo hacer, asimilando la experiencia mexicana, una revolución sin revolución. Y ésta no era una pregunta que se hicieran sólo las clases dominantes. Es claro que, desde cualquier punto de vista, la reanudación de la guerra civil en países que tenían apenas veinte o treinta -- años de precaria estabilidad implicaba el riesgo de un enorme retroceso en términos de la desorganización social, política y económica que acarrearía, y no en todos los países había fuerzas capaces de admitir y tolerar dicho riesgo.

La guerra civil no resolvía tampoco, automáticamente, el problema más complejo que enfrentaban todos los países: la enorme -- heterogeneidad social, cultural y política de la mayoría de las po

blaciones de América Latina. A principios del siglo veinte, la fuerza real o potencial de trabajo estaba constituida por emigrantes artesanos o campesinos europeos, ex esclavos chinos y africanos, indígenas latinoamericanos, campesinos, artesanos y obreros, empleados y profesionistas. Cualquiera que pretendiera formar -- una fuerza capaz de encabezar las transformaciones necesarias se enfrentaba al peligro de la ineficacia política o el aislamiento. No resultaba sencillo, pues, tomar iniciativas donde no aparecían claros puntos de partida en común. Por ello, es muy significativo que buena parte de los futuros dirigentes políticos latinoamericanos se formara en el medio universitario o periodístico, de los poquísimos que podían asimilar la diversidad y alimentarse de ella, aunque con limitaciones. La lucha por la reforma universitaria abrió cauces en muchos países de América Latina para la relación entre estudiantes y movimientos de masas y es de ellas que surge -en por lo menos dos de las experiencias que analizaremos- la iniciativa de recuperar en planos superiores la propia tradición nacional para enfrentar los problemas que planteaba la nueva situación.

Víctor Raúl Haya de la Torre forma parte de una generación de discípulos del gran escritor y periodista Manuel González Prada. Este revolucionó los estudios y el ambiente intelectual peruano al plantear la cuestión del indio como prioritariamente social, y no racial. La reivindicación del indígena -que era la mayoría - del pueblo peruano- como la fuerza nacional fundamental abrió horizontes insospechados para la vida cultural y política de su país. Sus enseñanzas, unidas a las de la revolución mexicana, cuya imagen fue reforzada por la presencia del eminente intelectual José -

Vasconcelos en viaje por toda la región, fructificaron en la formación de la experiencia de la Universidad Popular González Prada, fermento político de lo que sería la Alianza Popular Revolucionaria Americana.

Haya de la Torre concibe inicialmente a su movimiento como la expresión posible de la mayoría de una sociedad consciente de la necesidad de un cambio, pero todavía no madura para realizarlo a plenitud. El movimiento nacional, en su perspectiva, sería necesariamente espontáneo y sólo iría educándose en el transcurso de su propia experiencia. Es por eso que sus objetivos deberían adecuarse solamente a su presente, es decir, a aquella situación de transición en la que las viejas fuerzas sociales conservaban aún su presencia y posición determinante en el escenario latinoamericano. La respuesta de Haya de la Torre se inscribía, pues, con gran agudeza, en la lucha contra las viejas formas burguesas, oligárquicas, pero no se ocupaba claramente de sus propios resultados.

Haya de la Torre preveía una cierta realización por etapas del movimiento nacional latinoamericano: la lucha antimperialista, para la que concebía un frente nacional, la construcción del nuevo Estado nacional y, finalmente, la evolución hacia una sociedad igualitaria, que era el punto más borroso de su prospectiva.

En su afán por romper esquemas preconcebidos y soluciones dogmáticas -que él atribuía a los comunistas- de los problemas latinoamericanos, Haya inventó una curiosa teoría del capitalismo latinoamericano. Afirmaba que, a diferencia del desarrollo clásico europeo, en América Latina el imperialismo no era (como a decir de

Lenin) la "última" sino la primera fase de desarrollo capitalista. El imperialismo, al que situaba vagamente como habiendo intervenido en la etapa postindependentista en la región, había irrumpido en la escena feudal latinoamericana para imponer sus propias condiciones; con ello había deformado el desarrollo natural de la región, al que ésta supuestamente hubiera avanzado por sí sola más lentamente, hasta arribar al capitalismo aún sin la intervención extranjera. En todo caso, la irrupción imperialista había producido dos consecuencias importantes: la primera, prolongar la dominación de los llamados señores feudales, y la segunda, impedir que se produjese la integración nacional como producto de la natural unificación del mercado interno.

Evidentemente, su versión implicaba una lectura simplificada de las tesis marxistas, pero sobre todo, el considerar la imposición de la violencia como un elemento ajeno a la propia realidad latinoamericana; por esta razón no había logrado desarrollarse un proceso de lucha que dieron lugar o pudieran dar lugar a una transición revolucionaria al capitalismo en la región. Su propuesta, entonces, era la de extraer el elemento ajeno al desarrollo natural de la sociedad y reemprender el camino de la transición capitalista con las fuerzas e instrumentos nacionales de que pudiera disponerse. Si la violencia aparecía, entonces, como un hecho ajeno a la historia latinoamericana, su imposición a las masas no podría ser sino otra importación extranjera. Debía prevalecer la unidad entre nacionales: el único enemigo se encontraba en el pasado y en el exterior.

Esta visión estática de la historia y las sociedades latinoamericanas lo llevaba a suponer la existencia de un vacío teórico, político y organizativo en la vida de las masas, a las que só-

lo la educación y la conciencia de su identidad podría elevar al plano de la actividad independiente. Era aquí que se inscribía el proyecto universitario: en este curioso juego conceptual los intelectuales aparecían como productores de la realidad y de su movimiento.

"En los países de retrasado desenvolvimiento económico las clases medias tienen mayor campo de acción. Aliadas o en guerra con las clases latifundistas, las clases medias saben que suyo es el porvenir. Por eso vemos que al producirse la revolución de la Independencia de España - que -- dió el contralor del Estado a los grandes terratenientes nacionales -, las clases medias indoamericanas descubren pronto el camino de la dominación y avanzan hacia los planos de una definida burguesía nacional. Empero, mucho antes que culmine esa total transformación, es detenida por el imperialismo. La conquista de nuestros campos económicos viene de fuera, bajo un sistema ultramoderno y todo poderoso. Al llegar, hiere intereses, plantea irresistible competencia: absorbe, rinde y se impone. Y mientras la penetración imperialista produce en nuestros pueblos un movimiento ascendente de las masas trabajadoras - que pasan de la semiesclavitud y servidumbre o de las formas elementales del trabajo libre a su definición proletaria, las clases medias sufren la primera embestida. Su organismo económico cae bajo el freno imperialista. Pronto lo perciben, y pronto insurge de ellas la reacción y la protesta.

Así puede explicarse económicamente que las primeras admoniciones contra el imperialismo en nuestros países hayan surgido de las clases medias que son también las más cultas. Bajo formas sentimentales y puramente líricas, los precursores de la protesta antimperialista de Indoamérica han sido representativos genuinos de las clases medias. De sus filas aparecen los primeros agitadores y los más decididos y heroicos soldados de las etapas iniciales del antimperialismo."(4)

Esta dramática exposición compendia, además de la autoconciencia de uno de los sectores más desconcertados con la modernización, la inquietud y la exigencia de recuperación de la tradición de lucha nacional, en la perspectiva de arrebatarse a posibles dirigentes de masas advenedizos, provenientes de sectores ajenos o no intensamente afectados por la transición, como lo eran, desde su perspectiva, los obreros. El celo de Haya de la Torre

...rre no se explica solamente por su condición pequeño burguesa. - Es la reivindicación de un movimiento de masas con aspiraciones - nacionales al que no puede enfrentarse con una perspectiva clasista estrecha o excluyente. Los peligros de esa exclusión son, justamente, una nueva subordinación o el estado de guerra permanente. Es por eso que debiéramos entender el reclamo de Haya de la Torre como el de una dirección que intenta asimilar el carácter heterogéneo del movimiento de masas.

Haya de la Torre realiza un análisis detallado de las condiciones de la lucha de masas en América Latina por derrotar la intervención foránea, económica, política y militar, y conquistar el derecho al propio desarrollo. Los objetivos de la lucha no pueden ser otros, en sus términos, que la recuperación de la soberanía nacional.

"Bajo el sistema imperialista, nuestra gran burguesía resulta, pues, una clase 'invisible'. Es la misma -- gran burguesía de poderosos países lejanos y avanzados que actúa sobre nuestros pueblos en forma característica. Ella nos invade con su sistema y al invadirnos, -- no sólo conmueve y transforma nuestra elemental economía de países retrasados, sino que arrolla y cambia totalmente nuestra arquitectura social. Utiliza parte -- de nuestras clases feudal y media y de la incipiente -- burguesía en sus empresas y en la defensa jurídica y -- política de sus conquistas económicas, pero proletariza y empobrece al resto, que es gran mayoría. De ella y de las masas campesinas empieza a formar una nueva -- clase proletaria industrial bajo un sistema moderno de explotación. A medida que penetra más en nuestros países, su influencia se extiende y agudiza. De económica deviene política.

Así es como la lucha contra el imperialismo queda -- planteada en su verdadero carácter de lucha nacional. -- Porque son las mayorías nacionales de nuestros países las que sufren los efectos de la invasión imperialista, en sus clases productoras y medias, con la implantación de formas modernas de explotación industrial."

(5)

El despliegue de las masas en la lucha antimperialista debe

ser aprovechado, en su perspectiva, para introducir elementos de modernización en la propia estructura social, pero ese objetivo - está subordinado a la consecución de la libertad de la nación para definir sus propias formas de organización económica, social, política y cultural. En este punto, tal y como lo plantea Haya de la Torre, la demanda máxima no puede ser otra que la planteada y conquistada por la Revolución Mexicana. Su solución es la única que resuelve el problema de la relación interclasista de modo que no haya ni vencedores ni vencidos.

"Vencido con la dictadura porfiriana el Estado Feudal, representativo de los grandes terratenientes y aliado del imperialismo, el nuevo Estado mexicano no es ni un Estado patriarcal campesino, ni es el Estado burgués, ni es el Estado proletario, exclusivamente. La Revolución Mexicana -revolución social, no socialista- no representa definitivamente la victoria de una sola clase. El triunfo social correspondería, históricamente, a la clase campesina; pero en la Revolución Mexicana aparecen otras clases también favorecidas: la clase obrera y la clase media. El Partido vencedor -partido de espontáneo frente único contra la tiranía feudal y contra el imperialismo -domina en nombre de las clases que representa y que en orden histórico, a la consecución reivindicatoria, son: la clase campesina, la clase obrera y la clase media."(6)

La mistificación de la revolución mexicana no tenía solamente orígenes ideológicos. La derrota del movimiento campesino y la contrarrevolución no eran hechos asimilados ni siquiera por el propio movimiento social de ese país, de modo que menos podían serlo para quienes, como Haya de la Torre, aspiraban a ver en la misma el preludio de la liberación nacional latinoamericana sin más. En todo caso, es evidente que la falta de claridad política y análisis del contenido verdadero de la revolución mexicana constituyó el punto de partida para la distorsión de objetivos de importantes movimientos populares en toda la región. No se trataba

solamente de una malévola intención de sus primeros dirigentes: las condiciones económicas, sociales y políticas que planteaba la lucha antimperialista de aquellos años tendían objetivamente a favorecer la nueva transición capitalista, aunque ésta fuera encabezada por sectores ajenos a los que fundamentalmente serviría. Las limitaciones del propio movimiento antimperialista eran percibidas por Haya de la Torre con gran agudeza, y ello explica que concibiera no la ruptura completa con el capital extranjero, sino su reacomodo para servir a la nueva política nacional. No es objeto de este trabajo hacer el recuento de las consecuencias prácticas de esa posición en la historia latinoamericana, pero evidentemente, ella inauguraba una era de otra forma de subordinación del desarrollo nacional y no, como Haya pretendía, de libertad y soberanía nacional de las masas populares.

La limitación de los objetivos de la lucha social al antimperialismo tenía como resultado el desarrollo de mejores condiciones para la modernización capitalista y, se inscribía por ello en gran medida dentro de la perspectiva de la nueva fracción dominante de la burguesía. El hecho de que las reivindicaciones democráticas de las masas no respondieran a este mismo esquema explica la culminación autoritaria de la experiencia capitalista reformista en todos los países donde se intentara. Era el paso inevitable de la revolución sin revolución.

La propia constitución orgánica del APRA es una expresión de sus alcances políticos. En su formación, el APRA es concebido como un frente pluriclasista, y en él participan hasta los socialistas dirigidos por Mariátegui. En 1927 el APRA se transforma en un partido-frente de masas y es de este nuevo planteamiento que se --

distancian los socialistas, por las razones que detallaremos. En su segunda etapa, el APRA se concibe como un partido continental, -- con secciones en cada uno de los países de América Latina. La -- formulación de un programa general de cinco puntos (Acción contra el imperialismo yanqui, unidad política latinoamericana, nacionali- zación de tierras e industria, internacionalización del Canal de Panamá y solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del - mundo) (7) es suficientemente flexible como para permiti- -- tir la elaboración de programas nacionales que se adapten a las - circunstancias particulares de la lucha de masas en cada país. - El APRA tiene una forma de organización que supone la existencia de una dirección centralizada y la subordinación a esta dirección de amplios frentes de masas en los que participan unidas las dis- tintas clases nacionales, conservando cada una de ellas una rela- tiva autonomía política y organizativa.

"El APRA es un partido de bloque, de alianza. Esto quedó ya demostrado al formularse las bases de su estructura-- ción en los capítulos anteriores. Hemos presentado como caso de semejanza al Partido Popular Nacional Chino, o - Kuo Min Tang originario, que también ha sido un partido ant imperialista de frente único. Recordemos que aún en los países más avanzados económicamente se dan casos de partidos de izquierda que constituyen vastas organizaci- nes de frente único contra el dominio político de la cla se explotadora. El Labour Party inglés es eso. No sólo agrupa a obreros y campesinos; incluye en su frente a un vastísimo sector de clases medias pobres y alfa bajo sus banderas a numerosas agrupaciones y tendencias. Al ejem plo del laborismo inglés podrían agregarse muchos otros casos similares de partidos de izquierda en Francia, Ale mania, Países Bajos y Escandinavos. Y si en las nacio- nes industriales europeas, donde los proletariados son an tiguos y numerosos, ha sido necesaria la alianza de cla ses proletarias, campesinas y medias -- formando frentes - comunes bajo disciplinas de partido- en Indoamérica, por las condiciones objetivas de nuestra realidad histórica, lo es mucho más.

El APRA debe ser, pues, una organización política, un partido. Representa y defiende a varias clases socia- les, que están amenazadas por un mismo peligro o son víc timas de la misma opresión. Frente a un enemigo tan poded-

roso como es el imperialismo, deviene indispensable -- agrupar todas las fuerzas que puedan coadyuvar a resistirlo. Esa resistencia tiene que ser económica y política simultáneamente, vale decir, resistencia orgánica de partido. Como tal, el APRA debe contar con su disciplina y sus tácticas propias." (8)

La existencia orgánica del APRA se limita en el fondo a la dirección. Las organizaciones sociales que a ella se asocian no constituyen una parte activa del partido, en cuanto conservan un grado importante de independencia política y organizativa, sino que actúan expresamente por iniciativa del pequeño núcleo orgánico del partido. Ello supone que, cuando menos, los cuadros dirigentes de las organizaciones de masas deben ser miembros del partido, y que el resto se subordinará pasivamente a sus orientaciones políticas.

En la medida en que no existe un ámbito orgánico de discusión y aprobación de la política del partido, las masas que a él se vinculan no pueden ser otra cosa que espacio de maniobra política de la dirección. En un partido de desiguales, la única expresión de igualdad puede ser la obediencia y la disciplina. Es por ello que el partido-frente de masas es una forma de cobertura organizada a la acción de caudillos o dirigentes carismáticos que arrastran con su sola presencia la acción espontánea de las masas. Indudablemente, una organización de este tipo es expresión natural de políticas autoritarias, pero por la vía engañosa de la participación sin participación. Esa es, en el fondo, la gran enseñanza de la revolución mexicana que Haya de la Torre asimiló con tanta agudeza. Su partido-frente nacional antimperialista es el instrumento más adecuado para la realización de la política que hemos examinado.

Una cosa más: Haya de la Torre define la composición partidaria como flexible, en cuanto los compromisos que permiten la integración pluriclasista pudieran ser superados cuando las tareas políticas por las que se integró determinado sector hayan sido cumplidas. Concihe, así, miembros "transitorios" de la organización, y ejemplifica el caso con la presencia de la burguesía en ella. - Obviamente, el ejemplo es ilustrativo, pero la referencia no deja de ser sintomática de la conciencia de otros problemas. El APRA - se deshará de sus aliados cuando sus exigencias superen las posibilidades de la organización, o cuando no lleguen a cumplir las expectativas que de ellos se tuvieran. Este apartado es una muestra más de cuán ordenada aspira a ser la transición dirigida por este partido. Una medida más del horizonte en el que se sitúa.

2.- *Partido obrero y lucha antimperialista: Julio Antonio Mella*

La experiencia cubana es, desde sus orígenes, la de un centro estratégico, político y administrativo, del poder colonial. - Por ello, la independencia de España se produce en el contexto de la presión y el apoderamiento por los Estados Unidos de su reserva política nacional (con la emienda de Platt). En Cuba se produce - también un fenómeno de proletarización de la fuerza de trabajo en las plantaciones azucareras dedicadas a la exportación; la existencia de sectores medios y grupos de artesanos estaba vinculada fundamentalmente a la actividad urbana, de la que la exportación era el sentido y el sustento. Ello explica que el contingente independentista desde las luchas del siglo pasado fuera constituido, prioritariamente por trabajadores agrícolas, y que su contenido - fuera fundamentalmente democrático. Por ello, la experiencia com

bativa de Maceo y Gómez, en los años sesenta del siglo pasado, y de Martí a finales del mismo, sería asimilada de manera radical - por los núcleos que impulsaron la reforma universitaria a principio de los años veinte. No se trataba, en Cuba, de iniciar un movimiento popular del que se intuían los caminos: ya habían estado bien trazados los objetivos políticos de la lucha con los históricos movimientos que mencionamos. En la nueva etapa debía consumarse la fusión del movimiento popular con la tradición nacional e independentista asimilada por los universitarios. Y es por ello que el proyecto de Universidad Popular José Martí sería fundamentalmente distinto a otras experiencias de reforma universitaria - en el continente. Este sería el núcleo organizador del Partido Comunista Cubano.

"Ansiamos realizar nuestros ideales. Nuestros ideales que no son la elevación de unos cuantos, sino la liberación del pueblo esclavo. La historia nos ha enseñado que la transformación para ser real y justa tiene que ser destruyendo el sistema económico. Hacia ahí van nuestros dardos. No somos revoltosos, sino revolucionarios, No ansiamos a imponer nuevas tiranías, sino a terminar con todas. Queremos que todos coman a la medida de su hambre - para que todos sean buenos a la medida de su satisfacción. Somos ilusos, nos dicen los eternos Sanchos. El yanqui domina y acecha. El capital tiraniza y corrompe. El clero engaña y embrutece. El militarismo asesina y aterroriza. Bien. Contra el yanqui hay la rebeldía justa y severa y el acercamiento con los pueblos hermanos. Contra el régimen del capital, simplemente la instauración del régimen de trabajo. Contra el clero, la cultura. Contra el militarismo hasta el cambio de lo anterior, es un instrumento y no una base."(9)

La transformación universitaria no podía partir de otra cosa que de la identidad política con el movimiento popular. Las reivindicaciones estudiantiles eran, simultáneamente, contra el autoritarismo escolar y contra la tiranía gubernamental. Las condiciones económicas, sociales, políticas y culturales de Cuba eran la base para la comprensión de la necesidad de una ruptura radical con

el orden imperante. Y aquí, el triunfo de la primera revolución socialista mundial ejercería una influencia considerable en la superación de los objetivos y las formas de organización asimiladas en la experiencia del movimiento democrático y nacional.

"La causa del proletariado es la causa nacional. El es la única fuerza capaz de luchar con probabilidades de triunfo por los ideales de libertad en la época actual. Cuando él se levanta airado como nuevo Espartaco en los campos y en las ciudades, él se levanta a luchar por los ideales todos del pueblo. El quiere destruir al capital extranjero que es el enemigo de la nación. El anhela establecer un régimen de hombres del pueblo, ser vido por un ejército del pueblo, porque comprende que es la única garantía de la justicia social. Conociendo que el oro corrompe, enloquece y hace tiranos a los hombres, no quiere cambiar el rico extranjero por el rico nacional. Sabe que la riqueza en manos de unos cuantos es causa de abusos y miserias, por eso la pretende socializar según principios que sólo los profesores fósiles, los estudiantes tontos, y los burgueses sin cerebro combaten, según los principios que Karl Marx hizo axiomas teóricos y que Lenin hizo monumentos magníficos de belleza y justicia. La causa del socialismo, en general, lo repetimos, es la causa del momento, en Cuba, en Rusia, en la India, en los Estados Unidos y en la China. En todas partes. El sólo obstáculo es saberla adaptar a la realidad del medio." (10)

La preocupación de Mella era fundamental y legítima: el encuentro de soluciones superiores para los problemas tradicionales de la lucha democrática y nacional suponía, por una parte, reafirmar que la actividad económica era el núcleo fundamental de explicación de la opresión de la sociedad cubana, y por otra, organizar los fundamentos para una acción revolucionaria que, partiendo del corazón de la sociedad, fuera lo suficientemente poderosa como para destruir las bases del sistema establecido. Desde luego, la exaltación revolucionaria lo lleva a suponer la capacidad inmediata de un movimiento cuyos objetivos y formas de organización empezaban a gestarse. Pero no nos cabe la menor duda de que su potencia era percibida por las clases dominantes como suficientemente

amenazante como para hacer inmediatamente caer sobre ella todo el peso de la represión.

La cárcel y el exilio no pondrían fin a la actividad revolucionaria de Mella, pero sí abortarían la experiencia socialista - que pretendía organizar en Cuba. A ello se debe, sobre todo, que se hubiera interrumpido su trabajo de adaptación teórica y política de la lucha revolucionaria a las condiciones de su país.

La crítica que se ha hecho a Mella frecuentemente se fundamenta en su adscripción a la política de la Internacional Comunista. Ya hemos detallado las limitaciones de la misma en cuanto al conocimiento y dirección política de los procesos de "liberación nacional" en las colonias y ex colonias. Indudablemente, la simplificación de la realidad por la Internacional tenía su correlato en el escaso desarrollo práctico de la política de socialistas y comunistas latinoamericanos; la transición al capitalismo se -- completó como revolución sin revolución, precisamente por la -- represión al movimiento de masas y el terrorismo de Estado impuesto por las fracciones oligárquicas de la burguesía y, posteriormente, por la propia burguesía agrario-industrial subordinada a la política norteamericana.

Si podemos llamarlo de alguna manera, la frustración democrática en la mayoría de los países latinoamericanos dificultó el proceso de nacionalización del socialismo, aunque desde luego no pudo destruir completamente su avance.

De todas las fuerzas que combatieron la presencia imperialista en la América Latina de los años veinte, la fuerza obrera dirigida por los pequeños núcleos comunistas fue la que sufrió una ma-

yor represión. Y ésta no correspondía a su grado de maduración interna, sino a la supuesta amenaza internacional al imperialismo y a la fuerza reaccionaria nacionales, a la que la refería su vinculación inevitable con la revolución socialista soviética.

Sin embargo, las aportaciones del pensamiento comunista, -- del que es brillante expresión Julio Antonio Mella, deben verse, según nuestra perspectiva, en tres orientaciones básicas primero, en la profundidad de la crítica al capitalismo que realizan; segundo, en su proyecto de conformación de una fuerza capaz de proyectarse más allá del proceso inmediato de transición a nuevas formas capitalistas, y tercero: en el desenmascaramiento del carácter y objetivos políticos no revolucionarios de otras fuerzas llamadas antimperialistas. Prueba de estos elementos es la brillante crítica al APRA que realizará Mella en el año '27 desde el exilio, poco antes de ser asesinado por la dictadura cubana:

En el análisis de la situación latinoamericana, destaca la fundamentación de las limitaciones de la burguesía nacional para constituirse en una verdadera fuerza antimperialista. El principio de diferenciación clasista del movimiento nacional introduce nuevas opciones políticas para su organización:

"Las traiciones de las burguesías y pequeñas burguesías nacionales tienen una causa que ya todo el proletariado comprende. Ellas no luchan contra el imperialismo extranjero para abolir la propiedad privada, sino para defender su propiedad frente al robo que de ellas pretenden hacer los imperialistas.

En su lucha contra el imperialismo -el ladrón extranjero- las burguesías -los ladrones nacionales- se unen al proletariado, buena carne de cañón. Pero acaban por comprender que es mejor hacer alianza con el imperialismo, que al fin y al cabo persiguen un interés semejante. De progresistas se convierten en reaccionarios. Las concesiones que hacían al proletariado para tenerlo a su lado, las traicionan cuando éste, en su avance, se convierte en un peligro tanto para el ladrón extranjero co

mo para el nacional. De aquí la gritería contra el comunismo."(11)

La crítica a la organización pluriclasista con la participación de la burguesía está centrada, sobre todo, en la dirección burguesa del movimiento nacional. La utilización de la participación de las masas como "carne de cañón" del movimiento de modernización capitalista o de negociación de nuevas condiciones en la repartición de beneficios económicos no puede considerarse como punto de partida para la democratización del país, y menos para su verdadera independencia económica, política, social y cultural. Es por ello que Mella propone: "liberación nacional absoluta, sólo la obtendrá el proletariado, y será por medio de la revolución obrera."(12) El compromiso nacional de la clase obrera no es otro que la socialización de la producción. Y éste es el único sustento posible de la soberanía nacional. Nuevamente, la mayor consecuencia democrática es garantía de la condición nacional de la clase revolucionaria.

En cuanto a la conformación de la dirección del aprismo, Mella destaca las limitaciones y los riesgos de una conducción engañosa del movimiento de masas:

"Otro de los lemas del APRA es ser el 'frente único contra el imperialismo', y esto desde el punto de vista marxista, para ellos el frente único es la 'unión de los obreros, campesinos y estudiantes contra el imperialismo yanqui, por la unidad política de América Latina, para la realización de la justicia social'; como siempre la fórmula es ambigua, oscura y susceptible de varias interpretaciones, para que acomode a todos y muy especialmente a los pequeños burgueses, a los cuales llaman con una serie de nombres ambiguos: 'productores', 'clases medias', 'trabajadores intelectuales'. etc. Estos pequeños burgueses son la base del programa del APRA y los sostenes de su ideología...

Presentar en abstracto el problema de la igualdad de clases, aún en los países semicoloniales, es cosa 'propia de

la democracia burguesa', la cual bajo el problema de la igualdad del proletariado en general proclama la igualdad jurídica o formal del proletariado con el capitalista, del explotador con el explotado, engañando a las -- clases oprimidas."(13)

La explicación que da Mella de la dirección pequeño burguesa del movimiento nacional no se refiere a la inmadurez intelectual o malas intenciones de los universitarios e intelectuales fundadores del APRA, sino a las limitaciones históricas del contexto en el -- que surge ese movimiento:

"La no existencia de un fuerte y gran proletariado en el Perú, lugar donde surge la ideología del APRA, hace a los arpistas desestimar el valor del obrero, dudar de su papel y hasta no comprender que está surgiendo diariamente y tomando el papel hegemónico en la lucha contra el -- imperialismo y la reacción nacional, representativa del anterior."(14)

Mella insiste en que el núcleo revolucionario debe estar -- constituido prioritariamente por el proletariado. Tal vez nosotros debiéramos ampliar el sentido de su propuesta refiriéndola -- no al origen de clase de la dirección del movimiento nacional, si no sobre todo a la posición clasista que se asume en el mismo. -- La crítica a la pequeña burguesía y al papel que pretende desempeñar en dicho movimiento debe dirigirse, desde nuestro punto de -- vista, a sus objetivos políticos, a las limitaciones que pretende imponer al movimiento democrático de masas e incluso a su prepo-- tencia. En el contexto de esta misma discusión en los años veinte pareciera que la preocupación de Mella fue entendida en el sentido diverso de un rechazo a toda iniciativa de la pequeña burguesía en el frente nacional.

Obviamente, el problema de la dirección proletaria de la lucha política nacional y aún del antimperialismo debe ser compren-

dida no en el marco estrecho de un cierto obrerismo predominante en aquella época (y sobre todo del período de la táctica de "clase contra clase" determinada por la IC), sino como dirección política organizada del conjunto de las clases oprimidas por la sociedad capitalista y por los resabios de sistemas precapitalistas de explotación del trabajo. Retomamos, pues, la idea de Mella de -- que la lucha del proletariado es una lucha nacional, en este --- sentido, buscando enriquecer sus proposiciones en la misma --- orientación que él les daba. No pensamos reducir por ello, el -- tema a una acusación a Mella por sectarismo como lo han hecho --- otros autores; incorporamos, más bien, a su pensamiento, los elementos que hacen de la clase obrera la verdaderamente hegemónica (usando sus propias palabras) en la lucha contra el imperialismo.

Mantenemos, sí, una inquietud respecto a lo que Mella sugiere en su planteamiento acerca del papel de la burguesía nacional. La atribución al proletariado de monopolio de los valores nacionales conlleva, desde nuestro punto de vista, un cierto menosprecio de la posibilidad de que la burguesía pueda desarrollar un cierto espacio hegemónico; es decir, de dirección de las masas, durante - el período de desarrollo capitalista en América Latina. Esta idea, que se expresa de manera muy general en él, como en otros autores comunistas, conduce para nosotros a una cierta falta de previsión del terreno de lucha política real que estaría presente en los -- años siguientes en la región.

En este sentido, tal vez el mérito de Haya de la Torre haya sido justamente el haber pensado en función de una etapa capitalista en la que la burguesía o la pequeña burguesía serían predominan

tes. De parte de los socialistas, la consideración de una rápida transición al socialismo posible por la formación de un poderoso movimiento nacional conducía a una cierta mistificación de las posibilidades y del desarrollo político real de la lucha de clases en nuestros países.

Desde nuestro punto de vista, la negación de la posibilidad de que la burguesía se constituyera en una fuerza nacional daba lugar a una reducción de los alcances del programa proletario. La construcción de una hegemonía nacional se basaba en suposiciones que no le permitían captar los obstáculos reales para su avance. Si la dominación burguesa había desarrollado una tradición autoritaria, el socialismo parecía responder a determinaciones sobre todo económicas y por tanto, tenía dificultad en analizar y actuar en un terreno real de lucha y de conformación nacional.

La simplificación de los objetivos socialistas, y la incompreensión de los significados profundos de una orientación revolucionaria llevaron a muchas fuerzas comunistas latinoamericanas al sectarismo y, consiguientemente, al aislamiento político. La gran potencialidad que representaban, y su vocación de transformar las sociedades no estuvo frecuentemente aparejada con una presencia orgánica en el movimiento popular, ni de proposiciones alternativas eficaces para el conjunto de la sociedad. Aquí sí, junto con las dificultades históricas que hemos precisado, tiene importancia señalar la influencia deformante que ejerció el buró político de la IC al dirigir una lectura esquematizada de la propia revolución rusa y, lógicamente, del pensamiento de Lenin. La

pobreza de una teoría a la defensiva tenía que tener consecuencias en la disposición política de la fuerza revolucionaria. La reproducción arbitraria de las concepciones de la transición socialista en Rusia condicionarían, indudablemente, la elaboración y potenciación nacional de algunas generaciones de socialistas latinoamericanos.

3. *El análisis marxista de las raíces de la opresión social:*
José Carlos Mariátegui

Las enseñanzas de Manuel González Prada y la experiencia de la reforma universitaria peruana dieron también lugar a la formación de una corriente socialista que se diferenció del APRA: la que constituiría el Partido Socialista Peruano bajo la dirección de José -- Carlos Mariátegui. Este no provenía precisamente de las aulas universitarias, sino que se había formado como autodidacta en las tareas del periodismo y, siendo exiliado muy joven, completó su formación en Europa, particularmente en Italia donde estaba teniendo lugar la experiencia temprana del Partido Comunista en la dirección de Antonio Gramsci.

La inmensa capacidad crítica y creativa de Gramsci dejó una huella importante en Mariátegui. A diferencia de otros contemporáneos, Gramsci había seguido puntualmente las enseñanzas de Marx de "pensar históricamente". El seguimiento de las tesis comunistas italianas debía aportar dos claves centrales a la elaboración de Mariátegui: la primera, el análisis de las condiciones en que se ha formado la nación, sus fuerzas fundamentales, para extraer de ellas las perspectivas revolucionarias de la implantación del so--

cialismo. Se trataba de reconocer el proceso de formación de la clase obrera, pero sobre todo, de orientar bajo su dirección a -- aquellas otras clases oprimidas que constituyeran la masa de la -- nación. Los comunistas italianos habían entendido que, para ser clase nacional, la clase obrera debía construir su hegemonía en -- el conjunto de la sociedad. - Ello está planteado en las ahora co- conocidas Tesis de Lyon, que Gramsci y Togliatti prepararan para el Tercer Congreso del PCI, en 1924.

"19. Las fuerzas motrices de la revolución italiana, tal como surge de nuestro análisis, son, en orden de impor- tancia, las siguientes:

- 1) La clase obrera y el proletariado rural;
- 2) los campesinos del Mezzogiorno y de las islas y los campesinos del resto de Italia.

El desarrollo y la rapidez del proceso revolucionario sólo pueden ser apreciados a partir de una evaluación -- de ciertos elementos subjetivos, es decir, de la medida en que la clase obrera logre adquirir una personalidad -- política propia, una firme conciencia de clase y una in- dependencia de todas las demás clases, de la medida en -- que logre organizar sus fuerzas, o sea, ejercer de hecho una función de conducción de los demás factores, comen- zando por dar una expresión política concreta a su alian- za con los campesinos."(15)

Es evidente que la derrota de la experiencia de Turín en -- 1919 y el ascenso del fascismo pesaban enormemente en los juicios del Partido Comunista Italiano sobre el papel de los campesinos -- en la construcción de la hegemonía obrera. Sin embargo, en el cam- po socialista y comunista europeo no dejaba de ser significativo que los comunistas se refirieran a la cuestión campesina priorita- riamente al hablar de la cuestión nacional. No se trataba, lógi- camente, de una cuestión cultural o religiosa, sino de un problema político de primer orden: - la posibilidad de generalización del -- programa socialista en Italia estaba estrechamente ligada a la reso- lución de lo que Gramsci más tarde llamaría "la cuestión meridio--

nal". No deja de ser sintomático que dedicara un estudio completo a ella, poco antes de ser apresado en 1926:

"El proletariado puede convertirse en clase dirigente y dominante en la medida en que consigue crear un sistema de alianzas de clase que le permita movilizar contra el capitalismo y el estado burgués a la mayoría de la población trabajadora, lo cual quiere decir en Italia, dadas las reales relaciones de clase existentes, en la medida en que consigue obtener el consenso de las amplias masas campesinas. Pero la cuestión campesina está en Italia históricamente determinada, no es la 'cuestión campesina y agraria en general'; en Italia la cuestión campesina tiene, por la determinada tradición italiana, por el determinado desarrollo de la historia italiana, dos formas típicas y peculiares: la cuestión meridional y la cuestión vaticana. Conquistar la mayoría de las masas campesinas significa, por tanto, para el proletariado italiano dominar esas dos cuestiones desde el punto de vista social, comprender las exigencias de clase que representan incorporar esas exigencias a su programa revolucionario de transición, plantear esas exigencias entre sus reivindicaciones de lucha," (16)

Si la cuestión nacional, vinculada al programa estatal de la clase obrera pasaba por la formación de una hegemonía de clase, la segunda pregunta era lógicamente, cuáles han sido las fuerzas que han impedido históricamente ese proceso, si lo han intentado por su cuenta y con qué resultados: en suma, cuáles son las condiciones objetivas de la formación de una voluntad colectiva nacional y popular bajo la dirección de la clase obrera. Si Mariátegui no hubiera regresado al Perú más que con esas dos preguntas, y su inmensa capacidad de "pensar históricamente" ya el peso de sus aportaciones habría sido de todas maneras considerable. Pero hizo mucho más que eso: emprendió el estudio de la historia peruana y trazó las líneas de su transición al socialismo. Su contribución al conocimiento científico de la realidad latinoamericana se vinculó estrechamente con la formación de una alternativa política socialista realmente original para la región.

Mariátegui parte del estudio de la formación económico social peruana desde el período colonial hasta el proceso de modernización capitalista. A diferencia de Haya de la Torre, estudia -- con gran precisión la formación de un bloque burgués integrado -- por los terratenientes agroexportadores, la burguesía imperialista y la pequeña burguesía industrial, aunque ésta última subordinada siempre a las decisiones de sus socios mayores. El análisis del sistema de producción predominante (más extendido) en el Perú le lleva a situar en el campo las contradicciones fundamentales de esa sociedad:

"El carácter de la propiedad agraria en el Perú se presenta como una de las mayores trabas del propio desarrollo del capitalismo nacional. Es muy elevado el porcentaje de las tierras, explotadas por arrendatarios grandes o medios, que pertenecen a terratenientes que jamás han manejado sus fundos. Estos terratenientes, por completo extraños y ausentes de la agricultura y de sus problemas, viven de su renta territorial sin dar ningún aporte de trabajo ni de inteligencia a la actividad económica del país. El enfeudamiento de la agricultura de la costa a los intereses de los capitales y los mercados británicos y americanos, se opone no sólo a que se organice y desarrolle de acuerdo con las necesidades específicas de la economía nacional -esto es, asegurando primeramente el abastecimiento de la población- sino también a que ensaye y adopte nuevos cultivos..."(17)

La determinación de la economía por el sistema tradicional de la propiedad agraria, el régimen de semiservidumbre de la fuerza de trabajo mayoritaria, y la falta de una fuerza capitalista independiente que imprima una transformación a la producción en el sentido de modernizarla son, en su perspectiva, los elementos que impiden la transición plena al capitalismo en el Perú. La presencia de la burguesía imperialista es comprendida así como un elemento interno de organización social, aquél que favorece la producción del sistema imperante, para beneficio económico de las

grandes potencias. Para Mariátegui, la fusión de los elementos agrarios con el capital internacional es el núcleo de la debilidad nacional de la clase dominante. Esta es la verdadera razón por la que en el Perú no puede hablarse de la burguesía como una clase nacional.

"La clase terrateniente no ha logrado transformarse en una burguesía capitalista, patrona de la economía nacional. La minería, el comercio, los transportes, se encuentran en manos del capital extranjero. Los latifundistas se han contentado con servir de intermediarios a éste, en la producción de algodón y azúcar. Este sistema económico ha mentenido en la agricultura una organización semifeudal del que constituye el más pesado lastre del desarrollo del país." (18)

La consideración de la alianza de la burguesía nacional y la burguesía imperialista, y la consiguiente incapacidad nacional de la burguesía sería el núcleo de la diferenciación política de los socialistas y los apristas peruanos. Y esta diferencia no es poco importante, porque es la que va del análisis de los fenómenos al análisis de la contradicción clasista en cada sociedad, es decir, de la ideologización al conocimiento científico. El intento de Haya de la Torre era una forma de ocultamiento de las consecuencias del llamado aliado temporal, que mayores beneficios obtendría con la conducción del movimiento popular. La propuesta de Mariátegui implicaba la lucha por la conformación de una alternativa clasista independiente, forjada en la lucha contra los elementos que impedían la verdadera constitución nacional y, por ende, el socialismo.

"La divergencia fundamental entre los elementos que en el Perú aceptaron en principio el APRA -como un plan de frente único, nunca como partido y ni siquiera como organización en marcha efectiva- y los que fuera del Perú la definieron luego como un Kuo Min Tang latinoamericano, consiste en que los primeros permanecen fieles a la concepción

económico social revolucionaria del antimperialismo, mientras que los segundos explican así su posición: 'Somos de izquierda (o socialistas) porque somos anti-imperialistas.' El anti-imperialismo resulta así elevado a la categoría de un programa, de una actitud política, de un movimiento que se basta a sí mismo y que conduce, espontáneamente, no sa bemos en virtud de qué proceso, al socialismo, a la re-volución social. Este concepto lleva a una desorbitada su-perestimación del movimiento anti-imperialista, a la exa-geración del mito de la lucha por la 'segunda independencia', al romanticismo de que estamos viviendo ya las jornadas -de una nueva emancipación. De aquí la tendencia a reem-plazar las ligas anti-imperialista con un organismo polí-tico. Del APRA, concebida inicialmente como frente úni-co, como alianza popular, como bloque de las clases oprimidas, se pasa al APRA definida como el Kuo Min Tang latinoamerica-no.

El anti-imperialismo, para nosotros, no constituye ni -puede constituir, por sí solo, un programa político, un -movimiento de masas apto para la conquista del poder. El anti-imperialismo, admitido que pudiese movilizar al lado de las masas obreras y campesinas, a la burguesía y peque-ña burguesía nacionalista (ya hemos negado terminantemente esta posibilidad) no anula el antagonismo entre las --clases, no suprime su diferencia de intereses.

Ni la burguesía, ni la pequeña burguesía en el poder --pueden hacer una política anti-imperialista. Tenemos la experiencia de México, donde la pequeña burguesía ha aca-bado por pactar con el imperialismo yanqui. Un gobierno 'nacionalista' puede usar, en sus relaciones con los Estados Unidos, un lenguaje distinto que el gobierno de Leguía en el Perú. Este gobierno es francamente, desenfadadamen-te pan-americánista, monroísta; pero cualquier otro go-bierno burgués haría, prácticamente lo mismo que él, en -materia de empréstitos y de concesiones. Las inversiones del capital extranjero en el Perú crecen en estrecha y di-recta relación con el desarrollo económico del país, con la explotación de sus riquezas naturales, con la pobla---ción de su territorio, con el aumento de las vías de comu-nicación. ¿Qué cosa puede oponer a la penetración capita-lista la más demagógica pequeña burguesía? Nada, sino pa-labras. Nada, sino una temporal borrachera nacionalista. El asalto del poder por el antimperialismo, como movimien-to demagógico populista, si fuese posible, no representaría nunca la conquista del poder por las masas proleta-rias, por el socialismo. La revolución socialista encon-traría su más encarnizado y peligroso enemigo, -peligroso por su confusionismo, por la demagogia-, en la pequeña --burguesía afirmada en el poder, ganado mediante sus voces de orden.

Sin prescindir del empleo de ningún elemento de agita-ción anti-imperialista, ni de ningún medio de movilización de los sectores sociales que eventualmente pueden concu-rrir a esta lucha, nuestra misión es explicar y demostrar a las masas que sólo la revolución socialista opondrá al avance del imperialismo una valla definitiva y verdadera."

Para Mariátegui, la derrota de la intervención imperialista pasa por la construcción de una fuerza revolucionaria capaz de oponerse al sistema del que ésta es sustento: el capitalismo. Por esta razón, la nacionalidad no puede asentarse en la alianza de elementos en contradicción, y menos incluir a la fuerza que históricamente ha impedido el desarrollo social: la burguesía.

Mariátegui concibe a la burguesía peruana como un bloque del que forman parte tres socios desiguales, pero en que domina el imperialismo. Desde su perspectiva, la conformación del bloque dominante es el mayor obstáculo a la industrialización del Perú, problema al que no ve una solución que no implique la ruptura del sistema.

Reconoce, sin embargo, que aún los débiles intentos de modernización capitalista en la producción para exportación, como en la actividad minera y en la naciente industria han dado lugar a la formación de un núcleo proletario que puede imprimir un sello distinto a la transformación social que requiere el país.

Mariátegui dedica los últimos años de su corta vida a organizar la Confederación General de Trabajadores del Perú, y a fortalecer la opción clasista, socialista, que sea el sustento revolucionario en el Perú. La diferencia entre Mariátegui y otros autores comunistas y socialistas de su tiempo es que él concibe, justamente, desde el inicio, que la liberación de la sociedad peruana no puede ser obra solamente de la clase obrera, sino que deberá ser una realización del conjunto de las masas oprimidas bajo su dirección. Así, en el Manifiesto a los Trabajadores de la República -- lanzado por el Comité Pro lo. de Mayo, en 1929, afirma que:

"¿Pero todas estas reivindicaciones y conquistas puede efectuarlas el obrero de la ciudad solo? Sería absurdo crearlo. El obrero de la ciudad tendrá que dar el ejemplo, organizándose. Pero no podrá sostener sus luchas solo. Y es preciso que ayudemos a organizarse a los campesinos, a esos miles de asalariados para los cuales no hay leyes de accidentes de trabajo, ni jornada de ocho horas; tenemos que fomentar y ayudar la organización de los mineros, de los obreros de los yacimientos petroleros, quienes hasta ahora no disfrutaban de una sola 'libertad': la de morir de hambre y miseria; tenemos que despertar de su letargo a los marinos mercantes, a los peones explotados. Tenemos, en fin, que unirnos con todo el proletariado de la República - para emprender nuestras conquistas." (20)

Mariátegui concibe los objetivos históricos de la clase obrera en una perspectiva verdaderamente nacional. El impacto de la revolución rusa y de la experiencia de los revolucionarios europeos le señaló indudablemente un camino en la construcción de una alternativa revolucionaria que incluye la acción política sobre el conjunto de la sociedad, y no sólo sobre uno de sus elementos:

"El socialismo encuentra lo mismo en la subsistencia de las comunidades que en las grandes empresas agrícolas, -- los elementos de una solución socialista de la cuestión agraria, solución que tolerará en parte la explotación de la tierra por los pequeños agricultores ahí donde el yano conazgo o la pequeña propiedad recomiendan dejar a la gestión individual, en tanto que se avanza en la gestión colectiva de la agricultura, las zonas donde ese género de explotación prevalece. Pero esto, lo mismo que el estímulo que se preste al libre resurgimiento del pueblo indígena, a la manifestación creadora de sus fuerzas y espíritu nativos, no significa en lo absoluto una romántica y anti-histórica tendencia de reconstrucción o recurrención del socialismo incaico, que correspondió a condiciones históricas completamente superadas, y del cual sólo quedan, como factor aprovechable dentro de una técnica de producción perfectamente científica, los hábitos de cooperación y socialismo de los campesinos indígenas. El socialismo presupone la técnica, la ciencia, la etapa capitalista; y no puede importar el menor retroceso en la adquisición de las conquistas de la civilización moderna, sino por el contrario, la máxima y metódica aceleración de la incorporación de estas conquistas en la vida nacional." (21)

La visión de Mariátegui es tanto más extraordinaria cuanto -

que involucra, tal vez por primera ocasión en América Latina, una comprensión de la totalidad de la sociedad: la alternativa socialista deberá potenciar, por lo mismo, tanto los elementos más modernos como aquéllos más arraigados en la vida de uno de los sectores más oprimidos de la sociedad, los indígenas. El socialismo no puede implicar, así, ni retroceso, ni negación de las peculiaridades sociales y culturales de una nación. No se trata de imaginar un socialismo con los elementos del pasado, sino de incorporar al futuro aquéllo que en la tradición pueda ser indispensable para una liberación social integral.

Mariátegui introduce el tema del indígena como determinante en la formación de una política nacional de la clase obrera peruana. Con frecuencia, su insistencia ha llevado al equívoco de muchos autores que lo acusan de indigenista, campesinista o populista. Por encima de sus críticos, y con una gran claridad, Mariátegui expone en su discurso para la Conferencia de los partidos comunistas latinoamericanos en 1929 su manera de concebir este problema:

"El problema de las razas no es común a todos los países de la América Latina ni presenta en todos los que lo sufren las mismas proporciones y caracteres. En algunos países latinoamericanos tiene una localización regional y no influye apreciablemente en el proceso social y económico. Pero en países como el Perú y Bolivia, y algo menos en el Ecuador, donde la mayor parte de la población es indígena, la reivindicación del indio es la reivindicación popular y social dominante.

En estos países el factor raza se complica con el factor clase en forma que una política revolucionaria no puede dejar de tener en cuenta." (22)

Mariátegui observa el problema indígena en dos perspectivas fundamentales: el de la lucha contra la hegemonía burguesa en el Perú, y el de la solución del problema de la tierra. Desde su --

punto de vista, la burguesía ha carecido de la inteligencia y la fuerza para consolidar su dominación aboliendo los restos del sistema feudal agrario que obstaculiza el que se realice plenamente el capitalismo peruano. Si el partido obrero revolucionario es capaz de aprovechar esa situación, en beneficio, desde luego, de la masa de indígenas oprimidos, su avance será considerable:

"El realismo de una política socialista segura y precisa en la apreciación y utilización de los hechos sobre los cuales le toca actuar en estos países, puede y debe convertir el factor raza en factor revolucionario. El Estado actual en estos países reposa en la alianza de la clase feudal terrateniente y la burguesía mercantil. Abatida la feudalidad latifundista, el capitalismo urbano caerá de fuerzas para resistir a la creciente obrera. - La representa una burguesía mediocre, débil, formada en el privilegio, sin espíritu combativo y organizado que pierde cada día más su ascendente sobre la fluctuante capa intelectual." (23)

En segundo lugar, Mariátegui introduce un nuevo modo de interpretar el problema indígena que, sin dejar de lado sus peculiaridades culturales y sociales, pone el acento en su reivindicación económica central: la de la tierra.

"El problema indígena se identifica con el problema de la tierra. La ignorancia, el atraso y la miseria de los indígenas, no son, repetimos, sino la consecuencia de su servidumbre. El latifundio feudal mantiene la explotación y la dominación absolutas de las masas indígenas por la clase propietaria. La lucha de los indios contra los 'gamonales' ha estribado invariablemente en la defensa de sus tierras contra la absorción y el despojo. Existe, -- por tanto, una instintiva y profunda reivindicación indígena: la reivindicación de la tierra. Dar un carácter organizado, sistemático, definido, a esta reivindicación es la tarea que tenemos el deber de realizar activamente." (24)

La lucha por la incorporación de la masa indígena al programa socialista es, indudablemente, una contribución mayor de Mariátegui al estudio marxista de las formaciones sociales latinoamericanas. En él no hay la confusión que otros le atribuyen, sino la

genuina búsqueda de elevar social y políticamente a los indígenas, para que sean capaces de organizarse para luchar por sus propias reivindicaciones, así como para acercarlos al programa obrero de transformación socialista de la sociedad.

"Para la progresiva educación ideológica de las masas indígenas, la vanguardia obrera dispone de aquellos elementos militantes de raza india que, en las minas o los centros urbanos, particularmente en los últimos, entran en contacto con el movimiento sindical y político. Se asimilan sus principios y se capacitan para jugar un rol en la emancipación de su raza. Es frecuente que obreros -- procedentes del medio indígena, regresen temporal o definitivamente a éste. El idioma les permite cumplir eficazmente una misión de instructores de sus hermanos de raza y de clase. Los indios campesinos no entenderán de veras sino a individuos de su seno que les hablen su propio idioma. Del blanco, del mestizo, desconfiarán siempre; y el blanco y el mestizo a su vez, muy difícilmente se impondrán el arduo trabajo de llegar al medio indígena y de llevar a él la propaganda clasista.

Los métodos de autoeducación, la lectura regular de -- los órganos del movimiento sindical y revolucionario de América Latina, de sus opúsculos, etc., la correspondencia con los compañeros de los centros urbanos, serán los medios de que estos elementos llenen con éxito su misión educadora. La coordinación de las comunidades indígenas por regiones, el socorro de los que sufren persecuciones de la justicia o la policía (los 'gamonales' procesan -- por delitos comunes a los indígenas que les resisten o a quienes les quieran despojar), la defensa de la propiedad comunitaria, la organización de pequeñas bibliotecas y centros de estudios, son actividades en las que los -- adherentes indígenas a nuestro movimiento deben tener -- siempre actuación principal y dirigente, con el doble objeto de dar a la orientación y educación clasista de los indígenas directivas serias y de evitar la influencia de elementos desorientadores (anarquistas, demagogos, reformistas, etcétera)." (25)

El programa socialista para los indígenas no involucra una -- mistificación de las formas de atraso de la sociedad peruana o latinoamericana, sino el justo reconocimiento a las peculiaridades de la vida social de uno de los grupos más tradicionalmente marginados y oprimidos de estas sociedades. En Mariátegui, la incorporación de los indígenas a la actividad política no se da sobre la

base de la disolución de sus características en la asimilación del programa obrero, sino a partir de la influencia obrera en su proceso de autoeducación,

Es la concepción de este autor la más plenamente democrática de cuantas hayan tratado anteriormente el problema indígena en América Latina. La emancipación de este sector no será obra, -- en su perspectiva, sino de sus propios integrantes, aunque parte importante de la lucha obrera será por incorporarlos a la tarea de transformar el conjunto de la sociedad hacia el socialismo.

No queremos dejar de señalar que la enorme aportación de Mariátegui al estudio de la realidad latinoamericana y de una política de emancipación social y nacional de sus clases oprimidas se -- vivió durante mucho tiempo oscurecida por la polémica habida al interior de su partido y por los equívocos de la propia dirección de la Internacional Comunista, que descalificó su obra como populista o campesinista. Aún ahora, la publicación de las obras de Mariátegui se ha limitado a unas cuantas ediciones, y puede decirse que -- la única que ha tenido una difusión masiva ha sido "Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana", que constituye una -- introducción particularmente importante a su lectura, pero que deja abierta una interpretación parcial y favorable a la crítica injusta de que el autor ha sido objeto. La reciente edición de sus -- obras más importantes por Casa de las Américas en Cuba y por Editorial ERA en México apunta en una nueva dirección del conocimiento cabal de sus ideas y de su trayectoria política. Esperamos que su difusión sea un hecho a nivel continental, y que contribuya a enri -- quecer el análisis marxista de América Latina.

4. *La formación del ejército nacional-popular: Augusto César Sandino*

Las enormes diferencias políticas e ideológicas entre las corrientes nacionales, democráticas y socialistas en la década que reseñamos parecían aminorarse o desaparecer cuando se referían a la heroica lucha que sostuvo Sandino en Nicaragua entre 1927 y 1934. Había en su movimiento elementos que conjuntaban de manera original y con una fuerza extraordinaria, parte importante de las aspiraciones que las otras corrientes nacionales expresaban en su programa. Y nosotros consideramos que, más allá de sus postulados internacionalistas, el hecho de que el movimiento que dirigía fuera estrictamente democrático popular aparecía como la prueba de -- que la lucha nacional podía y debía ser una lucha de masas, y que a pesar de todas las formulaciones reaccionarias en sentido contrario, sería éste el elemento predominante en la transición hacia -- formas superiores de organización social. Y es que la lucha de -- Sandino no se había iniciado, a diferencia de las otras, por una incitación de dar contenido de masas a una proclama teórica o política de quienes habían asimilado en teoría el conocimiento de la -- sociedad, sino que surgía de un trabajador nicaraguense completamente alejado de la vida política e intelectual de su país.

La lucha de Sandino se inició bajo bandera liberal en el contexto de un fraude electoral en el que los conservadores nicaraguenses convocaron al ejército norteamericano a legitimar su posición dominante. La historia nicaraguense está plagada de situaciones semejantes, y la diferencia entre liberales y conservadores --en ése como en otros puntos-- no tendría mayor importancia si no

es porque suscitó la intervención de las masas en la defensa de una soberanía nacional a la que ellos mismos no tenían gran aprecio. Como en otros países de América Latina, liberales y conservadores se sustitúan mutuamente en el gobierno y se repartían --alegremente los beneficios de la exportación agraria, aunque la importancia estratégica del país no estribaba en sus recursos productivos, sino en su carácter de espacio geográfico alternativo para la construcción de un canal transistmico, paralelo al de Panamá.

Es justamente la diferencia del gobierno de Zelaya en Nicaragua con los Estados Unidos respecto a la construcción de un nuevo canal interoceánico lo que lleva a su derrocamiento y a la instalación de una fuerza militar norteamericana a partir de 1909 en el país. La presencia militar se mantendría hasta 1934, con un breve intervalo en 1925, cuando se produjo una desocupación luego de un acuerdo entre liberales y conservadores, al que siguió un golpe de estado que reanudó la intervención.

La intervención militar directa norteamericana era la prueba de que ninguna de las dos fracciones de la clase dominante estaba dispuesta a apoyarse en la participación política de las masas para dirimir la cuestión de su hegemonía. Es por eso que se produce un gran desconcierto en las fuerzas liberales cuando Sandino arma un pequeño ejército para defender sus posiciones desde una perspectiva popular, y reclamar la restitución de la soberanía nacional.

Al inicio, Sandino plantea su acción política como exclusivamente referida al apoyo militar a la resistencia liberal; sin embargo, aún desde esta posición no hay una subordinación completa de su ejército a las formas de lucha y a la estrategia política -

del ejército liberal. Sandino se convierte en un guerrillero, y sus incursiones son sobre todo de hostigamiento al ejército norteamericano. No provoca enfrentamientos directos y evita, en lo posible, el desgaste de sus fuerzas. Su conciencia de la superioridad militar del invasor, así como la escasez de sus recursos materiales lo llevan a inventar prácticas de guerra no convencionales que dificultan las condiciones de la permanencia de los marinos norteamericanos.

La lucha militar de Sandino es también una expresión de una forma de organización político-popular; la independencia política completa de su movimiento respecto a los liberales no se producirá, ya que él concibe su responsabilidad como la de formar parte de un frente unido en contra de la amenaza externa, pero es claro que su inserción en esa opción política estaría determinada por enormes contradicciones con el poder oligárquico dominante en el país.

Su concepción de la nación no puede ser suscrita por ninguna de las facciones en pugna, y su vocación democrática escapa ampliamente a los límites impuestos tanto por la dominación interna como por la ocupación que la sustenta.

"El hombre que de su patria no (ni siquiera) exige un palmo de tierra para su sepultura, merece ser oído, no sólo ser oído sino también creído. Soy nicaragüense y me siento orgulloso de que en mis venas circule, más que cualquiera (otra), la sangre india americana que por atavismo encierra el misterio de ser patriota leal y sincero; el vínculo de nacionalidad me da derecho a asumir la responsabilidad de mis actos en las cuestiones de Nicaragua y, por ende, de la América Central y de todo el Continente de nuestra habla... Soy trabajador de la ciudad, artesano como se dice en este país, pero mi ideal campea en un amplio horizonte de internacionalismo, en el derecho de ser libre y de exigir justicia, aunque para alcanzar ese estado de perfección sea necesario derramar la propia y la ajena sangre... Mi mayor honra es surgir del seno de -

los oprimidos, que son el alma y el nervio de la raza, los que hemos vivido postergados y a merced de los desvergonzados sicarios que ayudaron a incubar el delito de alta traición: los conservadores de Nicaragua que hirieron el corazón libre de la Patria y que nos perseguían encarnizadamente como si no fuéramos hijos de una misma nación...

...

Los grandes dirán que soy muy pequeño para la obra que tengo emprendida; pero mi insignificancia está sobrepajada por la altivez de mi corazón de patriota, y así - juro ante la Patria y ante la historia que mi espada defenderá el decoro nacional y que será redención para los oprimidos." (26)

A diferencia de otras corrientes contemporáneas, Sandino no se reconoce a sí mismo como una corriente diversa de la que dirige una de las facciones en pugna por el poder en Nicaragua: no se proclama socialista ni demócrata nacionalista; sin embargo, su empresa no es simplemente la de la acción militar en defensa de la soberanía, sino la conjunción de la lucha nacional con la lucha de los oprimidos. Es justamente eso lo que hace original su propuesta nacional.

Sandino lucha tenazmente contra la división en el ejército liberal, porque su objetivo es la redención de la patria; pero su redención no coincide con la planeada desde el poder, y es rechazada y hostigada por él.

Esta situación lo obliga a reconocer, en 1932, las limitaciones de su alianza política con los liberales, aunque no a romperla definitivamente:

"Digo que cuando partí de México para Nicaragua, en mayo de 1926, lo hice bajo la confianza que el liberalismo nicaragüense luchaba por la restauración de nuestra Independencia Nacional, seriamente amenazada por los ilegales tratados Bryan-Chamorro, hijos de la criminal política internacional de Norteamérica.

Sin embargo, ya en el teatro de los acontecimientos, nos encontramos con que los dirigentes políticos conservadores y liberales nicaragüenses, son una bola de cana-

illas, cobardes y traidores. incapaces de poder dirigir a un pueblo tan patriota y tan valeroso como el nuestro, - digno de mejor suerte, quien, con su actitud patriótica está dando ejemplos de dignidad y moral a los demás pueblos del Continente en donde sus directores están en condiciones análogas a los fracasados nuestros. Nosotros - hemos sido abandonados por nuestros directores políticos, quienes se han aliado con los invasores, pero entre nosotros mismos los obreros y los campesinos, hemos improvisado a nuestros jefes...

...
Nuestro ejército de obreros y campesinos anhela fraternizarse con los estudiantes, porque comprendemos que de -- nuestro ejército y ellos sacremos hombres, quienes, con nuevas orientaciones harán de nuestro suelo una Patria -- luz, que será benéfica hasta para nuestros hombres de política pasada, quienes si rectifican sus errores, podrán merecer nuestros respetos; a excepción de los de la clase mencionada en el párrafo anterior, por haber matado -- con sus ambiciones materiales el vínculo de nacionalidad que les asistió."(27)

La lucha de Sandino es, pues, una lucha democrática y nacional sin orientación estatal. Sandino es, tal vez, el único caso -- en el continente americano que se plantea la construcción de una -- opción social democrática sin que ello resulte en la formación de un partido independiente y, desde luego, sin la aceptación de su -- propia posición como dirigente del mismo más allá de las tareas -- que él se siente encomendado a cumplir. Ello le lleva a afirmar -- enfáticamente en una entrevista:

"Nunca, nunca aceptaré un puesto público. Sé ganarme la vida modestamente para mí y para mi mujer. Mi oficio es mecánico, y si es necesario volveré a él. No volveré a tomar las armas contra los liberales ni contra los conservadores, ni tampoco en luchas civiles. Sólo en caso de -- invasión por el extranjero. Hemos tenido que pelear por -- que los demás líderes nos traicionaron, se vendieron al -- enemigo o doblaron el cuello por cobardía. Estamos pe -- leando en nuestra propia patria por nuestros derechos, -- que son inalienables. ¿Qué derechos tienen las tropas -- extranjeras de llamarnos bandidos y de decir que nosotros somos los agresores? Estamos en nuestra casa. No nos re -- solveremos a vivir cobardemente en paz mientras haya un -- gobiernos puesto por las naciones extranjeras. ¿Se llama esto patriotismo, o no? Cuando el invasor sea vencido -- como tiene que serlo, mis hombres se contentarán con sus pedazos de tierra, con sus herramientas, con sus mulas y

sus familias."(28)

La negación de un programa político propio indudablemente facilitó las condiciones para el asesinato de Sandino por los propios liberales a los que había defendido más allá de sus propias orientaciones. Pero también reforzó en las masas la confianza en que no se trataba con Sandino de un caudillo con intenciones mesianicas que pretendiera lograr beneficios personales y de poder con su lucha nacional. Si se observa desde este punto de vista, la fidelidad de Sandino a la masa que lo apoyaba era tan grande que cerró el paso a la formación de un movimiento verdaderamente autónomo que se planteara la conquista del poder luego del derrocamiento de aquéllos a los que él mismo llamaba traidores y cobardes gobernantes. Su rechazo de esa posibilidad lo llevó, también contradictoriamente, a romper con Farabundo Martí y a distanciarse de los comunistas que habían apoyado su lucha, pero también abrió las condiciones para que su lucha fuera difundida en el continente americano y sirviera de enorme estímulo a otros movimientos nacionales de masas que se gestaban contemporáneamente en la región. Por eso, al inquirirle sobre los límites de su lucha republicana, Sandino respondió:

"Mi patria, aquéllo porque luchó tiene por fronteras la América española. Al empezar mi campaña pensé sólo en Nicaragua luego, en medio del peligro, y cuando ya me di cuenta de que la sangre de los invasores había mojado el suelo de mi país, acrecentóse mi ambición. Pensé en la República Centroamericana cuyo escudo ha dibujado uno de mis compañeros. Vea usted: un brazo extendido que levanta cinco montañas y sobre el más alto pico, un quetzal. Sabe usted que el quetzal es el ave de la libertad, porque muere veinticuatro horas después de haberla perdido.

He organizado continuó diciendo Sandino- un gobierno en la comarca que dominan mis fuerzas. Con los materiales telefónicos que he tomado a los marinos yanquis he establecido una red de comunicaciones entre diversos puntos. Con el oro de las minas de la región he acuñado monedas

nedas. Diga usted a Hispanoamérica que mientras Sandino aliente, la independencia de Centroamérica tendrá un defensor. Jamás traicionaré mi causa. Por esto me llamo hijo de Bolívar..." (29)

La extensa correspondencia latinoamericana de Sandino y la formación de comités de apoyo a la lucha nacional nicaragüense en toda la región es una muestra de cuán lejos podía llegar la exigencia democrática y nacional que él representaba. Su aportación debería ser completada con las de las otras formaciones democráticas y nacionalistas de las que ahora hemos dado una breve muestra. La complementariedad del movimiento nacional latinoamericano será asimilada en toda su magnitud con la revolución cubana y la revolución nicaragüense más de cuarenta años después de la muerte de éstos sus actores en los primeros años del siglo. La riqueza de su contribución radica, justamente, en que abrieron un horizonte para la fusión democrática y socialista de la lucha nacional en América Latina.

NOTAS

CAPITULO I

1. Karl Marx, "La Cuestión Judía", en OBRAS ESCOGIDAS DE MARX Y ENGELS (en adelante, OME), tomo 5, México, Ed. Grijalbo, 1978, p. 185..
2. *Ibid*, p. 196.
3. *Ibid*, p. 201.
4. Karl Marx, "Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel", *ibid*, p. 220.
5. *Ibid*.
6. *Ibid*, p. 221.
7. *Ibid*, p. 222, 223.
8. Karl Marx y Friedrich Engels, LA IDEOLOGIA ALEMANA, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1973, p. 26.
9. *Ibid*, p. 35.
10. *Ibid*.
11. *Ibid*, p. 50.
12. *Ibid*, p. 87.
13. Karl Marx y Friedrich Engels, "Manifiesto del Partido Comunista", en OBRAS ESCOGIDAS (en adelante, OE) en dos tomos, tomo 1, Moscú, Editorial Progreso, s. f., p. 19.
14. *Ibid*, p. 21.
15. *Ibid*, p. 22.
16. *Ibid*, p. 23, 24.
17. *Ibid*, p. 24.
18. *Ibid*, p. 27.
19. *Ibid*, p. 28.
20. *Ibid*, p. 30.
21. *Ibid*.
22. *Ibid*, p. 31.
23. Karl Marx y Friedrich Engels, LA IDEOLOGIA ..., *ed.cit*, pp. 30, 31, 32.
24. Karl Marx y Friedrich Engels, "Manifiesto...", *ed.cit*, p. 36.
25. *Ibid*.
26. Renato Levrero, "Introducción" en K. Marx y F. Engels, IMPERIO Y COLONIA, ESCRITOS SOBRE IRLANDA, México, -- Cuadernos de Pasado y Presente no. 72, Siglo XXI Ed., 1979, p. 23.

NOTAS (Cont. Capítulo I)

27. David Fernbach, MARX: UNA LECTURA POLITICA, México, Serie Popu^{lar} Era no. 70, 1979, p. 185.
28. Karl Marx, "Introducción a la Crítica...", *ed.cit*, pp. 218, -- 219.
29. Valentino Gerratana, INVESTIGACIONES SOBRE LA HISTORIA DEL MARXISMO, tomo 1, Barcelona, Ed. Grijalbo, 1975, p. 97.
30. *Ibid*, p. 106, 107.
31. Franco Andreucci, "La difusión y la vulgarización del marxismo", en HISTORIA DEL MARXISMO (3) EL MARXISMO EN LA EPOCA DE LA SEGUNDA INTERNACIONAL (1), Barcelona, - Ed. Bruguera, 1980, p. 38.
32. Hans-Josef Steinberg, "El partido y la formación de la ortodoxia marxista" en HISTORIA DEL MARXISMO (4), EL MARXISMO EN LA EPOCA... (2), *ed.cit*, p. 114.
33. Friedrich Engels, "Introducción a Las Luchas de Clases en Francia", de K. Marx (1895), en OE, tomo 2, *ed.cit*, pp. 114, 115.
34. *Ibid*, p. 119, 120.
35. Karl Kautsky, LA DOCTRINA SOCIALISTA, Barcelona, Ed. Fontamara, 1975, p. 26, 27.
36. *Ibid*, p. 28.
37. *Ibid*, p. 37.
38. Valentino Gerratana, *op.cit*, p. 152.
39. Karl Kautsky, *op.cit*, p. 60.
40. Karl Kautsky, EL COMINO DEL PODER, México, Col. Setenta no. 16, Ed. Grijalbo, 1968, p. 27.
41. *Ibid*, p. 60.
42. Karl Kautsky, LA DOCTRINA..., *ed.cit*, p. 258.
43. *Ibid*, p. 256.
44. *Ibid*, p. 82.
45. Karl Kautsky, "La Nacionalidad Moderna", en Varios, LA SEGUNDA INTERNACIONAL Y EL PROBLEMA NACIONAL Y COLONIAL. -- Primera Parte, México, Cuadernos de Pasado y Presente no. 73, Siglo XXI Ed, 1978, pp. 122, 123.
46. *Ibid*, p. 123.
47. *Ibid*, p. 124.
48. *Ibid*, p. 126.
49. *Ibid*.
50. *Ibid*, p. 131.
51. *Ibid*, p. 137.

NOTAS (Cont. Capítulo I)

52. Massimo Salvadori, "Kautsky entre ortodoxia y revisionismo", en HISTORIA DEL MARXISMO (4)... *ed.cit*, p. 234.
53. Karl Kautsky, "La nacionalidad..." *ed.cit*, p. 139.

CAPITULO II

1. Wolfgang Mommsen, LA EPOCA DEL IMPERIALISMO. Europa 1885-1918, México, Col. Historia Universal de Siglo XXI, no. 28, 1978, p. 122.
2. Otto Bauer, LA CUESTION DE LAS NACIONALIDADES Y LA SOCIALDEMOCRACIA, México, Col. Biblioteca del Pensamiento Socialista, Siglo XXI Ed., 1979, p. 236.
3. *Ibid.*
4. *Ibid*, p. 258, 259.
5. G.D.H. Cole, HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA, Tomo IV: La Segunda Internacional 1889-1914, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 19.
6. Wolfgang Mommsen, *op.cit*, p. 190.
7. Otto Bauer, *op.cit*, pp. 276, 277.
8. *Ibid*, p. 7.
9. *Ibid*, p. 33.
10. *Ibid*, p. 142.
11. *Ibid*, p. 20.
12. *Ibid*, p. 104.
13. *Ibid*, p. 110.
14. *Ibid*, p. 112.
15. *Ibid*, p. 114.
16. *Ibid*, p. 115, 116.
17. *Ibid*, p. 117.
18. *Ibid*, p. 311.
19. *Ibid*, p. 516.
20. José Stalin, EL MARXISMO Y LA CUESTION NACIONAL, México, Ediciones Cuauhtémoc, s.f., p. 6.
21. *Ibid*, p. 23, 24.
22. *Ibid*, p. 25.
23. *Ibid*, p. 26.
24. *Ibid*, p. 27.

NOTAS (Cont. Capítulo II)

25. *Ibid*, p. 93.
26. *Ibid*, p. 29.
27. *Ibid*, pp. 30, 31.
28. *Ibid*, p. 37.
29. *Ibid*, p. 51.
30. *Ibid*, p. 54.
31. *Ibid*, p. 83.
32. *Ibid*, p. 13.

CAPITULO III

1. V.I. Lenin, "De la Cuestión Nacional en Nuestro Programa" (1903), en SOBRE EL INTERNACIONALISMO PROLETARIO, Moscú, Editorial Progreso, s.f., p. 12.
2. *Ibid*, p. 15.
3. *Ibid*, p. 22.
4. *Ibid*, p. 19.
5. Peter Nettel, ROSA LUXEMBURGO (Biografía), México, Ed. Era, 1969, p. 93.
6. V.I. Lenin, *op.cit*, p. 20.
7. Rosa Luxemburgo, LA CUESTION NACIONAL Y LA AUTONOMIA, México, - Col. Cuadernos de Pasado y Presente no. 81, 1979, p. 25.
8. *Ibid*, p. 26.
9. V.I. Lenin, NOTAS CRITICAS SOBRE LA CUESTION NACIONAL, Moscú, - Ed. Progreso, 1951, p. 21.
10. V.I. Lenin, "Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación, en PROBLEMAS DE POLITICA NACIONAL E INTERNACIONALISMO PROLETARIO, Moscú, Editorial en Lenguas - Extranjeras, s.f., p. 67.
11. *Ibid*, p. 62, 63.
12. Rosa Luxemburgo, *op.cit*, p. 53.
13. *Ibid*, p. 32.
14. V.I. Lenin, "El Marxismo y Nasha Zariá" (1911), OBRAS COMPLETAS (en adelante, OC), Tomo XVII, México, Ediciones de - Cultura Popular-Akal, 1977, p. 48.
15. V.I. Lenin, "El reformismo en la socialdemocracia", *ibid*, p. -- 238, 239.

NOTAS (Cont. Capítulo III)

16. V.I. Lenin, "Acerca del Programa Nacional del POSDR" (1913), - en PROBLEMAS..., *ed.cit.*, p. 10.
17. V.I. Lenin, "Notas Críticas..." *ed.cit.*, p. 18, 19.
18. *Ibid.*, p. 17.
19. V.I. Lenin, "Verdades viejas, pero eternamente nuevas", en OC, *op.cit.*, p. 220.
20. V.I. Lenin, "Sobre el derecho...", *ed.cit.*, pp. 121, 122.
21. *Ibid.*, p. 68.
22. *Ibid.*, p. 69.
23. V.I. Lenin, "Dos Tácticas de la Socialdemocracia en la Revolución Democrática" en OBRAS ESCOGIDAS en 3 tomos (en adelante, OE3), tomo 1, Moscú, Editorial Progreso, s.f., p. 509.
24. Rosa Luxemburgo, *op.cit.*, p. 46.
25. *Ibid.*, p. 47.
26. *Ibid.*, p. 77.
27. *Ibid.*, p. 79.
28. *Ibid.*, p. 134.
29. *Ibid.*
30. *Ibid.*, p. 137.
31. V.I. Lenin, "Tesis sobre la cuestión nacional" (1913), en SO--BRE EL INTERNACIONALISMO..., *ed.cit.*, p. 58.
32. V.I. Lenin, "La Revolución Socialista y el Derecho de las Na--ciones a la Autodeterminación" en PROBLEMAS DE POLI--TICA..., *ed.cit.*, p. 131.
33. *Ibid.*, p. 133.
34. *Ibid.*
35. *Ibid.*, p. 176.
36. Rosa Luxemburgo, LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA (FOLLETO DE JUNIUS), Barcelona, Ed. Anagrama, 1976, p. 51.
37. *Ibid.*, p. 116.
38. V.I. Lenin, "La Bancarrota de la Segunda Internacional" en OE3, tomo 2, *ed.cit.*, p. 257.
39. *Ibid.*, p. 256.
40. *Ibid.*, p. 252.
41. *Ibid.*, p. 245.
42. *Ibid.*, p. 266.
43. *Ibid.*, p. 226.
44. *Ibid.*, p. 227.

NOTAS

CAPITULO IV

1. V.I. Lenin, "Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado" en EL PRIMER CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA. Tesis, Informes y Resoluciones, México, Col. Teoría y Praxis de Ed. Grijalbo - no. 15, 1975, p. 164.
2. *Ibid*, p. 171, 172.
3. Nos referimos especialmente a las resoluciones aprobadas al -- respecto a partir del V Congreso de la propia IC, y a las consecuencias que tendrían en el movimiento -- comunista internacional.
4. "Condiciones de admisión de los partidos en la Internacional -- Comunista" en LOS CUATRO PRIMEROS CONGRESOS DE LA -- INTERNACIONAL COMUNISTA. Primera Parte, Segundo Congreso, México, Col. Cuadernos de Pasado y Presente no. 43, Siglo XXI, 1973, pp. 113, 114.
5. *Ibid*, p. 113.
6. *Ibid*.
7. *Ibid*, p. 112.
8. V.I. Lenin, "Informe de la Comisión para los problemas nacional y colonial al Segundo Congreso de la IC" en OE3, tomo 3, *ed.cit.*, p. 472.
9. "Tesis y Adiciones sobre los problemas Nacional y Colonial" en LOS CUATRO..., *ed.cit.*, p. 152.
10. *Ibid*, p. 159.
11. V.I. Lenin, "Informe de la comisión...", *ed.cit.*, p. 472.
12. "Tesis y Adiciones...", *ed.cit.*, pp. 159, 160.
13. "Tesis sobre la situación mundial y las tareas de la Internacional Comunista" en LOS CUATRO... Segunda Parte, -- Tercer Congreso, México, Col. Cuadernos de Pasado y Presente no. 47, 1974, p. 8.
14. *Ibid*, p. 26.
15. *Ibid*, p. 27.
16. *Ibid*, p. 34.
17. V.I. Lenin, "Informe sobre la táctica del Partido Comunista de Rusia al III Congreso de la Internacional Comunista" en OE3, tomo 3, pp. 639, 640.
18. V.I. Lenin, "Cinco Años de Revolución Rusa y Perspectivas de -- la Revolución Mundial", *Ibid*, pp. 736, 737.
19. *Ibid*, p. 744, 745.

NOTAS (Cont. Capítulo IV)

20. *Ibid*, p. 746.
21. "Resolución sobre la táctica de la Internacional Comunista" en LOS CUATRO... Segunda parte, Cuarto Congreso, *ed.cit.*, p. 181.
22. *Ibid*, p. 187.
23. *Ibid*, p. 186.
24. *Ibid*, p. 179.
25. *Ibid*, p. 186.
26. Resulta interesante señalar la ausencia de análisis sobre regiones ajenas a Oriente en los congresos de la IC - en que se trataba específicamente la problemática - colonial y ex-colonial, hasta 1928.
27. "Tesis sobre la Cuestión de Oriente" en LOS CUATRO... Segunda parte, *ed.cit.*, p. 226.
28. *Ibid*, p. 230.
29. *Ibid*, p. 231.
30. *Ibid*.
31. "Tesis sobre la propaganda de la Internacional Comunista y sus secciones" en QUINTO CONGRESO DE LA INTERNACIONAL - COMUNISTA. Segunda Parte, México, Col. Cuadernos de Pasado y Presente no. 56, 1976, p. 94, 95.
32. "Actividad del Ejecutivo 1922-1924" en QUINTO CONGRESO... Primera Parte, México, Col. Cuadernos de Pasado y Presente no. 55, 1976, p. 70.
33. Véase discusión sobre la situación internacional, *ibid*.
34. Zinoviev, "Fin de la discusión sobre la situación internacional", QUINTO CONGRESO... Primera parte, *ed.cit.*, p. 208.
35. "Tesis sobre el movimiento revolucionario en las colonias y semicolonias" en SEXTO CONGRESO DE LA INTERNACIONAL - COMUNISTA, Primera Parte, México, Col. Cuadernos de Pasado y Presente no. 66, Siglo XXI, 1977, p. 198.
36. *Ibid*, p. 197.
37. *Ibid*, p. 202.
38. *Ibid*, pp. 205, 206.
39. *Ibid*, p. 192.
40. *Ibid*, pp. 206, 207.

NOTAS

CAPITULO V

1. José Martí, "Bases del Partido Revolucionario Cubano" en CUBA, NUESTRA AMERICA, LOS ESTADOS UNIDOS, México, Siglo XXI, 1973, p. 27.
2. José Martí, "Manifiesto de Montecristi", *Ibid*, pp. 87, 88, 89.
3. CONSTITUCION POLITICA DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS (1917), México, Ed. Porrúa, 1970.
4. Víctor Raúl Haya de la Torre, EL ANTIMPERIALISMO Y EL EPRA, -- Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1936, p. 66, 67.
5. *Ibid*, p. 120.
6. *Ibid*, pp. 132, 133.
7. *Ibid*, p. 33.
8. *Ibid*, p. 98.
9. Julio Antonio Mella, "La Ultima Farsa de los Políticos y Patriotereros" (1924), en ESCRITOS REVOLUCIONARIOS, México, Siglo XXI, 1978, p. 47.
10. Julio Antonio Mella, "Los Nuevos Libertadores" (1924), *Ibid*, - p. 58.
11. Julio Antonio Mella, "La Lucha revolucionaria contra el imperialismo" o "¿Qué es el Arpa?", *Ibid*, p. 189.
12. *Ibid*.
13. *Ibid*, p. 186, 187.
14. *Ibid*, p. 191.
15. Antonio Gramsci, "La Situación Italiana y las Tareas del PCI" (Tesis de Lyon) en ESCRITOS POLITICOS (1917-1933), México, Col. Cuadernos de Pasado y Presente no. 54, 1977, p. 239.
16. Antonio Gramsci, "Algunos temas sobre la cuestión meridional", *Ibid*, p. 307.
17. José Carlos Mariátegui, "El problema de la Tierra" en SIETE EN SAYOS DE INTERPRETACION DE LA REALIDAD PERUANA, Barcelona, Ed. Crítica, de Grijalbo, 1976, p. 83, 84, 85.
18. José Carlos Mariátegui, "Esquema de la Evolución Económica", - *Ibid*, pp. 24, 25.
19. José Carlos Mariátegui, "Punto de vista antimperialista" en EN SAYOS ESCOGIDOS. Lima, Ed. Universo, 1917, p. 193, 194.
20. José Carlos Mariátegui, "Manifiesto a los trabajadores de la República lanzado por el Comité pro Iro. de Mayo" - en OBRAS, tomo 2, La Habana, Casa de las Américas, 1982, pp. 198, 199.

NOTAS (Cont. Capítulo V)

21. José Carlos Mariátegui, "Principios Programáticos del Partido Socialista Peruano", *ibid*, p. 217, 218.
22. José Carlos Mariátegui, "El Problema de las Razas en la América Latina", *ibid*, p. 175.
23. *Ibid*, p. 175, 176.
24. *Ibid*, p. 183.
25. *Ibid*, p. 184, 185.
26. Augusto César Sandino, "Manifiesto Político" (1927), en EL PEN SAMIENTO VIVO DE SANDINO, La Habana, Casa de las Américas, 1980, pp. 75, 76.
27. Augusto César Sandino, "Relato del 4 de agosto de 1932", *ibid*, p. 245, 246.
28. Augusto César Sandino, "Entrevista a Carleton Beals" (1928), - *ibid*, p. 108.
29. Augusto César Sandino, "Entrevista con Mar Grillo" (1928), - *ibid*, p. 123.

BIBLIOGRAFIA

- Abendroth, Wolfgang. *Storia Sociale del Movimento Operaio Europeo*. Torino, Piccola Biblioteca Einaudi, 158 Geografia, Storia, 1971.
- Akzin, Benjamin. *Estado y Nación*. México, Breviario del Fondo de - Cultura Económica, no. 200, 1968.
- Alperovich, M. L. Sliezkin. *Historia de América Latina*. México, -- Ediciones Quinto Sol, 1983.
- Amin, Samir. *Clases y Naciones en el Materialismo Histórico. Un Estudio Sistemático sobre el Papel de las Naciones y las Clases en el Desarrollo Desigual de las Sociedades*. Barcelona, El Viejo Topo, 1979.
- Anderson, Perry. *El Estado Absolutista*. México, Siglo XXI Eds., -- 1980.
- Aricó, José (selec. y prólogo). *Mariátegui y los Orígenes del Marxismo Latinoamericano*. México, Col. Cuadernos de Pasado y Presente no. 60, 1978.
- Aricó, José. *Marx y América Latina*. Lima, Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación, 1980.
- Arnaud, Pascal. *Estado y Capitalismo en América Latina. Casos de México y Argentina*. México, Siglo XXI, 1981.
- Bauer, Otto. *La Cuestión de las Nacionalidades y la Socialdemocracia*. (Publicado en alemán en 1907). México, Siglo XXI, Col. Biblioteca del Pensamiento Socialista, 1979.
- Bernstein, Eduard. *Socialismo Evolucionista. Las Premisas del Socialismo y las Tareas de la Socialdemocracia*. Barcelona, Ed. Fontamara, 1975.
- Blanco, José Joaquín. *Se Llamaba Vasconcelos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
- Bloom, Salomón. *El Problema Nacional en Marx, El Mundo de las Naciones*. México, Biblioteca del Pensamiento Socialista de - Siglo XXI Ed., 1975.
- Boffa, Giuseppe. *La Revolución Rusa*. (2 tomos). México, Eds. Era, 1981.
- Bolívar, Simón. *Documentos*. (Selección y Prólogo de Manuel Galich). La Habana, Casa de las Américas, 1964.
- Borojov, Ber. *Nacionalismo y Lucha de Clases*. México, Cuadernos de Pasado y Presente no. 83, Siglo XXI Ed., 1979.

- Brading, David. *Los Orígenes del Nacionalismo Mexicano*. México, Ed. Era, 1973.
- Bruun, Geoffrey. *La Europa del Siglo XIX. (1815-1914)*. México, Fondo de Cultura Económica, Breviario 172, 1959.
- Cardoso, F.H. y Enzo Faletto. *Dependencia y Desarrollo en América Latina*. México, Siglo XXI, 1979.
- Carr, E.H. *La Revolución Bolchevique (1917-1923)* 1. Madrid, Alianza Editorial, 1973.
- Cole, G.D.H. *Historia del Pensamiento Socialista*. (7 tomos). México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
- Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos*. México, Ed. Porrúa, 1970.
- Cordera, Rolando y Carlos Tello. *La Disputa por la Nación*. México, Ed. Siglo XXI, 1981.
- Córdova, Arnaldo. *La Ideología de la Revolución Mexicana. Formación del Nuevo Régimen*. México, IIS/UNAM, Ed. Era, 1973.
- Cueva, Agustín. *El desarrollo del Capitalismo en América Latina*. - México, Siglo XXI, 1978.
- Del Rosal, Amaro. *Los Congresos Obreros Internacionales en el Siglo XIX*. México, Ed. Grijalbo, 1975.
- Del Rosal, Amaro. *Los Congresos Obreros Internacionales en el Siglo XX*. México, Grijalbo, 1975.
- Droz, Jacques. *Historia del Socialismo (El Socialismo Democrático)*. Barcelona, Ed. Laia, 1977.
- Elleinstein, Jean. *El Fenómeno Estaliniano*. Barcelona, Ed. Laia, - 1977.
- Engels, F. *Anti-Duhring*. México, Ed. Grijalbo, 1962.
- Evers, Tilman. *El Estado en la Periferia Capitalista*. México, Siglo XXI, 1979.
- Fernbach, David. *Marx: Una Lectura Política*. México, Serie Popular de Ed. Era, 1979.
- Fiori, Giuseppe. *Vida de Antonio Gramsci*. Barcelona, Col. Historia, Ciencia y Sociedad no. 28, Ed. Península, 1968.
- Furtado, Celso. *La Economía Latinoamericana. Formación Histórica y Problemas Contemporáneos*. México, Siglo XXI, 1980.
- Galeano, Eduardo. *Las Venas Abiertas de América Latina*. México, Siglo XXI, 1979.

- Garraty, John y Peter Gay. *La Edad Contemporanea*. Barcelona, Historia Universal no. 5, 1981.
- Germani, Gino, Torcuato S. Di Tella y Octavio Ianni. *Populismo y -- Contradicciones de Clase en Latinoamerica*. México, Serie - Popular Era no. 21, 1977.
- Gerratana, Valentino. *Investigaciones sobre la Historia del Marxismo*. (2 tomos). Barcelona, Col. Hipótesis de Ed. Grijalbo, 1975.
- Godio, Julio. *Historia del Movimiento Obrero Latinoamericano*. 2 tomos. México, Ed. Nueva Imagen, 1981.
- Goehrke, Carsten, Manfred Hellmann, Richard Lorenz y Peter Schei-- bert. *Rusia*. México, Col. Historia Universal de Siglo XXI, 1981.
- González Casanova, Pablo. *Imperialismo y Liberación en América Latina*. México, Siglo XXI, 1978.
- González Prada, Manuel. *Textos*. Una antología general. México, -- SEP/UNAM, 1982.
- Gramsci, Antonio. *Escritos Políticos (1917-1933)*. México, Cuader-- nos de Pasado y Presente no. 54, Siglo XXI Ed., 1977.
- Gruppi, Luciano. *El Concepto de Hegemonía en Gramsci*. México, Ediciones de Cultura Popular, 1978.
- Gruppi, Luciano. *El Pensamiento de Lenin*. México, Col. Teoría y -- Praxis de Ed. Grijalbo, 1980.
- Gunder Frank, André. *Capitalismo y Subdesarrollo en América Latina*. México, Siglo XXI, 1978.
- Halperin Donghi, Tulio. *Hispanoamerica Después de la Independen-- cia*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 1970.
- Halperin Donghi, Tulio. *Historia Contemporánea de América Latina*. Madrid, Alianza Editorial, 1979.
- Haupt, Goerges y Michael Löwy. *Los Marxistas y la Cuestión Nacio-- nal*. Barcelona, Ed. Fontamara, 1980.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl. *El antimperialismo y el Apra*. San-- tiago de Chile, Eds. Ercilla, 1936.
- Ianni, Octavio. *1 Esclavitud y Capitalismo*. México, Siglo XXI, 1976.
- Ingenieros, José. *Antimperialismo y Nación*. México, Siglo XXI, Col. Nuestra América, 1979.
- Primer Congreso de la Internacional Comunista. (Informes, tesis y resoluciones). México, Col. Teoría y Praxis de Ed. Grijalbo, 1975.

- Los Cuatro Primeros Congresos de la Internacional Comunista. Primera Parte. México, Cuadernos de Pasado y Presente no. 43, Siglo XXI, 1981.
- Los Cuatro Primeros Congresos de la Internacional Comunista, Segunda Parte. México, Cuadernos de Pasado y Presente no. 47, 1977.
- V Congreso de la Internacional Comunista. Primera Parte. Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente no. 55, 1975.
- V Congreso de la Internacional Comunista. Segunda Parte. Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente no. 56, Siglo XXI, 1975.
- VI Congreso de la Internacional Comunista. Primera Parte. México, Cuadernos de Pasado y Presente no. 66, Siglo XXI, 1977.
- VI Congreso de la Internacional Comunista. Informes y Discusiones. Segunda Parte. México, Cuadernos de Pasado y Presente no. 67, Siglo XXI, 1978.
- Kaplan, Marcos. Información del Estado Nacional en América Latina. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1976.
- Kautsky, Karl. El Camino del Poder. México, Col. Setenta no. 16, Grijalbo, 1968.
- Kautsky, Karl. La Doctrina Socialista. Barcelona, Ed. Fontamara, 1975.
- Kolakowski, Leszek. Las Principales Corrientes del Marxismo. (3 tomos). Madrid, Alianza Editorial, 1983.
- Krauze, Enrique. Caudillos Culturales en la Revolución Mexicana. México, Siglo XXI, 1976.
- Lambert, Jacques. América Latina. Barcelona, Biblioteca de Ciencia Política, Col. Demos, Eds. Ariel, 1978.
- Lechner, Norbert. La Crisis del Estado en América Latina. Caracas, El Cid Editor, 1977.
- Lechner, Norbert (ed.). Estado y Política en América Latina. México, Siglo XXI, 1981.
- Lenin, V.I. Quiénes son los Amigos del Pueblo y Como Luchan Contra los Socialdemócratas. Buenos Aires, Ed. Anteo, 1973.
- Lenin, V.I. Notas Críticas sobre la Cuestión Nacional. Moscú, Ed. Progreso, 1951.
- Lenin, V.I. Problemas de Política Nacional e Internacionalismo Proletario: Moscú, Ed. en Lenguas Extranjeras, s.f.

- Lenin, V.I. *Sobre el Internacionalismo Proletario*. Moscú, Ed. Progreso, s.f.
- Lenin, V.I. *Obras Escogidas en Tres Tomos*. Moscú, Editorial Progreso, s.f.
- Lenin, V.I. *Obras Completas*. México, Ediciones de Cultura Popular-Akal, 1977.
- Lenk, Kurt. *Teorías de la Revolución*. Barcelona, Col. Elementos -- Críticos no. 15, 1978.
- Lichtheim, George. *El Marxismo. Un Estudio Histórico y Crítico*. -- Barcelona, Ed. Anagrama, 1971.
- Liebman, Marcel. *La Conquista del Poder (El Leninismo Bajo Lenin, I)*. México, Col. Teoría y Praxis de Ed. Grijalbo, 1978.
- Liebman, Marcel. *La Prueba del Poder (El Leninismo bajo Lenin, II)*. México, Ed. Grijalbo, 1979.
- Löwy, Michael. *El Marxismo en América Latina (De 1909 a Nuestros Días)*. Antología. México, Eds. Era, 1980.
- Luporini, Cesare y Emilio Sereni. *El Concepto de Formación Económico Social*. México, Cuadernos de Pasado y Presente no. 39, Siglo XXI Ed., 1980.
- Luxemburgo, Rosa. *Reforma o Revolución*. México, Col. Setenta, Ed. Grijalbo, 1967.
- Luxemburgo, Rosa. *La Acumulación del Capital*. México, Ed. Grijalbo, 1967.
- Luxemburgo, Rosa. *Huelga de Masas, Partido y Sindicatos*. México, -- Cuadernos de Pasado y Presente no. 13, 1970.
- Luxemburgo, Rosa. *La Crisis de la Socialdemocracia (Folleto de Junius)*. Barcelona, Ed. Anagrama, 1976.
- Luxemburgo, Rosa. *La Cuestión Nacional y La Autonomía*. México, Cuadernos de Pasado y Presente no. 81, Siglo XXI Eds., 1979.
- Mariátegui, José Carlos. *Ensayos Escogidos*. Lima, Ed. Universo, -- 1971.
- Mariátegui, José Carlos. *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*. Barcelona, Ed. Crítica de Grijalbo, 1976.
- Mariátegui, José Carlos. *Obras*. 2 tomos. La Habana, Casa de las -- Américas, 1982.
- Marini, Ruy Mauro. *Dialéctica de la Dependencia*. México, Serie -- Popular de Ed. Era, no. 22, 1973.

- Marx, K. *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. México--co, Fondo de Cultura Popular, 1973.
- Marx, K. y F. Engels. *La Ideología Alemana*. Montevideo, Eds. Pue--blos Unidos, 1973.
- Marx Karl y Friedrich Engels. *Obras Escogidas en dos tomos*. Moscú, Editorial Progreso, s.f.
- Marx, K. y F. Engels. *Obras Escogidas de Marx y Engels*. México, --Ed. Grijalbo, 1978.
- Marx, K. y F. Engels. *Correspondencia*. Buenos Aires, Ed. Cartago, 1973.
- Marx, K. y F. Engels. *Imperio y Colonia. Escritos sobre Irlanda*. - México, Cuadernos de Pasado y Presente no. 72, 1979.
- Marx, K. y F. Engels. *La Cuestión Nacional y la Formación de los - Estados*. México, Cuadernos Pasado y Presente no. 69, Siglo XXI Ed., 1980.
- Martí, José. *Cuba, Nuestra América, los Estados Unidos*. México, Si--glo XXI, 1973.
- Mc Lellan, David: *Karl Marx, su Vida y sus Ideas*. Barcelona, Ed. - Crítica de Grijalbo, 1977.
- Mehring, Franz. *Storia Della Socialdemocrazia Tedesca*. (3 tomos). Roma, Editori Riuniti, 1974.
- Mella, Julio Antonio. *Escritos Revolucionarios*. México, Siglo XXI, 1978.
- Mena Martínez, Armando. *Marx, Engels y la Cuestión Nacional en la Revolución de 1848*. Facultad de Ciencias Políticas de la - Universidad Nacional Autónoma de México (tesis de licencia--tura en Sociología), 1981.
- Monmsen, Wolfgang J. *La Epoca del Imperialismo. Europa 1885-1918*. México, Col. Historia Universal de Siglo XXI, vol. 28, --1978 (quinta edición).
- Nettl, Peter. *Rosa Luxemburgo*. México, Ediciones Era, 1969.
- Nin, Andreu. *Los Movimientos de Emancipación Nacional*. Barcelona, Ed. Fontamara, 1977.
- Novack, George y Dave Frankel. *Las tres Primeras Internacionales*. Barcelona, Ed. Fontamara, 1978.
- Parker, R.A.C. *El Siglo XX*. México, Col. Historia Universal Siglo XXI, 1978.
- Portantiero, Juan Carlos. *Los Usos de Gramsci*. México, Folios Edi--ciones, 1981.

- Poulantzas, Nicos. *Hegemonía y Dominación en el Estado Moderno*. -- Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente no. 48, 1975.
- Prieto Rozos, Alberto. *La Burguesía Contemporánea en América Latina*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1983.
- Ribeiro, Darcy. *El Dilema de América Latina*. Estructuras de Poder y Fuerzas Insurgentes. México, Siglo XXI, 1979.
- Rodó, José Enrique. *Ariel*. México, Editora Latinoamericana, 1966.
- Rosdolsky, Roman. *El Problema de los Pueblos 'Sin Historia'*. Barcelona, Ed. Fontamara, 1981.
- El Pensamiento Vivo de Sandino*. La Habana, Casa de las Américas, - 1980.
- Sarmiento, Domingo F. Facundo. *Civilización y Barbarie*. Buenos Aires, Col. Austral de Espasa-Calpe, 1970.
- Saxe-Fernández, Eduardo. *Marxism, Revisionism and Technological Determinism*. Ottawa, s.e., 1981.
- Schlesinger, Rudolf. *La Internacional Comunista y El Problema Colonial*. México, Col. Cuadernos de Pasado y Presente no. 52, Siglo XXI, 1974.
- Selser, Gregorio. *Sandino, General de Hombres Libres*. Costa Rica, Educa, 1965.
- Servando Teresa de Mier. *Cartas a un Americano*. Ed. Facsimilar. México, Partido Revolucionario Institucional, 1971.
- Soler, Ricaurte. *Idea y Cuestión Nacional Latinoamericanas. De la Independencia a la Emergencia del Imperialismo*. México, -- Col. América Nuestra de Siglo XXI, 1980.
- Soler, Ricaurte. *Clase y Nación. Problemática Latinoamericana*. Barcelona, Fontamara, 1981.
- Sonntag, Heinz Rudolf, y Héctor Valecillos. *El Estado en el Capitalismo Contemporáneo*. México, Siglo XXI, 1979.
- Spoerer, Sergio. *Los Desafíos del Tiempo Fecundo*. México, Siglo XXI, 1980.
- Stalin, José. *El Marxismo y La Cuestión Nacional*. México, Eds. -- Cuauhtémoc, s.f.
- Stalin, J. *Cuestiones del Leninismo*. Pekín, Eds. en Lenguas Extranjeras, 1977.
- Stein, Stanley J. y Barbara Stein. *La Herencia Colonial de América Latina*. México, Siglo XXI, 1983.

- Sunkel, Osvaldo y Pedro Paz. *El Subdesarrollo Latinoamericano y la Teoría del Desarrollo*. México, Siglo XXI, 1981.
- Therborn, Göran. *¿Como Domina la Clase Dominante? Aparatos de Estado y Poder Estatal en el Feudalismo, El Socialismo y El Capitalismo*. México, S. XXI, 1979.
- Thomson, David. *Historia Mundial de 1914 a 1968*. Breviario no. 142 del Fondo de Cultura Económica, 1959.
- Varios. *La Segunda Internacional y el Problema Nacional y Colonial*. 2 tomos. México, Col. Cuadernos de Pasado y Presente no. 73, 1978.
- Varios. *La Crisis del Capitalismo en los Años '20. Análisis Económico y Debate Estratégico en la Tercera Internacional*. México, Cuadernos de Pasado y Presente no. 85, Siglo XXI, 1981.
- Varios. *Historia del Marxismo*. (6 tomos). Barcelona, Ed. Bruguera, 1980.
- Varios. *¿Existe una Teoría Marxista del Estado?* México, Universidad Autónoma de Puebla, 1978.
- Varios. *Teoría Marxista de la Política*. México, Cuadernos de Pasado y Presente no. 89, Siglo XXI, 1981.
- Varios. *Guerra y Revolución*. México, Colección Filosófica no. 17, Universidad Autónoma de Puebla, 1984.
- Vasconcelos, José. *La Raza Cosmica*. México, Col. Austral de España-Calpe, 1976.
- Vega, Juan Enrique (coordinador). *Teoría y Política en América Latina*. México, Libros del Centro de Investigación y Docencia Económica, 1983.
- Villegas, Abelardo. *Reformismo y Revolución en el Pensamiento Latinoamericano*. México, Siglo XXI, 1972.
- Vitale, Luis. *La Formación Social Latinoamericana*. (1930-1978). -- Barcelona, Ed. Fontamara, 1979.
- Walter, Gerard. *Lenin*. Barcelona, Ed. Grijalbo, 1974
- Zavaleta Mercado, René. "Clase y Conocimiento" en *Rev. Historia y Sociedad*, No. . . , Nueva Epoca,
- Zavaleta, René. "Notas Críticas sobre la Cuestión Nacional", *Ponencia para el XIV Congreso Latinoamericano de Sociología*. -- San Juan de Puerto Rico, 1981.
- Zavaleta Mercado, René. "Problemas de la Cultura, la Clase Obrera y los Intelectuales". Fotocopia del Original, México, 1982.

Zea, Leopoldo. *Dialectica de la Conciencia Americana*. México, Biblioteca Iberoamericana de Alianza Editorial Mexicana, --- 1976.

Zea, Leopoldo. *Filosofía de la Historia Americana*. México, Fondo - de Cultura Económica, 1978.